

MEMORIAS DE UN MUCHACHO

**ASOCIACIÓN DE PROFESORES DE LA UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
(APULA)**

COMITÉ EJECUTIVO

Presidente

Luis Loaiza R.

Secretario de Asuntos Gremiales

Ana Carine López

Tesorero

Raúl de Jesús Vegas

Secretaria de Asuntos Académicos

Ingrid Tortolero

Secretario

Franklin Chung

Secretario de Asuntos Deportivos y Recreacionales

Dacio Molina

Secretario de Asuntos Culturales

Juan Manuel Fernández

Vocal 1

Garardo Tovito

Vocal 2

Adalgisa Sifuentes

VIDA PROVINCIANA

MEMORIAS DE UN MUCHACHO

Tulio Febres Cordero

Asociación de Profesores de la
Universidad de Los Andes
Fondo de publicaciones de Apula
Mérida - Venezuela 2008

MEMORIAS DE UN MUCHACHO

© Tulio Febres Cordero

Primera edición, 1924

© Segunda Edición, Asociación de Profesores de la Universidad
de Los Andes (APULA) 2008

Urb. Santa María Sur

calle Yagrumo Quinta APULA

Telf.: (0274) 244.74.30 Mérida

Reservados todos los derechos

Imagen de portada:

Colección de postales antiguas de Ninona

<http://ninona.files.wordpress.com/2008/01/09romanpab.jpg>

Postal francesa serie 1.910

Fotografía de Don Tulio

Colección privada de Luigi López

Compilador

Luigi López

E-mail: lopezluigi@hotmail.com

Transcripción del original, corrección y cuidados de la edición

Trina López A.

Texto solapa y contraportada:

Pedro María Molina

Diseño de portada y diagramación:

Marian Saavedra

Editorial Venezolana, C.A.

Hecho el Depósito de Ley:

Depósito Legal: LF89420088004021

ISBN: 978-980-11-1215-0

Impresión:

Editorial Venezolana C. A.

Mérida-Venezuela

Reservados todos los derechos

Prólogo

Ante la recurrente evocación de algunos períodos de mi infancia, en especial la época de colegial en aquel pueblo donde estudié parte de mi primaria, un buen día tomé la aventurada y largamente postergada decisión de regresar a ese lugar. Había pasado tanto tiempo hablando sobre el tema, que me emocionaba la posibilidad de embarcarme, sin motivo aparente, en ese viaje al pasado.

Al llegar al pueblo, comencé a llenar ávidamente los espacios vacíos de mi memoria fragmentada, como si estuviese descifrando un palimpsesto. A cada paso iba recreando la realidad con mi íntima retrospección. Algunos lugares se mantenían iguales, otros me traían vivencias que creía olvidadas. Es una experiencia interesante la de volver a los lugares donde ha transcurrido la niñez y dejar que la memoria, vaya deconstruyendo y reconstruyendo.

La magia se rompió al entrar al colegio. Todo aquello que de niño me parecía grande, enorme, ahora lo veía más pequeño. Los salones de clase, el comedor, los

dormitorios, la piscina... para la memoria almacenada de ese *niño*, me había transformado en un gigante. Yo sabía que el colegio no se había encogido, que no había llegado a Lilibut; era un asunto de cambio de perspectiva. Por ejemplo la piscina, que en mi infancia lograba cruzar con ingentes esfuerzos, en realidad no pasaba de ser un tanque de agua, sin dimensiones olímpicas; el comedor, ocupado por grandes mesones, que se crecía con nuestra algarabía al comer, era ahora, ante mi mirada adulta, un espacio tan pequeño que no entendía cómo podíamos comer allí tantos niños. Las imágenes incrustadas en mi memoria tomaban otra dimensión con esta interesante experiencia.

En cambio había otros recuerdos que permanecían indemnes, y pertenecían a mi historia personal. En las fiestas patronales, se armaba una plaza de toros de madera y venían gentes de los pueblos vecinos; también llegaban los gitanos, cuya vestimenta y manera de vivir me causaban curiosidad; se ubicaban en las últimas calles del pueblo con sus grandes carpas, a la espera de clientes ansiosos de conocer su futuro.

La noticia del asesinato de Robert Francis Kennedy en el hotel Ambassador el jueves 6 de junio de 1968, se divulgó en el pueblo tal como corre la chispa en una mecha. Yo, sin embargo, observé el suceso, sin mucho interés, en el televisor en blanco y negro del colegio; mi atención estaba en otras cosas.

Los sábados le seguía los pasos al *Avispón Verde*. Los domingos la rutina cambiaba: después de misa la vendimia en la plaza era la ocasión para almorzar y encontrarse con los amigos; asistía todo el pueblo. Por la tarde el cine era el momento más esperado de la jornada, el lugar tenía

por butacas bancos de iglesia; la sección de Preferencia era techada y la de Patio al aire libre. En la ocasión de mi visita, el pueblo de Bochalema aún conservaba el edificio del cine, ubicado en una de las esquinas de la plaza.

En el viaje de retorno, la línea blanca de la carretera remontaba el pavimento en un zigzaguo sin final; una amalgama de pensamientos cruzaba como destellos por mi mente; el viaje, que no había tenido un motivo aparente, al final hizo un giro de profundas cavilaciones, muchas imágenes de mi vida en ese momento me visitaron. Cuánto camino recorrido desde el momento en que dejé ese colegio y ese pueblo. Por largo rato permanecí callado sumergido en mis reflexiones.

Al recordar esta experiencia imagino que algún pensamiento recurrente, como me sucedió a mí, habría llevado a Tulio Febres Cordero a escribir *Memorias de un muchacho*. Aunque no nos es posible conocer a ciencia cierta el verdadero *leitmotiv* de su laboriosa tarea, podemos estar seguros de que lo hizo impulsado por el deseo de dejar un testimonio de sus vivencias y por la necesidad de congelar en el papel a esa Mérida de finales del siglo XIX.

Para la época de dichas *Memorias*, los merideños ya conocían la fotografía. La primera imagen que se conoce de la ciudad –de autor anónimo– data del año 1873, es decir, cinco años antes de los sucesos narrados por Don Tulio. Por ser tal vez un lego en estas nuevas técnicas, no las aprovechó en sus proyectos e hizo uso de las herramientas que le eran más familiares: el lápiz y el papel, y con ellas fue elaborando un interesante perfil de aquella

Mérida. Él nos ofrece en esas páginas sus vivencias de adolescente y estudiante.

En los diferentes capítulos de esta obra se puede hacer una lectura en diversos planos. Sin ripios agotadores en el discurso, podemos apreciar en el *background* del texto el espacio de la ciudad como protagonista; se nos presentan con detalles las calles y edificios, lo cual nos ayuda a comprender las numerosas transformaciones del casco central. Los personajes nos permiten deshilvanar los rasgos y el comportamiento de aquella sociedad ubicada en el medio de dos cordilleras de difícil acceso y de comunicación tardía. En las anécdotas de la trama podemos descubrir toda la riqueza de los géneros costumbrista y romántico venezolano, revelándose así palabras propias de un lenguaje ya en el exilio y extraño a nuestro uso cotidiano.

Abrir las *Memorias de un muchacho*, de Tulio Febres Cordero, es asomarse por una ventana al pasado. No creo que debamos esperar a que la famosa ecuación $E=mc^2$ y la teoría del universo curvo se cumplan para llegar a visitar esa época de nuestra ciudad. Estas *Memorias* y la imaginación nos facilitan el viaje.

La edición príncipe de la presente obra se imprimió en la tipografía El Lápiz, propiedad de Tulio Febres Cordero y sus hermanos, en el año de 1924. Su realización estuvo a cargo de los señores Julio Castellano Campos y Pánfilo Peña. Tres reediciones se han hecho, dos de ellas forman parte de sus obras completas. La primera se hizo en 1960, por la Editorial Antares, Bogotá, Colombia, con prólogo del ex Presidente Rafael Caldera. La segunda en 1991, en los talleres de Litografía Lila, de San Cristóbal, Venezuela, edición del desaparecido Banco

Hipotecario de Occidente. La tercera fue una separata del diario “Frontera”, de Mérida, en 1993.

La presente viene a ser la segunda edición en formato de libro; en ella se han corregido los errores encontrados en algunas de las anteriores publicaciones. Igualmente fueron incluidas las correcciones de la “fe de erratas” de la primera edición príncipe.

Esperamos que esta nueva impresión, publicada por la Asociación de Profesores de la Universidad de Los Andes (APULA) en homenaje a los 450 años de nuestra ciudad, se aproxime al proyecto imaginado por don Tulio Febres Cordero.

Sólo resta desear que el goce de los lectores gire en hallazgos para descifrar un poco más a esta Mérida, a esta “isla” encajada sobre una meseta.

LUIGI LOPEZ
Agosto, 22 de 2008
22:19 horas

Fases del libro

Historia antes que novela

En la novela, los hechos ocurren y se desenvuelven a voluntad del escritor, que los inventa y combina, según el plan que se haya formado de antemano, sin más traba que la verosimilitud. No sucede así en la historia, en que la pluma debe limitarse a describir los hechos en el orden y modo como se han efectuado, sin que el narrador tenga más libertad que la del comentario, o sea la de hacer en cada caso las observaciones críticas.

Sienta el autor tales premisas, porque este libro tiene visos de novela en muchas de las escenas que describe. Pero bajo esa general apariencia, sólo existe una historia íntima, real y verdadera, escrita con materiales viejos, conservados en notas de cartera y en el rico arsenal de los recuerdos. No se han creado personajes ni inventado escenas. Todo ha sucedido tal como se narra hasta en los detalles más insignificantes.

Asunto principal

Temprana pasión amorosa, noble y pura, en un muchacho de colegio, es el asunto principal del relato; y bien sabido es que este poderoso sentimiento, en todas las épocas y lugares, ha tenido el singular privilegio de comunicar un tinte novelesco a las escenas que origina, así en los triunfos como en las adversidades. De aquí el nombre de *Memorias de un Muchacho*. Un haz de

recuerdos de la adolescencia y primera edad juvenil, atado con el hilo de la romántica historia del precoz estudiantillo.

Fotografía de las costumbres

De maquinillas fotográficas válense hoy los viajeros —y también los que no lo son— para obtener las vistas que desean de este o aquel lugar. Paisajes, edificios, monumentos, tipos sociales, escenas interesantes de la vida privada, todo se reproduce instantáneamente, por vía de recuerdo, y se publica en cartulinas postales y periódicos ilustrados. La fotografía por sí sola historia hoy las costumbres en sus rasgos más salientes.

Pero con la vida pasada no puede hacerse lo mismo, tratándose de épocas en que se carecía de este recurso artístico o no se había generalizado. Hay que trazar esos cuadros por escrito, hay que describirlos en el conjunto y los detalles, para formarse idea de la vida y costumbres de un lugar en determinado tiempo. A ello tienden estas *Memorias*, que son propiamente un libro de costumbres, un espejo en que se reproducen con fidelidad algunos cuadros de la vida emeritense, correspondientes a la antepenúltima década del siglo XIX, con su sentimentalismo e ideología, reflejado en las fiestas públicas, en las ceremonias clásicas, en las diversiones sociales, en los tipos populares y en escenas íntimas de familia, bajo la hermosa disciplina del honor caballeresco y los santos preceptos de la moral cristiana.

Sobre el estilo

En materia de estilo, no ofrecemos nada nuevo. Es uno de los rasgos menos modificable, cuando es inveterado. Vaya un ejemplo de paridad. Empleando los mismos ingredientes, el mismo fuego y hasta la misma sartén, no todas las manos guisan de igual modo. Cada quien sazona a su gusto, porque en eso de aliñar, se obra siempre a discreción, sin reglas fijas. Así pasa en las letras. Tratando un mismo asunto, con la misma retórica y hasta con los mismos vocablos, la forma varía, sin embargo, de pluma a pluma. Ese es el estilo, una especie de sazón espiritual propísima de cada escritor. De aquí que se diga que el estilo es el hombre.

Sobre el lenguaje

Por lo que atañe al lenguaje, el que ofrecemos es llano y sencillo, acaso en demasía. La naturaleza nos ha negado los dones indispensables para hacer primores de orfebrería literaria. Procuramos, eso sí, que nuestros escritos estén al alcance de cualquiera que no tenga más conocimiento que saber leer de corrido, empleando para ello el lenguaje conocido y hablado generalmente, exento de los neologismos científicos y voces extranjeras innecesarias, que abundan en la literatura corriente, obligando a los lectores no ilustrados, —que son los más— a continuo abaniqueo de diccionarios; y si no los tienen, a consultar con el vecino o con el primero que les depare la suerte, la significación de cada flamante o enrevesado vocablo.

El idioma rey

El lenguaje puro de Castilla, el que perfeccionaron los clásicos y hablaron nuestros mayores, no necesita de muletillas exóticas para recorrer, triunfante en la expresión de los conceptos, todas las esferas del saber humano. Idioma rico, sonoro y abundante, fastuoso monarca del habla, que se da el lujo de tener para cada idea y hasta para cada cosa, distintas formas de expresión, pudiendo exponer varias veces un mismo concepto, variándole el traje en cada ocasión, ora magníficamente ataviado, ora vestido con decorosa sencillez, siempre con propiedad y elegancia. No tenemos, pues, por qué vestir de prestado nuestros pensamientos, metiendo mano en arcas ajenas, cuando tenemos en las propias tan rica provisión de prendas, de todas clases y hechuras, para todos los gustos y para todos los casos y circunstancias que puedan ocurrir.

Sobre moralidad

En punto a moralidad, creemos que no haya motivo para que se nos censure. Siempre tenemos en mente al escribir, que nuestras producciones puedan ser admitidas, sin escrúpulos ni sonrojos, en todos los hogares, aun en los más austeros. Huelga, pues, decir que no contiene la obra descripción de desnudeces ni pasajes que saquen los colores a la cara, especies que suelen ponerse en algunos trabajos literarios, como cebo o carnada para atraer mayor número de lectores y dar notoriedad al libro, convencidos sus autores de que más se alborota el vulgo con la ruidosa trompeta del escándalo, que con la dulce flauta de la moderación.

Ideas y creencias

En otro orden de alborotos, tampoco contiene el libro lectura que satisfaga a los que se pagan de ideas reformadoras o revolucionarias, ni de rebeldías baratas contra lo tradicional y clásico, inclusive las creencias religiosas. Nada de eso asoma por estas páginas, en que se describen cuadros apacibles de vida provinciana; y de provincia montuosa, de suyo más apegada a sus tradiciones y creencias. Se refieren a recóndita población de los Andes venezolanos, a la antigua y silenciosa Mérida, ciudad de espíritu salmantino y costumbres coloniales, escastillada en soberbios montes, celosa como Cantabria de su yo étnico, a la vez que pronta a recibir en su seno, con pompa triunfal, los elementos primordiales de la cultura moderna, según lo pregona su historia con bellos ejemplos.

Amor al campanario

La intención de esta obra no es artística, sino afectiva. En ningún paisaje intenta la pluma vuelos de águila por las alturas vertiginosas de la literatura moderna. Por el contrario, déjase ir, con aleteos de mariposa, a flor de la tierra amada, deteniéndose en sitios muy queridos, en misteriosos osarios de ilusiones, esperanzas y goces que pasaron para jamás volver. Por este carácter del libro, genuinamente lugareño, no aspiramos a más público que el que se otea desde las bellas torres de Mérida. El amor al campanario ha dado vida a estas *Memorias*, y al campanario se dedican, como fresca guirnalda tejida con ramas olorosas y tímidas florecillas segadas en el solar nativo.

Del mal, el menos

Para terminar, te recordaremos, lector, el dicho de Goldsmith: “Un libro puede ser agradable con muchas imperfecciones, y enojosísimo sin tener un solo defecto”. Si estas páginas no te agradaren ni despertaren en ti ningún interés, lo más que podría sucederte sería sentir pesadez en los párpados, cabecear un poco y quedarte dormido con el libro abierto en las manos. Aun en este caso, siempre nos quedaría el consuelo de haberte proporcionado un rato de sueño tranquilo, libre de sobresaltos y pesadillas, una siesta arcádica, por medio de un soporífero inocente, sin comprometer salud con otra clase de narcóticos. Viene bien una lectura sedativa, cuando superabundan las excitantes por toda la redondez del orbe literario.

MEMORIAS DE UN MUCHACHO

CAPÍTULO I

Secreta Excursión

Ni un rayo de sol templaba el airecillo glacial de la Sierra Nevada. Espesa niebla envolvía la ciudad: era día de helada, día húmedo y blanco, en que no se distinguía objeto alguno sino a muy cortos pasos. Para 1878, era este fenómeno más frecuente, y no impresionaban tanto como ahora los excesos del frío y la humedad. Poco a poco ha venido templándose el clima en las faldas de la monstruosa cordillera andina, lo que puede comprobarse con el estudio comparativo de la flora y la fauna al través de cuarenta años, en un mismo lugar, no menos que con el testimonio de personas ancianas dignas de crédito.

Nos referimos en esta sencilla historia a la silenciosa Mérida, de aquellos años, con sus plazas de mullido césped, calles desigualmente empedradas, por donde corrían las acequias en cauces de bronca piedra, y con aceras tan angostas y resbaladizas, que la caída era inevitable, si no se iba por ella con los cinco sentidos en los pies: la Mérida modelada todavía por el viejo patrón

colonial, con casas puramente encaladas, sin ningún color en los muros, anchas y rojas puertas de postigo, celosías de finísimos calados en madera, y patios pintorescos, de hermosos claustros, cerrados por sardineles de mampostería; la Mérida solitaria y triste por fuera, pero galante, caballeresca y profundamente romántica en la vida íntima, con serenatas de guitarra y canto al pie de las rejas, en noches serenas, como en la edad de los garridos trovadores; con bailes de alto coturno y danzas de complicadas figuras; con juegos de toros en la plaza mayor, vistosas cabalgatas de damas y caballeros y espléndidos frescos en las fiestas públicas; en una palabra, la Mérida concentrada en sus altas y ricas montañas, llena de recuerdos y costumbres tradicionales, siempre ansiosa, en espera de algún acto cívico, religioso o académico, para vaciar los pesados cofres de cedro o de caoba y lucir en los estrados, con garbo y gentileza, ropas de gala y esplendentes joyas, de pureza insospechable, rica herencia de linajuda familia o de algún patricio o guerrero de la Patria heroica.

Entre los estudiantes que en 1878 estaban para terminar el curso filosófico en la Universidad de Mérida, había un jovencito de diez y ocho años, prematuramente serio y moderado en su porte, delgado y flexible, de ojos grandes y lánguidos, en que se transparentaba un alma ingenua, ávida de conocimientos. Llamábase Horacio Viana; y si no merecía el primer premio como juicioso en la vida escolar, por lo menos era de los menos traviesos y de los más atentos en las aulas, figurando por ello en el grupo de los buenos estudiantes.

El día escogido para presentarlo al lector, lejos de mostrarse atento a la lección que tranquilamente explicaba

el catedrático, notábase cierta inquietud extraña en su semblante, desazón que manifestaba con rápidas y frecuentes miradas hacia fuera, es decir, hacia el patio del primer claustro, sembrado de rosas y envueltos en persistente niebla.

Ardía en deseos de quedar libre. Su pensamiento andaba muy lejos de las materias del texto de enseñanza. Tan luego termina la clase, el jovencito gana la calle, excusando con disimulo la compañía de sus camaradas. Camina de prisa hasta llegar a su casa, que dista algunas cuabras del viejo claustro. Apenas se detiene allí el tiempo necesario para dejar los libros de estudio sobre el escritorio y tomar bastoncillo de paseo; y vuelve a salir, mirando a todos lados con manifiesta inquietud, como quien teme ser detenido al comienzo de secreta aventura.

Resueltamente se dirige al barrio de Milla, oloroso a helecho e incinillo, dando rodeos por las calles, a fin de desorientar a cualquiera que pudiera observarlo. Su diligencia era de riguroso secreto. El casual encuentro con algún compañero de colegio, habría sido para el joven un gran fracaso. La niebla lo amparaba con inesperada eficacia.

Detúvose, al fin, después de muchas vueltas y revueltas, a la mitad de una callejuela, frente a una casa que no tenía de tal sino un pedazo de techo hacia la calle, apoyada en carcomida tapia, y una hoja de puerta sostenida con gazas de cuero crudo, allí donde en mejores días debieron officiar sólidos goznes de hierro. Era una miserable casucha. Llama con insistencia, y al cabo se entreabre la desvencijada puerta, sin dejarse ver la persona que la abría.

—Adelante, niño, dícele una voz ronca y temblorosa.

No espera el joven segunda insinuación. Pisaba sobre ascuas ante la idea de que alguna persona conocida, sobre todo algún pícaro estudiante, pudiera verlo por aquellos parajes. La puerta no abría sino lo necesario para escurrir el bulto una persona. No pudo, pues, ver al amo o inquilino del tugurio, sino al entrar, y su sorpresa fue muy viva.

— ¿Con que ésta es su casa, ño Juan?

—La misma, niño, y mande lo que guste.

— ¿Son tuyas las flores que se ven aquí desde la calle?

—Y tuyas también. Pero pase más adelante, porque el tiempo está muy húmedo.

El viejecito era un desyerbador de calles harto conocido, que varias veces había hecho su oficio en el frente de la casa del doctor Viana, padre de Horacio. Mezcla de labriego y hombre urbano, usaba ropas de gran señor, aunque en malísimo estado. Aquella mañana tenía un paletó de color indefinible y sombrero de copa, caritativa herencia de algún caballero de doble estatura.

Cortésmente condujo a su inesperado huésped a un corredorcito angosto, con pavimento de tierra pisada, donde había por todo mueblaje una silla de suela, negra y lustrosa, sin respaldo, en la que hubo de sentarse el joven por no desairar al anciano, que lo miraba sorprendido y con razón, sin atinar en el motivo de aquella intempestiva visita. Mandarlo llamar o hablarle en la calle, habría sido lo más fácil, pues cotidianamente pasaba por la casa en que vivía aquel caballerito. No sospechaba que la visita no era por él, sino por las flores. Horacio las había visto por encima de la barda en no lejana ocasión.

— ¿Vive usted aquí con su familia?

—Hace ya algún tiempo que vivo solo, solo, le contestó con tristeza.

—¿De suerte que este jardín tan bello?...

—Lo he formado a raticos, dijo el viejo con cierta complacencia.

—¿Y vende usted las flores?

—Pocas veces. Para algún baile o matrimonio muy sonado, suelen comprarme algunas. No las tengo por negocio, sino por gusto y para ponérselas a los santos.

En el extremo del corredorcito picaba una gallina algunos granos de maíz en un fragmento de artesa; y más allá, un enorme gato miraba al joven con ojos rencorosos, por haberse visto arrojado violentamente de la silla de suela, donde a la sazón echaba un sueño con gran holgura. No había, por lo visto, más seres vivientes en la escuálida casucha. En cambio, el huerto era digno de un palacio, por la variedad y hermosura de las flores.

El joven miraba extasiado el espléndido jardín y volvía los ojos con sorpresa hacia el humildísimo jardinero. En su exaltada fantasía, colmada de románticos ideales, parecía ver en la rara figura del viejecito un gnomo o misterioso enano, guardián de alguna princesa, que allí vivía encantada bajo las frondas de semejante huerto, donde las trepadoras, lanzando al aire largos y florecidos ramos, formaban elegantísimas combas, atrevidos arcos y doseles de incomparable estructura, digno de la diosa Primavera.

Con la venia de ño Juan, el joven se adelanta entusiasmado a recorrer las húmedas y estrechas callecitas que separaban las eras o cuarteles, donde crecían, en admirable desorden, lirios, azucenas, rosas, claveles de vario matiz, y muchas otras flores y plantas aromáticas;

pero lo que más deslumbra los ojos del estudiante es un hermosísimo clavel rojo, salpicado de rocío, esbelto y único sobre el débil tallo, de tal magnitud, que podía confundirse de lejos con una rosa purpurina.

—¡Qué maravilla! exclama embelesado.

—¿Quiere usted vendérmelo?

—Puede llevarlo niño, si tanto le gusta.

Y esto diciendo, lo desgaja él mismo, con temblorosa mano, para entregarlo a Horacio. Este lo recibe con la alegría de quien halla al fin el objeto precioso que tanto buscaba. Da algunos centavos al amable viejo, de quien se despide en el acto, rebotante de júbilo. Su diligencia concluía del modo más satisfactorio.

Antes de salir tuvo la precaución de ocultar muy bien la preciosa flor en uno de los bolsillos del saco. El día empezaba a despejarse, y las calles pronto estarían más concurridas, lo que era en realidad un peligro para el joven. Efectivamente, el sol, después de jugar un rato al escondite con las nubes que lo rodeaban había salido triunfante a campo azul y derramaba luz y alegría por todas partes. Pero la callejuela estaba desierta. Horacio se dirige entonces hacia Belén, y de aquí, por la calle del Silencio, hasta llegar al barrio de los sauces funerarios y las rosas blancas sin perfume, al doliente barrio del cementerio.

Súbita niebla viene a empañar entonces, no ya el aire que respira, sino el límpido cristal de sus ilusiones. El alma del joven se concentra en un recuerdo, y vuela ligera a posarse, como tímida paloma, sobre las frías baldosas de una tumba, sombreada por tupida arboleda de naranjos, cuyo ramaje sombrío descollaba sobre las blancas paredes. ¡Allí dormía el sueño eterno su idolatrada madre! Horacio

le envía en hondos suspiros toda la ternura del amor filial y, acelerando el paso, continúa su caprichosa excursión, hasta llegar a su casa, rendido de cansancio, lleno de inquietud, en busca de un solo e insignificante objeto: ¡el clavel rojo!...

Al verse en su aposento, sin testigos, ni temor alguno de ser descubierto, respira con gran alegría, saca del bolsillo la preciada flor, contéplala extasiado, aspirando con delicia su suavísimo aroma, mezcla de clavo y de canela, y luego, la guarda bajo llave en un baúl de su exclusiva propiedad. Eran las diez de la mañana.

No se imaginará el curioso lector que la destinaba para perfumar la ropa, ni menos para hacer algún estudio de botánica, pero allí ha de estarse, en estrecha prisión, mientras damos cuenta de ciertos antecedentes sustanciales, que deben ir en capítulos separados.



CAPÍTULO II

Primeras impresiones

La niñez de Horacio había corrido apacible en el seno de una familia ejemplar por la ternura de los afectos y la severa disciplina doméstica. Era el muchacho de una sensibilidad delicada y extrema. Llevaba siempre frescas en el alma las flores del cariño filial, a la vez que procuraba no apartarse de los sabios consejos de su padre, a quien amaba y temía entrañablemente.

Al lado de los recuerdos de esta niñez dichosa, tan profundos e imborrables, Horacio conservaba en su corazón los de otra casa amiga, donde había recreado también su espíritu infantil, lugar predilecto de sus juegos y obligado refugio contra la justa reprimenda de sus padres o la tiránica disciplina de la escuela; casa donde había dejado estampada la huella de sus primeros pasos de vida, de modo tan endeble como en el propio solar de sus mayores.

Antiguas y cordiales relaciones de los padres de Horacio con un alto dignatario de la Iglesia, venerable e ilustre canónigo de la Catedral de Mérida, vinieron a

establecer estrecha comunidad de afectos entre ambas casas. En la del Canónigo, eran pocas las personas que formaban el núcleo solariego de la familia; pero había de antiguo una servidumbre digna de todo aprecio, no alternativa o remudable en cortos períodos de tiempo, como ahora acontece, sino vinculada en la casa por lazos de cariño y fidelidad a toda prueba.

No había allí sitio que no hubieran hollado las plantas de Horacio, primero como niño travieso y luego como tímido adolescente. Ya hombre, solía ver con dulce fruición aquí la jarra que había desorejado *in illo tempore*, o la tallada piedra en el brocal del pozo, contra la cual se había roto la frente saltando de niño; y allá la enorme caja o la tentadora alacena, frente a las cuales esperaba en actitud beatífica que cariñosa mano le diese la codiciada fruta o el apetecido dulce. Por todas partes huellas y vivos recuerdos.

No era una singularidad para Horacio estas tiernas contemplaciones. Sus hermanos y hermanitas, lo mismo que una salerosa niña del vecindario, gozaban de iguales fueros en aquel amable recinto, de costumbres patriarcales, donde no había niños en la familia, y sin embargo los tenía como huéspedes a toda hora, alegrando la casa a manera de bulliciosa bandada de pájaros.

Edificio antiguo, de baja construcción, grave, espacioso, casi sombrío. Tenía algo de conventual o religioso. A ello contribuían las imágenes y los objetos sagrados de uso del Canónigo, quien se hallaba lejos del patrio suelo, desde 1873, obligado por injusto destierro, no menos que la sugestiva recordación de que tan apacible e imponente morada había servido de palacio a dos Obispos, los ilustrísimos señores Lasso de la Vega y Unda.

Todavía conservaba uno de los salones el primitivo nombre de *La Curia*.

Y para colmo de la apariencia monástica que ofrecía el vetusto edificio, en cierta noche triste del año 1874, Horacio recordaba haber visto a las vírgenes del señor, las monjas clarisas, atravesar un trecho de calle, en silencioso desfile, para asilarse en aquella casa hospitalaria, cuando entre lágrimas y sollozos abandonaron para siempre, compelidas por una ley tiránica, el gran monasterio construido a través de los siglos, a expensas de sus peculios de familia.

Muchos rosales en el patio, sardineles en torno del claustro y en el amplio zaguán del pórtico; fuertes columnas de mampostería, puertas macizas y muy bajas, salones semioscuros, sillones de vaqueta de alto respaldo, todo, todo conspiraba bajo aquel techo, cubierto de musgo y parietarias, para retrotraer el espíritu a la edad de los ensueños románticos y las costumbres gótico-moriscas de la España clásica.

No diremos que allí conoció Horacio a la salerosa niña de que se ha hablado, sino que en su dulce compañía abrió los ojos a la luz de la razón y entró triunfante por los umbrales de la vida, compartiendo con ella juegos e infantiles travesuras. ¿Su nombre?...Lucila la llamó después en sus íntimos cantares. Inquieta, espiritual, llena de donaire en el porte y la manera de expresarse, la chiquilla era un primor de simpatía entre propios y extraños.

Era Horacio su compañerito predilecto, y el que la servía en los juegos como galante pajecillo, atraído por sus voces y graciosos ademanes. Cuando dormía la muñeca, se le acercaba caminando de puntillas, con el

dedito índice sobre los labios, para que le colgase la diminuta hamaca de los pies de una mesa o de las ramas más fuertes a la sombra de los rosales; y le hacía acarrear sillas, tablas, alfombras, y otros menesteres para improvisar una casa, que luego poblaba de caprichosos juguetes. Era un carácter en flor, que se imponía con la magia de sus hechizos.

Mitad italiana, mitad criolla, de voz dulce y argentina, tenía negros, muy negros y chispeantes los ojos.

*“¿Quién ríe, quién llora?
¿Quién habla, quién grita?
Es que está cantando
La saboyanita”.*

Como en las infantiles cantatrices de Saboya, la garganta de Lucila era una orquesta. El llanto, la risa, el habla, los gritos, todo en ella era musical y armonioso. Escapábase como una avejilla de la honorable casa de sus padres, grande y hermosa, semejante a un palacio; pasaba por el hueco sin balaustres de vieja ventana abierta en un muro divisorio, que daba a la repostería de la casa del Canónigo, y revoloteaba bulliciosa un rato por las galerías y aposentos, alegrando con sus gracias y risas la sombría morada.

Esta ventana entre las dos casas era un recurso para comunicarse íntimamente ambas familias, sobre todo en casos de guerra u otras circunstancias, evitándose así el tránsito por la calle.

A veces tomaba del brazo a Horacio, grave y circunspecta, para recorrer los largos corredores, después de haberse ceñido al flexible talle alguna mantilla u otra tela; y muy ufana y gentil volvía el rostro para mirar por

encima del hombro la cola que le arrastraba en las frías baldosas. Eran graciosísimos ensayos de aristocrática dama.

Poco a poco, al entrar en más años, fue moderándose entre Horacio y Lucila esta íntima confianza infantil; y sin darse cuenta de ello, al natural y expansivo tratamiento de *tú*, sucedió el convencional de *usted*. Causas varias vinieron a hacer menos frecuentes estas plácidas recreaciones. Las exigencias de la escuela y el colegio, las temporadas que ella solía pasar en el campo y otros motivos por el estilo, acabaron por alejarlos de tan dulce trato, aunque sin entibiar en nada la mutua simpatía.

Aunque de pequeña estatura, hallábase ya Lucila en ese tránsito indeterminado de niña a mujer, cuando las gracias femeniles se acentúan y subliman, envueltas en un no sé qué de misteriosa vacilación antes de entrar por las puertas de un mundo nuevo, apenas columbrado en lontananza a través del blanco cendal de la inocencia.

Horacio había cumplido catorce años y estudiaba sintaxis latina en la Universidad de Mérida, con el tesón y la formalidad con que entonces se estudiaba la clásica lengua del Lacio. Un día, en que volvió a verse con Lucila después de larga ausencia, esta se le acerca, aparentando mucha gravedad, en momentos en que nadie podía oírla, y le dice en son de queja con la mirada honda y picaresca:

—Horacio, tengo motivos para estar muy quejosa de usted.

—¿Y por qué? —le pregunta con gran sorpresa el tímido mancebo, ante aquella inesperada salida.

—¿Cómo por qué? ¿Acaso es poco que tenga usted ya una novia muy linda y no me lo hubiera dicho?

El chico se puso rojo como una amapola.

—¡Una novia! — exclamó turbado.

—Sí, señor, y me lo ocultaba usted, cuando todo el mundo lo sabe. ¿No soy ya su amiguita de confianza?

—¡Como no, Lucila, pero...

—No hay pero que valga. Usted me trata ya como una extraña, y por eso estoy muy sentida.

Y la seductora niña, con su trajecito corto, su genial viveza y el aire señoril que prematuramente la distinguía, lanzando de soslayo sobre su amiguito una mirada intensa de triste reconvención, huye de su presencia, dejándolo plantado y confuso en uno de los ángulos del silencioso claustro, donde había tenido lugar esta rápida escena.

¡Misterios del corazón! Quién habrá de creer que la queja de Lucila era muy justa: hacía casi un año que Horacio tenía un secreto para ella y no para otras personas. Este secreto era que ciertamente estaba enamorado de una hermosa chica, como se verá en el capítulo siguiente.



CAPÍTULO III

Idilio de la adolescencia

Cuando Horacio frisaba en los catorce años, entre los afectos que lo rodeaban, sobresalía el que profesaba a Lucila, sin que pudiera precisar desde cuándo ni por qué motivo tenía esta predilección tan íntima, de naturaleza inexplicable para sus cortos años, por ser distinta de la que producen los vínculos de la sangre; y acabó por confundir este hondo afecto con el que se tiene a personas extrañas, con el cariño que el mundo bautiza con el nombre común de amistad. Lucila era, pues, su primera y más íntima amiguita.

Para un criterio de niño no había en esta conclusión la menor duda. Pero ya inquietaban su corazón, de manera vaga, anhelos indefinibles de un culto femenino, puramente ideal. Pensaba entonces en Lucila, se sentía arrastrado hacia ella de manera irresistible. Sin embargo, creía cometer una profanación, un gran atrevimiento convertirla en objeto de estas secretas aspiraciones de su alma.

—¡Ah! —decía el mancebo en sus hondas cavilaciones— ¿Cuál no será su sorpresa a la primera

palabra que le diga? ¿Con cuánto enojo me rechazaría, al ver que de fiel amigo me torno en pretencioso galán? ¿Con qué garbo y gentileza me daría la espalda, declarándose ofendida? ¡Oh, no, no le diré nunca nada!

El chico le tenía miedo. Ejercían los múltiples encantos de la niña tan absoluto señorío sobre su voluntad, que se había acostumbrado a amarla y servirla como humilde súbdito, sin pensar jamás en que pudiera el corazón de Lucila enlazarse al suyo en dulces e idílicos coloquios. Esto le parecía imposible: la chica era a los ojos de Horacio una verdadera princesita, intangible, muy lejos de sus aspiraciones y esperanzas.

Tal era el estado de ánimo en que se hallaba el jovencito, cuando el dios Cupido, a quien pintan vendado, tuvo los ojillos muy al descubierto y perspicaces para escoger el momento de herir. ¡Zas! La saeta dio en el blanco, quedando clavada en el pecho del inexperto adolescente, ante una chica hermosísima, de ojos negros y serenos, una niñita de escuela, tierna y elegante como un botón de rosa.

Parecióle muy simpática el primer día, muy seductora luego, e incomparable después, viniendo todo a parar, en lo que paran siempre estas mudas e intensas contemplaciones: en erigirle un trono de flores en su corazón, para sentarla allí como soberana, poniéndole por respaldo, en forma de aurora boreal, los primeros vagos resplandores de su tierna fantasía.

Velaba las ocasiones para verla pasar, buscaba pretexto para visitar el barrio de su casa, hacía de centinela en alguna esquina a la hora en que la chica salía de la escuela, devanándose, en fin, los sesos, pensando en el dichoso

instante en que pudiera decirle a solas aquellas dos mágicas palabras, antiguas como el mundo, siempre nuevas y siempre hermosas: ¡te amo!

Casi cuatro años duró en el alma de Horacio esta bella ilusión, este continuado sueño color de rosa, tiempo en que apenas llegó a entreabrir a los ojos de Blanca (tal era su nombre), la perfumada flor de sus ensueños. Eran raras las ocasiones en que podía acercarse a ella. Ruborizábase la tímida niña, articulando alguna palabra de dulce cortesía; pero nunca en sus hermosas e inocentes miradas había la menor centella de amor, sino candoroso sentimiento de infantil gratitud.

Muy tierna aún, tenía ya en torno tres jovencitos que admiraban su imperial belleza y le ofrendaban flores de casto amor. Justo es reconocer que estos cortejos, aunque respetuosos y cándidos, eran demasiado prematuros. Pero vaya usted a someter a determinado número de años o a plazos fijos estas primeras e irresistibles expansiones en el florecimiento de la vida.

¿Y Lucila? Horacio la veía de cuando en cuando, pero ya sus entrevistas eran menos comunicativas, sobre todo a partir de la escena descrita, cuando ella habla a Horacio por primera vez de sus amores con Blanca. Ni una palabra volvió a decirle en tal sentido; y por su parte el jovencito temblaba de imaginarse que volviera a hacerlo.

No era un secreto en el círculo de las relaciones de Horacio, la preferencia con que este miraba a Blanca, ni él mismo excusaba declararlo; y sin embargo, lo turbaba sobre manera el que Lucila lo supiera. Cuando estaba en presencia de esta, se sentía como humillado, lleno de sobresalto, de algo parecido a la influencia de un hechizo,

que solo Lucila ejercía siempre sobre las tiernas facultades de su alma.

Día por día se alejaban más en el trato, no de propósito, sino en fuerza de circunstancias inevitables. No tenía Horacio la menor confianza en la casa de los padres de Lucila ni en otras de la misma familia donde ella solía pasar temporadas. Solamente en la antigua casa del Canónigo podían verse, lo que no ocurría ya con la frecuencia de otros días.

Llega, por fin, el tiempo en que la natural viveza del carácter de Lucila, que de niña se derramaba en la música de sus risas, en la gracia de sus dichos y en el despejado airecillo de sus modales, viene a convertirse en una aureola de espiritualidad intensa y romanesca, que circunda su cuerpecito de gentiles formas, realzando la simpática expresión de su rostro, no menos que el penetrante fulgor de sus miradas. Lucila era ya mujer.

La noche del 2 de octubre de 1876, la sociedad de Mérida estaba de fiesta. Dábase el primer gran baile en obsequio del doctor Jesús Muñoz Tébar, notable caballero y hombre público, enviado de Caracas por el general Guzmán Blanco con el carácter de Delegado Nacional, a consecuencia de la revolución armada que, en julio del mismo año, había privado del mando, como Presidente del Estado, al general Pedro Trejo Tapia. Esta reunión se efectuaba en la casa solariega de los Albani, en la hermosa mansión de los padres de Lucila.

Los amplios salones y las galerías del segundo piso estaban colgados de ricas telas, lámparas esplendentes y figuras de flores por todas partes. Treinta y cinco damas, ataviadas para la danza, con trajes en que predominaba el

blanco y rosa, lucían raras prendas de belleza en este gran sarao, de los más espléndidos habidos al pie de la Sierra Nevada en aquel tiempo.

Entre las damas figuraba Lucila con particular donaire. Parecía que algún sabio encantador hubiera pronunciado sobre ella palabras de mágico efecto, porque a todos cautivaba, no solo por el primor y exquisito gusto de su tocado, sino por el ambiente ideal y romántico que envolvía su cuerpo de poca estatura, pero esbelto y gracioso, semejante al de esas chicas de pie breve, mirada ardiente y saleroso andar, que cruzan ligeras, como sugestiva visión, por la tibia y perfumada estancia de un palacio morisco.

Caballeros muy cultos y distinguidos se disputaban el placer de bailar con ella. Horacio, muchacho todavía, estaba en el baile como simple espectador. Era el primer sarao de aquella entidad a que asistía el mancebo. Como atraído por un hechizo, seguía con los ojos a Lucila por todas partes, ora cuando recorría los salones entre las demás parejas, ligera y fantástica como una hada, en el torbellino del valse o la mazurca, ora ondulante, avanzando o retrocediendo con rítmicos movimientos en la clásica danza de figuras.

En un intervalo, después del ambigú, ambos se encuentran casualmente al atravesar uno de los salones. Horacio se detiene embelesado. Apenas había tenido ocasión para saludarla muy ceremoniosamente, por hallarse Lucila en compañía de otras damas. Jamás la había admirado de cerca tan ricamente ataviada. Ella se detiene también, saluda con sonrisa encantadora a su amiguito de infancia, y le dice, mostrándole sus manecitas vacías:

—¿Ha visto usted mayor distracción? Ando en busca de mi abanico. Sin duda lo dejé olvidado en alguna de estas consolas.

Adelántase Horacio con presteza hacia la más próxima que ella indicaba, pero no estaba allí el abanico. Busca en otra y otra, detrás de los jarrones que sostenían enormes ramos de flores, hasta que aparece el precioso objeto. Ella seguía maquinalmente a Horacio interesada en el hallazgo. Dióle las gracias alegremente, dirigiéndose luego al ángulo más próximo del salón, solitario en aquel momento. Horacio caminaba a su lado mudo de admiración.

La concurrencia de damas y caballeros estaba a la sazón repartida aquí y allá en varios grupos, formando animadas y bulliciosas tertulias. El instante era oportuno para hablar con Lucila, y el jovencito lo aprovecha, cosa que le pareció muy natural, porque, salvo el mutuo e involuntario alejamiento, no había motivo alguno que pudiera interrumpir entre ellos las cordiales relaciones nacidas en la infancia.

Horacio estaba tan absorto, que no sabía qué decirle.

—¿Y cómo le parece el baile? —pregúntale ella, batiendo con exquisita gracia el lujoso abanico, cuyo perfumado airecillo llegaba al corazón del mancebo como una caricia suave, deliciosa e incomparable.

—¿El baile? No sé cómo pintarle mis impresiones. Me parece un sueño hallarme aquí en una reunión tan brillante y magnífica.

—Me complace mucho saber que esté tan contento.

—Y yo me congratulo también con usted, que bien merece felicitarla por la parte directa que le toca en el éxito de la fiesta, como señorita de la casa.

—Es una partecita muy insignificante por cierto.

—Pero hay otro motivo de felicitación para usted solita.

—¿Para mí sola?... ¿Cuál será? —le pregunta con viva curiosidad.

—Porque baila usted divinamente. Ya lo sabía de oídas, pero viéndola esta noche me he convencido de que tienen sobrada razón los que tal dicen.

Mirólo fijamente Lucila, entre sonreída y ruborizada, ante aquel inesperado homenaje, ciertamente raro en labios de Horacio.

—¡Ah! Una florecita de cortesía, pero no una cosa verdadera. ¿Verdad? Y dígame ahora ¿por qué no ha bailado usted?

—Por la sencilla razón de que nada sé todavía de valse ni de figuras.

—Pero he oído decir que ya bailó usted en días pasados.

—¡Eso fue un bailecito de muchachos por mero juego. Saque usted cuenta que el motivo fue celebrar el bautizo de una muñeca.

Lucila no pudo reprimir la risa, y con picaresca intención, que no se escapa a Horacio, le dice como filosofando:

—Pues ¿qué le parece? Gózase más bailando por juego, que en estos bailes formales y serios. ¿No es cierto?

En el bailecito de niños a que se referían, Horacio había hecho su estreno bailando una pieza con Blanca. Las últimas palabras de Lucila tenían cierto tonillo enigmático de simulada persuasión. El mancebo se corta visiblemente, y sin dar contestación categórica, apenas le dice con gran timidez:

—Según y cómo Lucila, porque si supiera bailar y no fuera tan muchacho... Horacio se contuvo.

—¡Ah! pues es claro, estaría usted bailando y pasaría el rato más entretenido.

—No, no era eso lo que quería decirle, sino saber de usted...

La voz del jovencito denotaba inusitado temor y una emoción profunda. No se atrevía a concluir la frase.

—¿Deseaba saber qué? —pregúntale ella a media voz, con mucha dulzura.

—Si supiera bailar ¿me aceptaría usted esta noche como pareja?

En la expresión de los ojos de Lucila píntase la mayor sorpresa.

—Horacio—le dice, recalcando una a una sus palabras—, ¿Esa pregunta a mí...a mí?

Y al repetir estas últimas voces se golpeaba levemente en la mitad del pecho con el precioso abanico, confundiéndose en trémulas ondulaciones de belleza la cándida pluma, el vaporoso encaje del corpiño y los fúlgidos cambiantes de valiosa gargantilla, palpitante todo sobre el tibio seno, tesoro de virginales encantos.

—Es muy natural —le dice Horacio en extremo conmovido —porque no figuro todavía en los salones como formal caballero.

—Pero es una prueba más de que trata usted como extraña a una amiguita de la infancia.

—¡No, Lucila, eso jamás!

—O supone usted que yo he variado mucho. Soy siempre la misma.

—Y yo también, Lucila, siempre el mismo.

—¿Usted el mismo?...

Y movió su cabecita con aire de incredulidad, envolviendo a Horacio en una mirada investigadora, en que había algo indefinible y recóndito.

La orquesta ahogaba en estos momentos el rumor de las conversaciones con las notas de una pieza de baile. Lléname el salón de parejas, y apuesto joven se dirige a Lucila para invitarla a bailar.

—Hasta luego, Horacio —le dice rápidamente con voz dulcísima, cambiando por completo la expresión de sus ojos—. Otra vez no me haga preguntas de esa clase.

Y apoyándose gentilmente en el brazo de Luis, joven caballero que la pretendía y de quien no excusaba oír palabras de amor y de ventura, ambos empiezan a danzar, confundiéndose allí mismo en la caprichosa y reglamentada locura del baile. ¡Estaba radiante!

Pero la aureola de felicidad en que el tímido Horacio la veía envuelta, la íntima satisfacción de sus triunfos, como mujer guapa y seductora, antes que comunicarse a su corazón de fiel amigo, producían en él un efecto contrario: lo oprimían con un pesado manto de tristeza.

—¡Qué es esto, Dios mío! —se decía el inexperto muchacho—¿Por qué no comparto con ella la felicidad que respira? ¿Por qué no me enorgullecen los homenajes que en público se le rinden ni los galantes obsequios de sus adoradores?...

Un mundo de recuerdos se agolpaba en la mente del joven. Deseaba verla así, vaporosa y espléndida, con su elegante tocado de baile; quería oír aquella música apasionada y aspirar los suaves perfumes que la acompañaban, pero no allí, en estancias llenas de luz,

colgadas de ricas telas y henchidas de gente alegre y festiva, sino allá en la solitaria mansión donde jugaba de niño con ella, en la vieja y apacible casa, de toques románticos y ambiente patriarcal, en el silencio del claustro, en la semioscura estancia o bajo la fresca sombra de los rosales del patio, sin que nadie pudiera turbar su dicha ni privarlo de la dulce y aislada compañía de la encantadora niña.

Estas ideas, empapadas en el más hondo sentimiento, dominaban en absoluto a Horacio y lo ponían triste, muy triste, mientras se hallaba dentro del radio de los hechizos de Lucila, en los bailes y reuniones donde llegaba a verla ya mujer, cuando era él todavía un muchacho. Volvía luego los ojos a Blanca, la tierna y hermosa niña, a quien francamente rendía homenajes de amor, y renacía en su corazón la alegría, envuelta en fragante nube de ensueños y esperanzas.

Lucila era un gran afecto existente en su alma, no sabía desde cuando: estaba en la bruma de los primeros recuerdos. Quererla, no era obra de su voluntad, sino del destino, que la puso allí, tan cerquita de su corazón para alegría y ornato de la bendecida infancia.

El afecto que sentía por Blanca era, al contrario, obra de su voluntad y elección. Al verla por primera vez, el imán de la simpatía produjo su efecto: se sintió inclinado hacia ella por la suave tensión de misterioso hilo. Era la atracción de la Belleza, ejercida por un tipo acabado de femenina hermosura; y puso en alto a la encantadora niña, para ofrendarle flores y pensamientos del más tierno afecto.

¡Ah! pero en el corazón de Horacio había acumulado un gran combustible desde los días de la niñez,

combustible próximo a incendiarse de manera violenta, a medida que entraba en años. La gran pasión, el amor ardiente y profundo empezaba apenas a manifestarse en el ingenuo muchacho a modo de infiltración extraña y sutil, que excitaba todo su ser, por medio de punzantes recuerdos, repentinos cambios del pesar a la alegría y vacilaciones indefinibles entre dos ideales, entre dos fuerzas de irresistible atracción: Lucila y Blanca.

Ya veremos, un año después, cuando el adolescente vino a ser joven de más carácter, la manera ruda, tormentosa y decisiva con que había de estallar en su pecho este fuego abrasador e inextinguible.



CAPÍTULO IV

En torno de un periódico

Parece que la rueda del tiempo gira con más lentitud en la mocedad que en la vejez. Cada año es interminable para la juvenil impaciencia. Horacio había cumplido los diecisiete años, y a pesar del desarrollo físico, era tímido por naturaleza, y tenía fresca y candorosa el alma como en los primeros días de la adolescencia. Su educación moral había corrido bajo la severa y filosófica égida de un padre modelo, que supo ser tierno y solícito, conservando en toda ocasión la austeridad de un carácter catoniano. Dulce y accesible en la expansión de los íntimos afectos; rígido e inquebrantable en la cotidiana batalla por el triunfo del deber y la justicia. Tal era el doctor Antonio Viana. Horacio lo miraba desde niño como un oráculo, y temblaba ante la sola idea de causarle el menor desagrado.

¡Oh, indefinible edad! Aquella edad en que, sin medir la trascendencia personal del hecho, dejamos el pantalón corto y los juegos infantiles, para vestir varoniles arreos y comparecer gallardamente en el escenario de la vida,

llena la mente de ideales, en pos de rosas y aplausos, como paladines de la garantía y del honor; edad en que la naturaleza misma, con irresistible impulso, nos obliga a parecer bien a los ojos de todos, exagerando el pundonor en el alma y la presunción en el cuerpo.

¡Nos creemos hombres y aun obramos como muchachos! Edad en que no se perdonan pecados contra el arte y la elegancia al sastre ni al zapatero; y en que se fulminan vanos anatemas contra la pobre aplanchadora por la más leve arruga en la tersa holanda de la camisa; edad en que sometemos hasta en los más mínimos detalles de la indumentaria al rigor tiránico de esta regla única: el patrón de la última moda.

Edad, en fin, en que bullen, al calor del entusiasmo y en brillante confusión, las altas ideas y nobles sentimientos; en que el corazón se caldea y templea sobre las brasas de humeante pebetero, apercebido para ganar sonrisas y dulces miradas en francas lisas de amor y caballerosa cortesía.

Un incidente, al parecer ajeno a esta verídica historia, vino a producir en el ánimo de Horacio impresiones inexplicables, más hondas que las recibidas en la breve entrevista con Lucila la noche del suntuoso baile en obsequio de Muñoz Tébar.

Eran días de fiestas públicas. La plaza mayor de Mérida, desde los tiempos coloniales, era circo obligado para el juego de toros. Al efecto, se cercaba en contorno con una fuerte barrera de varas horizontales, liadas con bejucos a otros maderos clavados en tierra de trecho en trecho. Apoyados en esta empalizada, se construían del lado fuera los tablados o palquetes cubiertos con lonas y

adornados con telas de colores, lo que daba a la plaza un aspecto original y pintoresco.

El toril se construía indefectiblemente en la esquina donde entonces existía la Casa Cural del Sagrario, sobre la cual levantó el Illmo. Señor Silva su primer palacio episcopal, destinado ahora a Seminario Conciliar.

Sin toros no había fiestas. Es la diversión favorita de la masa del pueblo. La gente de los contornos acudía por oleadas. A las tres de la tarde, hora acostumbrada para empezar la corrida, ya los espectadores formaban una barrera humana detrás de la cerca de madera, sin hacer cuenta de las familias que ocupaban los tablados y las que llenaban los balcones de las casas de la misma plaza, inclusive los de la Cárcel-Cuartel, cedidos también al intento. No existía para 1877 el Palacio Municipal o Casa de Gobierno, que se inauguró más tarde, en 1883.

Precedía siempre a la corrida numerosa cabalgata o gran paseo de los toros por las calles principales, acto en que lucían sus encantos y dotes tradicionales de equitación crecido número de damas, ataviadas con mucho lujo. Era una espléndida cabalgata, que terminaba con el encierro de los novillos en el toril y luego con un refresco servido a las damas en la casa de alguno de los capitanes de la corrida.

Diestros ganaderos marchaban siempre junto a los toros, a fin de evitar que se desgaritase alguno en las bocacalles, lo que solía ocurrir cuando los bichos iban demasiado inquietos en medio de tanto ruido de pólvora, música, golpe de casquillos y rechinar de arneses. Casi siempre pugnaban en cada esquina por abrir brecha en el tumulto para recuperar su peligrosa libertad.

En uno de estos días de fiesta, después de los encierros de los toros, cuando ya las amazonas, con su numeroso séquito de caballeros, salían del circo por la puerta de la esquina del Monasterio de Clarisas, notose que iba espantado por la música y cohetes un bizarro y finísimo potro castaño oscuro, que montaba con gentil denuedo una tierna y distinguida dama, llena de atractivos. Enamorada de la noble presencia del animal, aun a sabiendas de sus muchos bríos, no había tenido inconveniente en aceptarlo, confiada en que no pasaría su fogosidad de meras cosquillas y airosos movimientos.

Los jinetes que la rodeaban, en viendo el creciente espanto del caballo a cada detonación de pólvora, y considerando cuán débiles eran las fuerzas de la bella amazonita para sofrenarlo, trataron al punto de cerrarle el paso y contenerlo, ya frente a la Capilla del Monasterio. Pero el arrogante bruto, ganoso de huir, levántase de súbito en dos patas, tasca el freno y se lanza desbocado calle arriba, dejando a todos en suspenso y llenos de la más viva angustia, por el peligro inminente que corría la vida de la hermosa niña.

De las puertas y ventanas de las casas y de los grupos de gente que se dirigían a la plaza, salen gritos de sorpresa y de terror.

—¡Santo Dios!

—¡La va a matar el caballo!

—¡Virgen Santísima, amparadla!

El animal corría a galope tendido, amenazando llevarse en el ímpetu de la carrera cuanto obstáculo se le opusiese. No obstante este vertiginoso escape, la joven se mantenía firme en la silla, aunque con la tribulación que puede imaginarse.

Horacio no andaba a caballo, pero supo inmediatamente en la calle el peligro que corría Lucila. ¡Era ella la heroína del caso! No cabe pintar lo que pasa en el ánimo del muchacho. Corre desalado hacia donde se dirigen otras personas relacionadas con la infortunada joven por la sangre y el afecto, llegando casi sin resuello hasta el atrio de San Francisco, en la parte alta de la ciudad. Allí se escapa de su pecho una instintiva exclamación de gozo.

¡Lucila estaba en salvo! Venía ya de la plaza de Milla en medio de gran número de caballeros, muy pálida todavía, correspondiendo con amable sonrisa a los parabienes que le dirigían por su milagrosa salvación. Fija de paso sus negríssimos ojos en Horacio, cuyo semblante demudado le dice con harta elocuencia la viva emoción que lo agita y la inmensa alegría de verla en salvo. El joven se descubre y la saluda con el sombrero en alto, saludo silencioso y expresivo que ella contesta moviendo graciosamente una de sus manecitas, y sonriéndole de paso.

Siete cuabras había corrido desaforado el indómito potro, hasta llegar a la plaza de Milla, donde andaban por casualidad algunos jinetes, entre ellos un tío de la atribulada niña, y a donde llegaron también, a todo correr, los caballeros que la seguían en fogosos caballos. Evolucionando todos de concierto y con presteza, logran acorralar y reducir al asombrado corcel, cuyo ardimiento y bríos eran más a propósito para desenvolverse bajo la férrea pierna de hábil llanero en plena pampa, que para lucirlos en urbanos torneos, poniendo en peligro la vida de aristocrática dama.

Volvamos al atrio de San Francisco, alta explanada que domina parte de la ciudad al comienzo del barrio de Milla. Allí queda, como una estatua, sobre la escalinata, sumido en hondos pensamientos, el joven protagonista de esta historia. Fuerte sacudida ha recibido todo su ser. Por unos instantes su alegría fue intensa, viendo tornar a Lucila ya en salvo, doblemente hechicera a los ojos de todos, que la admiraban por su firmeza en medio del peligro y por el atrevimiento de continuar impávida sobre el lomo del fogosísimo caballo.

Pero tan íntimo gozo tórnase luego en profunda melancolía, en un no sé qué de indefinible tristeza que envolvía su alma como una niebla, siempre que se acercaba a Lucila o venían a su mente los recuerdos de la niñez dichosa; niebla que se espesaba, tomando el color gris de tempestuosa nube, al considerar la dicha del que llegase a poseer el corazón de Lucila. Fijábase entonces en Luis, el más afortunado de sus varios pretendientes, quien la obsequiaba de manera ostensible en las reuniones sociales, y a quien ella parecía dulcemente inclinada.

Aunque de distinguida prosapia por ambas líneas, Horacio era muchacho tímido y pobre de bienes de fortuna, un simple estudiante de filosofía, con la sola esperanza de lejano doctorado en ciencias políticas y una clientela profesional más lejana aún y del todo eventual; a tiempo que la familia de Lucila, por línea materna, cifraba su principalía en la sangre y la riqueza conjuntamente, y era don Francisco Albani, su padre, también de estirpe nobiliaria y uno de los comerciantes más acaudalados de la ciudad.

Conformando Horacio sus íntimas aspiraciones con este alejamiento de Lucila, a que lo condenaba el destino, trató de ahogar en su pecho desde niño los gérmenes espontáneos del primer amor. Creía estar lejos, muy lejos de aquella niña, en torno de la cual habían de girar ricos y nobles pretendientes. Era para el pobre muchacho un sueño irrealizable.

Quiso también el destino que conociese a la dulcísima Blanca, cabal dechado de hermosura, gala de la alta sociedad como Lucila, pero sin riqueza que viniera a poner sombras de vil interés en sus tiernas e íntimas pretensiones.

No solo era Horacio asiduo estudiante, sino también oficial de imprenta. Trabajaba alternativamente en la imprenta de don Juan de Dios Picón Grillet, y en la del Estado, únicos talleres que había entonces en la ciudad, pues la imprenta fundadora de la respetable viuda de don José María Osorio, desde 1876 había sido trasladada a Rubio.

Varios compañeros de Horacio, contando con la ayuda de este como tipógrafo, emprendieron desde luego la fundación de un periódico literario. En la primera edad juvenil, dicho sea de paso, este vivo deseo de ocupar la prensa, más arraiga por lo común en la pasión amorosa, que en un sentimiento de verdadero culto a las divinidades del Parnaso. Ser escritor o poeta para cantar los propios amores, he aquí uno de los anhelos más punzantes de todo muchacho estudioso.

Tímido como una plantita de tiesto, que apenas se muestra al público al través de los balaustres de alguna reja, perfumado con tiernas flores de ensueño, así apareció *El Canario*. Por el pico inocente de esta avecilla literaria,

Horacio habla por vez primera de las intimidades de su alma, de su amor a Blanca, en una paginita que no brillaba ciertamente por la galanura de sus frases, sino por el hondo y melancólico sentir de un corazón ingenuamente romántico.

Estos párrafos en prosa, firmados con el seudónimo de *Amaury*, despertaron al punto viva curiosidad en la juventud galante. Todos preguntaban quiénes serían *él y ella*, en lo que influía ser del todo desconocido el autor y la novedad del periódico, pues no era para entonces muy frecuente la publicación de una revista semejante. Desde 1874, año de la tercera época del simpático *Heliotropio*, dirigido por el clásico escritor don José Vicente Nucete, no había en Mérida un periódico de literatura y variedades expresamente dedicado al bello sexo.

Miguel Olmedo, uno de los jóvenes redactores de *El Canario*, amigo íntimo de Horacio, estaba en el secreto del seudónimo. De paseo una tarde por la plaza Bolívar, hablaban del periódico.

—Olvidaba decirte —le comunica en reserva— que tu primer ensayo literario ha tenido buena acogida.

—¿De veras?

—Ha conmovido más de un corazoncito, por lo que se cuenta.

—¡Ah! si entre ellos estuviera el de Blanca...

—Nada sé respecto a ella. Es todavía muy niña para que pueda fijarse en esta clase de manifestaciones.

—A la verdad, tampoco yo le hecho saber que soy *Amaury*.

—Se trata de otra chica ya mujer, muy espiritual por cierto, a quien una amiga de confianza le llamó la atención sobre esa página de *El Canario*.

—¿Y bien?

—Leyola en seguida con la ingénita curiosidad de las mujeres, exclamando al terminar la lectura. —”Amaury...¿quién será Amaury?...” Y de alegre y festiva que estaba, púsose repentinamente meditabunda y triste. Ya ves, pues, alguna fibra muy delicada debió sentirse herida en aquel corazón de los más esquivos e incomprensibles.

—Vamos al grano —dícele Horacio, vivamente interesado en el relato—. Tengo derecho a saber quién es la chica.

—Tú la conoces mucho. Es la salerosa niña que canta y cose tras aquellas altas rejas.

—A Horacio le da un vuelco el corazón. Su amigo le señalaba una casa próxima harto conocida.

—¡Lucila! —exclama sorprendido.

—La misma. ¿Verdad que son caprichosas las mujeres?

—Sin duda ha pensado que aquel escrito pueda ser de Luis —titubeó Horacio.

—¿De Luis? Estás en la luna. ¿No sabes, pues, que hace poco rompió con él de manera rotunda?

—¡Oh, no! —articuló Horacio con gran asombro— ¿Por qué motivo?

—Por nada, puede decirse. Una leve contrariedad en un paseo de campo. Además, demasiado sabe ella que Luis no cultiva las letras.

El pobre Horacio apenas se iniciaba en los salones, y no tenía por ello mayor roce con la juventud activa que frecuentaba los divertimientos. Tan inesperada nueva era para él de la mayor importancia. Cerca de un año hacía que consideraba a Luis como el preferido entre los

adoradores de la señorita Albani. Dominando la profunda sacudida de su corazón, apenas dice a su amigo para salir del paso.

—Pues ciertamente estaba en la luna; y no debes sorprenderte, porque no he asistido a los últimos bailes y paseos.

¡Cuán lejos estaba Miguel Olmedo de medir la trascendencia de esta sencilla revelación!

Hacía algún tiempo que Horacio y Lucila no se veían. Solía esta pasar largas temporadas al lado de una de sus tías, dama joven, muy distinguida, esposa de un caballero principal. Ambos profesaban a Lucila especial cariño y la retenían en su casa con aquiescencia de sus padres, como gentil compañera, prodigándole atenciones y agasajos.

Cuando la casualidad proporcionaba a los jóvenes alguna entrevista en la casa del Canónigo, mutuamente se trataban con reserva y encogimiento. Cualquiera creía que eran absolutamente extraños, o que algún poderoso motivo había enfriado en sus corazones la tierna amistad de niños. La reserva y el encogimiento reconocían otra causa. Uno y otro excusaban instintivamente cualquiera conversación que pudiera llegar al tema obligado en la edad juvenil. Confundíanse ambos ante la idea de que pudiera hacerse alguna referencia a sus inclinaciones amorosas, según las versiones que corrían en los círculos y tertulias de familia. Cosa rara. No querían hablar de sus propios amores.

—¡El corazón de Lucila libre!... —exclamó Horacio al verse solo, recapacitando sobre el estado de su ánimo— Buscaba saber si el corazón de Blanca se había conmovido con la lectura de *El Canario*, y la inesperada nueva de que

es Lucila la que se conmueve, sacude todo mi ser de manera inexplicable. ¿Por qué me aligera el espíritu y arrebatara el saber que ella es libre, que ya no ama a Luis? ¿Dios mío, qué pasa en mi alma, qué oculta tormenta la amenaza!...

Los recuerdos se agolparon en su mente, risueños unos, de triste desencanto otros. Pensaba en Luis, el afortunado pretendiente de Lucila, de buena figura, clara estirpe y positivos bienes de fortuna. La había visto risueña y feliz danzando con él; había sentido una emoción profunda, de inexplicable tristeza, al allegársele por primera vez en medio del esplendor de un baile; y al propio tiempo recordaba la dulzura de su voz, sus miradas de profunda simpatía y la tierna susceptibilidad de su afecto de amiga, cuando se ponía grave y triste al suponer que Horacio le alejaba la confianza, para tratarla como señorita extraña.

En medio de tantos recuerdos, gratos unos, amargos otros e imborrables todos, veía a Blanca, serena y hermosa, envuelta en el iris de la ilusión, con la sonrisa infantil en los labios o con las mejillas encendidas por el rubor, siempre dulce, pero siempre esquiva ante las tímidas y galantes frases con que solía obsequiarla. Entonces Horacio se preguntaba confundido:

—¿Por qué Blanca no me lanza jamás en el seno de esta mar agitada de sentimientos contradictorios? ¿Por qué su indiferencia no me inquieta, ni los obsequios de sus adoradores alarman ni entristecen mi corazón?

Hay conclusiones claras y evidentes como la luz de la verdad, pero hay también estados de ánimo en la inexperta juventud, perfectamente definidos a los ojos de un criterio sereno e imparcial, que, sin embargo,

confunden y trastornan el juicio a quien los padece. Los sentimientos no presentan contornos claros dentro de la niebla perenne que levanta su propia efervescencia. De igual modo las ideas se cruzan y atropellan en extraña confusión, reflejando en la conciencia combinaciones caprichosas y multicolores, semejantes a la de un Kaleidoscopio. Todo lo cual impide, en ciertos momentos, darse cuenta de la verdad; y este era el estado de ánimo en que se hallaba el pobre Horacio.

Mientras tales impresiones agitaban el espíritu del joven en la soledad del estudio o en el banco del taller, allá en el saloncito de costura, a la luz de alta reja abierta en el muro de la calle, la señorita Albani movía con sus diminutos pies el pedal de la máquina, suspendiendo la labor de cuando en cuando para entregarse a muy recónditos pensamientos.

No olvidaba la impresión recibida en su alma por aquella paginita en prosa, que tan candorosamente pintaba los amores de un adolescente, frases envueltas en nubecillas de ensueño, profundamente sentimentales. Había allí algo muy intenso que simpatizaba con anhelos y esperanzas de su propio corazón, sentimientos que no podía definir y le ocasionaban repentinas ganas de llorar o momentos de honda tristeza.

Las promesas de ventura y palabras de amor que habían endulzado sus oídos, en las reuniones sociales, se referían a un bienestar material de comodidades y riqueza, a una felicidad externa, de brillante pero común apariencia, que no llenaba las secretas aspiraciones de su alma, ni tenían la música suave y penetrante de aquella paginita triste e ingenua, que producía en lo más hondo

de su ser el efecto de una campanita de plata, oída en sueños color de rosa, a cuyo eco dulcísimo despertaban todos los recuerdos de niña en la vieja casa del Canónigo, la apacible y romántica morada.

Pensaba en el severo claustro, donde dormía sus muñecas en largos paseos; en los frescos rosales y la tupida enredadera; en el brocal de piedra, desde el cual tiraba con un hilo las navcillas de papel, que corrían ligeras por la superficie del pozo, cuyas aguas dormidas le servían de espejo; y en medio de estos paisajes retrospectivos, veía, cual dulce y tentadora visión, la figura esbelta y amable de otro niño, su compañerito inseparable desde tierna edad, quien guardaba siempre ante ella respetuoso silencio, pero que la miraba extasiado, con miradas lánguidas y profundas, a la vez que la servía con tierna solicitud.

Recordaba el casual encuentro con aquel jovencito en el suntuoso baile, la honda emoción con que le hablaba, y cómo, al separarse de él, había sentido súbita tristeza en medio de sus primeros triunfos y del contento general. La figura de aquel mancebo estaba grabada en su mente de un modo indeleble, cada vez más atrayente, a medida que avanzaba en años: era ya casi un caballero. ¡Oh, pero sabía ella y lo sabían muchas personas más, que desde hacía tiempo reinaba en el corazón de Horacio una niña de espléndida hermosura, la dichosa Blanca!...

Entonces recapacitaba Lucila sobre el seudónimo.

—Amaury... Amaury... ¡Debe ser él!

Y continuaba la interrumpida labor silenciosa y triste. La hora decisiva se acercaba.

CAPÍTULO V

Noche de insomnio

En los últimos meses de 1877 hallábase en la Ciudad de los Caballeros la compañía dramática española de Manuel Carmona. El teatro de entonces estaba adjunto a la honorable casa del doctor Pedro de Jesús Godoy, primero y único Coliseo en forma habido en Mérida antes de la construcción del gran Salón Universitario, habilitado a veces para funciones escénicas. Era noche de espectáculo, según programa. La luna favorecía la empresa de manera excepcional. Diáfano el cielo, la nieve centelleaba en la olímpica cumbre, semejando bloques de bruñida plata engastados sobre el escarpado lomo de la gigantesca cordillera.

En la plaza Bolívar, la severa arquería del primer cuerpo de la Cárcel-cuartel, bañado por la pálida luna, hacía contraste con la grácil estructura de una torrecilla gótica, especie de atalaya, erguida sobre el negruzco tejado, como una aspiración a la belleza arquitectónica de la edad media. De las dos torres de Catedral, la única

concluida para entonces, herida oblicuamente por los rayos de la luna, dibujaba su sombra sobre el césped uniforme de la plaza, trazando una mancha negra, prolongada y fantástica.

En el ángulo del norte, dos grandes casas de alto, con balcones volados hacia la plaza, aparecían mudas, silenciosas e imponentes, como palacios deshabitados; y en medio de ellas, asomaban los desnudos paredones del antiguo Monasterio de Clarisas, cuyo frente hacia la calle de la Independencia aún se conservaba intacto, excepto una puerta recién abierta para facilitar la entrada al claustro inferior del Convento, donde se había instalado el Mercado público.

Todo estaba allí sin alteración alguna, recordando las santas costumbres del venerable asilo. La cuadrada y maciza puerta del Monasterio, que franqueaba la entrada a espacioso salón, convertido en local de la Imprenta del Estado, inclusive el Locutorio adjunto, con su gran reja de hierro empotrada en el muro hacia el interior, reja sólida e impresionante como la de una prisión feudal. De la puerta del Convento hacia la esquina superior, hallábase el edificio de la Capilla, que tenía dos puertas para la calle y dos coros cerrados, uno bajo, donde estaban las criptas sepulcrales, y otro alto, sobre el cual se levantaba la espadaña del campanario, vacías ya las troneras donde estuvieran colgadas las campanas.

Aquellas troneras abiertas en el muro de mampostería eran ya bocas sin lengua, aberturas sombrías, que en vez de lanzar al aire la mística algazara de sonoros bronce, tocada por la blanca y delicada mano de alguna noble clarisa, arrojaban ahora, en la callada noche, bocanadas de viento libre, que parecían débiles ronquidos, últimos

estertores de una orden religiosa agonizante, víctima de implacable persecución. La melancólica luna cubría de arriba a abajo, como blanco sudario, más de la mitad de los ennegrecidos muros.

Frente a este vetusto e imponente edificio, veíase en la misma calle, oprimida por anchos aleros, la casa del Canónigo, también silenciosa y muda. Era este trayecto de calle uno de los más solitarios en las horas de la noche, no obstante ser de los más centrales, porque no había por allí tiendas de comercio ni otros establecimientos que animasen el vecindario.

Completamente abstraído pasaba Horacio por aquella calle, cuando advierte en sus oídos levísimo cuchicheo por la acera de la casa del Canónigo, cuyas ventanas hacía mucho tiempo permanecían cerradas. Vuélvese prontamente y observa que una de ellas estaba abierta, pero a oscuras. Había allí dos personas.

—¿Y esto? ¡Qué sorpresa! —exclama sondeando con la mirada al través de los balaustres.

Francas risas estallaron allí mismo.

—¡No nos descubras, Horacio! Estamos aquí a escondidas —dícele una voz harto conocida. —Entra pronto, porque nos comprometes si continúas allí parado por fuera.

La que así hablaba era Rosa Carmona, prima del Canónigo, no muy joven, pero despierta, de genio agudo, chistosa por naturaleza, quien trataba al joven con la mayor confianza. Rosa era flor nacida en las márgenes del Lago y trasplantada al seno de las altas montañas.

Horacio tenía los cinco sentidos puestos en el otro poyo de la ventana, donde permanecía inmóvil una mujer, con la cabeza inclinada de propósito, reprimiendo la risa. Su corazón no lo había engañado. ¡Era ella!

—¡Lucila, también aquí!... —exclama.

—¡Qué distraído iba usted! —contéstale la joven, levantando la cabeza y dando rienda suelta a su natural alegre y chispeante.

—Pero te he dicho que entres pronto, Horacio. Mira que nos descubres ante la gente que pueda pasar — repitióle Rosa con la cariñosa autoridad que le daba sobre el mancebo el haberlo ayudado a criar.

No espera este tercera excitación. Aquella era su segunda casa. Adelántase algunos pasos, gana el amplio zaguán, cruza por una de las galerías y penetra en el salón principal de la casa, cuyas ventanas habían permanecido cerradas después de la muerte del Canónigo, ocurrida a principios de 1876, lejos de su querido hogar. La tertulia de la familia se efectuaba de ordinario en una sala interior, del lado opuesto a las piezas de la calle.

A primera vista el gran salón parecía oscuro. Apenas una bujía lanzaba un rayo de luz desde la pieza contigua, donde había sido colocada de intento. Al avanzar Horacio en la penumbra, dirigiéndose a la ventana, Rosa le recomienda que procure hablar quedo, muy quedo.

—¿Pero qué vigilan ustedes con tantas precauciones? Pregúntales con sorpresa.

—¿No sabes que es noche de teatro? Para quien no asiste a nada, mucho es ver siquiera la gente que pasa a divertirse. Como Lucila no va esta noche, la he invitado a que me acompañe, porque más puede ver en esta ventana que desde los balcones de su casa.

—Y pasará mucha gente, porque la luna está espléndida —dijo Horacio con entusiasmo, mirando intensamente a la señorita Albani.

—¿Va usted al teatro? —pregúntale esta con tristeza.

—No sé si lo resuelva luego. Es muy temprano todavía —contéstale Horacio, ciertamente irresoluto.

—Esa resolución vendrá —dijo Rosa— después que haya pasado toda la gente. ¿Comprendes Lucila? Este es buen sitio para observar. Con que no te muevas de aquí, Horacio.

Y Rosa acentuó la broma con la inmediata colocación de una silla frente a ellas, para que se sentase el joven.

—De mil amores, Rosa, aquí me estaré clavado cuanto ustedes quieran —dijo Horacio sin darse por entendido de la picaresca intención con que la sobrina del Canónigo le había dirigido aquellas palabras.

Si Blanca iba al teatro, lo más probable era que pasase por allí, y a esto aludía la inocente broma.

—No, Rosa, no lo condene a ese suplicio. ¿Estarse allí clavado en esa silla? ¡Oh, no! La luna está bellísima y querrá pasearla. ¡Debe verse tan linda caminando hacia el Llano!... —dijo Lucila, acercando su cabecita a los balaustres de la ventana, y mirando en aquella dirección con intencionada curiosidad.

En este momento llamaron a la puerta de la casa, y Rosa abandona el salón para atender el llamado: era una criada del vecindario que iba en diligencias domésticas. Rosa se aleja con ella, para despacharla en el interior de la casa.

Horacio y Lucila quedaron solos, frente a frente: él en la silla y ella en el poyo de la ventana, mirando todavía a la calle, silenciosa e inmóvil. Estaba encantadora. La

melancólica luz, que al frente bañaba el Monasterio, producía en su semblante reflejos indefinibles de mágica belleza, tintes románticos, profundamente conmovedores.

La emoción oprimía sus corazones con absoluto imperio. Solo se percibía el rumor del agua corriente por la mitad de la calle, a saltos aquí y en remansos allá, quejándose continuamente en tonos tristes y monótonos.

—Lucila —balbucea por fin Horacio, dominado por una impresión indescriptible—. Ha dicho usted que para mí la luna debe ser muy bella vista por allá...

—¡Y qué! ¿se ha sentido por eso? —contéstale con dulzura.

—¡Oh, no! pero me creo autorizado para hacerle una pregunta.

—Como no sea semejante a aquella del baile. ¿Recuerda?

—Jamás lo olvido. Ahora, por el contrario, voy a darle una prueba de confianza; y si usted me contesta con franqueza, me la dará de igual modo. Se lo agradecería en el alma.

—Ya ha picado usted mi curiosidad —dícele sonreída, pero vivamente interesada en el asunto, volviendo la cabeza hacia Horacio para oírlo mejor.

—¿Podré yo saber en qué sitio o barrio de la ciudad sea la luna más bella para usted?

Después de breve y angustioso silencio, Lucila interroga a su vez, disimulando el repentino estremecimiento de todo su ser.

—¿Le interesa mucho saberlo?

—¡Oh, como no, mucho, mucho!

—Pues en confianza se lo diré como amiga...

Y se detuvo, presa de una gran agitación. En sus ojos húmedos había una fulguración extraña.

—¿Dónde, dónde? Quiero saberlo —le dice el joven suplicante, acercándose más a ella, porque comprendió que titubeaba.

—¡Ah! mejor habría sido que no me lo preguntara. ¡Para mí la luna es triste, muy triste en todas partes!...

La expresión de su semblante se había nublado por completo, las palabras eran trémulas y en sus negras pestañas temblaban dos lágrimas, bañadas en la luz hermosa de sus pupilas.

—¡Lucila! —exclama Horacio con indecible angustia—. ¿Qué tiene usted? ¡Dígame por Dios!

Hace ella un heroico esfuerzo por serenarse, arrepentida de tal manifestación. Trata de recuperar la firmeza de su carácter, y con frases entrecortadas, pero vibrantes, por la nerviosa sacudida que aún agita su espíritu, procura tranquilizar al joven.

—No es nada, Horacio... caprichos del corazón... Vínome un pensamiento triste. ¿Ha visto usted mujer más tonta?

Y enjugándose las lágrimas, sacudía la cabeza, trataba de reír y de convencer a Horacio de que aquello era una niñería, una súbita y efímera tristeza.

Rosa llegaba en estos momentos.

—Por Dios, Rosa, en esta ventana cae polilla... Aquí me encuentra restregándome los ojos —dice con presteza la señorita Albani.

—Eso no te sorprenda, niña: cada quien da lo que tiene. Los viejos dan carcoma. Saca cuenta que estas ventanas son del tiempo del obispo Lasso.

Rióse Lucila francamente de la salida de Rosa, pero en su risa y palabras notábase gran esfuerzo por volver a su estado normal.

Por la calle empezaba a transitar más gente que de costumbre, atraída por el teatro. Era un variado desfile de damas, caballeros, niños, artesanos, e individuos de toda clase y condición. En los teatros de provincia, unos van a palco, otros al patio y los más se quedan agrupados en la puerta o al frente del edificio, sobre todo la gente pobre y el gremio tumultuoso de muchachos mandaderos, con la esperanza eventual de que ya tarde den la puerta franca.

Esta oleada de gente distrajo a las dos señoritas, quienes miraban de preferencia a las damas, analizando, respecto a cada grupo, la hechura de los trajes, el color de las telas, la elegancia de los sombreros, el primor de los peinados, la riqueza de los encajes y cuanto se relaciona con el tocado femenino. En tanto que Horacio, clavado en la silla, apenas movía los labios. ¿Qué pasaba en el corazón del joven? Una verdadera tormenta.

Jamás había visto una lágrima en los ojos de Lucila. La consideraba llena de risueñas esperanzas, casi dichosa. Creíala invulnerable contra ocultos y hondos pesares, cuando de improviso se convence de lo contrario, de una manera inequívoca y harto expresiva. La señorita Albani tenía una pena en el fondo del alma. ¿Cuál sería ésta? Aquí la mayor tortura del joven. Sentía horrible opresión en el pecho, ganas de llorar a gritos.

De todos los senos de su alma brotaba Lucila, ora alegre y risueña, ora acongojada y triste. Quería abandonar el salón en busca de la soledad, pero una mano invisible y poderosa lo mantenía allí, cerca de ella, martirizado con

mil pensamientos, con mil recuerdos, con mil sensaciones extrañas. Y aquella mano desconocida e implacable hería todas las fibras de su corazón, como si golpease el teclado de un órgano; y vibraba sonoro su espíritu, produciendo sonidos misteriosos, que lo arrebatában y enardecían, finalizando este fantástico concierto con una sola voz fascinante e imperiosa: ¡Lucila!

En acabando de pasar los principales grupos de familias que se dirigían al teatro, Rosa obsequió en confianza a sus queridos huéspedes con dulces secos. ¡Cuán lejos estaba de imaginarse lo que pasaba en ambos jóvenes, cuya felicidad presente y futura no podía serle indiferente! Los consideraba de la intimidad de su familia. A poco rato del obsequio, les indicó la salida, diciéndoles:

—Ustedes mismos irán por el agua, si lo desean.

—Yo iré por ella —dice Lucila, levantándose prontamente.

—No, no, a mí me toca —contesta Horacio, levantándose también.

Pero la niña se aleja hacia el interior de la casa. El joven la sigue en silencio. Cuando éste llega al tinajero, ya ella tenía los vasos servidos. La emoción los ahogaba. Apenas humedecieron los labios: el agua quedó íntegra.

De regreso al salón, en vez de tomar por la galería, Lucila había salido al patio, y caminaba lentamente por entre los rosales, con la cabecita inclinada, golpeando el pavimento de un modo especial, entretenida, al parecer, con su propia sombra, que la luna dibujaba sobre las frías baldosas.

—Siento mucho, Horacio —le dice con calma— que por nosotras se haya privado usted de pasear esta noche. No me guarde rencor por ello, se lo suplico.

La voz de la joven era dulce y expresiva.

—¿Persiste usted en creer que goce más en otra parte que aquí?

—No es una especialidad mía el suponerlo así. Rosa lo cree también y lo mismo muchas otras personas.

—Pues están todos en un error. Para mí la luna también es triste, demasiado triste en todas partes.

Estas palabras de Horacio detienen a Lucila un momento en su lento andar por las callejuelas del jardín.

—Gracias —dice, volviéndose al joven— es una prueba de amistad sincera. Los corazones sensibles fácilmente se impresionan. ¡Ah, cuánto siento que mi repentina tristeza lo haya contagiado esta noche!

—No, Lucila, no es simple contagio. Es un peso horrible que me oprime, que me mata...

Un pensamiento cruza por la mente de Lucila, Horacio tenía dos rivales, dos jovencitos que amaban también a Blanca. Acaso estaba celoso y buscaba un consuelo en la amistad.

—Sí lo he notado esta noche muy pensativo y silencioso.

—¡Oh, sí, devorado por una pena oculta desde hace días!

El joven temblaba, pero no se atrevía a declarar qué pena era la que lo martirizaba.

—Séame franco, ¿Sufrimientos íntimos?

—Muy hondos y terribles, Lucila. ¡Si usted supiera!

La pobre niña enmudece al instante, herida a su vez por el dragón de los celos, creyendo ver confirmadas sus sospechas. Reprímese, sin embargo, y con voz trémula le dice, excusando que Horacio pudiera descubrir la viva impresión que la dominaba.

—¡Ah, qué puedo yo decirle! Para esa clase de penas solo hay un remedio: combatir las con fortaleza de ánimo. Desesperarse sería una locura.

Y aligerando el paso, sale del patio, atraviesa la galería y penetra de nuevo en el semioscuro salón, enjugándose los ojos.

Un momento después, Horacio se despedía de ambas señoritas y salía a la ventura por las calles. Necesitaba respirar al aire libre.

Al acercarse al barrio de San Francisco, la música del teatro llegó a sus oídos como un excitante refinado y cruel. Cruza entonces hacia la calle Bolívar, y por ésta desciende a la plaza. Instintivamente vuelve a las inmediaciones del imponente Monasterio, pasando por la casa del Canónigo, cuya puerta y ventana estaban ya cerradas.

El silencio era más grave. Todo revestía a sus ojos apariencia sombría, casi fúnebre. La acequia gemía más acompasada y pesarosa; la blancura de la luna sobre los vetustos paredones tenía un tono amarillento, color de angustia, de mortal congoja.

El joven se detiene un instante frente a la ventana. Tenía impulsos de abrazarse a los balaustres, perfumados todavía con el roce de sus cabellos y el delicioso ambiente de su cuerpecito esbelto y fantástico. Siéntese allí casi ahogado; fuerte nudo le oprime la garganta; y seguidamente estalla en lágrimas y sollozos, ocultando su

pálido rostro entre los rígidos maderos de la ventana, testigo mudo de aquella dolorosa entrevista.

Nadie pudo advertir este acto de súbito enajenamiento. La calle estaba desierta, y en el interior del salón tampoco había persona alguna. Lucila se había despedido de Rosa hacía poco, para volver a su casa por la ventana de la repostería, como en los días de la niñez dichosa. En aquellos momentos atravesaba, meditabunda y triste, las altas galerías que conducían a su aposento, abismada en el gran secreto de su alma: ¡un amor sin esperanza!

Cuando Horacio torna a su apacible hogar, pretexto una jaqueca y se mete en la cama, más temprano que de costumbre. Necesitaba soledad y descanso para su conturbado espíritu.

¡Cuántas cosas vinieron entonces a la mente excitada del tímido muchacho!

—Lucila sufre mucho —se decía— conozco el temple de su carácter y la viveza de sus sentimientos. Una pena oculta la despedaza. ¡Ah, Lucila ama con pasión, como debe amar ella, con toda el alma! Esa ruptura con Luis debe ser fuerza de voluntad meramente, efecto de su carácter libre y resuelto, pero su amor está incólume, más intenso cuanto más contrariado. Sin embargo —pensaba fuera de sí— he debido caer de rodillas a sus pies y declararle mi amor inmenso, para oír francamente de sus labios mi desdicha o mi ventura.

Y el joven se volvía en la cama de un lado para otro, atosigado por los celos.

—¡Ah, mi ventura! No, no podrá dárme la jamás! Si la veo inclinada dulcemente hacia mí, es por la tierna amistad que desde chica me profesa, pero de manera

irresistible se doblegará hacia el único objeto de su amor. Por eso me ha dado con tanta seriedad el último consejo, como elocuente despedida. Para otro será la perenne oblación de sus lágrimas y suspiros, sus íntimos y castos anhelos, sus ensueños y esperanzas; para otro, las sonrisas encantadoras, la cadencia de sus palabras y el lampo ardiente de sus lindos ojos!...

Y el joven se apretaba el pecho con manos convulsas en el frenesí de su dolor. Aquella lágrima centelleante y expresiva, aquella lágrima de emoción profunda, tan hábilmente disculpada por ella, era un glóbulo de dinamita que hacía repetidas explosiones en lo más hondo de todo su ser: la terrible explosión de los celos.

¿Y Blanca?... ¡Ah! la tímida y hermosa niña que alegraba su corazón, no volvería ya más en su auxilio. Cualavecilla posada en árbol desconocido, al ver nublado el cielo y síntomas de tempestad, al sentir que la rama en que se apoya empieza a sacudirse, agitada por impetuoso viento, bate ligera sus alas y se aleja espantada de los horrores de la tormenta.

Horacio la ve huir con mirada atónita, casi desesperado. Ha sido ella dulce consuelo en días brumosos de su espíritu; pero la cándidaavecilla no acude ya a su reclamo. Escápase velozmente hasta desaparecer, como una exhalación, en el horizonte de su alma, dejando, como luminosa estela, el recuerdo de una ilusión plácida y florida de los días de la adolescencia.

¿Qué noche pasarían los pobres jóvenes? Mejor te lo diré, compasivo lector, tu propia imaginación, que el más elocuente relato.

CAPÍTULO VI

Bajo una lluvia de flores

Entremos al viejo claustro. Sabido es que la Universidad de Mérida, la segunda de Venezuela, estuvo casi agonizante en los últimos años del septenio de Guzmán Blanco, hasta el grado de verse obligada a dejar su venerable asilo, para refugiarse en una casa de alquiler. El presidente Alcántara la sacó de amarguras, favoreciéndola con algunas disposiciones ejecutivas y reinstalándola en su clásico edificio.

Pocos meses habían transcurrido de estos actos de justicia, inolvidables para académicos y estudiantes, cuando un día el genio de las travesuras, que no se aparta un ápice de los bancos escolares, hizo una de las más gordas.

La capilla adjunta del antiguo Seminario, aún estaba en servicio eclesiástico, con sus altares, imágenes y paramentos; el coro alto en la parte inferior del templo, y el campanario, que era una torre de tres cuerpos, rematada con un tejado de forma piramidal, torre en que había

cuatro campanas, de mayor a menor, en las portezuelas del último piso. Este templo servía de capilla universitaria.

Una sogá caía a plomo, rozando por dentro la pared de la torre, y salía al ángulo norte del primer claustro, por medio de polea empotrada en el muro. Era la sogá de la campana con que diariamente se tocaban las clases, oficio que aquel día, por ausencia del bedel, fue desempeñado por Juan N. Ochoa, mozo bueno, pero algo sordo, quien ya había ejercido el cargo años antes, cuando la Universidad estuvo como inquilina en la casa de la viuda del doctor Juan José Cosme Jiménez.

El célebre predicador doctor González, Canónigo Lectoral, era el Secretario de la Universidad y escribía en su despacho. En el reloj de Catedral dieron las siete y media de la mañana, hora de tocar las primeras clases, lo que se hacía dando diez o doce golpes con la segunda campana. Ochoa luce todas sus fuerzas, prendido de la sogá, y... blom...blom...blom... ¡Toque general de campanas!

Sabido es que, conforme a reglamento, en los dobles mayores, la defunción de mujer se anuncia con dos golpes de todas las campanas a un tiempo; la de hombre, con tres; la de sacerdote, con cuatro; y así subiendo en mayor escala, hasta los cien golpes que corresponden solo al Papa y al Obispo Diocesano.

A los primeros golpes todos se sorprenden. Las campanas tocaban a muerto. Cuando pasaban de cuatro los dobles, el doctor González brinca en la silla y sale al corredor, dirigiéndose a la sogá de la campana. Los estudiantes lo siguen asombrados. A cada tirón de la sogá, sonaban todas las campanas a un tiempo, tocando a muerto de elevada jerarquía eclesiástica. ¡Doblaban ya por un Canónigo!...

—¿Qué es eso Ochoa? ¿Quién lo ha mandado doblar?

Pero Ochoa, un poco sordo, como hemos dicho, acezante y completamente embargado, no oía el estrépito general de los bronces, ni menos las voces del Canónigo, que se acercaba a pasos acelerados.

—¿Por quién dobla usted de ese modo? —le dice al fin de cerca, tirándolo por un brazo.

—¡Oh, señor! por la clase de Latín, que ya es hora.

En la cara estupefacta del mozo, se advierte al punto su absoluta inocencia. El doctor González estalla entonces como un trueno en furibunda y general reprimenda contra los estudiantes.

—¡A la Secretaría, a declarar todo mundo!

En estos momentos entraban el doctor Dávila, rector del Instituto, y algunos profesores, que habían precipitado el paso en la calle al oír aquel gran doble en la Capilla; y de la Catedral, de la Casa Pública, de todo el vecindario acudía gente a saber quién era el personaje muerto.

Abrióse inmediatamente la sumaria del caso. Todos los empleados y estudiantes rinden declaración por separado en la sala rectoral. La cara de los jueces hacía temblar a los más impávidos. Pero no se comprobó nada, sino el cuerpo del delito, es decir, que los cordeles de las otras campanas habían sido ligados arriba a la soga colgante, sin indicios siquiera de quién fuera el delincuente, ni del *modus operandi*, porque todas las puertas de la Capilla y sacristía estaban bien cerradas.

El llavero era un hombre insospechable : el viejo Encarnación Dugarte, más conocido con el nombre de *El Indio*, a secas, antiguo cocinero del Seminario y semi-sacristán para entonces, quien al oír aquel intempestivo

doble, había dejado en el budare la arepa que preparaba para el desayuno, y corrido a saber quién era el muerto. Al enterarse de lo ocurrido, indignóse más que todo el claustro académico. Aunque trataba a los estudiantes con cariño, era cáscara amarga para los que andaban en desórdenes y travesuras; y además, fue él, en definitiva, quien vino a pagar el pato, porque al volver a la cocina halló chamuscada la arepa.

Bajo la presión de este gran escándalo broncíneo, vigilábase doblemente la entrada de los estudiantes a la Capilla, en días que no fueran de acto público, religioso o académico.

Después de la noche de hondo sufrimiento para el estudiante protagonista de esta historia, encaminóse a la Universidad, como de costumbre, en las primeras horas de la mañana. No quiso entrar allí en tertulia con sus compañeros, quienes platicaban sobre impresiones del teatro, plato obligado de la crónica local, sino que optó por dirigirse al último departamento del gran edificio, al antiguo Refectorio, donde aun existían la despensa y cocina, departamento que servía de vivienda al indio Encarnación.

De paso, observa que la puerta de escape de la sacristía, existente en el tercer patio, se hallaba abierta, lo que no era común, y menos en aquellos días de extrema vigilancia.

Empujado por la curiosidad, el joven se allega y entra. En la sacristía no había nadie ni en la Capilla tampoco: todo estaba desierto. La imagen de la Santísima Virgen, velada siempre en su nicho, tenía levantado el velo, y a sus pies había flores frescas y una vela encendida, colocada en un candelero sobre la grada del altar mayor, lo que indicaba un acto privado de adoración, promesa cumplida o sencilla ofrenda de alguna alma devota.

La soledad, el silencio y, sobre todo, el estado de ánimo, impulsan al joven a caer de rodillas sobre la alfombra del presbiterio. Aquel templo solitario y semioscuro ejercía sobre su alma dulce y mística presión. Lo rodeaba la augusta majestad del santuario. Vuelve sus ojos, irritados por el insomnio, hacia la hermosa y compasiva Madre de los afligidos, se recoge en sí mismo y ora con gran fervor, pidiéndole paz y sosiego en las amarguras de su espíritu.

La figura del viejo cocinero del Seminario, adherida al claustro como parásita a carcomido tronco, aparece entonces en una de las puertas de la sacristía, sin que el muchacho se diera cuenta de ello. Contempla en silencio, con rostro complacido, la piadosa actitud del estudiante, y desaparece sin ruido, como una sombra. No quería interrumpirlo.

La fe sublime, las santas creencias que en el alma imperan desde la niñez, suelen ser en los combates de la vida el mejor asilo y el consuelo más eficaz. Horacio sale del templo transformado por completo. Fresco rocío ha caído en su pecho ardiente; las agitadas olas del sentimiento exaltado, se aplacan; y viene la calma, la dulce serenidad del espíritu.

—¡Ah! —dice en sus adentros— ella lo ha dicho: —”Fortaleza de ánimo. Desesperarse sería una locura”.

Y daba gracias a la Santísima Virgen por haberle proporcionado este acto de piedad tan oportuno como inesperado.

El indio Encarnación lo esperaba en la sacristía con la sonrisa en los labios. Allá *in pectore*, creía que Horacio, de carácter manso y devoto sin ostentación, estaba llamado a la iglesia, en rápido camino de la tonsura. Saluda al

joven, le ofrece para más tarde un cariño (así llamaba el indio los dulces y frutas) y le da las gracias por haber visitado a la Santísima Virgen, cuando la tenía expuesta y alumbrada para que le deparase una prenda de uso que se le había extraviado, o sean las dos moneditas de oro, ligadas con una cadenilla del mismo metal, con que se abotonaba el cuello de la camisa en los días de gala.

¡Curiosas contradicciones! El buen indio rogaba al cielo para que volviese a su poder una prenda perdida, de que era legítimo dueño; y el joven que lo oía con triste sonrisa, pedía casi lo contrario: que nadie le reclamase una preciosísima joya oculta en el fondo de su alma y de que no era dueño, porque deshacerse de ella sería su mayor desventura.

Después de esta visita al antiguo claustro, el hilo de la narración nos obliga a girar un rato en torno de la Santa Catedral emeritense, en sede vacante entonces, pero con la jubilosa esperanza en Tomás Zerpa, el sacerdote preclaro, de relevante cultura espiritual, preconizado Obispo de Mérida por el Papa Pío IX. En esos días se le asediaba con toda clase de manifestaciones públicas y privadas para que aceptase la mitra. El mismo Papa insiste, a pesar de la renuncia, pero todo se estrella ante la humilde actitud del sabio y manso levita. Su grande espíritu quiso vivir concentrado en modesta vida, como el delicioso perfume en la tímida violeta.

El Cabildo Eclesiástico se preparaba para celebrar al fin del año el primer centenario del Obispado; y a estos motivos de religiosa excitación, uníase otro, que mantenía en ansiosa expectativa a los vecinos, en particular al bello sexo. A iniciativa de los honorables esposos don José Vicente Nucete y doña Teófila Guerrero de Nucete, de

procera estirpe ambos, lo más granado de las señoritas de Mérida, con el beneplácito del Ilmo. Sr. Zerpa, habían formado una Sociedad piadosa, la misma que hoy existe, para realzar el culto de la Inmaculada Concepción de María, patrona del Obispado. Al reclamo de tan selecto y hermosísimo grupo de devotas, por todas partes llueven flores y asoman sonrisas de aplauso y simpatía. En pocos días recolectan cerca de cuatrocientos pesos para la próxima festividad.

Así es que, en vísperas del 8 de diciembre de 1877, la ciudad estaba en activo movimiento. Hasta los estudiantes, que exageran la piedad cuando esta los alivia del peso de las clases, creyeron ser poco el solo día de la conmemoración, y se alzaron desde la víspera, so pretexto de prepararse para la gran fiesta. Estos chicos son de tal sensibilidad mística, que basta un repique de campanas, para transportarlos a cualquier lugar que no sea el banco de la clase.

Desierto el claustro, con alegría de los muy pocos alumnos asistentes, Horacio aprovecha el asueto para ir a la casa del Canónigo, muy lejos de pensar en otra entrevista con Lucila, cuyas visitas no eran ya tan frecuentes. La mañana estaba serena y luminosa, mañanita de diciembre, de cielo azul y friecillo agradable, que los pájaros alegraban con su charla incomprensible en los huertos y en jardines.

Por la calle cruzaban en todas direcciones cestas de flores, guirnaldas, festones, banderolas y gallardetes; y en muchas casas principales, los sirvientes, subidos en escaleras, batían la escoba bajo los aleros y sobre las paredes, para limpiar la casa por fuera de polvo y telarañas, en

tanto que las criadas sacudían por dentro, con trapo o escobilla, las puertas y ventanas con el mismo objeto. En todas partes se manifestaba el entusiasmo por la próxima solemnidad.

La sala de labores en la casa del Canónigo, era a la vez recibo de confianza. Horacio platicaba allí agradablemente sobre la crónica palpitante en el seno de las familias, viendo los afanes de Rosa por armar una guirnalda y la completa calma con que a su lado hacía labor una anciana venerable, de cabellos blancos como el armiño, hermana del Canónigo.

De pronto, resuenan por el claustro ligeros golpecitos de tacón y leve ruido de faldas, y seguidamente asoma a la puerta graciosísima zagala, en traje de casa, con delantal de medio corpiño, recogido el abundante cabello en una sola trenza. Traía una cesta de mimbre en el brazo y brillaban en sus manos unas tijeritas de costura.

—Buenos días —dice con despejo, al entrar.

Pero al descubrir a Horacio, su cortamiento fue sensible, lo mismo que el de este, pues no habían tenido ocasión de acercarse después de aquella noche triste, de cruelísimo y secreto desengaño para ambos.

—¿Qué nos traes en la cesta? — pregúntale Rosa, sin advertir nada.

—Viene vacía —contesta ella, volviéndola hacia el suelo con mucho donaire —pero pienso llevarla muy llena.

—¡Ah, las flores! ¡Qué olvido! No están cogidas todavía.

—Vengo yo misma a cogerlas, para que ustedes no interrumpen sus quehaceres.

—¿Con esas tijeritas?

—Son muy cortantes.

Rosa no pudo contener la risa.

—No, niña, cortar ramos y bejucos, no es como cortar cintas y encajes. Ya ves que estas son más fuertes y tampoco sirven —le dice enseñándole las de su uso—. Ahora verás cuáles son las buenas.

Y Rosa sale con presteza: óyese en la pieza contigua la apertura de una alacena; y allí mismo torna a la sala con unas tijeras grandes, pesadas y antiguas, de esas que sirven en las casas de familia a varias generaciones, tijeras de sastre, de poda, de hacer la crin a mulas y caballos de silla, de cortar lata y hasta cuero, si fuere necesario. El contraste con las tijeritas niqueladas de Lucila era tan resaltante, que la carcajada fue general.

—¡Son enormes, Rosa, no podré manejarlas!— exclama ella, tomando en sus delicadas manos el ponderoso hierro.

—Esas son las buenas —dice Horacio con prontitud—. Son tijeras para hombre; y esto quiere decir que a mí me toca coger las flores. ¿De cuáles se trata? —pregunta en seguida, listo para emprenderla contra todo el jardín.

—Son ramos de *bellísima* lo que ella quiere —contesta Rosa—. Puedes cortarle las que desee, porque la mata está demasiado grande.

El joven toma una silla de suela, armado de las formidables tijeras. Mirábalo Lucila sonreída, aunque irresoluta en sus adentros entre aceptar o no aquel ofrecimiento tan galante. Pero hubo de rendirse cuando el joven, volviéndose a ella, le dijo con amable insinuación.

—Usted me indicará los ramos que más le gusten ¿no es cierto?

—Cortará usted, Horacio, los más altos, y yo los que estén a mi alcance —respondió ella con ingenua sencillez.

Bellísima llaman en Mérida una enredadera de jardín muy bella y frondosa. La primera cultivada en la ciudad, era la existente en la casa del Canónigo, remitida por este desde Cúcuta con gran cuidado. Prontamente se generalizó por su hermosura y la facilidad con que prosperaba al pie de la Sierra Nevada.

Sostenida por cuerdas entre pilar y pilar, ocupaba la enredadera todo un lado del patio, y subía hasta las bocatejas del alero del corredor, formando una verdadera pared, tramada de tallos sarmentosos, llenos de hojas fuertes, color verde oscuro, y de florecillas rosadas de simpática apariencia.

Ambos se dirigen al patio, al mismo patio de aquella noche pesarosa, que en vano querían echar al olvido.

—Pienso que el sol va a mortificarla mucho —observa el joven, encantado con la compañía de la preciosa chica.

—La cesta me servirá de sombrilla —dice ella poniéndosela sobre la cabeza, como vendedora de frutas.

—¡Oh! esa posición es bellísima, pero incómoda. Lo mejor es que pase usted al otro lado de la mata, en que hay sombra; y yo le daré las flores por entre la enredadera. Vea usted, en partes no está tan tupida.

Obediente y sumisa conviene ella en el plan propuesto, y pasa al otro lado del caprichoso muro formado por la exuberante trepadora.

Sube Horacio en la silla, y resulta lo que era de esperarse. Por no perder de vista a Lucila, y so pretexto de abrir brecha para pasarle las flores, a cada paso separaba la tramada red de bejucos, abriendo ventanillas más o

menos grandes, por donde arrojaba sobre ella una verdadera lluvia de flores, incendiadas con el fuego de sus miradas.

—Al fin rompe usted las cuerdas que sostienen la mata, y se nos viene toda encima, —decíale ella, riéndose anticipadamente del fracaso.

—No, Lucila, no hay temor. Sería un bello derrumbe, un derrumbe de flores.

—Pero ya hay suficientes. La cesta no puede con más.

—Son pocas todavía, muy pocas...

Y las flores continuaban cayendo sobre la chica de manera inesperada, sin tregua ni descanso.

—¡No más, no más! —exclama ella, tratando de huir, al ver que Horacio no le daba respiro.

Las flores caían despicadas y en ramos, atropellándose unas sobre otras, y quedando muchas prendidas de sus cabellos, o sobre sus hombros; y las que se acumulaban a sus pies, le daban la apariencia de encantadora ninfa, surgiendo alegre de un bosquecillo de ramos florecidos.

—Lucila —le dice entonces el joven a media voz, asomando la cara por entre la enredadera, cerca, muy cerca de ella—. En este patio las lunas suelen ser tristes, muy tristes, pero también hay soles espléndidos de inmensa dicha. ¿No es cierto?

—¡Ah! con que ya no sufre tanto —le pregunta sorprendida.

—¡No, Lucila, en estos instantes soy feliz, muy feliz!...

Y las miradas del joven, profundas y expresivas, penetran de tal modo en el alma de la absorta niña, que esta se estremece, tiñéndose de púrpura sus mejillas e inclinando los ojos, presa de gran turbación. ¡Veía de pronto abrirse ante ella un cielo de esperanzas!

—¡Ah! —dice al fin, recuperando su genial viveza, —olvida usted las flores. Vea como están regadas en el suelo. No van a caber en la cesta.

Horacio se ocupa allí mismo en recogerlas, pero con estudiada lentitud. Ella acelera entonces la recolecta, y cuando ve colmada la cesta, huye hacia la sala, diciéndole con encantadora sonrisa:

—Gracias, gracias. Voy a acusarlo con Rosa por el destrozo de la mata.

El joven la sigue con las últimas flores que ha recogido del suelo.

—Rosa, no me culpen por haber cogido tantos ramos. Horacio es el culpable. No ha debido darle esos tijerones. Ahí queda él para que lo castiguen.

Y recibiendo con rápida mirada de intensa gratitud el exceso de flores que el joven le colocaba en la cesta, se despide gozosa, alejándose con presteza hacia el interior de la casa.

Era la misma salerosa chica de otros tiempos, de geniecillo alegre, espiritual e inquieta, pero ahora los papeles se habían cambiado. Antes mandaba ella como una sultanita, y Horacio, tímido y silencioso, la obedecía como un esclavo. Ahora, ella se mostraba sumisa ante el jovencito, e inclinaba la cabeza con pudoroso encogimiento ante alguna palabra significativa o el rayo de una mirada dulce y penetrante.

En la noche, la solitaria y melancólica Ciudad de las Nieves parecía otra. En las calles principales lucían al centro arbustos pintorescos, plantados *ad hoc*, llenos de banderolas y farolillos de colores. La iluminación general era extraordinaria, y en la plaza Bolívar había gran

concurso de gente, oyendo la música y viendo quemar espléndidos fuegos artificiales. Era la primera y rumbosa fiesta que celebraban las “Hijas de María”.

Pasadas las nueve, la plaza volvió a su estado habitual de soledad y silencio. Habían terminado los festejos y cesado el tránsito de personas por las calles adyacentes. Los balcones de la casa de los Albani permanecían abiertos aún, adornados con festoncillos y guirnaldas de flores. La princesita estaba allí mirando las luminarias multicolores de la calle, elegantemente apoyada en la fuerte balaustrada. ¿Sería, acaso, este el único motivo de permanecer allí?

La luz de una lámpara de gas, suspendida del techo, bañaba de lleno su graciosísima cabeza. Sobre el peinado lucía, como delicado adorno, un ramo de florecillas color de rosa, un ramo de *bellísima*.

De pronto, el corazón de Lucila palpita con mayor violencia. Por la acera del Monasterio avanzaba un transeúnte, que devoraba con sus ojos a la gentil doncella. ¡Era él!...

¡Oh! Si la luz de las pupilas luciera en el aire, como lucen los rayos del sol en las nubecillas del cielo, la semioscura calle se habría visto atravesada de súbito por un hilo brillantísimo de ardientes miradas, misteriosa comunicación de dos almas que aquel día habían columbrado la estrella de la esperanza bajo una lluvia de flores.



CAPÍTULO VII

En aguinaldos y pascuas

No hay pueblo que no se distinga por alguna especialidad. Carácter, tipo, dialecto y costumbres suelen ser comunes a muchas poblaciones en un mismo país; pero hay para cada ciudad, para cada villa y hasta para cada aldea un rasgo fisonómico especial, que la distingue de sus propios vecinos comarcanos, sobre todo en costumbres; y este fenómeno, hartamente común, viene felizmente a romper la rigurosa semejanza etnográfica, fastidiosa y monótona en el campo de la estética social. En la variedad está el gusto.

La conmemoración popular del misterio del Nacimiento de Jesús, aunque universal en el seno del cristianismo, es varia en sus manifestaciones locales. La devoción de representar el pasaje bíblico con imágenes de bulto en los hogares, reviste en Mérida el carácter de una afición dominante, de que no pueden sustraerse las familias, afición por extremo simpática, muy piadosa en el fondo, a la vez que creadora de artes e industrias

especiales, viniendo a ser, por excelencia, la recreación de mayores atractivos desde los días de aguinaldos hasta mediados de enero, prolongándose en los campos hasta el día de la Candelaria.

El *pesebre*, nombre original del Nacimiento, es una exposición permanente en miniatura, que se coloca en la sala u otra pieza principal de la casa, cualesquiera que sean sus proporciones, sin que falte nunca en cada uno la peña o gruta, armada en distintas formas con yescas y lienzo engrudado, donde van colocados los santos, esto es, el Niño, la Virgen y S. José. En contorno se les adorna con ángeles, pastores, ovejas, flores, casitas, animales domésticos y mil otras bujerías e ingeniosos artefactos, todo en paisaje y saturado con la fragancia especial del incinillo, el laurel, las albricias y otras plantas aromáticas.

En las madrugadas de los nueve días que preceden a la Navidad, las alegres misas de aguinaldo, obligan a dejar la cama para salir a la calle. El jubiloso clamoreo de las campanas, las guitarras, tamboriles y cencerros de los chicos, que resuenan por aquí y por allá, y las aéreas detonaciones de pólvora en las parroquias, producen al despertar cierta fruición de paz y alegría interior, que ninguna otra temporada de fiestas provoca de manera tan dulce e inefable. Es la primavera del espíritu cristiano.

En una de estas madrugadas, los que iban llamados a misa por los alegres repiques de la iglesia del Sagrario, habrían podido observar la figura de un hombre cubierto con pesado gabán de abrigo, levantado el cuello hasta la mitad del rostro, y sombrero de fieltro de anchas alas, caídas un poco hacia adelante, de suerte que no era fácil descubrirle la fisonomía, a la escasa luz del ahumado farol

de una de las esquinas de la plaza Bolívar, donde daba cortos paseos por una de las aceras, amparándose a ratos contra el frío en el hueco de una puerta de tienda por allí próxima. Parecía guarda municipal o sereno de turno de aquel paraje.

Hallábase inmóvil en el hueco de la puerta, cuando oyóse no muy lejos el crujido de la hoja de un portón vecino, resonando allí mismo sobre las baldosas ligerísimo taconeo de botitas femeninas.

Era una aristocrática jovencita que madrugaba a misa, rebujada a la andaluza en elegante mantilla, dejando ver apenas medio palmito lleno de gracias, con unos ojos negrísimo. Acompañábala una señora de entera confianza, especie de dueña, antigua ama de llaves de la casa, que la seguía, retrasada algunos pasos, por haber quedado cerrando de nuevo el portón.

Avanzaban por la misma acera donde se hallaba el embozado. Este se aparta rápidamente, dejando caer el embozo; y en pasando la chica, le dice a media voz:

—¡Mis aguinaldos!

—¡Ah!... —exclama ella, sin poder ocultar su sorpresa, dirigiendo al desconocido rápida y expresiva mirada, y pasando de largo.

En tanto que la compañera, advirtiendo pocos pasos atrás la súbita sorpresa de la joven a vista del embozado, al enfrentar con éste, le asesta una mirada fría, penetrante, escudriñadora, mirada de dueña celosa y suspicaz, que va a estrellarse inútilmente contra el alto cuello del gabán y el ala caída del sombrero, que instantáneamente habían vuelto a velar el rostro del desconocido.

Pero la dueña no podía quedarse con esa. Precipita el paso para alcanzar a la chica, y la interroga con instancia:

—¿Quién es ese?

—Parece un disfrazado —contéstale, disimulando su viva emoción.

—¿Y cómo lo has saludado con tanta prontitud?

—Porque dio la acera con mucha atención, inclinándose para esperar el saludo.

—Sí, pero me pareció que te habías cortado al verlo.

—¡Cómo no! Pero me tranquilicé allí mismo, viéndole el porte de persona culta.

—¡Hum!...quién sabe en qué anda por ahí ese disfrazado.

—No te alarmes— dícele la chica, soltando la risa. De seguro que anda en alguna apuesta de aguinaldos, pero ya viste que no era conmigo.

Si lo creyó o no la fiel y celosísima dueña, es cosa que no importa mucho saberlo al presente. Continuaron en silencio su camino hasta penetrar en la iglesia.

Efectivamente, estaban en boga las apuestas de aguinaldos entre caballeros y señoritas, juego especialísimo, fecundo en aventuras y chascos, potro de tormentos para gente nerviosa, por la viva ansiedad, la constante zozobra y repentinos sustos, no solo de los competidores, sino de sus allegados, parientes y amigos, que ayudan en la empresa. Es una campaña en toda forma, durante el lapso convenido, con su estrategia peculiar, en que la dama se mantiene a la defensiva, atrincherada en su propia casa o en otra de confianza, y el caballero ha de valerse de mil ardides para lanzarle de sorpresa el emocionante ¡mis aguinaldos!

En esos días se contaba, entre otros lances aguinaldescos, el de un joven caballero que logró entrar a la casa de su bella competidora, merced a una circunstancia casual, por extremo feliz. La dama se ocupaba en poner el *pesebre*, y al efecto, había mandado a una tienda de comercio en solicitud de un cajón grande, vacío, que era indispensable para colocar la peña donde iba el Nacimiento.

El comerciante, que sabía de la apuesta y era amigo del interesado, contesta que lo mandará luego, porque necesitaba un rato para desocuparlo; y en el interin, avisa al joven, que a la sazón asediaba la casa de mil maneras, sin éxito alguno.

Momentos después, un peón fornido recorría buen trecho de calle con un enorme cajón levantado sobre el hombro. Iba realmente agobiado. Llama en la casa, de orden del comerciante, e inmediatamente lo hacen pasar adelante con el pesado bulto, hasta la misma pieza, donde casi a escondidas trabajaba la señorita en los preparativos del pesebre.

Oyese de improviso un grito, a tiempo que surgía el joven del fondo del cajón, a guisa de los polichinelas que espantan a los niños, saltando de una cajita de resorte. La dama casi se accidenta del susto, en medio de una carcajada general. Había perdido la apuesta.

* *

Solían las familias, después de misa, reunirse en confianza para ir de paseo a los alrededores de la ciudad, a sitios donde hubiese establos de vacas de leche, encaminándose de preferencia a los extensos barrios de Milla y el Llano.

De seis a siete de la mañana avanzaba aquel mismo día por la poética sabana del Llano Grande, un grupo encantador de hijas de la Sierra. Iban hacia el sur, a la quinta de un caballero principal. El viento casi glacial de diciembre, agitaba las puntas y flecos multicolores de las mantillas y pañoloncitos con que iban abrigadas, llevándoles al propio tiempo el eco gratísimo de alegres piezas de música, tocadas por una banda improvisada de cinco instrumentos, obsequio de algunos jóvenes que seguían, a cierta distancia, la pintoresca caravana.

Entre estos jóvenes iba Horacio, y entre las damas, Lucila, para quien no era desconocido el itinerario, por ser la hermosa quinta a donde se dirigían propiedad de aquellos sus tíos, que con tanto cariño solían retenerla en su casa de la ciudad.

El paisaje era soberbio. Sobre la cúspide de los cerros occidentales y cultivadas lomas de la Otrabanda, parecía llover finísimo y centelleante polvo de oro; eran los primeros destellos de un sol brillantísimo, que antes de asomar por el oriente, se entretenía detrás de la nivea montaña en secretos galanteos con las monstruosas Águilas Blancas del mito andino.

El verdor, pálido aquí y oscuro allá, de los sembrados; las casitas blanqueadas, de techos rojos unos y grises otros; las cejas de monte, los hondos precipicios, todo en el cerro y la llanura se alegraba y sonreía intensamente a las primeras caricias del tierno y poderoso amante, del príncipe ardiente y luminoso, gala del cielo y emperador de la tierra.

En la casa de campo, después de los saludos de estilo, la comitiva se disgrega por las galerías y patios, en grupos

más o menos numerosos. Lucila se había adelantado presurosa a ayudar a su señora tía en los consiguientes afanes y atenciones domésticas.

Pronto se obsequia a las damas con espumosos y calienticos vasos de leche, recién ordeñada, y empiezan a circular azafates con servicios de café, lo más apetecible para los hombres en aquellos momentos, en que el frío de los páramos estaba en su punto.

En la sala principal había apenas algunas señoras que descansaban de la fuerte caminata. Una puerta y dos rejas daban al corredor de la casa, corredor abierto hacia el Llano, donde se gozaba de espléndidas vistas. En uno de sus extremos, tocaban los músicos y había también algunos jóvenes en animada tertulia.

Horacio parecía entretenido contemplando el paisaje al otro extremo del corredor, frente a una de las rejas, pero su atención era otra. De cuando en cuando miraba con disimulo, al través de la reja, hacia el interior de la casa, anhelante por divisar de nuevo la esbelta figura, el gentil cuerpecito de la dama de sus pensamientos.

Nadie sospechaba siquiera lo que el muchacho se tenía entre pecho y espalda. Había hecho firme propósito de sacrificar los vivos deseos de acercarse a ella en las reuniones sociales, o en los círculos de familia, donde se encontrasen, antes que comprometer su secreto con ostensibles y comunes manifestaciones de preferencia. Su amor tenía que ser una gran secreto para todos, menos para ella.

En otro jovencito, esta absoluta reserva o sistemática ocultación de un sentimiento tan vivo y dominante, habría sido un suplicio atroz, una situación violenta e

inaguantable, próxima a estallar en alguna imprudente y súbita revelación; pero Horacio era muchacho de prematuro carácter, reservado por naturaleza en la expansión de sus íntimos afectos y de heroico dominio sobre sí mismo.

Así es que empleaba con Lucila, a vista de todos, los mismos modales de fineza, galantería y miramientos con que trataba a las demás señoritas. Ignoraban pues, hasta sus íntimos amigos, que tuviese pasión tan ardiente y profunda por la señorita Albani.

Repentinamente asómase ella a la reja, llamando al mayordomo de la finca, honrado labriego que andaba a la sazón en el otro extremo de la galería, poniendo en manos de algunos jóvenes los servicios de café.

—Mi tía lo necesita pronto, —le dice— para que traiga otros servicios.

Horacio, que se hallaba solo en aquel momento, la saluda con expresiva inclinación de cabeza.

—Madrugó usted mucho —dícele al punto, devolviéndole el saludo.

—Ciertamente y me felicito, porque tuve la fortuna de ganar unos aguinaldos espléndidos.

—¿Con que estaba hoy de apuesta?

El pensamiento de que los aguinaldos fuesen con otra, había nublado ligeramente el semblante de la niña.

—Apuesta formal no: aguinaldos improvisados, de simple vista.

—Pero estaba usted disfrazado. ¿No es verdad?

Horacio teme ser oído y se acerca más a la reja.

—Estaba disfrazado, porque mis aguinaldos eran muy íntimos y secretos; y creo haberlos ganado antes de misa en la esquina de la plaza. ¿No lo cree usted también?

El joven le hablaba ya más con los ojos que con los labios.

—¡Ah, de ese modo, qué gracia! —le contesta Lucila con los ojos bajos, pero brillantes de alegría y teñidas de rubor las mejillas.

La celosa sospecha había desaparecido.

—¡Qué descortesía! —exclama en seguida, cambiando el tono de la voz—. Lo que iba a preguntarle era si ya tomó café. El frío lo reclama con urgencia.

—No se apure usted, Lucila. Ya traerán por ahí otros servicios.

—¡Oh, no! espere usted aquí, que yo misma voy a mandárselo.

Y desapareció al instante, echando sobre el joven una de esas miraditas de soslayo, que fusilan sin piedad el corazón, miradas que el código de policía debiera prohibir, porque enajenan al hombre privándolo en un santiamén hasta del uso de la palabra.

Casi en seguida, una criada rústica, se acerca al joven con una primorosa tacita de café, fragantísimo y humeante.

—¿Es usted el niño Horacio?

—El mismo.

—Aquí le manda la niña Lucila.

Dentro de la nubecilla del ensueño, hasta los objetos más triviales toman un aspecto fantástico. La casa de campo tornóse a los ojos del enamorado doncel en un palacio encantado. La niña de ojos negros, que le sonreía a través de la reja, era la princesita cautiva de los cuentos orientales; y en la sencilla rústica, en la robusta serrana, miraba a la fiel esclava, que cumpliendo orden de la regia

doncellita, venía a ofrecerle, en el hueco de una esmeralda, el ponderado *haschis*, el néctar clásico de los príncipes del Islam.

* *

Por extremo alegres fueron las pascuas aquel año. A la compañía de Carmona, sucedió en el teatro merideño la de Manuel Puente y la señora de Palma. Además, la visita a los pesebres tenía entonces el carácter de una verdadera peregrinación durante el día y en las primeras horas de la noche.

Había veinte o más pesebres de antigua fama por sus grandes dimensiones, pesebres que ocupaban, cada uno, media sala y hasta mayor espacio, ofreciendo abundante pasto a la curiosidad insaciable de los chicos y a las observaciones críticas de los grandes. A esto se agregaban los paseos de campo, frecuentísimos en tal época, so pretexto de ver los pesebres rústicos, colocados siempre bajo un arco de olorosas ramas, colgado de flores, frutas y dulces secos, a semejanza de los arbolillos de navidad.

Entre los grupos de familias que el día de los Inocentes recorrían los animados sitios de la Otrabanda, en los alrededores de Mérida, nos detendremos a observar uno no muy numeroso, en que iban algunas damas y dos o tres caballeros apenas, personas todas de íntima confianza en la casa del Canónigo, de la cual era ya jefe el doctor Carmona, recién casado, joven de ilustración y recomendables prendas de bondad y cultura.

Después del almuerzo, servido con variedad y abundancia en una hacienda, emprendía este grupo una excursión de paseo hacia la loma o parte alta de la Otrabanda; pero en llegando a determinado paraje, donde

se bifurcaban dos senderos, túvose informe de que andaba por aquella parte de arriba una partida de *locos*, lo que produjo en las señoras y señoritas la consiguiente alarma.

Los *locos* son disfraces de gente del pueblo, que van en partidas por campos y poblados, con música y cohetes, en determinados días de pascua; y aunque inofensivos por tratarse de una locura postiza o superficial, lo más cuerdo es excusar el encuentro con tales comparsas populares, porque los repetidos brindis llegan a producir verdadera locura, al grado de que en muchos casos el rígido e inalterable gesto de la máscara, suele estar en abierta oposición con la extrema movilidad de rostros encendidos por los vapores alcohólicos.

De común parecer, la comitiva desiste del paseo a la loma y opta por tomar el camino de Santa Bárbara, pero iban ya muy adelantadas dos señoritas, que habían desaparecido por las vueltas del sendero. El más joven de los caballeros corre prontamente a su alcance, en tanto que el grupo principal, cambiando de rumbo, tomaba el otro camino elegido, con paso lento, dando tiempo para que regresasen las dos señoritas.

El joven corrió en efecto hasta doblar por un recodo de la senda; y desde allí divisa a las dos niñas, paradas en lo alto de una cuestecilla. Con gran susto impónense ellas de lo que ocurre, y emprenden el regreso, arrepentidas de haberse avanzado tanto. En estos momentos salió al camino, por el pie de la cuesta, una ágil campesina en traje de fiesta, saltando como una corza por encima del cercado de piedra que había al lado de la vía. Caso curioso: cuando las dos niñas huían atemorizadas de los locos, la sencilla labriega iba en pos de ellos con vivo entusiasmo; pero les llegaba como llovida del cielo.

—¿Dígame usted —le pregunta el joven al instante— hay por aquí modo de salir más pronto al camino de Santa Bárbara, sin tener que volver atrás?

—Sí, señor, por este portillo del cercado se atraviesa un cafetal y se sale a un llanito; y pasando el llanito, por otro portillo, se llega al camino. No hay pérdida, porque la vereda está trillada. Tomen por ahí con entera confianza, que es mucho más cerca.

Los caminos se apartaban abajo en ángulo recto. La vereda que indicaba la campesina era la línea recta del sitio en que estaban al punto donde a la sazón debía hallarse la comitiva.

—Por aquí, pues, —dice resueltamente el joven a las atribuladas niñas—. No hay tiempo que perder. Los alcanzaremos en un instante.

Ellas obedecen ciegamente, despidiéndose de la campesina.

Era una de regular estatura, tipo dulce y simpático de las cálidas vegas del Montalbán, y la otra pequeña, espiritual, de ojos muy negros, que reía en medio del susto, metiendo más miedo a su compañera con los locos, cuyos gritos destemplados ya creían percibir.

Salvan el vallado de piedra y penetran en el cafetal sombrío. El follaje de las ceibas florecidas formaba arriba, sobre los arbustos de café, una serie de cúpulas, enlazadas unas a otras, dejando de trecho en trecho caprichosas ventanas, por donde entraba el sol a sorprender los secretos de aquella selva artificial, saturada de un olor gratísimo e indefinible, mezcla de bálsamo y otras resinas, y llena de vaga e inefable armonía, efecto de los rumores del viento, el crujido de los árboles y el repentino aleteo de pájaros

que huían asustados; armonía suave, dilatada y solemne, mitológica orquesta que entretiene a las Dríadas en la soledad de los bosques.

Los jóvenes se sienten al punto tocados en la mitad del alma por la varilla mágica de un encantador invisible. Avanzaban en silencio. Laura, la dulce niña de Ejido, pensativa y triste, recordando acaso al inspirado poeta que la canta y la adora, ya en camino del sepulcro, devorado por una tisis. Y la niña de ojos negros y el joven guía, no menos silenciosos, incurrían a veces en arrobamientos súbitos, cuando sus miradas se encontraban, ora al abrirse paso por entre las ramas que se cruzaban en el aire sobre la estrecha senda, ora al atravesar, muy inclinados, algunos de esos sugestivos túneles de verdura, abiertos bajo las frondas en lo más tupido de las arboledas de café.

Pronto salen al prado, al llanito indicado por la campesina, de encantador aspecto. El tono verde oscuro de los árboles que lo limitaban en contorno, hacía muy bello contraste con el verde amarillento del césped, tendido en la superficie como inmensa y velluda alfombra.

Las niñas se adelantan presurosas: podían ya libremente correr por la poética sabana; pero a la mitad del prado, una ancha zanja las detiene. Van de aquí para allá, cada una por distinto paraje, en busca de alguna angostura por donde saltar, pero la zanja no la ofrecía suficientemente cómoda en ninguna parte.

Horacio, que era el oficioso acompañante, se acerca entonces a la más chica y le dice con viva instancia.

—Lucila, perdemos un tiempo precioso. ¿Saltaría usted, dándole yo la mano del otro lado?

La joven lo mira sonrojada, irresoluta, vacilante entre el sí o el no.

De un brinco salva Horacio la zanja, y desde el otro lado, alárgale la mano resueltamente. Ella alarga también la suya con algún encogimiento, adelantando un piecico sobre el borde de la rústica acequia.

—¡Una...dos...y tres, —exclama el mancebo, pasando casi por el aire a la graciosa niña, cuyas manecitas temblaban entre las del afortunado conductor.

Con voz balbuciente, apenas perceptible, le da las gracias, turbada no por el salto, sino por una emoción desconocida.

El joven la mira intensamente, no menos conmovido, sin pronunciar una palabra siquiera; y en seguida, corre a pasar de igual manera a la hermosa Laura.

Animada esta por el ejemplo de su compañera, no vacila; alarga su mano al joven y salta también con extrema agilidad la ancha zanja; pero su mano no tiembla ni su voz flaquea al dar las gracias al galante jovencito que las guiaba por aquellos parajes solitarios.

Con sorpresa de los otros paseantes, salen al camino por donde menos los esperaban, en momentos en que se incorporaba a la comitiva, caballero en su mula, el doctor Chaparro, cura del Llano, Canónigo Magistral después, quien impuesto del retraso de las señoritas por causa de los locos, celebraba el caso de la manera más franca, dando rienda suelta a su carácter, festivo de ordinario, excepto en las ocasiones que requerían la grave dignidad del sacerdote católico.

La excursión fue gratísima, en lo que influyó mucho la compañía inesperada del doctor Chaparro, amigo íntimo de la familia Carmona, organizadora del paseo.

Por sabido se calla, que yendo allí el señor cura del lugar, no había casa de campo, donde no ofreciesen algún obsequio de frutas, dulces, chicha, horchatas, etc., obsequios que no era discreto aceptar en su totalidad, so pena de violenta indigestión.

Pero en cierta casita, de las más rústicas, el recibimiento fue tan franco y generoso, que habría sido manifiesto desaire no aceptar el obsequio, ofrecido con encantadora sencillez por una hermosa campesina. Se trataba de dulce de leche entre almibarado y pastoso, muy agradable por cierto, de la forma y consistencia del maná, que la amable labriega iba a servir en hojas de morera, sacándolo con cuchara de palo del gran tatuco indígena, que suplía la dulcera.

Apoderose entonces del rústico envase el doctor Chaparro, con la pícara intención de poner en conflictos a damas y caballeros, encargándose él mismo de servir la popular conserva, conocida con el nombre de *dulce de tatuco*, sin esperar el socorro de las hojas, pues debía recibirlo cada uno en la palma de la mano, y comerlo con los dedos, a usanza del paraíso terrenal.

Aquello fue un ¡sálvese el que pueda! pero en definitiva, el tatuco quedó vacío y el arroyuelo próximo lleno de manos que se lavaban entre risas y bromas. Escena propísima de un día de Inocentes.

Vueltos a la hacienda, ya en la tarde, para organizar el regreso a la ciudad, prodújose allí esa especie de confusión babilónica, inevitable en los precisos momentos de salida, cuando algún grupo de familia retorna de alguna excursión campestre.

Que no parece la sombrilla; que está cambiado un pañolón con otro; que el chico perdió un zapato o tiene mojadadas las medias, por haber metido los pies en la acequia; que una señora al despedirse, llama aparte al ama de la casa, o viceversa, para hacerle el encargo de una buena mujer, que necesita con urgencia, para cocinera o aya de niños, determinándole las condiciones más precisas.

En este femenil revoltillo de idas y venidas, vueltas y revueltas, Laura y Lucila, ya listas para el regreso, habían salido al patio de la hacienda, situado en una meseta, donde se gozaba de vistas muy amplias y pintorescas. Mientras Laura se entretenía en formar un ramillete de flores por las callejuelas del jardín, la señorita Albani había avanzado hasta el borde de la planicie, abstrayéndose allí en la contemplación del paisaje.

Empezaba la hora apacible y silenciosa del crepúsculo, la hora melancólica del último canto de las aves y los varios y caprichosos tintes del cielo. Manos eólicas deshacían las nubes en menudos copos, ribeteados de oro, para mullir el lecho funerario del sol sobre el lejano perfil de los montes. El atardecer era espléndido.

Había motivo para que Lucila estuviese absorta. Elegante sombrero azul turquí, de plumaje blanco, sombreaba su rostro de agarena, comunicándole un aire sugestivo y fantástico.

Aunque la encantadora niña había sentido cerca de sí leve ruido de pasos, continuaba inmóvil, sin volver los ojos, hondamente conmovida. Su corazón no podía engañarla. Estaba cierta de que debía ser él, el mismo jovencito que no había dejado de mirarla en todo el paseo. Presentía su llegada. Lo esperaba.

—Perdón, Lucila, si la interrumpo. Está usted muy abstraída.

—Miraba por última vez este campo. ¡Me ha parecido tan bello!...—contestóle ella con voz débil y reposada.

—Ciertamente es bellissimo. También vengo yo a contemplar por última vez ciertos sitios que llevo grabados en el corazón de manera indeleble —dijo Horacio con trémula voz.

Ambos permanecieron mudos algunos momentos. Miraban el paisaje con verdadero arrobamiento.

—¿Ve usted allá aquel trillado? —le pregunta el joven, indicándole un punto lejano al pie de la loma.

—¡Ah, sí! es la cuestecita de donde usted nos hizo devolver.

—Y allí mismo se divisa la extensa arboleda, el cafetal sombrío, cruzado por aquel sendero lleno de atractivos; y más allá, vea usted, tras aquella última línea de frondosos árboles, está el llanito de la campesina, la poética sabana cortada por aquella zanja, que usted no se atrevía a saltar. ¿Lo recuerda?

Lucila no contesta, ni Horacio pudo decir tampoco una palabra más. Los ahogaba la emoción. Solemne mutismo, en que el lampo de hondas miradas vino a estrechar sus almas en dulcísimo éxtasis, olvidados ya del paisaje y cuanto los rodeaba, hasta del mismo sol, que les enviaba sus postreros rayos, como si quisiera bañar con esplendores color de rosa aquella muda promesa de inmenso amor.

—¡En marcha, que ya es tarde! — grita con voz de mando el doctor Carmona.

Y la comitiva toda se pone en movimiento hacia la ciudad romántica, penetrando al cabo en sus desiertas

calles, cuando ya brillaba rojiza luz en los pocos faroles del alumbrado público.

Para Horacio y Lucila el día había sido de rosas, pero tras estas rosas vendrían luego crueles espinas a destrozarse sus corazones, tan fuerte y secretamente unidos desde la infancia.



CAPÍTULO VIII

Nubes en el horizonte

En 1878 los tres Reyes Magos entraron a lo vivo en el pueblecito de Tabay, cercano a Mérida, lo que atrajo gran concurso de los lugares vecinos, en que figuraba selecto grupo de damas y caballeros emeritenses y altos empleados del poder civil.

La bíblica representación se hizo en la plaza, atestada de gente. Hubo que hacer remolinos y compactarse para dar libre paso a los tres Reyes, caballeros en sendos bridones, adornados con vistosas gualdrapas y brillantes aperos.

La estrella guiadora, hecha de hojalata y colocada en el extremo de larguísima caña, fue confiada a un campesino, quien debía mantenerla en alto a un lado de la puerta mayor del templo, junto a las imágenes del Nacimiento, colocadas *ad hoc* en aquel paraje sagrado.

Pero sucedió que el pobre campesino, en tanto llegaba el momento preciso de la adoración, solía correrse a saborear una copita en cercana pulpería ; y tantas idas

efectuó, que al cabo hubo de desorientarse por completo, olvidándose del papel que representaba. De suerte que cuando la real comitiva entró a la plaza, para iniciar la representación, si los Reyes hubieran seguido el rumbo que marcaba la estrella, habrían ido derecho a parar en las puertas de la tentadora pulpería, situada en una esquina de la plaza.

En este conflicto, el dedo índice del señor cura, enérgicamente dirigido hacia la puerta del templo, vino a salvar a los confusos Reyes de un pecaminoso extravío, señalándoles la verdadera ruta por entre la apiñada muchedumbre. No brilló, pues, la estrella para los Reyes Magos, pero sí alumbró de sobra al campesino y quién sabe a cuántos más.

Resultando, en definitiva, cómica antes que piadosa la escena bíblica, más por falta de arte que por irreverencia de los actores, la autoridad eclesiástica se vio en el caso de prohibir que el cura tolerase en lo sucesivo semejantes representaciones frente al templo, y menos con exposición de las sagradas imágenes, como solía hacerse de tiempo inmemorial en muchos lugares.

Horacio, que en compañía de otros jóvenes, había ido a Tabay, con sorpresa de sus camaradas dejó los bailes y convites que siguieron a la fiesta de la mañana antes descrita, y prontamente regresó a Mérida. Lo llamaba otro baile, para el cual estaba invitado y que le interesaba sobremanera.

Por la noche, bullía la gente en las calles de Mérida. Desfilaban las familias y hasta partidas de disfraces, haciendo la última visita a los pesebres. A falta de estufas y chimeneas en los edificios, un intenso calorcillo de alegría neutralizaba el frío glacial de los días de enero al pie de la

Sierra Nevada. No entraremos en largas descripciones, pero sí queremos que nos acompañe el lector, si gusta, en corto paseo, para dar un vistazo al baile que se efectuaba aquella noche a pocas cuadras de la plaza Bolívar, motivo de la súbita venida de Horacio.

Estas reuniones eran entonces acaso menos animadas y bulliciosas que ahora, porque aún revestían cierto carácter de aristocrática gravedad, que les comunicaba el traje de rigurosa etiqueta, por una parte, y por otra, la inalterable sucesión de los turnos en el orden tradicional de la danza, y, sobre todo, la presencia indefectible de respetables matronas y caballeros de edad proveya, que asistían como meros espectadores, atemperando en cierto modo con la seriedad de su continente las joviales y galantes expansiones del espíritu juvenil, de suyo inquieto e impaciente.

Además, la virtud de la temperancia, de grado o por fuerza, ejercía su dulce imperio en aquellos saraos de alto coturno, porque no se escanciaba en el ambigú ni en los obsequios, sino el inolvidable y ya histórico bul o la rubicunda e inocente sangría, bebidas virgilianas, con que podía paladearse a un niño de pecho.

En el cuadro de hermosas, bien merecía Blanca ser coronada como reina del baile. Era ya mujer, y resplandecían sus gracias con majestad olímpica. Había en su porte sugestiva mezcla de diosa pagana y mística doncella de los lienzos de Rafael de Urbino. Era una rara belleza.

Horacio bailaba con ella, complacido y satisfecho al llevar en rítmicas ondas por la perfumada estancia a una chica de tan extraordinaria belleza; a tiempo que tras el cortinaje de una puerta brillaban como ascuas dos pupilas encendidas por los celos.

Otro jovencito de su misma edad, llamado Héctor, sentía por Blanca un pasión vehemente, y trataba de penetrar en la significación de los gestos y sonrisas de Horacio, y hasta adivinar el sentido de las palabras de mera galantería con que obsequiaba a su gentil pareja.

Sin fuerza de voluntad para dominar los impulsos de su corazón, los sentimientos amorosos de Héctor eran al punto advertidos por los circunstantes en cualquiera reunión social. Carácter diametralmente opuesto al de Horacio. Cuanto más ardiente era en éste la pasión amorosa, más reservado se manifestaba en público, y aun en el seno mismo de la amistad. Héctor, por el contrario, no podía reprimirse, y obraba con la ligereza e irreflexión del muchacho. Habría sido para él cosa impracticable y hasta inconcebible guardar el secreto de sus propios amores, como lo hacía su camarada Horacio, con fidelidad inquebrantable.

Y quiso la casualidad que estos caracteres tan opuestos por esta faz, vinieran a encontrarse frente a frente ante una misma mujer. Habían sido rivales en la adolescencia; y aunque ya no lo eran, esto lo ignoraba Héctor en absoluto, y continuaría ignorándolo por un tiempo más.

De aquí la celosa inquietud del apasionado jovencito, al ver que el brazo de Horacio rodeaba la muelle cintura de Blanca, y que ésta, dulcemente apoyada en el hombro de su rival, muy juntas las cabezas de ambos, parecía dichosa recorriendo el brillante estrado al son de una música suave, penetrante y embriagadora.

¡Cuán ligeros suelen ser a veces nuestros juicios! Si nos guiásemos por las apariencias, creeríamos que Horacio juega a dos ases, que en asuntos de amor está a

la luz que más cerca alumbra, cumpliéndose en él lo que dice el popular cantarcito:

*Me queréis cuando me veis,
Me olvidáis estando ausente,
Porque tus caricias son
Misas de cuerpo presente.*

Sin embargo, injusto y temerario sería culparlo de ese modo. ¿El bailar una pieza con Blanca era prueba de amor? Pues enamorado debiera estar de cuatro o cinco chicas más, con quienes bailó también aquella noche, hasta repetidas veces con cada una, obsequiándolas a todas, sin excepción, con palabritas dulces de fina galantería. Era por índole expresivo y galano en su lenguaje con las damas, pero sin humos ni pretensiones de conquistador galante.

El amor vivía oculto en el corazón de Horario como dentro de una linternilla mágica, y proyectaba sus vívidos destellos solo por el limpio cristal de sus ojos, y sobre la hermosa y fulgurante negrura de otros ojos, llenos de misterio y de esperanza.

El amor verdadero jamás se erige en vanidoso señorío. Penetra el alma y la subyuga por completo. Es servidumbre dulce y tormentosa. Tampoco el amor verdadero es gozo intenso ni delirante alegría. Es pasión triste, luminosa tristeza que nos domina, perenne conmoción nostálgica ante un paraíso inquietante y sublime, que entrevemos al través de los ojos de la mujer amada. Tal era la pasión de Horacio.

Un ojo perspicaz habría podido advertir, sin embargo, algo de esa honda tristeza en ciertas momentáneas abstracciones, en que el espíritu del joven se lanzaba en un mar de cavilaciones e inquietudes.

Antes de iniciarse el baile, Horacio esperaba en sus adentros con la más viva impaciencia. Lucila estaba invitada a la reunión y tardaba en llegar. A cada ruido de pasos por el zaguán, palpitábale el corazón con violencia, pero nada. Al cabo, el joven no pudo contenerse. Alega un pretexto para alejarse momentáneamente, toma su sombrero y gana la calle, deseoso de inquirir la causa de la tardanza.

Ninguna luz brillaba en las ventanas y balcones en la casa de los Albani, cuyo edificio se alzaba mudo y solemne, alumbrado apenas por la escasa claridad de los faroles públicos. Lucila no estaba allí. Hallábase a la sazón con Rosa, tras la celosía de una ventana en la casa del Canónigo. Horacio lo advierte al pasar, detiéndose al instante, saluda a las dos señoritas y pregunta a Lucila con gran sorpresa:

—¿Y no va usted al baile?

—Ya ve cuan tranquila estoy aquí. Mi mamá tuvo inconveniente a última hora.

¡Golpe terrible para el joven!

—¡Ah! —exclama, reprimiendo su profunda contrariedad— ¡Yo que me prometía bailar con usted por primera vez!

—Mil gracias, Horacio. No creo que haré falta. Estoy cierta de que hallará usted parejas de todo su agrado. ¿No es verdad, Rosa?

—Es claro. Esta noche estará Horacio en la gloria. Esperamos nos des mañana la crónica del baile con todos sus detalles.

—No lo contará todo, Rosa.

—Niña, ya lo comprendo, pero no faltará quien nos diga lo que él calle.

El joven no tuvo tiempo para contestar estas alusiones tan desorientadas en el fondo. La casa del baile no estaba mucho. Había sonado la hora en el reloj de Catedral, y ya empezaban a preludiar los instrumentos músicos.

Horacio tenía comprometido el valse de introducción. He aquí el conflicto. Hacerse esperar, sería un pecado de lesa caballerosidad ante la dama que lo había aceptado como pareja. Así lo manifiesta a Rosa y a Lucila, despidiéndose heroicamente.

—¡La dicha lo espera, vuela usted!...

Le dice Lucila con cierta exaltación nerviosa; y Horacio vuela, en efecto, pero con el alma destrozada, tanto por la inasistencia de la joven, como por la penetrante significación de aquellas palabras, que las circunstancias le impedían contradecir con la ingenua y vehemente declaración de la verdad.

Era un hecho que las dos señoritas creían que estaba enamorado de Blanca. Que lo continuase creyendo Rosa era explicable, pero que aún lo creyese Lucila era cosa que trastornaba la cabeza de Horacio y le oprimía el corazón.

—¿Qué será, Dios mío? —se preguntaba, desorientado a su vez ante la actitud de Lucila. —¿Habrá descubierto acaso mi loca pasión, y como no puede corresponderla, se escuda discretamente para rechazarme en mis anteriores inclinaciones hacia Blanca?

No estaba menos confusa y cavilosa la pobre niña. Demasiado sabía que las miradas ardientes del joven y la profunda emoción con que le hablaba, cuando quedaban solos, no eran efecto de simple amistad, ni de los nexos de confianza que los ligaban desde la niñez. Pero recelaba de la firmeza de tal impresión, y el mutismo de Horacio, en ocasiones propicias para declararse, la confirmaba en sus vacilaciones.

—Ha descubierto acaso —se decía también con amargura— lo que quiero ocultarle a todo trance. Sí, ha descubierto que lo amo, y me corresponde generosamente con esas mudas manifestaciones, pero su corazón no me pertenece, ni tengo derecho a reclamarlo. Debo mostrarme indiferente y esquiva, ahogando en lo más íntimo mis esperanzas, mis ilusiones y hasta el amistoso trato que nos ha unido desde niños. ¡Qué suplicio tan atroz, Dios mío!...

Así pensaba Lucila, llena de un pesar tanto más hondo, cuanto mayor era el esfuerzo que hacía para ocultar sus sentimientos. Hallaba el martirio en el gran secreto de su vida, precisamente cuando todos la consideraban dichosa, rodeada de galantes amadores y en aptitud de elegir con ventaja al que quisiera entre los que habían ya pedido su mano.

Situación especial la de estos amantes, por la mutua desconfianza, a causa de antecedentes que en uno y otro tenían apariencias de verdad, contra su propio sentir. La intervención de un amigo o amiga, de entera confianza para ambos, los habría redimido ciertamente de crueles pesares; pero Horacio y Lucila guardaban su secreto de manera impenetrable, por lo mismo que les parecía temeraria o casi imposible la pretensión.

Además, el amor verdadero es siempre el menos comunicado; vive de sí mismo en la soledad y el silencio. Es egoísta por naturaleza. Cuando llega a ser objeto de confidencias en el seno de la amistad, raras veces es por confesión propia, sino porque ha sido descubierto o sorprendido.

Volvamos a Héctor. Ni una palabra había dirigido a Horacio en que pudiera transparentarse la celosa inquietud de su espíritu; pero su trato fue muy frío aquella noche. Cultivaban esas relaciones comunes entre jovencitos de la misma edad y la misma posición social, aunque secretamente sentíase Horacio arrastrado hacia Héctor por un vínculo de simpatía, que este no sospechaba siquiera y que el lector conocerá más adelante.

Por esta causa íntima fue más sensible para Horacio el encogimiento que advirtió en el trato de Héctor, sin motivo ostensible, pues ni en la fiesta de los Reyes en Tabay, a la que asistió Blanca, ni en el baile, le había disputado las ocasiones de acercarse a la hermosa niña, en torno de la cual giraban ya otros pretendientes.

La una de la madrugada sería cuando Héctor volvió a su casa, después del baile. Su vivienda estaba en la planta baja de un gran edificio, en pieza construida para tienda de comercio, comunicada con la casa por medio de una puerta. El joven hace luz, y devorado por la sed, se dirige hacia el interior, abriendo la indicada puerta sin meter ruido.

Tenía que recorrer gran trecho del claustro, ganar la escalera, y recorrer así mismo uno de los corredores del claustro superior, para llegar a la galería donde se hallaba el tinajero, muy cerca de los dormitorios de la familia.

Avanzaba en puntillas, temeroso de interrumpir el sueño a los moradores del espacioso edificio, que eran sus padres y hermanos.

Siempre es imponente la soledad de un claustro en altas horas de la noche. La luz de la bujía, sacudida a veces por el viento frío que soplaba de los páramos, iba dibujando figuras errantes y caprichosas en el pavimento embaldosado del patio, al proyectar la sombra de las barandillas, que defendían la escalera y cerraban en contorno el claustro del segundo piso.

Héctor coloca la palmatoria sobre la mesa del comedor y se dirige al tinajero, pero en este instante, el rechinar de unos goznes lo obliga a volver el rostro lleno de sorpresa. La puerta de uno de los aposentos se había abierto con cautela, y por ella asomaba la figura de una mujer joven, rebozada en rica mantilla.

—¡Tú en pie a estas horas!... —exclama Héctor, sin salir de su asombro ante aquella súbita aparición.

—He sentido tus pasos desde que abriste la puerta de la calle; y al oírlos aquí tan cerca, me he resuelto a salir, pensando que pudieras venir enfermo del baile.

—¿Luego estabas en vela?

—Ciertamente, me ha mortificado toda la noche un dolorcito de cabeza, pero me siento ya mejor, aunque desvelada por completo.

—¿Y mi mamá?...

—No hables tan recio. Ella y mi papá duermen tranquilos. Toma el agua y vamos a la cocina, donde podremos conversar sin riesgo de que despierten.

La aparecida tenía un rostro juvenil, bellísimo, dotado de negros y sugestivos ojos. Echándose las puntas de la

mantilla sobre el hombro con gran donaire, toma la palmatoria y se encamina al lugar indicado, seguida de Héctor, quien no contaba verse de pronto en tan grata compañía.

La cocina era un salón cuadrado, con enorme chimenea de campana. Hacía recordar las grandes cocinas de las casas señoriales de la Edad Media, donde solían reunirse señores y criados en franca comunidad. Había allí, fuera de los varios utensilios del servicio culinario, una mesa grande, una poltrona de cuero y otras sillas comunes de suela.

La casa, de cómoda apariencia, era la mansión solariega de los Albani, el palacio encantado de los sueños de Horacio. Héctor y Lucila eran hermanos.

Sentóse la joven como una princesa en la ahumada silla de brazos, riéndose del sitio escogido para aquella conferencia de alta madrugada, e hizo que Héctor allegase una silla de suela.

Lucila era dos años mayor que Héctor, y tenía, además, sobre este la superioridad que le daba el prematuro carácter y la viveza de su espíritu.

—Te noto triste, lo que no me explico después de un baile —le dice la joven, iniciando francamente la conversación, a tiempo que clavaba en su hermano una mirada escudriñadora y picaresca.

—Triste no, sino algo contrariado. No vengo, en realidad, muy satisfecho del baile.

—¿Cómo, estando allí Blanca? ¡Es bien extraño!

—Creo que alguien me malpone con ella. En fin, no sé lo que sea, pero lo cierto es que excusaba mis atenciones. Y me parece que no hacía lo mismo con Horacio, quien estaba esta noche hecho una mielecita con ella.

—¡Horacio! —exclama Lucila, dominando la cruel punzada recibida en la mitad del pecho.

—Ya sabes que también la pretende y que somos rivales declarados.

—Lo sé muy bien, pero creía que ya fuera tuya la palma del triunfo. ¿Luego Horacio ha bailado mucho con ella?...

Los ojos de Lucila lanzaban chispas. A no ser tan muchacho Héctor, habría notado que era demasiado el interés con que su hermana esperaba la respuesta.

—Eso es lo que me confunde. Horacio apenas ha bailado una pieza con ella; y también lo he notado muy pensativo esta noche.

—Pues no me explico lo que dices.

La curiosidad de la joven rayaba en angustia, no obstante el esfuerzo heroico que hacía por manifestarse serena.

—Ciertamente hay en esto algún misterio. Pero me choca la conducta de Horacio. Con uno, parece que no quiebra un plato. Hasta cabizbajo me ha parecido, como te digo; y sin embargo, al lado de las muchachas, es un chupaflor. Le gusta cantarle a las más hermosas, y como tiene labia y talento, les dice cosas muy bonitas.

Lucila estaba no menos perpleja que Héctor.

—Lo que descubro —le dijo al fin— es que tienes celos, porque si Horacio no ha bailado con Blanca más que una sola pieza, y lo notaste triste, no hallo razón para que lo consideres como rival afortunado.

—Será o no será, pero es un hecho que también tiene él algún entripado, aunque a nadie ha dicho jota en el particular. Y lo mejor del caso es que era de los más

entusiastas. Se vino de Tabay primero que todos, dejando las fiestas, para asistir a este baile.

La esperanza brilló de nuevo en el semblante de Lucila. Variando entonces de conversación, hizo a su hermano varias preguntas sobre pormenores del baile; y en llegando a los jóvenes que habían asistido, Héctor le habló de Luis con sonrisita burlona.

—Luis estaba invitado, y puedo asegurar que no ha asistido, porque supo a tiempo que tú no ibas.

—No lo creo, porque ya él sabe que no le aceptaré más cierta clase de manifestaciones.

—Pero está resuelto a insistir. Proyecta un baile, según lo ha dicho a un amigo, con ese solo objeto. Y soy de opinión, fuera de bromas, que tú no debes desechar este partido. Luis es simpático, de muy buena familia y tiene medios suficientes para hacerte feliz.

—Reconozco en él esas cualidades, pero lisa y llanamente no puedo aceptarlo; ya lo he tratado, y no congeniamos. No puedo ofrecerle más que amistad.

—Reflexiona algo más en este asunto.

—No valen reflexiones contra el corazón.

—¿Esperas, acaso, que algún príncipe venga a pedir tu mano?

—Sí —le contesta Lucila, riéndose cordialmente—. Sueño con un príncipe que ha de venir algún día a pedir mi mano, como tú dices.

No sospechaba Héctor que en aquellos momentos Lucila pensaba en un estudiantillo, que todos los días veía pasar por el frente de su casa con el libro debajo del brazo. No era todavía ni bachiller en filosofía, y sin embargo, era el príncipe encantado del país de sus ensueños.

El gran nublado que en la prima noche oscurecía el cielo de sus ilusiones, habíase disipado, aunque no por completo, pues quedaban nubecillas grises que enturbiaban el horizonte. Lo que Héctor acababa de decirle respecto a Horacio, a quien juzgaba como solapado pichón de Tenorio, la preocupaba en extremo, aunque ponía en duda la exactitud de tal juicio formado en el calor de los celos. Sin embargo, lo más prudente era recatarse un poco en el trato con el joven; y esta línea de conducta se trazó Lucila, contando para ella con la temprana firmeza de su carácter: ¡Iba a luchar consigo misma!

El reloj de Catedral había dado ya las dos de la madrugada. Los jóvenes se despidieron cariñosamente, y la espaciosa casa volvió a sumirse en la oscuridad y silencio.

CAPÍTULO IX

Reaparece el clavel rojo

No hubo la menor alteración en las visitas de Lucila a la casa del Canónigo. Su propósito no era huir de Horacio, sino aparecer ante él menos expresiva en el trato. Por lerdo que fuera el joven, notólo en la primera ocasión con gran pesadumbre. Lo que era en Lucila un acto de cordura, para el joven resultaba una prueba de que no había en ella amor sino mera amistad.

Era una tortura para ambos, más desesperante para el mancebo, a cuyos oídos había llegado que Luis insistía, como lo aseguró Héctor, y que organizaba un baile con el fin de acercarse nuevamente a Lucila, en pos de un *sí*, que de alcanzarlo, cortarí de un solo tajo todas las esperanzas de Horacio.

Cierto día hallábanse Rosa y Lucila, como de costumbre, en la sala de labor de la casa del Canónigo, ocupadas en trabajos de aguja, cuando acertó a llegar Horacio. La casualidad deparó a los jóvenes un momento de poder conversar sin testigos.

La sala era cuadrada y de aspecto grave, con puerta y reja para el claustro. Los muebles que allí había eran todos antiguos y de severa hechura. Un reloj de pesas, metido en angostísima caja de madera, alta como un escaparate, reloj cuya péndola producía un tic-tac acompasado y solemne; un sillón construido por el molde de las sedes abaciales, de cómodos brazos y alto respaldo; y dos nichos con portezuelas de cristal, montados sobre sendas rinconeras, en los cuales estaban colocados, con gran veneración, N. Sra. de Chiquinquirá en uno, y en el otro, el Arcángel San Rafael, santo que daba nombre a la sala.

Otros muebles había de menor bulto, como taburetes de suela, banquetillas bajas, en forma de canoa, muy comunes entonces en las escuelas y servicio doméstico; dos mesitas de costura y un bastidor para bordados, útil sobre el cual estaba inclinada Lucila haciendo una labor, sentada en el vetusto sillón, a un lado de la reja. Bordaba pequeñísimo monograma en un pañuelo de batista.

Cuando los dos jóvenes quedaron solos, por momentánea ausencia de Rosa, reinó entre ellos por algunos instantes el mayor silencio. Oíase el golpecito seco de la aguja al romper la tela templada sobre el bastidor. La joven parecía tener puestos todos los sentidos en el bordado, y no levantaba los ojos. Sin embargo, podía aplicársele este pasaje de la letrilla de Lope de Vega:

*Cuando estás labrando,
No sé en qué te piensas,
Que al dechado miras
Y los puntos yerras.*

Horacio no sabía cómo iniciarse. ¡Tenía tantas cosas que decirle! Pero la emoción le paralizaba la lengua.

—Si no fuera atrevimiento —le dice al fin con timidez— pediría una explicación. Quiero salir de la angustia que me domina y hace sufrir horriblemente.

—¿Una explicación? No comprendo.

—Sí, una explicación de lo que vengo observando en usted desde hace días.

—¿En mí? Es a usted a quien toca explicarse, porque no comprendo todavía.

—Sí, Lucila, la he notado muy seria en el trato desde la noche del último baile, a que usted no asistió. ¿Le he dado algún motivo de queja? Hábleme con franqueza. A nadie puede condenarse sin ser oído.

—¡Oh, no! —exclama la joven con sinceridad— No tengo queja ni disgusto alguno.

—Entonces no me explico su seriedad y encogimiento.

—¿Seriedad y encogimiento? Me parece que usted exagera. Ciertamente he estado algo preocupada estos días, pero...

Lucila no hallaba como salir del paso. No había pensado en las explicaciones que pudiera pedirle Horacio.

—¡Ah! ¿también la mortifica una preocupación?

—¿Quién no las tiene? Son tonterías que suelen privar del buen humor, nada más.

—¿Luego no tiene usted resentimiento alguno conmigo?...

Lucila titubeaba. Las puntadas del bordado iban siendo cada vez más torpes.

—¡Lucila! por Dios, dígame la verdad, compadézcase de mí!...

Horacio estaba trémulo, y sus ojos buscaban en vano los de la joven, quien continuaba inclinada sobre el bordado. En esto se oyeron pasos, y Horacio insistió con vehemencia:

—¡Lucila! no me prive de la luz de sus ojos. Si en algo la he ofendido, permíteme...

Los pasos se acercaban. Eran instantes preciosos. Compadecida la joven de la angustia de Horacio, levantó al fin los negros ojos, y con ellos le dijo lo que no puede expresarse en todo un libro, mirada honda y misteriosa, que resplandeció como una aurora en el alma del muchacho, devolviéndole todas sus esperanzas.

Rosa acababa de entrar.

—He equivocado el bordado como una niña de escuela. Vea, Rosa, qué puntadas tan fuera del dibujo —díjole, mostrándole la tela.

—La culpa no ha sido de ella, sino mía —interrumpió Horacio caballerosamente—, porque la distraje con mi conversación. ¿No es verdad, Lucila?

La joven lo miró entrecortada, con dulce sonrisa.

—Ciertamente —dijo Rosa con maliciosa intención—, no se puede bordar y conversar al mismo tiempo, cuando se tratan asuntos de algún interés.

Los jóvenes miraron al punto a la prima del Canónigo, sin poder ocultar su sonrojo, pero la bondadosa señorita, aparentando completa indiferencia, les habló en seguida de cosas muy distintas. Había advertido ya que Horacio y Lucila se miraban de modo muy expresivo, y el cortamiento de ambos al oír sus palabras, le confirmaba sus sospechas.

Era Rosa de carácter amable, a la vez que muy celosa en guardar los fueros del honor y la pureza de costumbres que deben prevalecer en el trato y relaciones sociales. Discretamente venía observando a los jóvenes, aunque sin ánimo de entrometerse en sus inocentes aspiraciones, confiada como estaba en las prendas de carácter y buena educación que uno y otro mostraban a lo vivo, lo que le constaba, además, por haberlos ayudado a criar desde niños; e *in pectore* veía con agrado el que llegasen a amarse tiernamente.

Horacio y Lucila, por su parte, supieron desde aquel momento que su secreto empezaba a transparentarse en la intimidad de la casa del Canónigo. Y aunque por ello sintieron alguna inquietud, el cariño entrañable que Rosa les profesaba y su discreción a toda prueba, los tranquilizó desde luego, considerándola de hecho como noble y fidelísima aliada para la realización de sus sueños de amor y de ventura.

Por la conversación que sobrevino, dedujo Horacio que la joven volvería al día siguiente a continuar la interrumpida labor, y quiso aprovechar ocasión tan propicia para declarársele formalmente. Y aquí sus temores y vacilaciones en cuanto al modo.

Los breves instantes en que pudieran quedar solos, no eran, en concepto del joven, suficientes para decirle cuanto sentía. Y tenía razón, una vez roto el dique de su ingénita timidez, las palabras de amor brotarían de sus labios como una cascada, y sin pensarlo, caería de rodillas ante ella para oír el fallo decisivo de su felicidad o su desdicha. No podía, pues, pensar en declararse de esta manera, con riesgo de ser sorprendido a lo mejor del tiempo.

¿Una carta? No había otro medio, pero Horacio jamás la había escrito, dirigida a una niña, y temía provocar el enojo de Lucila. ¿Qué hacer en tal emergencia? Una idea sencillísima y natural en todo enamorado, vino a ponerlo en camino de lograr lo que deseaba, en silencio y con reserva.

Declararía su amor a Lucila de manera simbólica, por medio de una flor significativa, que haría llegar a sus manos en absoluto secreto. ¿Aceptaría ella este galante y expresivo obsequio? Para la viva penetración de la joven, el medio escogido, aunque común, era demasiado elocuente.

La mañana en que hemos visto a Horacio salir de la clase universitaria y aventurarse por excusadas callejuelas, hasta conseguir el ansiado objeto, ese era el día señalado, el día crítico de la prueba, en que quedaría definida para el joven la naturaleza del afecto que le profesaba su compañerita de infancia: simple amistad o casto amor.

*
* *

Mucho han variado las costumbres merideñas en el espacio de cuarenta años. Concretándonos a las comidas diarias, obsérvase ahora un retardo general progresivo en las horas de sentarse a la mesa, y la eliminación de los sustanciosos puntales, que indefectiblemente precedían al almuerzo y la comida, no menos que el desuso de la cena en la generalidad de los hogares.

Es un hecho que antes, por la bendecida abundancia y consiguiente baratura de los frutos de primera necesidad,

las familias se mantenían con más desahogo y mayor sustento. Había, ciertamente, menos objetos decorativos en los salones y galerías, y más sencillez en los vestidos, pero las despensas estaban mejor abastecidas, con regocijo de los estómagos, desde el humilde tugurio para arriba, en la debida proporción.

Después de esta rápida ojeada retrospectiva, que aguará la boca y hará suspirar de tristeza a los que recuerden esos tiempos de comfortable atraso, reanudamos el hilo de la historia, eligiendo el momento en que la familia del Canónigo, de pie en torno de la mesa, rezaba breve oración antes de sentarse a almorzar, según piadosa costumbre de la época. Eran las once de la mañana, hora común de almuerzo en las casas principales de la ciudad.

Pendiente Horacio de tal hora, suspende en la imprenta la labor de cajista, iniciada muy tarde aquella mañana; y sin detenerse en su casa, a donde retornó en el acto, sino lo necesario para abrir el baúl, dirigióse a toda prisa a la apacible mansión del Canónigo, que era como prolongación de su propia casa.

Ya en el poético claustro, encaminóse sin titubear a la sala de labor, solitaria en aquellos instantes, lo que no le sorprendió, porque así se imaginaba hallarla para el logro de sus deseos. Con oído atento, estuvo oyendo desde allí el ruido de los cubiertos y vajilla en el comedor, situado en pieza inmediata, señal inequívoca de que la familia estaba sentada a la mesa. Era el momento oportuno.

Con vivo interés y cierto sobresalto, corrió la vista por todo el ámbito de la sala. Colgado de uno de los palos del bastidor de bordados había un objeto, que atrajo al punto la atención del mancebo. Era una primorosa

cestica de mimbre, perteneciente a Lucila, que contenía agujeteros, carretes de hilo y de seda, las niqueladas tijeritas que en otra ocasión vimos en sus manos, lazos de cinta, muestras de telas y encajes; un costurero en miniatura, perfumado con la exquisita fragancia de su cuerpecito de hada.

Horacio, profundamente emocionado, mueve con suavidad aquellos delicados objetos femeninos, para hacer cómodo espacio, y con mano trémula coloca en medio de ellos el hermoso clavel rojo, segado dos horas antes en los rústicos jardines del barrio de Milla. *Alea jacta est.*

Y después de pasar por el comedor y dar los buenos días a la familia, como quien no ha quebrado un plato, el joven vuelve a su casa, urgido por la obligación del almuerzo, hora de rigurosa disciplina en el régimen doméstico para los hijos de familia. Pero el muchacho no sentía apetito ni cosa parecida a vista de los platos. Todos sus pensamientos andaban lejos, girando en torno de la cestica de costura.

Tenía que volver a la una de la tarde, hora en que Lucila habría de reanudar su interrumpida labor. Esta visita debía hacerla de paso para la imprenta. Los momentos se le hacían siglos. La hora llega, al fin: el joven penetra en la sala de labor, saluda colectivamente, excúsase de tomar asiento, por ser muy breve la visita; y empieza a pasearse por la sala en todas direcciones, entablando animada conversación con Rosa y su anciana compañera. Lucila, inclinada sobre el bordado, apenas hablaba monosílabos.

En uno de los paseos, Horacio llega con disimulo hasta el sillón donde bordaba la joven. La interesante

cestica había sido colocada por ella sobre una de las tablas que formaban los cómodos brazos del gran sillón abacial, en que descansaba como esbelta colegiala, dejando a uno y otro lado espacios sobrantes, en que hubieran podido sentarse otras dos niñas con suficiente holgura. Rápidamente sondea Horacio, con penetrante mirada, el fondo de la cestica.

No se escapa a Lucila el por qué de los paseos, ni la disimulada aproximación del mancebo al bastidor en que bordaba. Late con mayor violencia su corazón y se le encienden las mejillas, pero continúa inmóvil sobre el bordado, sin alzar los ojos; en tanto que Horacio dirige sus pasos hacia otro sitio de la sala, en activa conversación con las Carmona. Había advertido ya el cortamiento de Lucila y dándose cuenta del contenido de la cestica de costura. ¡El clavel rojo había desaparecido!...

*
* *

Observación meteorológica de carácter popular, es que a mañana lluviosa corresponde tarde serena. Y esto aconteció el día en que ocurrieron las últimas escenas de esta sencilla y fidelísima historia.

Imagínate, lector, un anfiteatro inmenso, cerrado por montes que se enlazan y traban, levantándose en gradería desde el fondo del valle hasta considerable altura, montes cubiertos de verde bosque y variados cultivos, coronados casi todos por interminable serie de salientes y desnudos peñascos, donde anidan las mitológicas Aguilas Blancas. En el centro de este grandioso anfiteatro, hállase una

hermosa altiplanicie, risueña meseta alpina, cortada por imponentes barrancos; y en medio de ella, una ciudad de calles rectas, techumbres moriscas y erguidos campanarios, una ciudad muda y fragante, con jardines en cada patio y extensos huertos de variados frutos, una ciudad de alma pensadora y triste: esa es la apacible Mérida, la romántica ciudad de los caballeros.

En una callecita transversal del barrio del Llano, despoblada casi por completo, hallábase sentada a la puerta de humilde casa una mujer de edad proveyta, rostro enjuto, tez casi cetrina y ojos hondos y vivaces. Tenía paralizada una pierna. Con el bordón recostado a la pared, se ocupaba en desmigajar pedazos de arepa a numerosa cría de pollos, que se atropellaban a sus pies, disputándose el codiciado alimento.

La casa, de muy pobre apariencia, tenía, además de la puerta, una ventanilla volada, frente a la cual cosía, del lado adentro, una muchacha muy despierta, acompañando la labor con este cantarcito popular en aquellos días:

*Me gustan todas, me gustan todas
En general,
Pero las rubias, pero las rubias
Me gustan más.*

La chica ponía en el cantar *rubias* en vez de *negras*, porque tiraba más a catira que a morena. Era blanca, de airoso porte, ojos garzos y cabello castaño claro.

—¡Hola muchacha! —díjole la vieja—. Asómate pronto para que veas aquel jinete. Parece persona principal.

La chica soltó la costura y se lanzó a la ventanita. Un jinete había aparecido ciertamente al extremo de la desierta calle, y avanzaba a todo paso. Era muy joven y de gallardo continente. Vestía saco o americana azul oscuro y pantalón blanco, con polaina charolada de corte francés.

A la verdad hacía buena figura sobre vistoso caballo moro, enjaezado a la ligera, con pequeñísimo galápago inglés, sobre gualdrapa de grana, guarnecida con galoncillos dorados, al estilo de la época. Jinete de tal apostura no era frecuente por aquellos excusados arrabales, lo que explica el perentorio llamato de la parálitica a su pupila y sobrina.

Detúvose de pronto el caballero ante ancha zanja, medio oculta por la maleza, zanja que atravesaba la callejuela casi frente a la casita. El jinete buscaba una angostura por donde pasarla.

—¡Cuidado joven! —le grita angustiada la mujer, cuyo nombre era Úrsula—. Es muy honda y puede atascársele el caballo.

Pero el brioso animal, espoleado al intento, había dado ya un gran salto y salvado la zanja. No perdió el jinete los estribos, pero sí el livianísimo sombrero de jipijapa, que fue a caer en medio de la acequia. Refrena entonces el caballo y echa pie a tierra, con intención de recogerlo, pero en el mismo instante, la zagala, que todo lo presenciaba desde la ventanilla, en un decir Jesús salió a la calle, brincando por sobre la tía Ursula que obstruía la puerta. Corre luego, como una gacela, hacia la descuidada acequia, logrando pescar con suma destreza el blanco sombrero, próximo a hundirse en el lodo. Apenas se había humedecido una parte del ala.

La chica lo enjuga con la punta del delantal y lo vuelve galantemente al joven, quien miraba en suspenso, con la brida en las manos, la encantadora y eficaz diligencia de aquella zagala, llovida del cielo en tan inesperado percance. La veía por primera vez. No así a la tía Úrsula, cuyo tipo no le era desconocido.

—¡Mil gracias! —le dijo—. Me has prestado un servicio muy oportuno y con gran donaire.

—Muy poca cosa —contestóle la chica, un tanto cortada y haciendo gracioso mohín—. Esta acequia nos hace pasar muchas vergüenzas con la gente que pasa.

—Yo ignoraba que existiese. Es la primera vez que camino por esta calle.

—¿Entonces es usted de fuera?

—¡Tonta! —interrumpe la tía Úrsula—. ¿No lo has conocido? Este caballerito es de la familia Viana. Si no me engaño es el niño Horacio.

—¡Amaury! —exclama la chica con viva emoción, mirando al joven de hito en hito—. ¿Luego es usted Amaury? ¡Qué casualidad!...

—¿Quién te ha dicho semejante cosa? —pregúntale a su vez el joven con gran sorpresa.

Confundióse al instante la muchacha, y bajando los ojos, con las mejillas encarnadas, guardó profundo silencio.

—Séle franca, Cecilia —díjole indiscretamente la tía Úrsula, cuyos ojillos inquietos relampaguearon con malicia; y volviéndose a Horacio agregó— Se lo dijo un estudiante que nos visita a menudo. A esta muchacha le gusta mucho leer papeles, y le ha parecido muy bonito lo que escribe ese Amaury.

La chica se encaró con la tía, torciéndole los ojos, llena de vergüenza, y desapareció en seguida, con la misma presteza con que se había presentado en escena.

—¿Qué es eso Cecilia? ¿Cómo dejas con la palabra en la boca a este caballero?

—¡Pobrecita! —le dice Horacio—. Usted la ha hecho azorar demasiado. Razón tiene para correrse.

Monta el joven de nuevo, despídese de la tía Úrsula, y acercando el caballo a la ventanita, llama a la muchacha para darle las gracias y atenuarle el sonrojo.

—¡Adiós, Cecilia! No te apenes por tan poca cosa. Amaury se complace en tener una lectora tan simpática. Hasta otra vista.

Y el jinete se alejó a todo paso. Momentos después, cuando cruzaba por la próxima bocacalle, para volver al centro de la ciudad, Cecilia salió de nuevo a la calle, regazóse la falda más de la cuenta, pues no había ya ojos que la viesan, y echó a correr, siguiendo al jinete.

Detúvose en la esquina por donde lo había visto cruzar, y desde allí lo vio alejarse hasta perderlo de vista, muda e inmóvil como una estatua. El joven había puesto el caballo casi al galope. Un asunto de gran interés, lo impulsaba a ganar el tiempo perdido. La tarde continuaba espléndida.

Cuando la gentil zagala regresó de su silenciosa observación, fue recibida por la tía Úrsula con palabras de reprimenda.

—¿De cuándo acá esos remilgos y vergüenzas? Al verte tan encogida y confusa, cualquiera habría creído que estabas oyendo requiebros de amor. Y ni siquiera te dijo el niño bonitos tienes los ojos. ¡Vaya un geniecito el tuyo!

—Usted tuvo la culpa.

—¡Yo!... ¿con que esas tenemos?

—Bien sabía usted que deseaba mucho conocer a este joven. ¡Cuándo me imaginaba conocerlo de este modo!... Parece cosa de novela. Pero en medio de mi sorpresa, se antoja usted de decirle que tengo relaciones con un estudiante. ¡Bonita recomendación! ¿Qué puede creer de mí? Antes de que se me cayera la cara de vergüenza, salí corriendo como lo hice.

—¿Y pensabas alcanzarlo después en la calle, corriendo como una locha?

—Alcanzarlo, no —titubeó Cecilia con tristeza—, solo quería asomarme a la esquina para verlo otra vez. Me ha parecido muy simpático.

Echóse a reír ña Úrsula con mucha sorna, en tanto que la chica, que no la respetaba gran cosa, dándole la espalda con desenfado, entróse a la casa a reanudar la costura, repitiendo el mismo cantarcito, con intencionadas variantes:

Me gustan todos, me gustan todos

En general,

Pero los Vianas, pero los Vianas

Me gustan más.

—Muchacha, no digas eso.

Tu tía te va a pegar.

—Mi tía no me pega

Porque digo la verdad.

—No es menester que lo cantes —dicele algo picada la parálitica— Por encima se echa de ver que te has enamorado del jovencito; pero te clavás si piensas volverlo

a ver por estos arrabales. El doctor Viana cuida mucho a sus hijos y los ceta como a las niñas de sus ojos. Así es que tienen que andar como la vela en el candelero.

La chica no dijo oxte ni moxte. Estaba triste. Su pensamiento galopaba en aquellos instantes tras el imberbe y apuesto jinete, el cual dejaba en su pecho una impresión no sentida por ella hasta entonces, que se resolvía en deseos muy íntimos de verlo otra vez y oír el sonoro metal de su voz. Y con estos deseos dejaremos a Cecilia, para volver a los protagonistas de la historia.

*
* *

A falta de caballo propio, lujo que no estaba en sus medios de fortuna, Horacio había tomado en alquiler uno de los mejores existentes en la caballeriza que por aquel tiempo tenía montada el señor Mateo Albornoz en la Plazuela del Llano, de gran recurso para los jóvenes pobres, cuando deseaban dar algún paseo por las calles o estirarse fuera de poblado en excursiones de necesidad o de recreo. Para el merideño de entonces, era el caballo prenda indispensable del ajuar.

Siempre se ha creído que el llanero es, por antonomasia, el hombre de a caballo; y ciertamente por las faenas de la industria pecuaria, la continua equitación es uno de los caracteres típicos de la vida llanera. Pero el montañés no es menos jinete, sobre todo en los Andes de Venezuela. Lo quebrado del terreno y la falta de carreteras, obliga a buscar el socorrido lomo de las cabalgaduras.

Con raras excepciones, no puede salirse fuera de la ciudad, villa o aldea sino a caballo, aunque sea a cortas distancias. Por ello las merideñas, lo mismo que las tachirenses y trujillanas han ganado justa fama como diestras y valerosas para manejarse a caballo, no solo en cabalgatas urbanas o de gala, sino también en largos viajes, por caminos fragosos y espantables desfiladeros.

Es curioso observar, al paso, que en los campos, a más de servirse de caballos, mulas y asnos, los hombres y hasta algunas mujeres impávidas, suelen montar en bueyes de carga, antigua costumbre donosamente inmortalizada por el genio festivo y agudo de Mr. Bourgoin, nuestro célebre botánico y farmacéutico, quien refería, con toda seriedad, el hecho de haber entrado a Mérida por primera vez, montado en enorme y pacentísimo buey, desde el vecino pueblo de Tabay, donde lo convenció para que tal hiciese su compatriota, ya criollizado, Manuel Gaibís, hombre de carácter inquieto y por extremo bromista.

El sabio alemán A. Goering, acuarelista notable, impuesto del caso en 1868 por el mismo Mr. Bourgoin, no pudo sustraerse al deseo de celebrarlo de algún modo, y dejó en Mérida un buen dibujo caricaturesco de tan chistosa y extravagante ocurrencia.

Volvamos a Horacio, cuyo paseo ecuestre tenía por principal objeto ver a Lucila aquella tarde, sin incurrir en la vulgaridad de plantarse en la próxima esquina, lo que no era de su educación y carácter, ni convenía al riguroso secreto de sus amores. A caballo, bien podía pasar varias veces por el frente de la casa de los Albanis, sin que nadie parase mientes en ello.

Otros jóvenes, excitados por la belleza de la tarde, andaban también paseando a caballo. El percance de Horacio en la callejuela del Llano, era debido a inesperado cambio de itinerario, por haber divisado un grupo de jinetes, con quienes no quería encontrarse, previendo el caso de que lo invitasen a continuar el paseo en compañía. Le interesaba sobremanera andar solo aquella tarde.

Hermosísimo debe ser el *rayo verde* de los mares de Escocia, descrito por Julio Verne en una de sus interesantes novelas, pero no creemos que supere en hermosura al *rayo rojo* que suele ofrecer el sol tropical en el corazón de las montañas andinas, llamado vulgarmente *Sol de los Venados*. Es el primero, un rayo fugaz, casi instantáneo, la última boqueada del sol sobre la verde resplandecencia del mar.

El fenómeno luminoso de los Andes dura largo rato. Nubes, nieves, peñascos, torres, casas, árboles, todo cuanto la vista domina empieza por teñirse suavemente de color rosa, tinte que va subiendo de tono, a medida que el sol se hunde en el ocaso, hasta teñirse todo de rojo carmín. Los tejados de arcilla parecen ascuas, los frutos del naranjo semejan rubíes, y sobre los bloques de hielo y las escarpadas rocas que coronan las alturas, el *rayo rojo* produce en un momento tales matices y cambiantes, en toda la extensión del panorama, que no hay palabras para describir el efecto encantador de estas tardecitas de la montaña. Son un escándalo de belleza.

Las gentes que están bajo techo, salen a la calle o se asoman a puertas, ventanas y balcones para recrearse en las maravillas del fenómeno. Es uno de los momentos en que el merideño siente la vanidad del terruño, y quisiera

verse rodeado de individuos de todos los puntos del globo, para ufanarse con justo motivo, mostrándoles gratis este luminoso espectáculo, de incomparable hermosura.

Tal como puede presentarse en sueños a los hijos del Islam una de las blancas huríes, pobladoras del paraíso, así compareció aquella tarde la señorita Albani en el solitario balcón de su casa. El rubicundo sol apenas acariciaba lo más alto del edificio, trazando prolongada cenefa color de oro bermejo sobre las blancas paredes. Quedose absorta la joven al contemplar la espléndida puesta del sol.

Pero la distrajo de su abstracción un jinete, que en aquellos momentos asomaba por una de las esquinas de la plaza. La señorita Albani se estremece al divisarlo. La ocasión era solemne, por la rara y sugestiva belleza de la tarde. Al punto recuerda la hora crepuscular de otro día no lejano, en que estaba de paseo por los campos de la Otrabanda, cuando las aves lanzaban el último canto, el melancólico canto de despedida, ante el rey de la luz, el moribundo Febo, que la envolvía en sus postreros destellos; y recuerda también, con intensa emoción, al jovencito que la acompañaba en tales momentos de misterioso y dulcísimo éxtasis, al jovencito que tenía el privilegiado don de la oportunidad psíquica, pues siempre llegaba cuando ella se sentía más inclinada hacia él desde lo recóndito de su alma.

En aquellos instantes pasaba a caballo por el frente de su casa, saludándola con galante ademán, saludo silencioso y expresivo, que ella contesta con voz apenas perceptible, articulando un nombre:

—¡Horacio!...

Lo que entonces pasó en el corazón del mancebo, más fácil es adivinarlo que describirlo. Al fin lograba su ardiente deseo, al fin se presentaba Lucila a sus ojos como una visión fantástica, en la suave penumbra del *rayo rojo*.

Pero era otro el motivo que lo transportaba al quinto cielo de la dicha. Al levantar los ojos para saludarla, había visto que, sobre el finísimo y blanco encaje de un trajecito color perla, la tierna dama lucía en el pecho la flor simbólica, la flor oculta en la cestica de costura ¡el hermoso clavel rojo!...



CAPÍTULO X

Tres serenatas

Es frecuente que lectores y lectoras de novelas salten por encima de las digresiones para reanudar el hilo de los sucesos; y dentro del mismo relato principal, prescinden a veces de diálogos y descripciones que no emocionan lo bastante, urgidos por llegar prontamente al desenlace final.

Si esto ocurre con novelas de autores afamados ¿qué no será con simples y oscuras memorias, no sujetas a plan preconcebido y sin los recursos de la invención? A la verdad, si en este libro incurrimos en digresiones, no son ellas de índole filosófica ni sermoneos intempestivos, propios para fastidiar al lector, sino cuadros de costumbres y recuerdos históricos interpolados en el texto, a modo de sostén y adorno del marco dentro del cual se desenvuelve esta aparente novelita, que en el fondo, es la novela de todos los que aman. Pocos serán los que no la tengan, temprana o tardía, por lo menos muy oculta en el fondo del alma, ora sencilla como la presente, ora complicada y hasta de trágicas escenas.

A fines del mes de enero de 1878 efectuóse el baile tan temido de Horacio. La señorita Albani estaba hechicera, con traje color de rosa, de elegantísimo corte. Era modista de exquisito gusto. Los obsequios y palabras galantes de sus admiradores no se hicieron esperar, entre ellos los de Luis, cuyas pretensiones se estrellaron contra la firmeza de la joven, quien francamente le manifestó que nunca podría corresponderle sino con el cariño de simple amistad.

Si el bailar repetidas veces con una dama es uno de los signos que descubren la inclinación amorosa, no había motivo para que nadie la sospechara siquiera entre Horacio y Lucila. ¡Apenas bailaron dos piezas!

En un momento de descanso, cuando danzaban por primera vez, Horacio le dice al oído, sin ningún preámbulo.

—¿Quisiera saber cuál es su flor predilecta?

Quédase la joven perpleja por algunos instantes.

—¡Oh! eso requiere tiempo para pensarlo. Son tantas las flores que me gustan, que no puedo dar la preferencia a ninguna, así de primeras.

—Hay flores que ganan la preferencia no solo por su hermosura, sino por la simpatía, por los recuerdos, por algo que nos toca en lo íntimo de corazón. En este sentido, ¿cuál es la flor de sus afectos?

—Es usted muy curioso. ¿Por qué me hace esa pregunta?

—Deseo saber si coincidimos. Hay para mí una flor bellísima, una flor en que he depositado el secreto más hondo de mi vida.

La joven titubeaba. Nunca se imaginó que Horacio le hiciera esta pregunta a quemarropa.

—Es una confidencia íntima que le exijo. ¿Me la negará usted?

El joven hablaba con voz apasionada. Lucila estaba confusa. Sentía que el brazo del mancebo temblaba ligeramente, y que este temblor se comunicaba a todo su ser como una corriente eléctrica.

—Con el tiempo... acaso más tarde pueda decírselo —balbuceó apenas, llena de rubor.

—¿Por qué ese plazo indefinido? He consagrado a usted con toda el alma la flor de mis esperanzas.

Hubo un momento de silencio.

—¿A mí solita? —pregúntale ella con voz muy débil y entrecortada.

—¿Duda todavía de la verdad de mis palabras? A fe de caballero que es para usted sola y única este secreto homenaje de mi corazón.

Lucila no contestó, ni hubiera podido hacerlo. Estaba por extremo conmovida. Apenas levantó los ojos para mirar tímidamente al galante mancebo, con mirada llena de amor, a la vez que de duda y amenaza.

Ya al fin del baile, en medio del torbellino de un valse, Horacio le dice en otro descanso:

—¿No se admira usted de mi sacrificio? Si lo contara, nadie lo creería.

—¿Qué sacrificio?

—Contenerme heroicamente al grado de bailar tan solo dos piezas con usted.

—¿Y quisiera más?

—Todo el baile habría sido poco para mis deseos.

—Pero yo no lo habría consentido.

—Ni yo me hubiera resuelto a proponérselo. Procuro guardar mi secreto a todo trance. No quiero dar pábulo a crónicas ni hablillas en asunto tan íntimo y sagrado. Además, tengo otro motivo muy poderoso para manifestarme hasta indiferente con usted cuando la trato en público. ¿No lo adivina?

—¿Cuál será —pregúntale ella con vivo interés.

—El descubrimiento de este secreto me acarrearía un mal irremediable, una gran amargura. No quiero pensarlo siquiera.

La joven miraba sorprendida a Horacio, cada vez más interesada en sus palabras.

—Sí, Lucila, al hacerse públicas mis pretensiones, usted no volvería a la casa del Canónigo. Se lo prohibirían sus padres. ¿Qué sería entonces de mí?

—¡Es verdad! —exclamó la joven sin poderse contener, poseída secretamente del mismo temor.

—No extrañe, pues, mi conducta —le dice el mancebo, y rodeando de nuevo con su brazo el flexible y delgado talle de la niña, continúa el interrumpido valse.

—Es usted suave y ligera como una pluma. Parece que no toca el suelo con los pies.

—Es usted el que vuela. Como soy tan pequeña, me lleva casi por el aire —contéstale ella con sonrisa encantadora.

—¡Dichoso vuelo! Paréceme llegar ya a las puertas del paraíso...

La música cesó allí mismo. Había terminado la pieza. Era forzoso cortar de raíz toda conversación que pudiera comprometerlos. La sala estaba henchida de damas y caballeros.

—¡Oh, cuan triste es volver a tierra tan de improvisto!
—exclama Horacio con desconsuelo.

—Si usted hubiera traído sus alas, aún andaría por el aire—dícele Lucila, recobrando su natural alegre y chispeante.

—¿Qué alas?

—¿No lo recuerda? Las que usó usted cuando nos vistieron de ángeles. Eran blancas y muy hermosas. Todavía existen: yo las he visto en una gran caja. ¿Por qué no las vuelve a usar?

Y la chica no pudo contener la risa, complacida en extremo al ver el asombro de Horacio.

—¡Ah! lo recuerdo perfectamente, y sería capaz de usarlas de nuevo, solo por hacerme digno de usted, que continúa siendo un ángel bellísimo, un ángel colmado de hechizos, el ángel de mis amores.

—¡Olvida usted el secreto! —exclama la joven con inquietud.

—Ciertamente —dice Horacio, mirando en torno con sobresalto— He estado a punto de descubrirlo. Perdón, Lucila, la culpa no es mía...

Ambos jóvenes habían figurado en un coro de ángeles cuando la solemne ceremonia de la consagración de la Catedral de Mérida, hecha por el Ilmo. Sr. Boset en 1867. Estos recuerdos de tierno compañerismo en la infancia venían ahora a atizar en sus corazones las llamas del más casto amor.

La costumbre de vestir a los chicos de ángeles aún perdura en Mérida. Las alas se arman sobre cartón engomado, cubierto con plumas, gasas o tules, de modo que resulten candidas, livianas y vaporosas. Las lució, en traje de arcángel, el ilustre Tomás Zerpa, de trece años de

edad, en el recibimiento del Obispo Unda, cuando vino en 1836 y ocupó el palacio que había sido del obispo Lasso, casa del Canónigo después, en cuyo venerable claustro batieron también sus alas, en tierna edad, el joven Viana y la señorita Albani.

Desapareció como por encanto para Lucila la nubecilla gris que oscurecía el cielo de sus ilusiones. La conducta ambigua y el mutismo de Horacio para con ella en determinadas ocasiones, todo quedó explicado en un instante. Le encantaba, además, el absoluto secreto en que debía encerrarse su amor. Siempre el misterio ejerce mágico poder en las almas sensibles.

Horacio tuvo que reprimir sus sentimientos al despedirse. Con rutinaria etiqueta se inclinó para decirle cortésmente en presencia de otras damas.

—Señorita, quedo muy agradecido por haberme favorecido usted con esta pieza, lo que estimo como un verdadero honor.

—Gracias, caballero —contestóle ella, a secas, pero con mirada intensa.

¡Oh las conveniencias sociales! Cuando podían imaginarse las amigas, que rodeaban a Lucila, que estas frases tan áridas eran el epílogo de un idilio.

*
* *

Este joven, que triunfaba en secreto de sus rivales, sin vana ostentación, cuando podía manifestarse orgulloso de ser preferido por una de las damas más espirituales y gentiles de la alta sociedad, cuya mano habían pretendido

caballeros de valía; este joven, que moderaba los impulsos de su corazón en presencia de la mujer amada, con una serenidad heroica; un joven de diez y ocho años no cumplidos, que daba semejantes pruebas de discreción y dominio sobre sí mismo, por fuerza debía impresionar hondamente a la señorita Albani, inclinada desde niña, por irresistible simpatía, hacia el tímido mancebo, en cuyos lánguidos ojos descubría una pasión muda y vehemente, más hermosa y más ideal que la que se expande en comunes floeos y ostensibles requiebros.

Pero estas prendas de carácter y las notas de sobresaliente que Horacio ganaba en los bancos de la Universidad y del taller artístico, carecían de algo indispensable para producir buen efecto en el escenario de la vida común. Faltábales el esplendor artificial que comunica la riqueza.

El amor verdadero no busca sociedad de intereses, sino alianza de corazones, pero el sentido práctico no se contenta con meras alianzas espirituales. Exige contrapeso de patrimonios, intereses representados de un modo efectivo en renta suficiente para sostener casa con alguna comodidad, de acuerdo con la posición social. Por estas consideraciones se abstenía Horacio de diafanizar sus sentimientos. No tenía patrimonio que contrapesase con el de Lucila, cuyos padres tenían fama de ricos. Apenas estaba en el principio de sus estudios para ganar un título profesional.

La familia Viana, principal y rica desde los tiempos coloniales, después de sufrir grandes pérdidas en la guerra de la Independencia, sirviendo a la Patria, prontamente recuperó su antigua posición económica en las primeras décadas de la República, merced a prósperos negocios de

cría y comercio en los Llanos; pero la guerra federal, llamada con razón *la brava*, como un rodillo aplastante, pasó por la floreciente provincia de Barinas, convirtiéndola en escombros y dejando en ruina y pobreza a varias familias ilustres, entre ellas la de los Viana, víctimas de una revolución de evidentes estragos y problemáticos beneficios.

El doctor Antonio Viana, vástago muy distinguido de este linaje, joven para entonces, vióse privado de la riqueza heredada de sus mayores y en la necesidad de formar una familia a costa de privaciones y meritorios esfuerzos. Dedicado a las letras, disponía de claro talento y especiales dotes como paladín del Foro. Sabio en la consulta, acertado en las actuaciones, accesible a los clientes y de pulcritud insospechable, su nombre gana en poco tiempo merecida popularidad. No hace fortuna, pero logra sostener en la sociedad, siempre con brillo y decoro, la posición social que correspondía a los claros precedentes de la familia Viana en la Colonia y la República.

Horacio había sido educado en esta escuela de dignidad y de trabajo, distinguiéndose personalmente por ideas y sentimientos en todo conforme al romanticismo clásico que saturaba el ambiente social en la primera mitad del siglo XIX. Influía no poco en ello, a más de la herencia, el haberse impresionado la imaginación del chico, desde tierna edad, con la vista de objetos y alhajas que habían servido a sus mayores y se conservaban en el hogar, como restos de pasado esplendor, reliquias atrayentes, que convidaban a volver en la práctica a costumbres, si no del todo extinguidas, moribundas ya al soplo destructor de la moda, que sin cesar inventa y modifica, pero que nunca conserva las cosas en su punto.

Estos restos de antiguo y valioso menaje, constituían una especie de museo, cuyos objetos correspondían a las postrimerías de la Colonia y los albores de la República. Aun existían alhajas de oro y plata de mucho mérito, conservadas al través de guerras y vicisitudes, y defendidas en circunstancias tirantes contra la propia necesidad de convertirlas en dinero, aun a costa de mayores sacrificios.

A esto se agregaba gran número de útiles, rotos unos, oxidados otros, todos con el sello de la ranciedad, entre los cuales había un par de floretes, con las caretas de alambre necesarias para el juego de esgrima, y una tentadora caja con un par de pistolas y accesorios correspondientes, que sirvieron a Horacio para ensayarse en el manejo de tales armas, a ejemplo de sus mayores, cuando tal aprendizaje era obligatorio para jóvenes bien nacidos.

Asistía el joven Viana, en unión de otros jóvenes, a una especie de academia de baile, sostenida por todos y dirigida por don Juan Miguel Agostini y Stella, gran bailarín, quien los adiestraba en la danza de figuras, de rigor en los bailes de la época. Con sorpresa de todos, presentóse una noche Horacio con varias castañuelas, de legítima procedencia andaluza, proponiendo implantar de nuevo en los bailes de la sociedad tan simpático instrumento, desterrado de los salones junto con el clásico baile español, más artístico y original en sus movimientos que el valse alemán y la polca húngara o polaca, que eran las piezas en boga. Pero la moda es tiránica, y los sugestivos crócalos volvieron al museo de la familia.

*
* *

Volvamos a la historia. Corrieron días de muda inteligencia entre Horacio y Lucila, identificados en el propósito de ocultar su amor. Fuera de la casa del Canónigo, el joven había descubierto un modo de ver a su amada, muy a su sabor, sin comprometer su secreto.

El locutorio del extinguido Convento de Clarisas era una pieza cerrada por completo, que se comunicaba con la portería por el largo y estrecho zaguán. Dicha pieza tenía hacia la calle una sola reja, reja de convento, muy alta y fuerte, situada frente a la ventana del aposento de Lucila. Era una tentación permanente para el enamorado cajista las veces que trabajaba en la imprenta del Estado, taller que ocupaba la portería y locutorio del Monasterio, según se ha dicho.

Era a la sazón director de la imprenta el talentoso y distinguido joven Hazael Salas, quien profesaba especial cariño a Horacio, por haber descubierto en él paciente consagración al arte y temprana inclinación a estudios serios. Uno de los oficios que de ordinario corrían a cargo del jovencito era el arreglo del papel para las impresiones. Había que humedecerlo y prensarlo con la debida antelación. Este trabajo se hacía, por lo regular, la víspera del tiro, en las últimas horas hábiles de la tarde. Por esta causa solía ser Horacio el último oficial que abandonaba el taller, cuando su tarea aún no estaba concluida, quedando, por consiguiente, encargado de cerrar la maciza puerta del Convento.

En saliendo sus compañeros, cada vez que ocurría el caso, Horacio tiraba con fuerza de la ruidosa aldaba y cerraba sólo una hoja de la puerta. Esto vino a ser una señal para Lucila; y era entonces cuando podían cruzarse

significativas miradas, ella desde la ventana, y él al través de los férreos barrotes de la reja del locutorio, calle de por medio, sin que los transeúntes parasen mientes en ello. Pero estas dichosas ocasiones no se presentaban todos los días, ni dependían de la sola voluntad de Horacio, sino de las circunstancias económicas del taller.

La imprenta empezó a ser frecuentada por un joven recién establecido en la ciudad, mayor que Horacio, de buena figura y caballerosos modales. Al punto se supo que el objeto de sus visitas era asediar desde allí la casa del frente, o sea la de la *bella italianita*, como él llamaba a Lucila, por cuyos hechizos entraba al palenque cual bizarro luchador. Alberto era su nombre.

Rival temible para Horacio, pues era Alberto intachable por la cuna, miembro del alto comercio, inspirado poeta, osado e imperioso por naturaleza y ya perito en lides amorosas. Era un galán de campanillas. Además, lo que Horacio encubría a todo trance por carácter y conveniencia, Alberto se complacía en declararlo de palabra y con los hechos.

Razón tuvo el joven Viana para abrir los ojos y estar sobre aviso. Resueltamente había acometido Alberto la galante empresa de rendir el corazón de la señorita Albani, por la prensa, en sentidos versos, y en reuniones y tertulias de familia, por medio de expresivos obsequios y miramientos. Estaba seguro del triunfo, según decía. La natural esquivez que desde el principio notó en Lucila, antes que desanimarlo, fue más bien un incentivo para su pasión; y ya comprometido públicamente su honor en la demanda, activó la lucha en pos de las rosas del triunfo.

El joven Viana pasaba todos los días, con el libro bajo el brazo, por el frente de la casa de Lucila, solo o con algún compañero de estudios, sin atreverse a levantar los ojos hacia la ventana por donde ella solía asomarse. Por el contrario, Alberto buscaba sitios y ocasiones para ver a Lucila, sin recatarse de nadie.

Diferencia de caracteres y también de circunstancias, porque Alberto era ya un caballero formal y Horacio un muchacho todavía, un simple estudiantillo, cuyas pretensiones, caso de ser descubiertas, habrían sido consideradas por todos como mero e ilusorio pasatiempo, como efímera impresión de estudiante, sin visos siquiera de futuro éxito nupcial.

No obstante su juventud, así lo comprendía Horacio, y por ello se afirmaba cada día más en ocultar su amor, aun en el seno de la casa del Canónigo, redoblando, en cambio, sus esfuerzos en el campo de los estudios. En aquellos tiempos un título académico equivalía a un capital. Cada grado de doctor impresionaba al público, por la pompa de la ceremonia, que no era muy frecuente.

Inclinábase más el joven Viana a la Historia que a la Física y las Matemáticas. Cuando don Federico Salas Roo, pensador enciclopédico, hablaba en la clase de Historia Universal de las maravillas del arte árabe, describiendo con brillante y apasionada verbosidad el palacio de los reyes moros de Granada, la voluptuosa e inmortal Alhambra, Horacio lo oía embelesado desde el banco escolar. Todos los amantes vuelan en sueños a las perfumadas estancias de la regia mansión morisca, y más los que suspiran por alguna morena de palidez romántica, gráciles formas y ojos negros y misteriosos. Horacio tenía

una Alhambra fantástica en la mitad del alma, donde reinaba sola, con mágico imperio, la espiritual Lucila, fiel trasunto de las vírgenes seductoras del Islam.

Llegó el día del cumpleaños de la señorita Albani, ocasión en que era muy obsequiada por parientes y amigos. Prevínose Alberto con la debida antelación. Personalmente se trasladó al campo, al vecino valle de Mucujún, donde se cosechaban claveles y azucenas a la par con los frutos de sustento. Trajo de allí flores en abundancia, y con arte y exquisito gusto preparó un gran ramo, que dedicó a Lucila. Por su hermosura, sobresalía entre los demás obsequios hechos a la joven, provocando continuas bromas y alusiones en las personas que lo admiraban y sabían, lo que aspiraba el oferente. Fue día de gratas sorpresas y dulce expansión en el seno de la familia Albani.

Desde los tiempos coloniales, en fuerza de una ordenanza pretorial, renovada todos los años, las casas de familia se cerraban indefectiblemente a las nueve de la noche, sin que valiera fuero ni privilegio en contra. Esta rígida ordenanza quedó abolida hace más de un siglo, pero subsiste la costumbre a que dio origen, de tal modo raigada en las varias clases sociales, que las campanadas de las nueve de la noche mueven por instinto a ponerse en pie y despedirse, aun en visitas de la mayor confianza. Es la hora de rechinar goznes y golpear puertas, el toque de silencio general, la hora en que cruzan las calles muy de prisa los últimos transeúntes.

Y como el alumbrado público estaba reducido a un farol en cada esquina, retiradas las luminarias que la autoridad hacía poner en el frente de las casas hasta las

nueve, de esta hora en adelante las calles quedaban como boca de lobo. El humo del querosén empañaba en pocos minutos los vidrios del enorme farol, comunicándole a la luz cierta opacidad rojiza impresionante.

Volvamos al cumpleaños. Cuando la calle quedó en la oscuridad y el silencio, aparecieron con sigilo algunos hombres frente a la casa de los Albani. Situáronse al pie de la ventana de uno de los aposentos, encendieron una linterna, brillaron los instrumentos y rompió la música con las notas de una pieza sentimental muy en boga.

Alberto tenía organizada una serenata para más tarde, y esperaba a los músicos en lugar convenido, no muy distante de la casa de los Albani. Quedó en suspenso al oír aquella música intempestiva. Súbita idea lo asalta.

—¿Serán capaces de tocar sin orden mía ni haber acudido antes a la cita? Eso sería imperdonable. Los molería a palos.

Pero al lanzarse a la calle, después de estas palabras consigo mismo, pudo oír mejor la música, cayendo en la cuenta de su error. Sonaban instrumentos que él no había contratado. Era otra serenata.

Entonces la curiosidad, aguijoneada por los celos, lánzalo en otra averiguación. ¿Quién le ganaba la primacía? Para su dignidad de caballero era mengua acercarse a preguntarlo directamente. Embozado en el gabán, pasa delante del grupo como cualquier transeúnte. Su sorpresa raya en asombro al cerciorarse de que no había en la serenata más que los músicos. Llama aparte a uno de éstos, con quien tenía relaciones, para interrogarlo a media voz:

—¿De quién es la serenata?

—Eso mismo le pregunto yo, don Alberto. Ninguno de los músicos lo sabe. Creí que fuera suya al verlo por aquí.

—¿Cómo! ¿El director de la banda tampoco lo sabe?

—Es claro que lo sabe, pero le encargaron el secreto. Lo mismo sucedió el año pasado. ¿No lo recuerda?

—No estaba yo en Mérida.

—Pues también vinimos aquí, como ahora, y tocamos sin saber por cuenta de quién lo hacíamos. El galán no mostró la cara. ¡Gato en mochila! —dijo el músico guiñando el ojo.

En estos instantes cayeron flores de lo alto de la ventana, quedando perfumado el ambiente, flores que recogieron los músicos, porque Alberto siguió su camino confuso e inquieto.

¿De quién podía ser la serenata? ¿Por qué el misterio? Esto lo sabrá después el curioso lector, porque el caso es largo de contar, y más interesa ahora no alejarse del trecho de calle donde ocurrían estas escenas.

Tras la primera serenata, de velado autor, vino la segunda con media hora de intervalo. La orquesta era deliciosa. Alberto, su autor, era músico y contribuyó con su pericia en el arte a elegir y concertar los instrumentos, de cuerda en su mayor parte.

Al terminar la primera pieza, cayeron también olorosas flores de lo alto, pues tal era el modo de corresponder a las serenatas, según costumbre establecida no sabemos desde cuándo.

Las flores se arrojaban en silencio por el postigo de la ventana, que al efecto se abrió de improviso, volviéndose a cerrar en seguida, sin que los de fuera pudieran saber

con certidumbre de qué manos venía el obsequio, si de la hermosa dama, de los celosos padres o de alguna dueña o criada, despertada con tal fin por el ama de casa, para evitar a la niña la tentación del postigo, previendo el caso de que por allí pudiera entrar o salir algún billetico amoroso, en secreta alianza con la música y las flores.

El postigo de la ventana de Lucila no inspiraba recelos de esta naturaleza, porque estaba en el segundo piso de la casa. Acompañaba a la chica en su aposento la misma dueña que iba con ella en la madrugada de aguinaldos, cuyo nombre era Celsa, la cual, no teniendo por qué inquietarse, había continuado en el lecho, gozando del dulce arrullo de la música.

Celsa trataba a la joven con autoridad y cariño de segunda madre, porque compartía con doña Angela, esposa de don Francisco Albani, la crianza y cuidado de los niños. Era brusca en la manera de expresarse, pero buena y sencilla en el fondo. Por su carácter de viuda y pariente lejana de la familia, hacía el papel de dueña de entera confianza al lado de Lucila.

Cumplida la fórmula de arrojar las flores por el postigo, Celsa, instaba en vano a la joven para que se acostase.

—No me acostaré hasta que no pase la música. Se me ha ido el sueño por completo.

—Muy bonito tocan, es cierto, pero lo mismo da oír en pie que acostada. Ya cumpliste con echar las flores. ¿Qué más?

—Espera otro ratico. Más vale estar en pie que dando vueltas en la cama. Duerme tranquila, Celsa, que no enfermaré por tan poca cosa.

Lucila sospechaba de quiénes podían venir las dos serenatas; pero en medio de estos obsequios, sentía un malestar indefinible, que la música iba agravándole por momentos. Con semblante triste y muestras de gran desaliento, dejóse caer en una silla, para sumirse en hondas reflexiones.

—Ni una flor, ni una letra siquiera de Horacio. ¿Qué será, Dios mío? ¿Habrá temido descubrir su secreto? ¡Ah! he debido ir hoy a la casa del Canónigo. Quizá me ha esperado en vano o dejado algún recuerdo. ¿Dónde estará él en estos instantes? ¿Pensará en mí?..

La música era cada vez más punzante y conmovedora. Las voces de las flautas, en dulce concierto con las cuerdas de dos violines y algunas guitarras, llenaban el espacio de notas que herían el alma. Dos lágrimas corrieron silenciosas por las mejillas de la joven.

Seguía pensando en el viejo claustro, en el patio de los rosales, en el aspecto grave de la sala de labores. Oculta en esos parajes debía existir alguna flor, algún expresivo recuerdo de su tierno amante. Recriminábase el no haber robado un momento a las atenciones del día, para recorrer aquellos sitios queridos, por donde siempre vagaba su alma en las horas de sentir profundo.

La música había cesado. Por las voces y ruido de pasos, comprendió que el grupo se había alejado, pero aún continuó inmóvil en la silla, con la cabecita caída sobre el pecho, meditabunda y triste. Así pasó un rato.

De pronto vuelve el rostro hacia la ventana. El silencio era completo. Sin embargo, creyó que había sonado algo extraño en la calle, algo parecido al ruido del aldabón en la vecina puerta del Monasterio. Aguza el oído, y concentra toda su atención.

Otro golpecito especial del aldabón aumenta la curiosidad de Lucila: indudablemente era aquello una señal. Con gran presteza pónese en pie, oculta la luz tras uno de los muebles, salta sobre uno de los poyos de la ventana y abre lentamente el postigo con viva ansiedad.

Al principio nada vio. Solo el farol de la próxima esquina, como una pupila somnolienta, rompía la espesa tiniebla en aquel paraje. No obstante las precauciones tomadas por la joven, los gozncillos del postigo habían rechinado levemente y por tercera vez sonó abajo, en el fondo de la calle, el golpecito metálico del interesante aldabón.

El postigo quedaba a mucha altura sobre el nivel de la calle. Poco a poco, acostumbrados sus ojos a la oscuridad, fue distinguiendo el techo y los muros del Convento, hasta descubrir el hueco del ancho portón de donde partía el ruido. Deslizábase un bulto, como un fantasma, por la acera del sombrío edificio. Era un hombre embozado, el cual se detuvo frente al balcón de la propia casa de los Albani; y saliendo luego al centro de la calle, lanzó al aire con gran ímpetu un objeto, que fue a caer sin ruido dentro del mismo balcón, que era volado y formaba estrecha galería bajo el ancho alero de la casa.

A la escasa luz del farol de la esquina, próxima al sitio de la escena descrita, la joven pudo descubrir, con más detalles, la figura del embozado, el cual regresó prontamente a la portería del Convento, caído ya el embozo y agitando el sombrero, en ademán de saludo, hacia el abierto postigo, donde se diseñaba vagamente, en un claro oscuro, la cabecita de la gentil doncella, a pesar del antifaz puesto a la bujía. Era un hecho que el embozado la había descubierto.

No hay palabras como pintar la emoción de Lucila ante la rápida y silenciosa escena ocurrida en la calle. Recupera al instante toda su energía y centellea en sus ojos la luz de la esperanza. Al convencerse de que ya el frente de la casa había quedado otra vez del todo solitario, desciende del postigo con la mayor inquietud, resuelta a ir por dentro al balcón, sin pérdida de tiempo, aun contra la voluntad de la solícita dueña, si fuese menester; pero Celsa no estaba en condiciones de oponérsele: dormía desde hacía rato como una bienaventurada.

Con la palmatoria en la mano, Lucila sale en puntillas del aposento para ir al balcón. Tenía que atravesar una pieza deshabitada, contigua al dormitorio de sus padres, salir luego al claustro superior, recorrer larga galería y penetrar en la sala alta de recibo, a la cual correspondía el balcón. La empresa, aunque no peligrosa para el recato de la joven, era sí arriesgada, en el sentido de que podía ser sorprendida y descubiertos sus amores, en atención a que la música debía tener en vela no solo a sus padres, sino también a sus hermanos Mario y Héctor, ya hombres, que dormían en la misma casa.

Antes de penetrar en la sala, dejó en el suelo la palmatoria y las zapatillas. Avanzaba en lo oscuro, como una sombra, sobre el fino empetatado del pavimento. Con mano trémula descorrió el cerrojo de la puerta que comunicaba la sala con el largo mirador. Crujieron los goznes, y el viento frío de la noche le azotó el rostro. Estaba ya en el balcón, cerrado por fuerte balaustrada y levantado cuatro o cinco varas sobre el nivel de la calle. Los altos paredones del Monasterio del frente, aparecieron a sus ojos en la vaguedad de las sombras.

Muy inclinada, aventúrase la joven por la estrecha galería del corredor, tanteando aquí y allá por el suelo, hasta que sus manos, más yertas por el susto que por el frío, tropezaron al fin, con un objeto húmedo, suave y perfumado: ¡un ramo de flores y una carta!...

La niña tiembla como azogada al recogerlo. Torna a la sala, cerrando tras sí la puerta del balcón, y provista otra vez de la bujía, déjase caer en un sofá con el ansia y la emoción que pueden imaginarse.

La flor principal del ramo era un clavel rojo, rodeado de tiernas hojas de geranio de rosa. Pendía del ramo un billete muy plegado, donde la joven leyó con ávidos ojos, estos sentidos versos:

SERENATA

*Cual mariposa que a fanal se allega
E inquieta gira de la lumbre en torno,
Ansiosa mi alma sin cesar te sigue,
Girando en torno de tus lindos ojos.*

*Recuerda, niña, los dichosos años,
Cuando arrullabas tu primer muñeca,
Bajo las frondas junto a ti yo estaba,
Y en el columpio te ayudé a mecerla.*

*Recuerda, niña, las felices horas
En que jugabas al vaivén conmigo,
Cortito el traje, destejido el pelo,
De encantos llena y de triunfal hechizo.*

*Y así jugando, tus deshechas trenzas
Caer solían en mis tiernos hombros,
Aspirando luego en tu franca risa
El tibio ambiente de tus labios rojos.*

*El pobre niño con quien tú jugabas,
De lejos te ama y en silencio llora;
Y a cada instante, con pasión profunda,
Por ti suspira y el pasado invoca.*

Al pie de los versos se leían estas líneas escritas con lápiz:

“Contéstame, amada mía. Cuando suene la aldaba del Convento, puedes abrir sin temor el postigo. Mi serenata es silenciosa. Concédeme una flor siquiera, la flor que en un baile me prometiste y tanto anhelo. Compadece a tu infortunado y fiel amante.”

No había firma alguna. ¿Para qué? En los ojos brillantes y soñadores de Lucila asomaron expresivas lágrimas, a tiempo que comprimía contra su corazón las flores y la carta.

Repuesta de las vivas emociones, no vacila. Debía contestar con presteza. ¿Las flores? En la misma sala las había esa noche al escoger. Desprende en el acto de uno de los ramos con que la habían obsequiado, un clavel hermosísimo, el preciado clavel rojo, y colócalo luego entre un hacecillo de variados pensamientos y tímidas violetas. El ramo, aunque improvisado, quedó bellissimo.

Faltaba la carta. Aquí la dificultad. No había en la sala recado de escribir, ni siquiera un lápiz. Era necesario volver al aposento y trastear en su escaparate para salir del paso; y tal hizo, con extrema prontitud y cautela, la bella italianita, logrando, al fin, trazar en una tira de papel algunas líneas con el lapicillo de un programa de baile, billete que ató a las flores con mano trémula, temerosa de que despertase Celsa, o la sorprendiera la señal sin estar listo el tierno e íntimo mensaje.

La señal no se hizo esperar. Tres golpecitos del aldabón resonaron en el profundo silencio de la noche, solo interrumpido dentro del aposento por la acompasada respiración de la inmejorable dueña, que continuaba durmiendo tranquilamente.

Lucila no titubea. Abrió el postigo y, estirando el brazo hacia afuera, dejó caer a plomo el precioso ramo. Al punto brilló abajo, en el fondo de la calle, al pie de la ventana, la débil claridad de una cerilla, cuyo fugaz resplandor permitió a Lucila ver un brazo alargado hacia el suelo y el perfil de un rostro joven e imberbe, grabado ya de modo indeleble en su corazón por la saeta luminosa del dios Cupido, cuadro que desapareció instantáneamente en la negra espesura de las sombras.

Y luego, tras ruido de pasos que se alejan con franco taconeo por la acera de la calle, y leve crujido de un postigo que vuelve a cerrarse, todo vino a quedar en la soledad y el silencio de la media noche. Once campanadas habían resonado pausadamente en la torre de Catedral.

La curiosidad e impaciencia del mancebo rayaban en delirio. Las flores que llevaba ocultas en el pecho despedían luz y perfume, eran flores caídas de lo alto, flores de un

cielo de ensueños y esperanzas. En solitaria encrucijada desliga el perfumado billetico, y a la luz de una cerilla, lee con indecible emoción estas cortas líneas, escritas muy de prisa:

“Tu serenata ha herido las fibras más delicadas de mi corazón. Lloraba de tristeza, pensando en ti, creyendo que me habías olvidado. Ahora lloro también, pero de dulce alegría al pagarte una flor con otra flor. Desde que me dedicaste el clavel rojo, es esa la flor de mis esperanzas. ¡No me olvides!”

Momentos después, crujía el portón, apenas ajustado, de la casa del doctor Viana, y penetraba el joven con alguna inquietud. Su licencia era hasta las diez, con el pretexto de oír, desde casa vecina, la serenata de Alberto. Pensaba llegar en puntillas hasta el aposento, para no despertar a su padre. Pero ¡oh sorpresa! A la moribunda luz de una lámpara colgada en el zaguán, el doctor se paseaba lentamente.

—¡En pie todavía, papá!

—¿Y qué horas son? —pregúntale el doctor con calma aterradora para el mancebo.

—Acaban de dar las once.

—Había dicho usted que vendría antes de las diez. La tardanza me tenía intranquilo.

—Es verdad, pero hubo dos serenatas seguidas. Y me entretuve oyendo la música.

—Aunque así haya sido. Desde hace más de media hora todo está en el mayor silencio —replicóle gravemente el doctor Viana.

Esta observación envolvía un cargo que no podía eludir, sino declarando la verdad, esto es, que hubo una tercera serenata silenciosa, de la cual era autor; pero al jovencito le faltaba la candorosa franqueza de Jorge Washington para confesar su falta; y no se trataba tampoco de algo parecido a cortar un cerezo, sino un asunto más trascendental.

La grave figura de su padre apareció a sus ojos como la de un juez de honda penetración, a quien no podía entretener con inventivas y fútiles razones; un juez severo y filosófico, que no castigaba con fuertes epítetos ni con penas corporales, sino que confiaba el castigo a la propia conciencia del culpado, comprendiendo que no se trataba de un niño, sino de un joven pundonoroso, de claro criterio y sensible a los afectos.

A sospechar siquiera la verdadera causa de la demora, el doctor Viana habría descargado sobre su hijo todo el peso de su autoridad moral, en graves observaciones y oportunos consejos, por aquel acto de atrevimiento y de consecuencias que la inexperta juventud no prevé ni pesa en su justo valor, aunque luce por realizar inocentes ideales o justas aspiraciones.

Toda pasión juvenil, por noble y hermosa que sea, tiende a descarrilarse, bien a impulso del entusiasmo, bien al inesperado choque de cualquier dificultad. La conducta del apasionado joven, si romántica y feliz en la secreta intimidad de sus amores, pecaba sin embargo a todas luces contra las conveniencias sociales y contra la severa disciplina del hogar cristiano, que no acepta aventuras galantes de tal naturaleza, aunque el atrevido galán procede con la más pura y recta intención.

Amostazado y pensativo quedóse el joven por largo rato. A más de la tácita reprimenda recibida, quedaba

pendiente sobre su cabeza, como espada de Damocles, otra más explícita y rotunda, que no se haría esperar, el día en que llegase a saber su padre el por qué de la tardanza.

Pero el amor es el más fuerte y bello de los exclusivismos: embarga todas las energías del alma, dirigiéndolas hacia el objeto amado, como agitadas corrientes que buscan dulce y final reposo en las azules aguas de misterioso lago. Las inquietudes y preocupaciones no arraigan mucho a la edad de diez y ocho años.

Junto con poner la cabeza en la almohada, el enamorado doncel oyó entre sueños que repicaban de nuevo las campanitas de oro en la torre de sus ilusiones; y durmióse soñando en un bosquecillo de nardos y rosas, de sugestivas penumbras, por el cual vagaba de brazo con la bella italianita, en coloquios de frases trucas, completadas con el fúlgido lenguaje de los ojos. ¡Dichosa edad!



CAPÍTULO XI

Complicaciones imprevistas

Muy varios suelen ser los juicios sobre la mujer honesta que seduce y cautiva con el poder de sus gracias. Desdeñosa, si no tolera requiebros o los esquiva; y coqueta, si a todos sonrío de igual manera. Si la ensartas, pierdes, y si no perdiste. Ya lo dijo la insigne poetisa sor Juana de la Cruz:

*Hombres necios que acusais
A la mujer sin razón,
Sin ver que sois la ocasión
De lo mismo que culpais;*

*Con el favor y el desdén
Tenéis condición igual,
Quejándoos, si os tratan mal,
Burlándoos, si os quieren bien.*

La esquivez de la señorita Albani se prestaba en los círculos íntimos a comentarios diversos; unos la consideraban demasiado exigente, porque habiendo tenido buenos partidos al escoger, suponían que aún se mantenía en espera de alguno mejor; otros la tildaban de engreída y vanidosa por la misma causa; y muy pocos sospechaban lo cierto: que la chica no era ya dueña de su corazón, porque el príncipe de sus ensueños, vagamente diseñado en su imaginación desde la niñez florida, había tomado la forma de un estudiante de filosofía, a quien en secreto amaba con toda la fuerza de su alma.

Otro de los adoradores de Lucila era don Felipe, caballero de edad proveya, distinguido linaje y alta posición social. Prendado de la joven desde hacía algún tiempo, manteníase firme e invariable en su culto como un fanático. No lo rendían esquiveces ni desengaños. Invulnerable a los desdenes, su temeraria solicitud rayaba en mortificación y fastidio para la dama, cansada de darle a entender que perdía su tiempo. La perseverancia es ciertamente gran virtud en empresas realizables, pero en las imposibles es terquedad o locura. Solo una gran pasión puede justificar tamaña persistencia.

Era don Felipe el velado autor de las serenatas, ya que por la gravedad de su carácter, el hacer de galán al pie de unas rejas, lo habría expuesto a críticas muy razonables. Pero no obraba, por desdicha, con igual cordura en los bailes, donde se esforzaba en igualar a los jóvenes en entusiasmo y galanterías, asediando con tenaz empeño a la bella italianita, cuya natural esquivez más servía para atizar que para extinguir el fuego de amor que lo consumía. ¡Crueldades de Cupido!

Con motivo de un cumpleaños, había recibo y obsequio en la casa de una amiga de Lucila. La reunión era poco numerosa, pero muy selecta. Lo que provincialmente se llama en Mérida una *jarana*, o sea un baile improvisado y de confianza.

Como de costumbre, Lucila hechizaba por el airecillo romántico dentro del cual exhibía sus gracias. Don Felipe y Alberto redoblaban sus instancias, el primero para que la chica le concediese bailar una pieza siquiera; y Alberto, para que le diese el sí, o por lo menos esperanzas.

Estas exigencias, de penosa excusa, que la coquetería sabe entretener en la generalidad de los casos, revestían carácter más conflictivo para la señorita Albani, constreñida, por la delicadeza de sus sentimientos y por consideraciones especiales, a observar una conducta muy discreta con ambos caballeros, pertenecientes a familias muy conspicuas, con las cuales cultivaba cordiales y frecuentes relaciones. Excusar rotundamente tales galanteos, era provocar disgustos, sin poder dar explicaciones, y tolerarlos, alentar aspiraciones a que estaba muy lejos de corresponder.

El estudiante estaba también en la reunión, y observaba con vivísimo interés las vueltas y revueltas que don Felipe y Alberto, cada cual por separado, daban en torno de la atribulada Lucila, quien de cuando en cuando miraba secretamente a su amante con ojos de inteligencia y de ternura.

Para Horacio, lo mismo que para Alberto, don Felipe era una persona de la mayor consideración, pero como rival era poco temible. En lizas de amor, la vejez está perdida, si no combate tras armadura de oro; pero en

este caso, aunque don Felipe hubiera sido un Crespo, se trataba de una mujer cuya posición e íntimos sentimientos la alejaban por completo de inclinarse ante el becerro de oro. Además, había tenido pretendientes favorecidos al mismo tiempo por la alcurnia, la juventud y la riqueza.

Lo que era de esperarse sucedió al cabo, pues tanto se había negado la joven a bailar con don Felipe, so pretexto de tener las piezas comprometidas de antemano, por no decirle otra cosa, que al fin el respetable caballero entra en sospechas y se da a la paciente labor de averiguar la verdad con todos los jóvenes, uno por uno, ocultando el móvil de tal pesquisa; y en cerciorándose de que no era rigurosamente cierto lo que ella le decía, tornóse de solícito galán en severo mentor, para reprender a la joven por su conducta, creyendo acaso intimidarla con este acto de autoridad.

Pero el resultado fue adverso, porque colmada la paciencia de Lucila, y herida en su orgullo, le habló claro y sin rodeos, con voz vibrante y revestida de carácter, sin poder contener luego algunas lágrimas que asomaron a sus ojos.

Mario, hermano mayor de la joven, era de genio irritable y sangre hirviente. Advertir la desazón de Lucila, inquirir la causa y tenérselas con don Felipe, todo fue uno. Otras personas intervinieron para aplacar al iracundo Mario, cuya exaltación hacía contraste con la loable impavidez y sangre fría que mostraba el caballero, quien acabó por convencerse, como tenía que suceder, que a su edad y condiciones no sentaba bien el oficio de paladín galante.

¡Oh amor, que no perdonas edad ni categoría! A todos por igual ciegas y precipitas. Por ti hombreados los

muchachos, presumen de mozos los viejos y disparatan los más cuerdos. Tú no permites más culto que el de la mujer amada, ni más razón que la contenida en este principio de intenso egoísmo: *ella para mí y yo para ella*, que ha sido la divisa de los caballeros galantes en todos los tiempos y lugares.

El estudiante no perdía de vista a Alberto. Era rival de cuenta por su buena figura, galano decir y reconocidas dotes como mozo de talento, favorecido por las Musas. No obstante haber bailado algunas piezas con Lucila, esta se mantenía firme, eludiendo los requiebros que Alberto le hacía, esquivez que en nada los minoraba, llegando el joven hasta exigirle la aceptación de una carta, a lo cual se negó la niña de manera rotunda.

En tales momentos tocaron un valse, que debían bailar por compromiso anterior. A pesar de la negativa, Alberto llevaba la carta en la mano izquierda; y al tomar la derecha de Lucila, como es de estilo, pretendió compelerla a recibir el perfumado billete. No lo tolera la joven, protestando contra el atrevimiento, sorprendida y confusa.

Alberto, ciego de amor, espera los últimos compases del valse, que estaba ya para terminar, y entonces amenaza a la joven con el escándalo, diciéndole que de no tomar la carta, caería al suelo irremisiblemente, porque ya él no la retiraba.

Esta escena ocurría en un ángulo de la sala, cuando todos bailaban. Yérguese la joven con altivez, y deshaciéndose de los brazos de Alberto, arroja la carta a los pies de este, diciéndole con gran enojo:

—¡Es usted un atrevido!

A Dios gracias, la orquesta, situada a pocos pasos, no permitió que tales palabras fuesen oídas; y por lo que hace al billete, debido a la precipitación con que fue arrojado, no cayó precisamente a los pies del osado galán, sino casi sobre los botines de un caballero muy grave, que, sentado en una poltrona, autorizaba el baile como padre de familia.

Este honorable espectador levanta el billete del suelo y lo entrega silenciosamente a Alberto, quien se queda extático ante la resuelta actitud de la señorita Albani, no menos que ante la presencia de aquel testigo tan respetable, en cuyo austero semblante vio pintado el mayor asombro.

La joven se había alejado del sitio en busca de asiento, confundiéndose allí mismo con las otras damas, pues la música cesó casualmente en seguida del incidente, lo que fue gran fortuna, porque salvo el caballero expresado, nadie más se impuso por el momento de lo ocurrido.

Guardóse Lucila de decirlo, temerosa de un encuentro entre Mario y Alberto; por ser ambos quisquillosos e irascibles; ni tampoco lo dijo a Horacio, por no provocar en él la tempestuosa pasión de los celos e iguales consecuencias, con riesgo de descubrir su secreto, en que estribaba la ventura de ambos.

A la despedida de las familias, Alberto, tenaz en sus pretensiones, deseaba ofrecer el brazo a Lucila para conducirla a su casa. Quería pedirle perdón por la falta, cambiando de táctica, convencido de que no era la joven de las que se intimidaban y confundían ante un acto de atrevimiento.

Sitúase, al efecto, como un centinela, en el segundo portón de la casa, con el sombrero en las manos y el

gabán sobre el brazo, en espera de la familia Albani. El puesto era en realidad estratégico.

Eran los momentos de la gran batahola que se forma de ordinario entre las familias al acto de despedirse en reuniones de esta naturaleza, solicitando aquí los abrigos y paraguas, reuniendo allá a los niños o despertándolos, si se han dormido, para envolverlos en pañolones si están acatarrados; momentos de carreritas y afanes para las mujeres y de impaciencia para los hombres que las esperan.

En estas idas y venidas, Lucila descubre de lejos a Alberto, cuando ya se encaminaba al zaguán. Al verlo en aquel sitio, adivina al punto lo que intenta. Detiéndose entonces la joven, mirando en torno con angustia, temerosa de avanzar; pero allí mismo oye tras sí una voz que le dice con dulzura:

—Señorita Albani, me permito ofrecerle el brazo. Ya Mario me ha autorizado para acompañarla hasta su casa. ¿Acepta usted?

Por toda contestación, la joven sonrió agradecida, enlazando prontamente su brazo, con triunfal alegría, al del jovencito que así le hablaba.

La contrariedad de Alberto fue visible ante la inoportuna oficiosidad de aquel mancebo, en quien estaba muy lejos de ver a un rival, pues apenas se había acercado dos veces a la señorita Albani en el curso de la reunión, y esto para sacarla a bailar. Atribuyó por entonces a rasgo de mera amistad y cortesía aquel acercamiento de Horacio a Lucila.

Un chico llevaba adelante un farol por la calle, para alumbrar los malos pasos, que eran frecuentes, por ser desiguales los empedrados y escasísimas las buenas aceras.

Con Lucila iba otra señorita, su prima y amiga, muy hermosa por cierto, a quien Alberto dio el brazo a la salida; y detrás iba Mario con otras personas. Doña Angela, madre de Lucila, no había asistido a la reunión.

Tenían que pasar por el frente de la casa del Canónigo. Hablaba Alberto a su compañera de las impresiones del baile, quejándose de no tenerlas satisfactorias, lo que decía recio, con marcada intención, a fin de que Lucila lo oyese, pero esta, que iba pocos pasos adelante, caminaba pendiente de las frases que Horacio le dirigía a media voz, las que resonaban en su alma con inefable dulzura.

—Hemos llegado a la ventana de los recuerdos —decíale con viva emoción.

Pasaban efectivamente por el frente de una de las ventanas de la casa del Canónigo. Hacía la más sombría, casi negra, el color oscuro de su pintura.

—¿Recuerdos de qué naturaleza?

—Tristes, profundamente tristes. Dos noches inolvidables, en que estaba usted allí con Rosa. ¿Lo recuerda?

—Hay cosas que no se olvidan nunca. La última de esas noches debe recordarla también Héctor, quien estaba muy celoso —replicóle Lucila con amable y picaresca sonrisa.

—Y esos celos infundados fueron causa para que usted dudase de mí, y pasase yo días muy amargos.

—No lo niego. Dudé, porque entonces había motivo —díjole con tímida voz.

—¿Y duda todavía? —pregúntale el joven con mirada honda y expresiva.

La joven guardó silencio, pero en la semioscuridad de la calle brillaron sus ojos con mirada húmeda y blanda; y

acaso por la desigualdad del piso, en aquellos instantes el cuerpecito de la salerosa niña apoyábase con más dulce presión sobre el trémulo brazo de su secreto y apasionado amante.

Fuertes golpes llegaron entonces a sus oídos. ¡Cosa extraña! Los toques eran en la misma casa de los Albani, hacia la cual se dirigían. Los daba precipitadamente un labriego con el garrote de camino.

—¡Dios mío, qué novedad será! —exclama con angustia la señorita Albani, viendo que Mario se había adelantado con presteza e interrogaba al peón con vivísimo interés.

¡Penosa coincidencia! Era un expreso con la triste nueva de haber fallecido aquella misma noche, en lugar vecino, una respetable matrona, muy allegada por vínculos de sangre a la familia Albani. Mario y Héctor debían partir al instante para la casa mortuoria.

La despedida de los jóvenes acompañantes fue silenciosa y triste. Aquella desgracia enlutaba no solo el hogar de don Francisco Albani, sino otros más de la sociedad merideña. No son raras estas repentinas transiciones de la alegría al dolor, de la risa al llanto, del esplendor de una fiesta a la fúnebre tristeza de blancos, cirios y negros crespones. Así son los peldaños en la misteriosa escala de la vida.

*
* *

Acercábase diciembre, mes en que todos ciframos vagas esperanzas de algo mejor que lo presente, aunque el espíritu no esté para fiestas ni divertimientos. La profunda simpatía de diciembre consiste en algo muy

hondo e ideal. Es por excelencia el mes de santa alegría, un tiempo primaveral para el corazón, que embellece y endulza los sentimientos, poniendo gotitas de miel hasta en el brebaje amargo de las penas y desengaños.

Horacio estudiaba día y noche, repasando las materias para el examen de bachiller en Filosofía. Era este acto muy temido en aquella época. Una sola *R*, que cayese en la urna de recoger los votos, motivaba no solo el bochorno ante los compañeros y el público en general, sino una grave reprimenda de los padres o encargados del aspirante. Y la reprobación completa equivalía a un destierro: el estudiante no volvía a mostrar la cara por mucho tiempo.

El día del grado, el joven estaba ojerudo y triste por los desvelos y el gran susto. Antes de la hora tremenda, acercóse al sillón de la abuelita para despedirse, como se despide el soldado que marcha al combate. Iba ciertamente a combatir por el primer lauro académico.

Todos en la casa sabían la tribulación del joven y lo compadecían. El afecto de la abuelita por sus nietos era ejemplar; y no lo era menos, el de una excelente tía, de esmerada educación social y artística, tan tierna y solícita con los hijos de su hermano el doctor Viana, que en realidad no sintieron ellos en todo su rigor el hondo vacío de temprana orfandad, porque la abuelita y la tía igualaban a la madre en cariño entrañable y asiduos cuidados.

La anciana bendijo a su nieto con palabras que le salían del alma, lo mismo que la abnegada tía; y ambas hicieron que Horacio se arrodillase junto a ellas, para rezar una sencilla oración. Recitóla con voz trémula la venerable anciana, ante un cuadro de la Santísima Trinidad, frente al cual ardía ya una vela en antigua y pesada palmatoria de plata.

¡Oh, santas e íntimas costumbres de nuestros mayores! También fue el joven al escritorio de su padre, a avisarle con semblante contristado que ya se acercaba el momento. El doctor Viana iba a asistir al grado, pero lo autorizó para que se adelantase, en atención a que él se retardaba todavía algunos minutos. Compadecido, sin embargo, del susto que advertía en Horacio, le da voz de aliento y lo bendice lacónicamente, con gran emoción. También él había pasado de joven por aquellas angustias.

Faltábale al mancebo otra despedida, de carácter ineludible. Lo empujaba también el corazón. Ya en camino para la Universidad, entra rápidamente a la casa del Canónigo.

—¡Ah, qué casualidad! —exclama Rosa al verlo—. Acabamos de ponerle flores a la Virgen y tenemos ya lista una vela para alumbrarla mientras estén en el examen. ¿Ya es hora?

—Faltan pocos minutos. Antes de ir a la Universidad, he entrado para exigirles que recen mucho por mí. No puedo dominar el miedo...

—No seas tonto, Horacio. Hay muchos ruegos en tu favor. Saldrás bien, de seguro. Mira —díjole a media voz y en tono de confianza íntima— hay una personita que nos ha traído flores para el nicho de la Virgen, y que a estas horas debe estar prendida de todos los santos.

Sonrojóse el estudiante visiblemente, pero brillaron sus ojos de contento. La vela fue encendida entre dos floreros colmados de frescas y variadas flores. Horacio le dio las gracias, saliendo de allí aun más preocupado que antes. Caso de una *R*, ¿qué cara podría presentar a Lucila?

Para un joven de pundonor el trance era realmente conflictivo. Iba a habérselas, no ya con personas

compasivas, con santas mujeres, en cuyos labios había miel de consuelo y esperanza, sino con jueces graves e inflexibles, cuyas palabras serían áridas e inquisitivas, encaminadas a saber de cierto si era o no apto para el grado a que aspiraba.

Componían el jurado examinador el doctor José de Jesús Dávila, Rector, el Canónigo doctor Rafael Antonio González, Secretario, el doctor Rafael Julián Castillo, el presbítero doctor Miguel Lorenzo Gil Chipía y don Fabio Febres Cordero. Todo estaba listo: el pizarrón, los globos, las máquinas neumática y eléctrica y algunos otros instrumentos de física.

El indio Encarnación, fámulo universitario, encariñado de antiguo con el joven Viana, a quien aún suponía abocado a la carrera eclesiástica, había suministrado al bedel un vaso de agua, para que lo colocase sobre la mesilla frente a la cual debía sentarse el examinado. Era buena precaución para desatar a tragos el gran nudo que el miedo forma en la garganta de los tímidos. El antiguo cocinero del seminario sabía de estas cosas a maravilla. ¡Había visto tantos grados!

Con un discurso en latín, sobre tema sorteado la víspera, se iniciaba el acto, discurso de un cuarto de hora, que precedía a las réplicas. Esta disertación en latín, compuesta en brevísimo tiempo, prueba que por entonces no era tan muerta la lengua del Lacio. En ella se hablaba en las aulas, en los certámenes y hasta en el claustro.

La tarde estaba amenazante y sombría. Gruesas gotas de lluvia y lejanos truenos anunciaban próxima tormenta. El examen, sin embargo, había empezado. Muy pronto empezó a llover a cántaros. Las descargas eléctricas, ya

próximas, llegaron a ser cada vez más temibles. Una sola ventana abierta, daba escasa luz al salón de exámenes, situado entonces en el costado del edificio que daba para la calle de la Independencia.

A la mitad del examen, vino lo gordo: siniestro fulgor de un rayo y simultáneo estampido de un gran trueno, hicieron saltar a todos de sus asientos. El caso no era para menos.

Por la ventana había entrado algo como violenta granizada. Eran fragmentos de mezcla y ladrillo, arrancados por la chispa eléctrica del remate de la torrecilla gótica de la Cárcel-cuartel, y lanzados sobre los edificios vecinos, en dirección al occidente. El rayo había caído a cincuenta varas del cuerpo examinador, descopetando la expresada torrecilla, acaso atraído por el cataviento, que era metálico.

Cerróse la ventana, encendiéronse bujías y, después de obligado receso, comentando el caso, continuó el examen por el tiempo reglamentario. Despedido el examinado y los espectadores y cerrada la sala, procedióse al juicio secreto, momento de angustiosa expectativa para el interesado y cuantos lo acompañan en el acto, sobre todo si el examen ha sido flojo o del todo malo.

Distraído el bedel en ocupaciones motivadas por el gran aguacero, el mismo canónigo doctor González abrió la puerta del salón, y con el garbo de gran tribuno que lo caracterizaba, proclamó el veredicto, usando de esta fórmula:

—Aprobado *mémine discrepans*.

—*¡Laus Deo!* —contesta alegremente Horacio, volviendo al salón, donde pide el grado en latín, y en latín se le confiere incontinenti.

¡Dichosa edad! Es indecible el júbilo con que un muchacho torna a su casa después de rendir un examen cualquiera, en que sea aprobado, y más, si obtiene un título. Horacio no cabía en sí de alegría. Los examinadores, su padre y cuantos allí estaban, lo habían abrazado efusivamente en señal de plácemes. El examen no había dejado nada qué desear.

Y luego ¡qué abrazos tan apretados y tan santos los de la abuelita y la adorada tía!

—Hija —díjole a esta última la honorable anciana, al desprenderse de los brazos de su nieto— escoge en mis prendas un buen anillo, para que se lo des en premio de sus estudios.

La orden fue cumplida sin demora, y el afortunado mancebo fue dueño de un hermoso solitario, que en mejores días había costado cuarenta escudos de oro, bellísima joya, que brillaba aún más en la exaltada fantasía de Horacio, al pensar en el mágico efecto que haría en la manecita de Lucila como anillo de boda.

Por la noche, el nuevo bachiller va presurosamente a la casa del Canónigo. Rezaban a la sazón el rosario en un aposento. La sala de labor estaba solitaria. Aún ardía frente al nicho de N.S. de Chiquinquirá la piadosa vela, en medio de los floreros que perfumaban el ambiente.

El joven aprovecha la soledad y se llega en puntillas a observar de cerca las flores. Todas estaban erguidas, apretadas unas contra otras, en manojo, mostrando al cielo sus delicados pétalos, menos una, que desligada de las demás, rendida acaso por su propio peso, inclinábase graciosamente hacia adelante, como buscando algún sostén en el aire: era un clavel rojo, el cual parecía decir a Horacio: “Soy para ti, cógeme”.

¿Era aquello de la casualidad o tácita e intencionada dedicatoria de la flor simbólica de sus amores? ¿Habría tenido parte Lucila en el arreglo de las flores? Aunque el corazón decía a Horacio que aquella flor era para él, no se atrevió, sin embargo, a tomarla. Estaba bien allí, invocando las bendiciones del cielo para dos corazones traspasados por la flecha ardiente del paganísimo dios Cupido.

*
* *

Entre los bazares de la vieja Mérida, era el de don Pedro Rocha uno de los más variados y surtidos. El local muy céntrico, frente a la antigua capilla del Convento de Clarisas. Asistíalo, juntamente con don Pedro, el malogrado e inteligente joven Rafael Parra Picón. Era tienda muy frecuentada por urbanos y campesinos, como lo había sido en tiempos anteriores la famosa de Calderón, conocido con el nombre de *el Bogotano*, frente a la plazuela del Carmen.

Las extensas relaciones de don Pedro y las de su joven compañero, eran causa para que en horas de asueto no faltase en la tienda selecto grupo de tertulianos. Es el caso que un domingo, de tres a cuatro de la tarde, en que circulaba alguna gente, oyéronse de pronto voces de alarma y ruido de carreras en las inmediaciones del bazar.

Subía por la calle real una res bravía, con espanto de los transeúntes, un toro corpulento y fiero, destinado al matadero. Había reventado la sogá, quedando de su cuenta por las calles.

La tienda de don Pedro, única existente por allí, llénase al punto de personas que buscaban de tropel seguro asilo. El toro avanzaba a trote largo, mirando a todos lados con espantable arrogancia. Los portones de las casas vecinas habían sido cerrados de carrera.

En tales momentos, escapóse un grito indefinible de todos los pechos. Frente al bazar, en la acera de la Capilla del Convento, hallábase en situación conflictiva una distinguida dama. No había en el trayecto más puertas de salvamento que las de la tienda, pero le era imposible a la dama, saltar la ancha acequia de la calle, manecada como estaba por un elegante traje de medio-paso, que era entonces la última moda femenina.

Las personas más impresionables cerraron los ojos ante el peligro inminente que corría la señora, porque el feroz novillo se acercaba a ella en actitud hostil. En tan supremo instante, un joven aparece en la calle, salva la acequia de un salto, colócase delante de la distinguida dama y espera de frente al toro, sobre el cual descarga un golpe certero de bastón, única arma de defensa que llevaba. Herida la fiera en un ojo, échase a un lado, desviando la embestida y lanzando bramidos de dolor.

Trata el toro de embestir de nuevo, pero algunos ganaderos que lo seguían a distancia, aprovechan el crítico instante para arrojarle una soga con violencia. Al sentir el novillo aquel fuerte latigazo sobre el lomo, huye de estampía, dejando en salvo a la dama y su inesperado defensor.

Voces de alegría y aplauso resonaron por todas partes. Los espectadores baten palmas, y los asilados en la tienda de don Pedro Rocha, reciben en triunfo al improvisado torero. El joven oía los parabienes muy sonrojado,

confesando francamente que estaba asombrado de su propia hazaña.

—Los toros me han infundido siempre un terror pánico. Instintivamente me he lanzado, solo por salvar la señora.

—Pues tiene mayor mérito su noble acción —díjole un señor de edad, apretando efusivamente la mano de Horacio— Lo felicito, joven.

De los aplausos allí recibidos, fue este el que más satisfizo al mancebo. Venía de persona muy respetable, a la vez que muy extraña para él. Era don Lope, caballero de buen talante y maneras cortesanías. Usaba siempre, con mucho garbo, la capa española, ora puesta ora plegada sobre el hombro. Faltábale solamente el plumaje en el sombrero y el calzón a la rodilla, para ser ejemplar redivivo de noble hidalgo de la Colonia.

Deudo muy allegado de los Albani, los visitaba todos los días, simpatizando de manera especial con Lucila, cuyo carácter le encantaba, por lo que departía a menudo con ella, de modo franco y expansivo.

Este respetable caballero era de los asilados en el bazar. Dirigíase a la casa de los Albani. De suerte que momentos después, relataba lo sucedido en presencia de Héctor y Lucila, quienes lo oían con vivo interés. En llegando al súbito aparecimiento del joven, la sorpresa y temor de Lucila estallan, repitiendo el mismo nombre que acababa de pronunciar don Lope:

—¡Horacio Viana!...

—El mismo, hija —contéstale el caballero, continuando el relato hasta el fin, sin fijarse en las vivísimas impresiones que se pintaban en el semblante de la niña.

Pero Héctor sí se había fijado en ello, no obstante la atención con que también escuchaba a don Lope, y la secreta inquietud que le producía aquel triunfo ocasional de Horacio.

Don Lope hizo, en seguida, gran elogio de la conducta del estudiante, enlazándola con el éxito de sus primeras composiciones literarias y el brillo del reciente examen para su bachillerato.

—Y a propósito, he oído decir que ya tiene novia ese jovencito. ¿Quién es ella? —preguntóles llevado por la curiosidad, sin saber que arrojaba chispas sobre un polvorín.

Los Albani eran de pasiones muy vivas y exaltables, prontas siempre a expandirse, si no de palabra, por lo menos con el gesto o los ademanes. La joven miró confusa a su hermano, esperando que contestase, pero este, no menos perplejo, titubeaba.

—Ustedes deben saberlo —díceles don Lope, apremiándolos por la contestación.

Con voz lenta y apagada, como quien hace ingrata confesión, Héctor respondió al cabo:

—Sus primeras composiciones fueron para Blanca. No se le han conocido otros amores.

—¿Para la misma chica que tú pretendes?

—Ciertamente, don Lope, Horacio fue rival de Héctor hasta hace un año más o menos. Creo que desde entonces le ha dejado el campo libre— dijo la joven.

—También lo creía yo así, pero hace pocas noches quedé convencido de lo contrario, pues...

—¿Pues qué? —interrúmpelo Lucila, disparando sobre Héctor el lampo de sus ojos, como dos saetas de fuego.

—Hablaba con Blanca por una ventana, hecho una mielecita. Lo que prueba que no la olvida.

Y al decir estas palabras los ojos de Héctor echaban chispas de celos.

—Pues no tiene mal gusto —dijo don Lope— y si no lo ha correspondido Blanca hasta ahora, ponte en guardia, querido Héctor, porque con la bella acción de esta tarde, Horacio ganará mucho terreno en el corazón de esa hermosa chica.

Ya Héctor había pensado lo mismo. Por una coincidencia extraña, la dama favorecida por el bachiller Viana era pariente allegada de Blanca. ¡Complicación inesperada!

¿Y Lucila qué pensaba? Compadécela, lector, si sabes por experiencia lo que son los celos. Tan rudo fue el golpe para la pobre niña, que no articuló más palabra. Quiso la casualidad que atinase a llegar su buena madre en aquellos instantes. Casi fuera de sí, pidió permiso a don Lope para retirarse de la sala, so pretexto de ir a recoger la costura. Pálida y temblorosa fue a encerrarse en su aposento. Los celos venían a destrozar su alma precisamente cuando se deleitaba con el perfume de las flores que la simpatía dedicaba a su desleal amante.

Los grandes dolores son secos. Ni una lágrima venía en su auxilio, como natural desahogo en tan honda desdicha. En los recios temporales de la vida, la piedad se impone, como primera tabla de salvación. Cuanto más atribulados, más devotos. Juntas las manos, en actitud suplicatoria, la joven vuelve los ojos al cielo para exclamar:

—¡Sufro horriblemente, Dios mío! Arranca, por piedad, este amor de mi pecho, si es un imposible.

Horacio cree amarme y se equivoca. No puede amarme nunca. Blanca fue primero en su corazón y lo es todavía. Soy una insensata al forjarme ilusiones sobre un afecto que existe solo en mi pecho. ¡Dadme, Dios mío, fuerzas y serenidad para sobreponerme a esta pasión que me enajena y con tanta crueldad me martiriza!

Un raudal de lágrimas brotó entonces de sus ojos, como preludeo de los favores del cielo en su gran infortunio.

¿Y Horacio? Días de prueba le reservaba el destino. Nada supo aquel mismo día ni en los siguientes. ¿Quién podía informarlo? Pero como corriese una semana sin ver a Lucila, empezó por sospechar que estuviese enferma o ausente. Pronto se convenció de lo contrario.

La joven había alterado por completo las visitas a las Carmona, sus íntimas amigas y vecinas, lo que era tanto como esquivar encuentros con Horacio. Diversas conjeturas se hacía el joven en medio de la confusión y sobresalto en que se hallaba, pero tomaba más cuerpo en su ánimo la de que Lucila, acaso bajo la presión ineludible de la autoridad paterna, empezaba a dar oídos a las pretensiones de Alberto.

Sabía Horacio que la madre de su rival, respetabilísima matrona, pariente cercana de los Albani, cultivaba íntimas y cordiales relaciones con Lucila, y que esta, por expresa invitación, había pasado un día en casa de la buena señora, oportunidad que Alberto aprovecharía para asediarla con sus requiebros. El pobre Horacio, que así discurría, ignoraba por completo la escena de la carta en el último baile.

Demás estará decir que los celos despedazaban el pecho del mancebo. Sus visitas a la casa del Canónigo fueron

más frecuentes y más largas. Volvíase todo ojos, todo oídos cuando sentía voces o pasos que pudieran ser los de la adorable niña, tanto más deseada cuanto más esquiva.

Una tarde, al fin, Horacio sorprende a Lucila en compañía de la excelente Rosa. Conversaban las dos solas en la sala de labor, en el apacible y poético recinto, consagrado por tantos e íntimos recuerdos.

Contestóle la joven el saludo con un movimiento quizás más de susto que de sorpresa, excusando las miradas penetrantes y tenaces del joven Viana, quien entró desde luego en conversación sobre cosas triviales, pero con todos los sentidos puestos en la señorita Albani, cuyo comportamiento era cada vez más sensible.

Para la perspicacia característica de Rosa, no podía pasar inadvertida la situación embarazosa de ambos jóvenes. Considerándose un estorbo en aquellos momentos, alejóse de pronto, diciéndoles que volvería al instante.

La silla predilecta de Lucila era el vetusto sillón de brazos, cuyo alto respaldo sobresalía casi tres palmos por encima de la graciosa cabeza de la niña.

Al verse solos, frente a frente, siéntense ambos dominados por inexplicable perplejidad. Lucila, con los ojos bajos, parecía contar las baldosas del pavimento, en tanto que Horacio, sin apartar de ella los ojos, permanecía mudo e inmóvil, clavado en su asiento. No hallaba palabras para desahogar su corazón, tan lleno de dudas y crueles padecimientos.

Temerosa la joven de que las lágrimas vinieran impensadamente a descubrir el lastimoso estado de su espíritu, reúne todas las fuerzas de su voluntad y se levanta del sillón sin decir palabra.

Era la hora indecisa del crepúsculo. En la semioscuridad de la estancia, Horacio la vio alzarse como una visión encantadora. Parecióle que su cuerpecito cobraba mayor altura.

¿Por qué se paraba de aquel modo? Sin mirar a Horacio se dirigió a la puerta, no de huída, sino lentamente, con la dignidad de una reina destronada. Era una muda y elocuente despedida. Así lo comprendió Horacio, y sin poderse contener, saltó de la silla, con los brazos extendidos hacia ella, llamándola con toda el alma:

—¡Lucila!...¡Lucila!

Pero la joven no se detuvo ni volvió el rostro para mirarlo. Aligerando el paso, salió de la sala, ganó el patio, avanzó por entre las frondas del jardín y desapareció luego tras el verde muro que formaba la tupida enredadera.

Iba a ocultar sus lágrimas y sollozos en el solitario departamento de la casa, que daba frente a la ennegrecida mole del abandonado Convento de Clarisas.

Momentos después, resonaban lentas, muy lentas, las solemnes campanadas del *Angelus*, despertando ecos misteriosos, profundamente tristes, en el corazón de los infortunados amantes.



CAPÍTULO XII

La intervención de Marta

Entre las criadas de la casa del Canónigo, distinguíase Marta por el genio activo y varonil. Era la que hacía los mandados de importancia; y en defecto de sirviente, solía hacer también la compra diaria de los artículos indispensables para el abastecimiento de la despensa, lo que no le impedía ejecutar otros quehaceres domésticos, sobre todo en ramos de cocina y confección de dulces. Generosa por índole, servía con prontitud a los que le inspiraban cariño. Demás estará decir que había visto crecer en la casa a Horacio y Lucila, a quienes quería y contemplaba como si fueran de la propia familia del Canónigo.

Siendo muy viva y experimentada en el trato de las gentes, por razón de su oficio de mandadera, pronto hubo de advertir, como Rosa, los castos amores de los dos jóvenes; y más se convenció de ello, el día de la última y amarga entrevista que estos tuvieron, pues se hallaba por casualidad en el salón principal de la casa, y

vio sorprendida llegar a Lucila, bañada en lágrimas y ahogada por los sollozos.

No fue menor la sorpresa de la niña al tropezarse con la criada, de suerte que, cuando esta la interrogó con cariñoso interés sobre la causa del llanto, no halló por los momentos qué decirle. Su cortamiento dio a entender a Marta que no se trataba de dolor físico, sino de alguna pena de otro orden. Guardóse, por respeto, de hacerle más preguntas, esperando que ella se franquease, como lo hizo Lucila, diciéndole ya en calma:

—He tenido una contrariedad, que ya me ha pasado. Pero mira, Marta, voy a hacerte una exigencia.

—Estoy a su mandar, niña.

—No digas a nadie que me has visto llorar. No me agradaría que me hicieran preguntas ni que se hagan suposiciones aventuradas. ¿Comprendes?

—Cuenta con que nadie lo sabrá por mi boca.

—Es un secreto que algún día sabrás. Ahora no puedo decírtelo.

Y volviendo al claustro, la joven se dirigió con presteza hacia el interior de la casa, en tanto que la criada quedaba con semblante compasivo, meditando sobre los pesares de la chica, sabiendo ya a qué clase de sentimientos debía atribuirlos.

Desde los tiempos edénicos, no hay cosa que tanto excite la curiosidad como los asuntos de amor. La criada, aunque de alguna edad y discreta, sintió al punto los más vivos deseos de saber la causa de aquellas lágrimas y sollozos. Si la había contenido el respeto para hacer más preguntas a la joven, quedóse, sin embargo, a la mira, para observar con doble atención el trato y actitud de

ambos jóvenes. Ya había notado cabizbajo a Horacio, y ahora sorprendía las ocultas lágrimas de Lucila. Era un hecho que sufrían. ¿Por qué motivo? Aquí la inquieta comezón de la curiosidad.

Aquella misma noche, a la hora de rezar el rosario, el joven Viana daba largos paseos por una de las galerías del claustro, en la casa del Canónigo. Un farol, colgado de la viga en un intercolumnio, alumbraba pálidamente algún trecho del corredor. Las sombras reinaban en el resto del silencioso claustro.

La tristeza de la hora, el sitio poblado de punzantes recuerdos, los tenues y melancólicos reflejos de la luz vacilante del farol y el sordo rumor de voces, que rezaban en cercana pieza, todo conspiraba para que el joven sintiese con mayor intensidad el peso enorme de su desdicha. ¿Por qué lo abandonaba Lucila en la mañana de sus amores?

Marta velaba un momento oportuno para interrogar a Horacio. En viéndolo tan solitario y taciturno por la galería, antes que ir al rezo, acercósele con cariño.

—¿Qué le pasa, niño Horacio? Es tiempo de aguinaldos, tiempo de alegría. ¿Por qué esa cara tan triste?

—¡Ah, Marta, si tú supieras! Cuando uno menos piensa, se encuentra engolfado en un mar de penalidades.

—¿Y qué le ha pasado, hijo? Ya sabe que males comunicados, remedio suelen tener.

La criada hablaba al jovencito con ingenua compasión, anhelosa por ver claro en un asunto que hasta allí se le presentaba con los caracteres del misterio. Hallábase interesada también, por razón de afecto, en la suerte de Horacio, lo mismo que en la de Lucila. Bien adivinaba que era uno solo el motivo de la tristeza de ambos.

Horacio titubeaba. Estaba indeciso entre franquearse o no con la criada.

—¿Será secreto que yo no deba saber? —preguntóle tímidamente Marta, mirando al joven con tristeza y con respeto.

—Ciertamente es un secreto —dijo resueltamente Horacio—, un secreto que jamás ha salido de mis labios, pero que las circunstancias me obligan a revelártelo. Acaso tú puedas darme alguna luz en medio de la confusión en que me hallo.

La criada era toda oídos. Brevemente la impuso Horacio del repentino cambio de Lucila, sin que su conciencia lo acusase de haber dado motivos para ello. Comunicóle sus sospechas de que acaso la compelieran sus padres y hermanos a aceptar a Alberto, que era, sin duda, un buen partido, acabando por exigirle le dijese con entera franqueza lo que supiera en el particular, favorable o adverso.

—¡Con que tan cambiada está con usted la niña Lucila! No era de creerse. También ella me parece que sufre mucho...

Contúvose Marta. Había prometido a la niña no descubrir sus lágrimas, e iba a faltar a su palabra.

—¿Lo sabes tú? —preguntóle el joven con impaciencia, viéndola titubear.

—No lo sé de cierto. Es que la he notado algo triste. ¡Ella que es tan alegre!

—¿Triste también? ¿Desde cuándo?

—En estos últimos días.

Hubo un momento de silencio, que interrumpió Marta para decirle con la franca autoridad de los años y el afecto.

—Mire, niño Horacio, puede suceder que en esto haya algún enredo de por medio. Si lo hubiere, cuente con que yo voy a desenredarlo. Me duele en el alma verlos sufrir. No faltaba otra cosa. Tan contenta que estaba yo, viéndolos en camino de formar una pareja tan linda y tan igual.

—¿Cómo? ¿Tú ya lo sabías?

—Hay cosas que no pueden estar ocultas mucho tiempo —díjole Marta, sonriendo con malicia—. El modito de mirarse suele decir más que las palabras.

Antes que sentirse contrariado, Horacio comprendió que aquello era inevitable. Rosa también lo había descubierto. Felicitóse más bien por haberse franqueado con Marta, la cual podría ayudarle con entera lealtad, ya que por respeto se abstenía de hacerlo con Rosa y las otras personas de la familia del Canónigo; y menos aún con los de su propia casa.

Es cosa particular que, con raras excepciones, nunca se escoge para confidente en amores a ninguno de los seres más íntimos y que mayor cariño e interés pueden demostrarnos. Respeto y vergüenza para confesarlo a los padres, y cierto empacho invencible para decirlo a los hermanos, aunque se trate de aspiraciones perfectamente aceptables.

Reserva inexplicable en negocio tan hondo y delicado, que envuelve nada menos que la futura felicidad. Ocultamos cuidadosamente en el fondo del corazón, como en misterioso cofre, todas las impresiones amorosas, cofre siempre cerrado para las personas que forman la estrecha comunión de la familia, y abierto, en cambio, para los confidentes, que son, por lo común, deudos menos allegados o personas del todo extrañas.

*

**

¿Qué era de Lucila mientras tanto? Viendo despeñadas sus ilusiones por la deslealtad de Horacio, había hecho desde luego firme propósito de olvidarlo, ahogando en su alma aquel desgraciado amor; pero a medida que corrían los días, era más honda su tristeza y mayores los esfuerzos para cumplirlo. No se borra, por mero acto de voluntad, un sentimiento de tal naturaleza, que se adueña del corazón y echa tan profundas raíces.

Después de la última entrevista, en que sufrió muchísimo, asaltóle el pensamiento de que Horacio pudiera ser inocente; y tuvo remordimiento de haberse alejado de su presencia tan fría y silenciosamente, sin explicarle su conducta ni oír las disculpas que pudiera darle. Más, si en ocasiones el amor la hacía indulgente, el orgullo de suponerse burlada venía prontamente a sostenerla en la heroica resolución de manifestarse fría y hasta desdeñosa contra el voluble mancebo.

Tal era el estado de su ánimo, cuando la víspera de Nochebuena, al pasar con la tarde por la repostería, encontró allí a Marta, ocupada en preparar lo necesario para las tradicionales hayacas, plato característico de la cena de Navidad.

La repostería era una pieza de regular tamaño, provista de armarios, pero se veía chica por el corotaje allí refundido. Había muebles y útiles de todo jaez, relegados unos por deterioro, y otros por no ser de uso frecuente. Sillas mutiladas, armazones de baldaquinos para los altares de Corpus, artesas, botijas, cacharros, cestos, harneros, moldes de hojalata para postres y otros menesteres más. Cuanto se necesita, en fin, para amasar pan de trigo, para hacer velas y grandes cirios de cera, y para preparar

dulces de varias clases. A lo que se agregaban los restos de una fábrica de alfombras y una arpa antiquísima, cuyas cuerdas incompletas habían vibrado locamente bajo las manos infantiles de Horacio y de Lucila.

En el centro de la pieza quedaba un espacio libre, donde había una pesada y lustrosa mesa, que resistía, desde luengos años, las múltiples labores de aquel taller de variadas artes. Allí trabajaba Marta, convirtiendo en delgadas tiras varios cascarones de tallo de plátano, fibra que se usa para liar las hayacas, después que han sido envueltas cuidadosamente en hojas del mismo plátano, las que le comunican el gusto y olor especiales, que ningún otro envoltorio puede darles. Sin hojas de plátano, la hayaca quedaría convertida en un pastel común, cocido en agua.

La joven se entretuvo, ayudando a Marta en aquella labor, circunstancia que ésta aprovechó para decirle con algún misterio, mirando en torno con cautela.

—Ya que estamos solas, voy a preguntarle una cosa que debe interesarle.

—Estoy a tus órdenes, Marta. ¿Qué será?— contestóle la joven con viva curiosidad y alguna inquietud.

—No se apure, hija. Quiero saber de cierto si tiene usted algún disgusto con el niño Horacio.

—¡Con Horacio! ¿Acaso te ha dicho él algo?

—Viéndolo muy triste desde hace algunos días, le pregunté anoche por la causa.

—¿Y te dijo que soy yo?

La joven estaba pendiente de los labios de la criada. El asunto le interesaba más de lo que Marta creía.

—Ni más ni menos. Me dijo que usted ha cambiado de improviso, que ya no lo trata como antes, sino que huye de él, como si estuviera brava, y que también ha notado muy serio al niño Héctor, su hermano. Como no sabe el motivo, está caviloso y triste. Casi se le salían las lágrimas cuando me contó todo esto. Yo, que los quiero a ambos como a hijos, no puedo verlos sufrir por niñerías. Si quejas tienen, lo mejor es que se las declaren con franqueza.

Lucila, con los ojos bajos, estaba confusa. No hallaba qué contestar a Marta. La idea de que Horacio pudiera estar inocente, le traspasaba el alma. Se hallaba en serio conflicto: su disgusto era de aquellos que no pueden declararse paladinamente ante extraños. ¿Cómo descubrir los celos profundos que la despedazaban?

Era casi seguro para ella que Horacio no había revelado a Marta todo el secreto de sus íntimos amores. ¿Debía ella descubrirlo? Aunque no se trataba de una criada común, sino de una mujer de entera confianza e incuestionable fidelidad, la señorita Albani dudaba, pero al mismo tiempo ardía en deseos de saber lo que Horacio pensaba. Empezó, pues, por revestirse de una calma que estaba muy lejos de sentir.

—¿Con que está muy contrariado? Francamente, no creía que pudiera tomar tan a pecho mi frialdad. Respecto a Héctor, su disgusto es natural. Ambos están prendados de Blanca, y por fuerza debían estallar los celos. Héctor lo sorprendió hablando con ella por una ventana. ¿Qué más?

—¡Enamorado de la niña Blanca!

—¿No lo sabías tú? Eso es viejo.

—¡Yo creía que el niño Horacio picaba por otro lado —exclamó la criada, haciéndose cruces de asombro.

Los labios de Lucila temblaban ligeramente.

—¿A que nada te dijo sobre ese particular?

—Nada, nada. Por el contrario, está muy preocupado pensando en que usted pueda aceptar al niño Alberto.

—¿Quién ha podido hacerle creer tal cosa? No, Marta, eso jamás.

—Deben ser puras cavilaciones, por lo mismo que no sabe la causa de su disgusto.

—Pero debe sospecharlo. Que consulte su conciencia y verá como halla el motivo.

La criada movió la cabeza en señal de duda.

—¡Quién sabe! Yo no paso a creer que el niño Horacio tenga esos otros amores. Basta hablar con él, para descubrir por encima que está sufriendo mucho por usted sola y no por otra.

—¡Ah! ¿lo crees tú así, Marta?

—Lo creo de todo corazón.

Tan ingenua creencia hizo hondo efecto en el ánimo de la joven. Era un rayo de esperanza a la vez que un motivo de remordimiento. Ciertamente, Horacio era incapaz de un engaño semejante. Lo conocía desde niño.

La entrevista acabó de manera intempestiva. Oyéronse voces y pasos que se acercaban a la repostería.

—¡Si será él! —exclama Lucila con sobresalto.

—El mismo —dice Marta, sorprendida. — En hablando del rey de Roma...

No esperó la joven que concluyese la frase. Con agilidad infantil, que aún conservaba su cuerpo de pequeñas formas, corrió hacia la ventana sin balaustres,

que comunicaba las dos casas, comunicación de que solo ella gozaba por especial privilegio desde la tierna infancia. Por allí se escapa, como avecilla espantada, que huye de la gente y busca la libertad del campo. Pronto desapareció bajo el poético follaje de los árboles frutales que poblaban el dilatado huerto de la casa de los Albani.

Iba agitada por encontradas impresiones. Entre las nubes que oscurecían el horizonte de sus ideales, había ya claros de luz y fulguración de estrellas. Amaba más que nunca, pero aún se interponía la duda para que fluyesen francamente de su alma sentimientos de perdón y de ternura.

Héctor había visto a Horacio hablando con Blanca por una ventana. Pero Héctor no había dado detalles. Era necesario recabar de él una relación circunstanciada. ¿Cómo hacerlo Lucila, sin descubrir su secreto? La averiguación tenía que ser ocasional y muy discreta. Había que confiarla al tiempo, eventualidad que desesperaba a la joven. El amor es de suyo impaciente.

Impaciencia que, por contagio, dominaba también a Marta, quien había quedado sola en la repostería. Esperaba allí con ansia verse otra vez con Horacio para salir de dudas, pero éste no venía solo. Acompañábalo el doctor Carmona, jefe de la casa, quien iba con él hacia la caballeriza, para mostrarle un caballo de silla que le ofrecían en venta.

Cada cual está en lo que le interesa: el joven Viana no puso mayor atención en el caballo ni en el negocio, porque de paso había divisado a Marta en la repostería, lugar apropiado para acercársele de nuevo. Por efecto de

las circunstancias, la criada representaba ya importantísimo papel en la historia de sus amores.

Al regresar el doctor Carmona, para volver a su escritorio, quedóse rezagado el estudiante, entrándose luego a la repostería como Pedro por su casa, con gran contento de la criada, que ya tenía formado el plan para hacerlo hablar claro.

—¡Hola! Ya te preparas para la Nochebuena?

—Preparativos que no pasarán de hayacas, chicha y buñuelos.

—¿Te parece poco?

—Falta lo principal —dijo Marta suspirando— Falta voluntad de divertirse. ¿No recuerda la Nochebuena pasada? ¡Qué diferencia! Hoy la casa está de luto.

Efectivamente, la casa del Canónigo estaba de reciente duelo. Había muerto prematuramente la esposa del doctor Carmona, jefe de la familia.

Marta se refería a la huelga de que disfrutaban las criadas en tiempo de aguinaldos y pascuas, tanto para salir al campo y visitar los pesebres de la ciudad, como para reunirse, a estilo patriarcal, en las primeras horas de la Nochebuena, en alguna pieza o galería interior de la casa, a cantar coplas y villancicos, al son de guitarras, panderetas y maracas.

—De suerte que mañana cerrarán la casa temprano —dijo Horacio con tristeza.

—No, hijo, para los íntimos, la casa estará abierta como otros años. Si no tiene otro convite, puede venir a cenar en confianza.

—No faltaré, Marta. Aunque no cene, aquí pasaré un rato.

—En otras circunstancias, pasaríamos la noche cantando, pues tengo unas coplitas para usted, que dicen mucho.

—¿Coplas para mí?

—Para usted solito.

—¿Por qué han de ser cantadas? Dímelas ahora mismo que quiero oírlas.

La curiosidad de Horacio fue todavía mayor al ver que la criada, riéndose de un modo picaresco, abandonó el oficio por un instante, para asomarse a la puerta y observar si estaban solos, empezando luego a recitar las coplas a media voz, con la tonada propia de estos cantares:

*El galán que quiere a dos,
Alternando en los amores,
Por querer jugar a pares,
Le salen tamaños nones.*

Y cambiando de tono, agregó con donosa malicia, a modo de estribillo:

*Echa, que yo te echaré
Ramilleticos de flores,
Que conmigo son las fiestas
Y con otra los amores.*

—¿Qué le parece, niño Horacio? —dijo la criada, soltando francamente la risa.

—Lo que me parece, Marta, —contestóle Horacio, comprendiéndole la intención— es que estás muy equivocada si crees que juego a dos ases en materia de amor.

—El equivocado será entonces el niño Héctor, que está muy celoso de usted por la niña Blanca.

—¡Qué dices! —exclamó el joven con el mayor asombro.

—Dizque lo vio una noche hablando con ella por una ventana.

—¿A mí? Eso es falso —dijo Horacio con vehemencia, tomando la cosa en serio.

—Ya me lo había imaginado, pero quería saber lo cierto por boca de usted mismo.

Diose el joven una palmada en la frente, exclamando al punto:

—¡Ah! ya caigo en lo que puede haber visto Héctor. ¿Sabes qué ha sido? ¡Oh, quién lo creyera!

El estudiante estaba exaltado. La criada, en suspenso.

—Oye, Marta. Invitado una noche por mi primo Augusto, fui con él de paseo hacia el Llano. Al pasar por la ventana de la casa de Delia, Augusto se detuvo un momento a saludarla, pues parece que está prendado de ella. Detúveme también, como debía hacerlo. Aquí la casualidad. Con Delia estaba Blanca, en la misma ventana. Apenas les dirigimos algunas palabras sobre aguinaldos y bailes que estaban en proyecto. Nos despedimos allí mismo, continuando nuestro paseo. No fue más. Acaso Héctor nos vio de lejos esa noche. Lo ha contado a Lucila, y ya me explico lo que ha pasado.

Tal había sucedido, en efecto, pues por tentación de Judas, Héctor los observaba desde la próxima esquina. Y sabido es que toda pasión exaltada pone vidrios de aumento en los ojos, no igualando ninguna a los celos en exageraciones descabelladas. En un simple palillo de

fósforo, suele verse todo el grosor y longitud de una viga de iglesia.

La intervención de Marta había sido decisiva para esclarecer los hechos. En resumen: Augusto, por exigencia de Horacio, disipó los temores de Héctor; y Marta, por su propia cuenta, devolvió la paz y la alegría al corazón de la señorita Albani.

Pronto tuvo el joven Viana la dicha de observar que Lucila volvía a ser la misma. Hallóla de improviso en una galería. Apenas pudo saludarla con la fórmula de estilo. Su contestación fue tímida y dulce, bajando los ojos llena de rubor, sin atreverse a sostener las miradas del joven. ¡Lo había tratado con tanta dureza!...

Por lo regular, precede a toda reconciliación, en el seno de íntimos afectos, cierto encogimiento indefinible, instintiva vergüenza del disgusto pasado, que hace embarazosa la primera entrevista.

*
* *

En tanto que este contratiempo turbaba el corazón de los personajes principales de esta historia, bullían en la ciudad la animación y el contento. Diciembre era festejado con inusitado entusiasmo. Los bailes, paseos y, sobre todo, las continuas apuestas de aguinaldos mantenían a las familias en constante y jubilosa actividad.

La Epoca, periódico semi-oficial que entonces publicaba el ilustrado caballero don José María Baptista, hablaba de los aguinaldos en estos términos: “Están haciendo furor: constantes apuestas se han hecho, a quien primero los pida; y las damas casi triunfan en ellas, por la

sagacidad que les es ingénita, dejando a más de cuatro con un palmo de narices. Por fortuna hay en la plaza variado surtido de artículos de buen gusto, para que los vencidos puedan ofrecer a las vencedoras un presente digno de ella. Adelante con los entretenimientos cultos y honestos”.

Esta costumbre fue debilitándose poco a poco, hasta extinguirse por completo. Por sabido se calla, que no pocos jóvenes se dejaban ganar de propósito, para tener ocasión de ofrecer a la niña de sus encantos un rico presente. Esto, en rigor, podía tener sus bemoles, si no mediase, como acontecía, para ajustar las apuestas, el previo consentimiento de los padres de la niña, con la circunstancia de que toda la familia y aun personas extrañas intervenían en la liza. El hecho de no haber ocurrido ningún abuso lamentable, prueba la cultura y respeto social de los jóvenes de la época.

En la constelación de señoritas que brillaban en los salones, faltaba una estrella: Lucila. Los lutos han sido siempre rigurosos en Mérida.

Horacio solía verla, como de costumbre, en tertulia con la familia del Canónigo, cuya casa estaba también de luto, según ya se ha dicho. Las ocasiones de hablarse a solas los dos jóvenes eran rarísimas. Un galán de carácter menos tímido y respetuoso, se las habría procurado por encima de todo. Horacio, por el contrario, trataba siempre a Lucila con acatamiento y moderación inquebrantables. Efecto natural de una educación severa. Pesaba, además, en el ánimo de ambos, la consideración de que solo en la casa del Canónigo, podían verse, lo que los identificaba en el propósito de no dar motivo para llegar a verse privados de tan dulce y singular privilegio.

Volvamos a la temporada de divertimientos. Para la noche del día de Inocentes, organizaban una partida de disfraces algunos jóvenes de la alta sociedad, disfraces en que tomarían parte varias señoritas, acompañadas por matronas y caballeros muy respetables. Se hacían preparativos al efecto con cierta reserva, lo que mantenía en expectativa a las familias que estaban en el secreto.

La partida no era muy numerosa. El punto de reunión fue una casa central, escogida al intento. Ya para salir los disfraces a la calle, presentóse en el círculo la última pareja. Era un elegante paje de la época de Luis XV, que daba el brazo a gentil amazona, con careta el primero y simple antifaz la última. El rostro de la dama estaba velado, además, por transparente velillo negro, prendido de pequeño sombrero de copa, característico del traje femenino de equitación en la moda del tiempo.

Nadie los conoció por el momento. Después de silenciosa reverencia, dirigióse el paje a uno de los caballeros más respetables, para decirle al oído quienes eran, declaración indispensable, tratándose de disfraces. Allegóse también la amazona a una de las niñas disfrazadas, llamada Margarita, para hacerle igual revelación, encargándole el secreto.

Vestía Margarita un traje de fantasía elegantísimo y velaba también con antifaz la mitad del rostro, descubriendo por la otra mitad que era de muy bello semblante.

—¡Espléndida idea! —exclamó sorprendida, mirando a la amazona de pies a cabeza—. El traje te sienta admirablemente. Te auguro un triunfo completo.

—Cuidado, prima. Tu entusiasmo puede descubrirme desde el principio. He pensado ponerme un nombre de ocasión. Llámame Antonieta.

—Bien pensado, Antonieta, lindo nombre. No me canso de admirarte.

—Dame el brazo —díjole la amazona— si no tienes otro compromiso. Me interesa ir contigo, porque hacemos pareja igual en tamaño. Además, el primo que me acompañó hasta aquí, dará el brazo a otra muchacha. Así lo hemos convenido.

—¡Feliz casualidad! Te esperaba para proponerte que fuésemos juntas. No nos separaremos, pues, en todo el paseo. Quiero gozar de tu triunfo.

La partida se puso en marcha. El conjunto de disfraces ofrecía un golpe de vista por demás atrayente. El fastuoso paje daba el brazo a una graciosa morena que vestía rico traje de gitana, con sus plaquillas metálicas, sonoras y brillantes. El traje de Margarita deslumbraba por lo fantástico: era de franjas verticales de raso carmesí sobre fondo color perla, y adornaba su ducal cabeza con un tocado de estilo oriental, un turbante de capricho, sobre el cual descollaba bellísimo plumaje blanco con centelleantes filamentos de plata.

Hacía este disfraz vivísimo contraste, al lado del de Antonieta, cuya figura esbelta y varonil se delineaba bajo un severo traje azul oscuro, de larguísima falda, recogida con un porta-cola. Llevaba rebujado el rostro en la sutilísima gasa del velo, lo que producía sobre las facciones que el antifaz le dejaba libres, cierto airecillo enigmático difícil de explicar.

—¡Qué gentío! —exclamó Margarita al ver los grupos de curiosos que había en la calle.

—Hay razón para que se agolpe la gente —dijo Antonieta— El espectáculo no es de todos los días.

—¿A dónde iremos primero?

—No seré yo quien lo averigüe, pues no hablaré jota. Ya sabes que tengo apuesta de Inocentes muy formal. Por el timbre de voz me conocerían. Tampoco me gusta hablar en falsete, atiplando la voz, como las máscaras del pueblo.

—¡Oh, no, eso es horrible! Se perdería la ilusión. El velo y el antifaz te comunican un no sé qué de misterio que me encanta —dijo Margarita.

—¿De veras? Pues el éxito se debe a mi prima Florinda. Fue ella la que me arregló el traje y el tocado. Es una artista. Espera sus felicitaciones por tu disfraz, que es de un efecto sorprendente y te encanta. ¿Lo hiciste tú?

—No. Me lo hizo Lucila por un figurín de *La Moda Elegante*. Es también muchacha de buen gusto. A propósito, le he ofrecido ir esta noche un momento para que vea su obra. La pobre está privada de divertirse por el luto.

—Sin embargo, no me parece propio que los disfraces entren a su casa, por la misma razón.

—Es claro. No me refiero a toda la partida. Pienso entrar sola con algún pretexto. ¿Me acompañas?

—¡Yo!... —exclamó irresoluta la amazona—. Pueden conocerme yendo las dos solas. En fin, allá lo veremos.

—Nada, cuento contigo. Si no voy, dirá la pobrecita que me he olvidado de ella. Me está esperando de seguro, pues se lo ofrecí formalmente.

En aquellos instantes entraban ya al zaguán de la primera casa de familia. ¡Cuántos gritos y exclamaciones de sorpresa; cuántas suposiciones y chascos al tratar de conocer las máscaras! Entre los que triunfaron de la curiosidad general, contábase el paje y la amazona, disfrazados ambos con maestría. Los mismos de la partida los miraban con extrañeza, aunque ciertos de que eran personas de recomendación, por los modales y el previo beneplácito del jefe de la casa, donde se habían reunido, caballero incapaz de encubrir cualquiera inconveniencia.

Pronto continuó el paseo. La segunda casa a donde se dirigían, distaba poco de la de los Albani. En pasando por el frente de esta última, Margarita se detuvo con su compañera en el hueco del portón, dando lugar a que pasasen los otros disfraces, para hablar con las señoras que cerraban la marcha.

—¿Qué novedad? —preguntan éstas al ver allí a las dos niñas.

—Ninguna. Las esperábamos para advertirlas de que nos detendremos aquí un instante. Vamos a saludar a Lucila, ya que no puede entrar toda la comitiva por el luto. Se lo he ofrecido y debo cumplirle la palabra.

—No hay inconveniente. Nos alcanzarán ustedes aquí mismo, en la casa vecina. No se embromen, porque hay que entrar a varias casas.

Uno de los caballeros, que acompañaban sin disfraz a las damas, brindóse al punto para esperarlas en el mismo portón.

Margarita era una muchacha de porte aristocrático, de genio vivo y dominante, dotada de un dialecto armonioso, que hacía muy ameno su trato y conversación. Dio las gracias al caballero por su galantería y, acompañada

de Antonieta, entró con presteza a la casa de don Francisco Albani, quien no estaba visible, porque se hallaba a la sazón en tertulia con algunos amigos en la tienda de comercio.

Al ruido de pasos por la escalera, salió Lucila a la galería del segundo piso. Andaba Celsa por el corredor con una bujía en la mano, y al punto corrió a alumbrar la escalera, viendo aparecer a Margarita, que iba adelante, como una visión encantadora. La dueña se quedó extasiada.

—Ya creía que ibas a burlar mis esperanzas de verte. ¡Estás espléndida! —díjole Lucila abriéndole los brazos.

—Un instante apenas. Nos esperan en el portón.

—¡Ah! traes una compañera —exclamó la señorita Albani, fijando su atención en la amazona, que coronaba la escalera en aquel momento— Aquí no podré verlas a gusto. Adelante, adelante. En la sala hay más luz.

Y las condujo en el acto a la espaciosa sala, en cuyo centro había un hermoso quinqué. Antonieta excusaba las tenaces miradas de Lucila, a tiempo que Margarita reía alegremente, diciéndole:

—Pierdes tu tiempo, Lucila. No la conocerás. Es un secreto que guardamos escrupulosamente. Conténtate con saber que se llama Antonieta.

Desentendiéndose la amazona de las dos amigas, alejóse rápidamente hacia el fondo de la sala, y allí simulaba arreglarse el tocado ante uno de los espejos, cuando Margarita la llamó con instancia.

—Vamos Antonieta. No debemos abusar de la bondad de aquel caballero que nos espera.

—¡Tan pronto! —exclamó Lucila— ¡Qué lástima! Mi mamá y Eva no podrán verlas.

Eva era una hermosa prima de Lucila, la misma que la acompañaba en el último baile y que aún vivía con ella, pero que en aquellos momentos estaba con doña Angela en el interior de la casa.

Disculpóse Margarita nuevamente por la imposibilidad en que estaban de demorarse, y dando el brazo a Antonieta, ambas salieron del salón, acompañadas de Lucila y también de Celsa, que mira y remira los disfraces con indecible encanto.

La escalera tenía un descanso casi a la mitad. Aquí se detuvo súbitamente la amazona, para hablar al oído con su compañera, mostrándole las manos vacías.

—¡Qué olvido! Por suerte lo advertiste a tiempo — exclamó Margarita.

—¿Qué han olvidado? —preguntóles Lucila al instante desde lo alto de la escalera.

—El fute de mi compañera. Lo ha dejado en la sala.

La señorita Albani partió en seguida en dirección a la sala. También la amazona se desprende del brazo de Margarita y vuelve a la sala, siguiendo a Lucila. Celsa, con la palmatoria levantada en alto, continuó sin moverse, alumbrando la escalera, en animada conversación con Margarita, a quien hacía mil preguntas sobre los otros disfraces.

Cuando Lucila penetró en el desierto salón, seguida muy de cerca por la misteriosa desconocida, sintió en su ánimo cierta impresión de susto, un sobresalto indefinible. ¿Quién podía ser la disfrazada? ¿Por qué tan riguroso secreto? La proximidad de aquel disfraz, hallándose sola, la inquietaba instintivamente.

Sin volver los ojos, dirigióse la joven a los espejos del fondo de la sala, donde había estado la amazona. Allí encontró el fuetecillo sobre una consola. Tomólo casi temblando, por la viva emoción que la dominaba, volviéndose en el acto, para entregarlo a la desconocida, que la seguía a corta distancia.

Entonces la supuesta Antonieta, volvió a su vez el rostro, con nerviosa inquietud, para recorrer con la vista todo el salón; y al ver que estaban solas, allegóse rápidamente a la joven para decirle algunas palabras.

Lucila retrocede algunos pasos casi aturdida, al oír en labios de la misteriosa dama, el timbre de una voz varonil, que le decía con pasión:

—Lucila, no desconfíes más de mí. Te he jurado amor y te seré fiel hasta la muerte.

Dio la joven un débil grito, articulando un nombre, poseída del mayor asombro, pero la amazona, con el dedo índice en los labios, le impuso absoluto silencio, saliendo luego del salón con extrema ligereza.

¿Era aquello una broma de Inocentes? No, el corazón de la supuesta dama palpaba con violencia, y su semblante había perdido el color, por efecto de una emoción profunda.

Esta vivísima escena fue obra de un instante. Cuando Lucila, no menos pálida por la honda impresión recibida, volvió a la escalera, ya Antonieta daba el brazo a Margarita, mostrándole el fute, y ambas descendían hacia el claustro inferior, para ganar la calle.

—¿Quién será esa otra? Es vistosa y de buen cuerpo—preguntó Celsa a Lucila luego que desaparecieron—
Debiste conocerla en la sala.

—¡Yo!... No me dio tiempo. Apenas tomó el fute, salió de carrera. Ya oíste lo que dijo Margarita: es un secreto para todos.

Al contestar así a Celsa, dábale vuelcos el corazón y su mirada era luminosa y picaresca.

—Se parece a Laura, la niña de Ejido, pero es más espigada. De aquí a mañana lo sabremos.

La lucida comparsa hizo varias visitas, siendo recibida en las casas con el mayor entusiasmo, sobre todo donde había niñas jóvenes, anhelosas por ver los disfraces y el porte de sus compañeras.

Estaba convenido, para evitar rodeos y fatigas, que los disfraces se despedirían en la calle, cuando llegase el momento de la dispersión, o sea, al golpe de las nueve. Si el paje y la amazona, que eran primos muy unidos, habían sido los últimos en llegar, fueron en cambio los primeros en retirarse.

El velo del misterio empezaba a descorrerse. En cierta casa, una muchacha espiritual y resuelta había pedido los pañuelos a las damas disfrazadas, so pretexto de perfumarlos. La amazona entregó el suyo inadvertidamente. Examinado con avidez por la simpática niña, observa con suma extrañeza que las iniciales con que estaba marcado, no correspondían a ninguna señorita conocida. Por esta hebra se llegó al ovillo.

El pañuelo era de un jovencito, que apenas se estrenaba en los salones, de cuerpo delgado y flexible, cutis terso, bozo todavía imperceptible, manos muy pequeñas y natural fineza en los modales, circunstancias que influyeron poderosamente para que el disfraz de mujer le sentase a maravilla, siendo tan completo el engaño de

todos, que no pocas muchachas le abrieron los brazos, para saludarla y despedirla, lo que motivaba reprimidas carcajadas del paje y Margarita, únicos que estaban en el secreto.

Al día siguiente, zumbaban las crónicas de los chascos ocurridos en varias casas, pero la romántica escena con la señorita Albani, por causa del intencionado olvido del fueite, quedó en el secreto, como lo estaba todavía la historia de los amores de la joven con Horacio, quien supo aprovechar la inesperada invitación de Margarita, para acercarse a Lucila y decirle lo que tanto anhelaba, después de los celos profundos y crueles angustias que por ella había padecido en aquellos días.

Cuando la celosa dueña supo que bajo la falda de la amazona se ocultaban los pantalones del bachiller Viana, exclamó para sus dentros, haciéndose cruces:

—¿Si estará picado de Lucila ese mocito? Bueno es estar sobre aviso. Estos estudiantes son tremendos.

No pasaron muchos días sin que el destino se encargara de hacer ver a Celsa que sus sospechas no eran infundadas y que debía andar a cuatro ojos, vigilando a Horacio y Lucila, pero el orden de los sucesos exige que esto se trate en capítulo aparte.



CAPÍTULO XIII

Resignación y constancia

Algunas semanas después de los sucesos relatados, en un corrillo de estudiantes de Derecho, formado en un ángulo del claustro universitario, hablábase de todo, menos de la *Instituta* de Justiniano ni de nada que oliera a las materias de estudio. La conversación, salpicada de dichos picarescos, vino de tema en tema a parar en los amores y matrimonios en proyecto.

—¿Dizque se casa Adolfo? ¿Lo sabían ya ustedes?

—¡Hola! yo lo ignoraba. ¿Tan pronto ha encontrado novia?

—Y del cogollito: ha pedido la mano de Lucila Albani, y tiene en su favor toda la familia, por lo que tendrá que rendirse la muchacha.

—¡Ah! esas son palabras mayores. Estará de pésame Alberto.

—No solo Alberto, sino Horacio, que también dizque está picado de ella.

—¡Horacio Viana!

—El pobre. Bastante caso que le harán, siendo tan muchacho, ante un mozo de posibles como Adolfo, quien podrá casarse en seguida.

—La historia de siempre —dijo otro.

—No lo creo yo así —aseguró con vehemencia un amigo íntimo de Horacio, que aún no había desplegado los labios en el asunto—. No saben ustedes quién es Lucila Albani. Es muchacha de talento y de carácter, y no se dejará imponer novio. Aceptará el que sea de su agrado y no otro.

La llegada de Horacio a la rueda, cortó el hilo de esta croniquilla estudiantil. Por su moderación y natural reserva, Horacio era ajeno a bromas en asuntos de tal especie. No las daba nunca y siempre excusaba recibirlas. Merced a esta conducta, era respetado por sus camaradas, quienes veían en él, por otra parte, un compañero de colegio inmejorable, leal y cariñoso a toda hora.

Miguel Olmedo era joven pundonoroso, de corazón hidalgo, digno hijo de la ciudad de los Caballeros. Ligábanlo con Horacio nexos de familia y el compañerismo de estudios, cultivados con mutua cordialidad. Y, cosa extraña, no conocía, sin embargo, la historia íntima del joven Viana. Fue Olmedo quien contradijo a los compañeros, y el primero que llevó la conversación por otro rumbo a la llegada del interesado, cierto del disgusto que le causaría el oír lo que allí se trataba con la ligereza e indiscreción propias de estudiantes.

Pero antes de proseguir, justo es imponer al lector, breve y sumariamente, de lo que había ocurrido. Las circunstancias en que se hallaban los dos amantes eran muy otras de las que pueden imaginarse.

*
* *

El padre de Lucila, caballero italiano radicado en Mérida desde mediados del siglo XIX, habíase dedicado al comercio con todo empeño, y adquirido una posición muy respetable. Hombre de corazón benévolo y carácter sencillo, pronto llegó a fundar un hogar feliz, unido a una dama de familia distinguida y extensas relaciones en la comarca.

Fatales circunstancias, no raras en el campo de los negocios mercantiles, vinieron a la postre a determinar la ruina de don Francisco Albani, cuando menos lo esperaba. La quiebra de un socio, que trabajaba en negocio separado, unida a igual fracaso de otro comerciante, amigo y pariente, de quien era fiador, produjeron grave desequilibrio en los negocios de la casa Albani.

Por este tiempo ocurría, para complemento, una gran baja del café, la mayor acaso que haya sufrido este fruto, pues no daba el valor para los gastos indispensables del beneficio. Algunos agricultores dejaron la cosecha en los árboles, sin cogerla, y otros, destruyeron cafetales para cultivar otra clase de frutos.

Sorprendió a don Francisco esta baja excepcional con una fuerte existencia de cargas, sufriendo considerable pérdida, lo que vino a precipitarlo en la ruina y a quebrantar su salud de manera definitiva. La quiebra de un comerciante de los quilates de don Francisco, causó honda impresión. Era una fortuna honradamente adquirida, que se disipaba al soplo del destino. La casa solariega de Lucila, aquel palacio encantado de los sueños de Horacio, pasaría a manos de los acreedores, junto con las existencias del negocio.

Un hermano de doña Angela, agricultor benemérito, de buena posición económica y nobilísimos sentimientos, intervino al punto. Hizo ver la inocencia y buena fe del fallido, comprobada en los libros de respetables casas del comercio de Maracaibo, donde constaba la puntualidad de don Francisco en los pagos, de manera ejemplar, durante un cuarto de siglo. Con tanta energía y copia de razones, defendió a su cuñado el notable caballero, que alcanzó, en amistoso arreglo, un descuento de alguna consideración y un plazo de varios meses, ofreciéndose desde luego como fiador del honorable comerciante.

Desde hacía algún tiempo preocupaba a don Francisco su angustiada situación, pena moral que ocultaba aun en la intimidad de la familia, y que vino a revelarse de un modo triste e irremediable. Algo extraño habían notado en él doña Angela y Lucila. Su carácter jovial se había mudado por completo. Daba largos paseos por las galerías a horas intempestivas, con la cabeza baja, sumido en hondas cavilaciones. De suerte que cuando se supo el fracaso, ya la salud de don Francisco estaba minada; y allí mismo enfermó, víctima de un ataque cerebral, del que salvó la vida, pero no el juicio, quedando en estado de completa demencia.

Esta doble desgracia afectó de manera vivísima el corazón de Lucila, a la vez que puso a prueba su carácter enérgico. Era necesario hacer frente a dos grandes necesidades: la salud de su venerado padre y el arbitrio de fondos para poner en salvo su honor, pagando el crédito en el plazo estipulado.

Mario, hermano mayor de Lucila, hallábase enfermo, obligado a ausentarse a cada paso, en busca de climas

cálidos; Héctor, jovencito todavía, ocupábase ya en negocio mercantil propio, que no podía abandonar; los otros hermanos de la joven, niños aún; y doña Angela, por timidez de carácter y la impretermitibles ocupaciones de madre de familia, no podía atender sola al expendio de mercaderías y activas gestiones de cobro que exigían los negocios de don Francisco.

Con perfecto conocimiento del estado crítico a que los condenaba la suerte, Lucila abandona desde luego las labores menos urgentes de costura, y se consagra, llena de fe y resolución, a un nuevo género de ocupaciones, en que pondría a prueba su natural viveza y valentía de ánimo, para no rendirse ante las dificultades. Acompañada de doña Angela, francamente acomete los trabajos alternados de tendera y oficiala de contabilidad en su propia casa.

Nunca las penas vienen solas. En la intimidad de su vida, llovieron también amarguras sobre el corazón de Lucila. Un nuevo pretendiente había aparecido en la palestra, otro rendido adorador de sus múltiples gracias.

Era un apreciable joven, recién venido a hacer estudios a Mérida, de buena presencia y distinguida familia, fastuoso en su porte y circundado por la atrayente aureola que presta la fama de rico. Conocer a Lucila y prendarse de ella, todo fue uno. Traba relaciones de amistad con Mario y Héctor, se capta la buena voluntad de ambos, y seguidamente, les manifiesta sus vivos deseos de visitar la casa. No se dormía en las pajas.

Recibido con la atención y cortesanía que en buena sociedad se estila, no tardó en manifestar a Lucila sus pretensiones, obteniendo por contestación la fórmula consagrada por la etiqueta para almibarar el *no*: que no

podía corresponderle sino con la estimación que se tiene a un amigo de la casa, agregándole la joven, con el carácter que la distinguía, que iría en contra de sus sentimientos si le hiciese concebir alguna esperanza.

Adolfo, enamorado de la chica, sintió el golpe, pero no dio paso atrás. Contaba con la explícita aceptación de toda la casa, y creyó que al cabo se rendiría la señorita Albani. Redobló sus visitas e instancias, en que hallaba siempre el mismo *no*, paladino y rotundo.

Pero fuera de la casa se creía otra cosa. Todos consideraban muy dichoso a Adolfo, y lo felicitaban por haber rendido el corazón de la bella italianita, que en vano habían solicitado otros caballeros de valía. Era esto un incentivo más para Adolfo, cuya pasión por Lucila era franca, inequívoca e invencible.

Las sospechas de Héctor sobre la inclinación que había observado en su hermana hacia Horacio, cobraban mayor fuerza día por día, ante la tenaz resistencia de la joven para aceptar a Adolfo, quien daba continuas quejas por ello al mismo Héctor, quejas que éste transmitió un día a Lucila, haciéndole ver las cualidades del nuevo pretendiente, ponderando, al contrario, cuan aventurado era que diese oídos a efímeras pretensiones de estudiante, por talentoso que fuese.

Comprendiendo Lucila que se refería a Horacio, exaltóse hasta el punto de defenderlo con la mayor energía, poniendo en alto sus méritos en tan temprana edad. Sin pensarlo, vino a confirmar con esto las sospechas de Héctor, quien no se atrevió, sin embargo, a rebatirla frente a frente en aquellos momentos.

Ejercía Lucila sobre sus hermanos cierto predominio moral, de que no podían sustraerse. Era el poder de un carácter noble y firme, no exento de alguna altivez ingénita, de que dama muestras en todos los actos de su vida. Por ello excusaban contradecirla directamente.

Pero la oposición de sus hermanos contra Horacio se hizo manifiesta, hasta cierto punto con razón, logrando hacer partícipes de ella a doña Angela, de carácter bondadoso, pero en extremo débil, y a Celsa, la solícita dueña, quien deseaba para Lucila un novio de doradas campanillas y no un muchacho de colegio, sin más patrimonio que sus libros, lo que positivamente era un buen deseo, si pudiera tenerse la riqueza por sí sola como única fuente de felicidad.

Cierto día, aprovechando un rato en que la joven visitaba a sus amigas las Carmona, Celsa, prevenida de antemano, registróle el escaparate, sin dejar cofre ni ropa que no revolviese, en busca de alguna carta o prenda que condenase a la joven. Vana diligencia: el caso estaba previsto.

Era Lucila muy hábil costurera, y las pocas cartas que conservaba de Horacio, pasaban de un traje a otro, plegadas en algún ruedo o entreforro, de suerte que siempre las llevaba consigo. Por eso, al advertir el registro, tomólo en cuenta como señal inequívoca de que la vigilaban, pero rióse en sus adentros del gran chasco de la dueña, sobre la cual habían recaído todas sus sospechas.

Eran días de carnaval, divertimento que se hallaba en Mérida en un período de transición, pues salía apenas del régimen hidroterápico, para entrar al del papel picado, arroz teñido, grajeas y flores.

Cerca de las nueve de la noche, hora de la queda para la ciudad, había una puerta entornada en el balcón de la casa de los Albani: era la puerta de la sala principal y había luz adentro. No tardaría en cerrarse como las demás, según costumbre. Aquel día, Horacio había buscado en vano una ocasión propicia para ver a Lucila. Tenía un ramo de flores para ella, como obsequio de carnaval, pero la joven no había ido a la casa del Canónigo. Aquella puerta entornada vino a ser una tentación.

A la escasa luz del farol fijo en la esquina del Monasterio, todo parecía desierto, Ninguna persona había por los contornos de la casa de los Albani. Esta circunstancia animó a Horacio, quien rápidamente lanzó el ramo de flores para el balcón, frente a la puerta entornada y continuó su camino.

El lance era aventurado, porque la joven podía estar con otras personas en la sala; pero eran días de carnaval, y aquello podría tomarse como acto propio del caprichoso juego, tanto más cuanto el ramo no llevaba billete alguno, y eran varios los pretendientes de la chica.

La joven leía a la sazón a la luz del quinqué, a un lado de la mesa central de la sala. Estaba sola, y merced al completo silencio que reinaba en la casa, pudo oír distintamente el golpecito seco producido por el ramo al caer dentro del balcón. Por interesante que hubiera sido la lectura, era mayor el interés provocado por aquel leve incidente.

Levántase en el acto y avanza hasta el dintel de la puerta que comunicaba con el balcón, cuando todavía resonaban en la calle pasos que creyó reconocer.

—¿Será él? —se preguntó con inquietud, sin atreverse a traspasar la puerta.

Su corazón no la había engañado. En aquel mismo instante oyó un ruidillo leve: era el aldabón de la vecina puerta del Monasterio. Entonces buscó con la vista por el suelo. Allí mismo, casi a sus pies, estaba, húmedo y bello entre otras flores, la predilecta de Horacio, el clavel rojo.

Pero ¡oh, desdicha! por penetrantes que hubieran sido las miradas del joven Viana, jamás habrían podido descubrir dos ojos que brillaban como ascuas en la oscuridad, siguiendo sus pasos y movimientos, no en la calle, sino al través de la celosía de una ventana situada a treinta pasos más o menos del sitio escogido para lanzar el ramo. Aquella ventana correspondía a la tienda de comercio de Alberto, quien a la sazón estaba allí, a oscuras, suspirando por la bella italianita con más pasión que nunca.

Las consecuencias de este casual descubrimiento, no se hicieron esperar. Alberto, sorprendido de lo que había visto, refiere el caso confidencialmente en el seno de la íntima amistad, y confidencialmente llega también a oídos de Héctor; y ardió Troya, pues Horacio halló el justo castigo de su indiscreción y atrevimiento, viéndose de pronto alejado del ser que tanto amaba. Por corta providencia, se prohibió a Lucila, en consejo de familia, que frecuentase la casa del Canónigo, tremendo golpe para uno y otro, pero, en rigor, así lo imponían la disciplina doméstica y las conveniencias sociales.

La venerable casa, que desde la infancia era para ellos lugar de dulce recreación y verdadero paraíso en la historia de sus amores, iba a ser ahora para Horacio una mansión desolada y triste. Ya no cruzaría la graciosa niña por entre los rosales del patio, ni alegraría con su gentil presencia las estancias medio oscuras y las galerías del poético claustro.

Los recuerdos afluirían también, en doloroso desfile, haciendo crueles estragos en el alma profundamente sensible de la señorita Albani. Serena al parecer, prestó obediencia sin chistar a la severa prohibición, reservando sus lágrimas y sollozos para la soledad del aposento.

*
* *

Volvamos al claustro. Creyendo Miguel Olmedo de su deber de informar a Horacio sobre lo que se decía entre los estudiantes, lo hizo en el seno de la mayor intimidad.

—Respeto y aplaudo tu reserva —le dijo— En tu lugar haría lo mismo. Sería impenetrable.

—¿A qué te refieres?

—Debes adivinarlo. A tus amores, que ya no son un secreto.

—No me sorprende, porque lo sospechaba. ¿Qué has sabido?

—Hoy han hablado sobre el particular en mi presencia algunos estudiantes, admirados de que Adolfo haya pedido la mano de Lucila, y visite la casa como novio aceptado, lo que indica tácito consentimiento de ella, por lo menos. Aunque ignoro el predicamento en que se halle contigo, creí de mi deber defenderla resueltamente.

—Y lo has hecho muy bien. No tiene ella la menor culpa en lo que sucede. El tiempo dirá quién triunfa.

—¡Ah! ¿luego no pierdes la esperanza?

—Ya sabes que es lo último que se pierde —dijo Horacio con tristeza— Soy un muchacho sin ninguna representación todavía, que no puede afrontar la lucha. Me resigno a esperar quién sabe hasta cuándo.

Horacio guardó silencio. Se transparentaba en sus ojos una gran amargura. Miguel Olmedo se abstuvo de hacerle más preguntas. Conocía el carácter de su amigo, poco dado a confidencias en asuntos de amor. Otro joven le habría dado quejas por falta de confianza. Miguel, por el contrario, era una de las prendas que más admiraba en Horacio, porque era él de idéntico sentir. Por eso congeniaban a maravilla.

Tanto en la casa del Canónigo como en otras de la entera confianza de Horacio, y los amigos de este, todos los compadecían en silencio, respetando el pudor con que velaba siempre las intimidades de su alma apasionada y sensible, pero serena en medio del infortunio.

Era cosa admitida en los círculos sociales el futuro matrimonio de Lucila y Adolfo. El público juzga por las apariencias, y estas eran harto expresivas. Pasada la novedad del caso, la crónica perdió todo su interés, y el asunto cayó en olvido, como acontece con todas las crónicas de esta índole.

*
* *

El jueves santo de aquel año, a la hora del Lavatorio, acto a que afluye casi todo el vecindario, la calle de Lora estaba más solitaria que nunca. No había entonces mayor tráfico por ella. En vez del Mercado Público, que tiene

hoy una puerta para dicha calle, solo existían allí los altos y desnudos paredones que cerraban el huerto del antiguo Monasterio de Clarisas, el cual ocupaba toda la manzana, con el frente para la calle de la Independencia.

Por aquella calle, silenciosa y triste, descendía Horacio, vestido de negro, como era de estilo por las augustas e imponentes ceremonias que en tal día celebra la Iglesia Católica. El joven cruza por la esquina del antiguo Seminario, hacia la Capilla del mismo edificio, templo casi abandonado, de servicio ocasional apenas, según ya lo hemos dicho en otra parte. Horacio entró resueltamente.

A primera vista, solo divisaron sus ojos, en la vaguedad de las sombras, las blancas y delgadas columnas de mampostería que sostenían la ligera arquería del templo, dividiéndolo en tres naves altas y angostas. Poco a poco fue distinguiendo en la penumbra el púlpito, los altares y otros detalles. La capilla parecía desierta. Apenas había algunas mujeres de pie cerca de las gradas del presbiterio.

Horacio llegóse a ellas con tímidos pasos,

—Perdónenme, ustedes, si las interrumpo —díjoles, después de cortés reverencia— Creía hallar aquí al indio Encarnación.

—Estaba ciertamente aquí —contestó una de las damas— pero hace poco salió para ir al Lavatorio. Lo esperamos también, para ver de subir al mesón esta imagen, que es la que falta.

Eran dos señoras muy conocidas de Horacio, de clase distinguida, que lo trataban con especial benevolencia. De antiguo estaban escargadas de componer el paso de las *Tres Marías*, que salía en la procesión del viernes santo.

En la mañana de este día se sacaba dicho paso de la Capilla del Seminario, para unirse al Santo Sepulcro y la Dolorosa, pasos que salían de la iglesia del Carmen, a fin de recogerse todos en la Catedral, para la gran procesión de la tarde.

Acompañaba a las señoras una señorita, ocupada a la sazón en dar el último toque al peinado de la Magdalena, cuya imagen era la que faltaba por subir al mesón. Era de porte gentil, vestía un traje elegantísimo, de listas negras, en fondo color de fuego, de admirable efecto, cubierta la cabeza con un velillo graciosamente cruzado sobre el hombro. Aunque parecía demasiado abstraída en el piadoso tocado de la Santa, su atención estaba en otra parte, y temblaban sus manos entre los hilos perfumados de la abundosa cabellera, prenda característica de la hermosa hija del Tiberíades.

Al oír lo que la señora decía a Horacio, volvió el rostro repentinamente, y después de saludar al intempestivo visitante con leve cortesía, dijo a las otras damas con suave y argentina voz:

—Ya está la imagen en disposición de subirla. ¿Por qué no intentamos hacerlo nosotras mismas?

El joven siente un vuelco en el corazón al oír aquel dialecto y contemplar de cerca a la que hacía mucho solo veía en sueños y delirios de amor. Era Lucila.

—¡Oh, no! —exclama al punto—. Si ustedes me lo permiten, no tendrán que molestarse. Haré con gusto las veces del indio Encarnación.

—Pues se lo agradeceremos mucho, joven Viana —dijo una de las señoras, harto complacida por la espontaneidad del mancebo.

Horacio pone el bastón y el sombrero en la primera silla que halla a la mano, y tomando con sumo cuidado la imagen, ayudado por la señorita Albani, con gran contento la suben sobre el mesón. No pesaba tanto, porque salvo el busto y los brazos, todo lo demás era armado con listoncillos de madera.

—El servicio ha de ser completo. ¿No es verdad? — preguntó Lucila, dirigiéndose a las señoras.

—¿Qué falta? —interroga Horacio al instante.

—Fijar los tornillos —dijo una señora—. ¡Ah! pero con traje negro, se empolvará usted todo. Hay que meterse debajo del mesón, para asegurarlos con las tuercas.

No espera el joven más instrucciones, al ver que Lucila se ocupaba ya en poner los tornillos en los respectivos taladros abiertos en la peana de la imagen. Desaparece allí mismo bajo la cuadrada mesa, ya cubierta por tres lados con largos y oscuros faldones de pana. Quedaba solo descubierto un lado para que entrase luz a fin de facilitar el trabajo de poner las tuercas, provistas, al efecto, de fuertes aletas, según costumbre.

Mientras Horacio manipulaba con una de las tuercas, Lucila tenía en sus delicadas manos la otra, al lado del mesón, gentilmente inclinada, mirando al oficioso obrero, quien a su vez no apartaba de ella los ojos.

Las señoras tuvieron que atender a una criada, que avanzaba en aquellos momentos por la nave del centro, con dos bombillos de cristal en las manos. Al verse solos, el joven se atrevió a hablar muy quedo:

—Lo que he sufrido, tú debes comprenderlo, pero este dichoso instante compensa todos mis sufrimientos. ¿Y tú qué me dices?

—Dos palabras apenas —dijo la joven con voz trémula: — resignación y constancia.

Los ojos continuaron el diálogo. ¡Oh, misterioso lenguaje, que descubres hasta lo más hondo del alma! Volvían a tratarse de tú, como en los días de la infancia.

—Acaba pronto el trabajo, Horacio, te lo suplico. No tarda Celsa en llegar del Lavatorio, y no conviene que te encuentre aquí —dijo la joven con viva inquietud.

—Lo comprendo —contéstale Horacio, riéndose—. Sería capaz de armar un escándalo.

Hecho el trabajo a satisfacción de las damas, Horacio salió de la estrecha y oscura cámara, en que gustosamente se había metido, algo empolvada la ropa como se lo habían pronosticado. Sacúdense con el pañuelo, toma el bastón y el sombrero, y despídese de las señoras, recibiendo de ellas y la señorita Albani amables frases de agradecimiento por el oportuno servicio.

¿Era una cita o una casualidad? se preguntará el lector. Ni una cosa ni otra. El encuentro era lógico. Sabiendo Horacio que Lucila recibía todos los años invitación de aquellas honorables matronas, para que las acompañase en el arreglo del paso de las Tres Marías, quiso probar fortuna, yendo a la Capilla a la hora precisa.

Lo demás fue obra de las circunstancias; y si pecó Horacio, aprovechando aquella feliz coyuntura para hablar con Lucila, absuévelo, lector, de este pecadillo contra el respeto debido al templo, en gracia de la pureza de sus intenciones y de la cruel incomunicación en que los tenía el destino. La ocasión era tentadora y el mancebo no era un santo.

Cuando el joven Viana volvió a la desierta calle de Lora, excusando tropezarse con la celosa dueña, llevaba

la dicha en el corazón y este cantarcito popular en la memoria:

*Vida de dos amantes,
Vida penosa
Vida desesperada,
Pero sabrosa.*

En la esquina de la Catedral hallábanse a la sazón, en sendos grupos de mozos, Alberto y Adolfo, devorando con los ojos las grandes puertas del templo, creyendo que la señorita Albani estaba en el Lavatorio, ceremonia que ya había concluido.

Celsa salió sola, a paso precipitado. No podían imaginarse siquiera que en aquellos momentos la bella italianita se hallaba en la solitaria Capilla del Seminario, alumbrando con el intenso fulgor de sus miradas el oscuro camarín, donde el joven Viana hacía oficios de sacristán improvisado, *Chi va piano, va lontano*.

*
* *

A esta momentánea dicha siguieron largos días de honda tristeza para Horacio. Tras este rayito de sol primaveral, persistente niebla volvió a oscurecer el cielo de sus tiernos amores. La separación de Lucila oprimía su corazón con una pesadumbre nunca imaginada.

Solía verla algunas veces muy de paso, cuando iba para la Universidad, rápida mirada a que ella correspondía, según las circunstancias, desde la tienda de ropas donde

asistía, ora al desenvolver alguna tela a los ojos del comprador, ora por entre los balaustres de la reja que defendía el escritorio en la propia tienda. ¡Cuántas veces erraría alguna cuenta con estas súbitas y ocasionales distracciones! También Horacio, por pensar en ella, olvidaba las lecciones en el banco de los estudios.

La prohibición hecha a Lucila de volver a la casa del Canónigo, no había sido absoluta. Ello habría dado motivo a un rompimiento entre las dos familias, ligadas de antiguo con relaciones de amistad y confianza muy estrechas, rompimiento que estaba muy lejos del ánimo de la familia Albani.

Permitíasele ir de cuando en cuando, muy brevemente, a horas en que no pudiese verse con Horacio. La joven volaba entonces, como avecilla que recobra la libertad. Recorría toda la vieja casa, sin tomar asiento, evocando aquí y allá los dulces recuerdos de su vida, cabe el pozo, en la repostería, en la sala de labor, donde estaba su sillón favorito; por las galerías y patio del espacioso claustro. ¡Oh! y cuantos suspiros ahogados se escapaban de su pecho.

—Por aquí estuvo hoy la niña Lucila —solía decir Marta a Horacio, llena de satisfacción y alegría— La misma de siempre. No se ha estado quieta un solo instante. Ha recorrido toda la casa como si no la conociera. ¡Pobrecita! Si por ella fuera, vendría todos los días como antes. ¡Y la falta que nos hace!

Horacio oía estas cariñosas referencias con el alma llena de pesar, e instintivamente imitaba a la adorable niña. No calentaba puesto. Visitaba los sitios más queridos, creyendo hallar algo de ella misma, un algo

misterioso, difícil de explicar, que solo los que mucho aman comprenden.

El ambiente, los objetos, el pavimento, todo lo que ha estado en contacto de la mujer amada, todo parece exhalar suavísimos aromas, que penetran hasta lo íntimo del alma. Es la fragancia de los recuerdos. Y en el fresco airecillo que sacudía los rosales, en la musical algazara de los pájaros enjaulados, en el solemne tic-tac del enorme reloj, en el leve ruido del agua al caer en el pozo, en todo percibía Horacio ecos vagos de las voces y risas de la espiritual doncella, notas errantes de su dialecto, dulce y sonoro como el tañido de la porcelana.

Así pasaron tres meses, que parecieron siglos al joven Viana, hasta una noche del mes de junio. Un gran resplandor en forma de semicírculo, embellecía la cumbre de la soberbia montaña. La luna iba a salir, besando las nieves perpetuas, espectáculo de majestad y belleza imponderables.

Son noches raras en el corazón de los Andes, noches espléndidas que pasan en profundo silencio.

Oyese solo el perenne rumor de los cuatro ríos de Mérida; el Chama, desenfrenado e impetuoso; Mucujún, el solitario; Albarregas, el de claras linfas; y Milla, el de fabulosas leyendas; todos parece que arrullan, en tonos graves y profundos, el sueño de la triste y melancólica ciudad de los Caballeros. Ningún otro ruido interrumpe esta quietud nocturna, solemne y conmovedora.

Ni bullicio de gentes, ni crujir de ruedas por las calles. Solo por rareza, llega a los oídos el eco lejano de alguna flauta, las dulces vibraciones de una guitarra o las trémulas notas de algún piano, que en la callada noche

saludan a Diana con musicales acentos, como el lenguaje más propio de hablar a los dioses.

Noches serenas de la montaña, noches de inspiración para los poetas y de hondo sentir para los que aman y sufren. Subyugado el joven Viana por tanta belleza, quiso ver brillar la luna desde su querida y espiritual Alhambra. Tal le parecía en sueños de amor la apacible y poética casa del Canónigo.

Sus pasos resonaron lentamente por el amplio zaguán. En aquellos momentos rezaba la familia el santo rosario. El murmullo de las voces a coro, remedaba el ruido doliente y monótono que produce el lejano arroyo entre las guijas del cauce. El joven atraviesa la semioscura galería y sale al patio, donde los rayos de la luna producían visajes de bruñida plata sobre la húmeda fronda de los rosales, dibujando en el suelo caprichosas sombras.

De pronto el mancebo lanza un débil grito y quédase absorto. Lo que veían sus ojos tenía la apariencia de escena preparada por algún fabulista oriental. De pie, melancólicamente recostada a una columna, bella, silenciosa y fantástica, estaba allí la princesita de sus amores. Pintábase también en su lindo rostro el mayor asombro.

—¡Lucila!... ¿Tú aquí?... Me parece un sueño.

—La luna me ha traído. Pedí licencia para venir un momentico apenas, y como están rezando, espero que acaben. Nunca creí que pudieras llegar.

—¡Oh! la luna ha guiado también mis pasos. Paréceme mentira verte después de tanto tiempo, en que suspiraba por tener ocasión de decirte lo mucho que sufro y oír de tus labios lo que quiero me digas ahora. Te lo suplico...

—¿Qué, Horacio? —pregúntale casi temblando.

—Quiero saber si me amas como yo te amo, con toda el alma. Dímelo, por Dios, te lo suplico de rodillas.

Y el joven cae de hinojos ante Lucila, quien lo miraba extasiada, con ojos húmedos y brillantes.

—¿No lo sabes, pues? —dícele a media voz, casi al oído—. Te amo también con toda el alma, y moriría de dolor si tú me olvidaras.

—¡Jamás, jamás! —exclama Horacio, apoderándose de las manos de la niña y cubriéndolas de besos.

En aquel idílico y supremo instante, el dichoso mancebo sintió pasar por sus ojos la frescura de un plumaje, como el ala de un querube; y súbitamente se escaparon de sus manos las sedosas manecitas que oprimía delirante contra su pecho.

Con la agilidad y gentileza de sus movimientos, Lucila había girado sobre los diminutos pies, para huir con gran presteza, echando involuntariamente su hermosa cabellera sobre el rostro del apasionado doncel.

Alejábase en puntillas por la silenciosa galería. Después de corto rodeo, reaparece por entre los rosales en la mitad del patio. La luna iluminaba de lleno su esbelta figura. Estaba hechicera.

Trata Horacio de acercarse a ella nuevamente, pero lo detiene al punto con ademán imperativo. Habíase llevado el dedo índice a los labios, con picaresca sonrisa, y extendido el brazo, con la altivez de una sultanita, mostrándole el zaguán de la calle.

Era aquel un mudo y elocuente mandato, que Horacio comprendió al momento. Dadas las circunstancias, su presencia allí comprometía a la joven y a la familia del Canónigo.

Con la sumisión y humildad de súbdito para su reina y señora, inclínase el joven en señal de despedida, y ambos abandonan el patio.

Ahogada por la emoción, Lucila corre presurosa a esconder su cuerpecito de hada en el viejo sillón abacial, cuando ya rezaban en la vecina pieza las últimas oraciones.

Diez minutos después, despedíase con tristeza de las Carmona, para volver a su casa. Una criada le había traído recado de que la esperaban, porque tenía visita. Adolfo, dominado también por la rara belleza de la noche, esperaba a la señorita Albani en la sala de recibo. ¡Iba en pos de alguna esperanza!

¡Oh mundo, a lo que obligas! Si la mujer pudiera declarar sus sentimientos de amor con entera franqueza, muy tonto sería el hombre que persistiese, cuando al primer requiebro, le dijese la chica, sin rebozo alguno:

—Pierde usted su tiempo. Mi corazón ya no me pertenece. Amo a Fulano de Tal.

Pero a ello se opone la naturaleza misma, que cubre estos sentimientos con el velo misterioso del pudor, regio manto de la femenil hermosura.

Fue, aquella, acaso, una de las últimas veces en que Lucila, obligada por respetos de familia, recibió la visita de Adolfo. El carácter de la joven era enemigo de ficciones. Estuvo cortés, pero triste. Su alma continuaba vagando por el patio de los rosales.



CAPÍTULO XIV

La tentación

Era tiempo de huelga estudiantil. La Universidad estaba desierta, porque corrían días de pascua de navidad. Varios estudiantes de ciencias mayores que, dicho sea de paso, suelen ser los mayores en travesuras, unidos a otros jóvenes parranderos, habíanse procurado la compañía de cinco o seis músicos, gratis los más, para dar algunas serenatas, principalmente al doctor Chaparro, cura del Llano, amable sacerdote, cuyo carácter sencillo y bromista encantaba a los jóvenes.

Había gran pesebre en su casa, un aliciente más para visitarlo en la pascua y pasar el rato agradablemente. Amén de que el obsequio de música era correspondido generosamente con buena chicha, buñuelos u otra clase de dulce, como acontecía entonces en varias casas, en que ponían pesebre, cuando era saludado el Niño con tañido de instrumentos y piadosos villancicos.

Pasadas las nueve, los huelguistas se retiraron de la morada del doctor Chaparro, y en pasando el grupo por

frente de una casa, donde vivían ciertas viejecitas, excelentes mujeres, a quienes socorrían las familias como a pobres vergonzantes; en llegando por allí, ocurriósele al más travieso darles una serenata en broma, hecho a la verdad poco caritativo e irrespetuoso en demasía, pero los estudiantes suelen no pararse en pelillos de esta especie.

Estaba en boga un canto lúgubre, terriblemente lúgubre, traído a Mérida no se sabe de dónde, llamado *Los Frailes*. Por la letra juzgará el lector:

*Un fraile, dos frailes,
Tres frailes en coro
Hacen las mismas veces
Que un fraile solo.*

Esto se cantaba ahuecando la voz y añadiendo un fraile más en cada vez, con una música de bajo profundo, impresionante, que rompía el silencio de la noche como si evocara espectros y fantasmas.

Después de poner los instrumentos de viento a la sordina, Teodoro Uzcátegui, nuestro malogrado genio filarmónico, con Juan Ochoa y Hemeterio Alvarado, entonan, frente a la ventana de la casa dicha, el cavernoso canto, que hizo crisar los nervios no solo a las pobres viejecitas, sino a todo el vecindario.

Miguel Olmedo y Horacio Viana, que andaban en el grupo, protestaron en vano contra la pesada broma, retirándose desde luego hasta la próxima esquina. Allí oían el sordo y acompasado son de los instrumentos y las voces gemidoras de aquel canto fatídico y solemne, cuando de pronto, gran desbarajuste y estrepitosas

carcajadas. La música había cesado intempestivamente. Uno de los estudiantes fue a parar la carrera a la esquina donde estaban Miguel y Horacio.

—Y bien ¿qué ha sido?

—Poca cosa —dijo sin poder contener la risa. — Abrieron de repente la ventana y... ¡agua va y no de rosas! Bañaron a los músicos y los que estaban más cerca.

El mismo interlocutor llegaba pringado. En este alboroto estaban, cuando vino lo más gordo. Al oír aquel canto de burla, uno de los vecinos, que estaba en pie, había salido sigilosamente a poner el hecho en conocimiento de la policía, cuyo cuartel no distaba mucho.

Sintióse a poco ruido de armas y pasos de gente al trote, que bajaba de la plaza por la calle de la Independencia. Entre los estudiantes solo se oyó un grito:

—¡Sálvese el que pueda!

Y todos pusieron pie en polvorosa. El grueso del grupo tomó hacia la calle Bolívar, desapareciendo en un abrir y cerrar de ojos por un portillo de la tapia que cerraba los potreros que allí tenía el doctor Arellano; y Miguel y Horacio tomaron por el lado opuesto, cruzando en dirección a la calle de Lora, por la cual descenden, a todo correr, hasta más abajo de la plazuela del Llano, donde hicieron alto para descansar y tomar providencia. Era bochornoso amanecer arrestados, percance inevitable si caían en manos de la ronda, pues no había lugar a distingos en aquellos momentos.

La noche estaba nebulosa, de claridad indecisa, y reinaba por allí silencio completo, apenas interrumpido por el sordo rumor del Albarregas, cuyas barrancas no distaban mucho. En estos breves instantes, de irresolución

y expectativa para ambos jóvenes, sonaron no muy lejos algunos instrumentos de cuerda: violín, tiple y guitarra. Era un bailecito de barrio, al cual se dirigieron, orientados por la música. El refugio tenía que ser momentáneo, pues tratándose de reuniones de esta índole, de suyo peligrosas, la patrulla rondaría por allí con más frecuencia.

Bailaban a la sazón una especie de bolero español, llamado en Mérida *galerón corrido*, muy en boga todavía en campos y arrabales. La reunión era mixta, mitad urbana y mitad rústica, a juzgar por los trajes de las parejas. No pasaban estas de ocho o nueve, sin contar a la dueña de la casa, mujer simpática, de cuarenta años, más o menos, que zapateaba una polca en los bailes con la misma agilidad de una muchacha de quince.

Llamábase Tomasa, despierta y animosa, de oficios múltiples, pues, alternando en quehaceres, aplanchaba y cosía para el campo, fabricaba almidón de yuca y, dos veces por semana, prendía el horno para hacer pan, bizcochuelos, merengues y otros artículos de repostería.

Con buena clientela y fama de servicial, su casa estaba siempre abierta para tristes y alegres. Con muy buena voluntad velaba toda una noche a la cabecera de un enfermo desvalido, cual si fuera hermana de caridad; y con la misma buena voluntad, trasnochaba de claro en claro en un baile o jolgorio, sin que decayesen su alegría y entusiasmo. Era viuda, y preciábase de no haber dado nada qué decir en punto a honradez. Tipo demasiado común en las mujeres del pueblo, de aquel tiempo, de que aún quedan algunos ejemplares.

Volvamos al baile, que los estudiantes miraban por la ventana. Una araña de hojalata, con cuatro bujías,

derramaba luz suficiente por los contornos de la sala, donde hombres y mujeres, sentados en sillas y banquetas, miraban con vivo interés los movimientos y piruetas de la pareja que dominaba el círculo bailando el *galerón*.

Era el galán un mozo albañil bien formado. Vestía pantalón negro, camisa roja garibaldina y finas alpargatas colombianas. Frisaba la compañera en los diez y ocho años, vestida a la moda reinante, con funda blanca, de listas color rosa, chaquetilla bien entallada y botines muy chicos, tan guapa y airosa en los movimientos, que a cada paso resonaban en la rueda hurras y palmadas de entusiasmo.

A falta de castañuelas, instrumento característico de este baile español, manejaba la chica el pañuelito de manos con singular donaire, ora haciendo elegantísimas combas, para que el pareja tomase la punta que ella le ofrecía picarescamente, ora huyendo de él, con los brazos en jarra, balanceándose sobre los diminutos pies, con una zandunga y un salero, que no habría desdeñado Lola Montes, la clásica bailarina sevillana de mediados del siglo XIX, cuando enloquecía al público en los teatros del viejo mundo.

Ya brillaban sobre la frente de la danzarina, cual chispas de diamante, menudas gotitas de sudor, cuando cesó la música entre una salva de aplausos para la gentil muchacha, la que corrió a sentarse, o mejor dicho, dejarse caer, con dejo oriental, sobre una silla de suela. Si no la más bonita, era por lo menos la más graciosa y espiritual de las parejas. De ojos parleros, cabello castaño claro y cuerpo elegante y flexible, propio para los movimientos rítmicos de la danza. Ninguna otra quiso competir con ella en el baile suelto, por lo que se resolvió bailar en seguida valeses y polcas a la moderna.

Ocupábase Tomasa en el obsequio, ayudada por una rolliza moza de campo. Oíase el ruido peculiar de los molinillos de madera al batir innumerables huevos en amplias camazas barinesas, para preparar un ponche-crema a la merideña, calientico, delicioso y sobre todo abundante pues se servía en tazas y jarros de casi medio litro de capacidad.

¡Oh, tiempos de feliz atraso! Harina del país, a cinco reales la arroba; huevos, a doce por real; leche, a dos y tres centavos la botella; y azúcar, a medio real la libra. El ponche de puro huevo batido en crudo con azúcar, era entonces alimento popular barato; y lo mismo cabe decir del mezclado al fuego con la leche. La carestía de las materias primas lo ha sacado de esta baja esfera, para convertirlo en bebida aristocrática y de lujo. ¡Triunfos del progreso!...

Excitados los estudiantes a pasar adelante, no esperan la segunda invitación. Muerto ¿queréis misa? Dispersa la reunión por los corredores y patio de la casa, solo quedaba en la sala la chica del *galerón*, recibiendo los parabienes que algunos mozos le daban, a los que contestaba con gran despejo, riéndose de los que se iban por las nubes en alabanzas y requiebros, y arrugando el ceño a los que salvaban los límites del recato. Era muchacha lista y despreocupada.

En este jaleo andaban, cuando se presentaron los estudiantes. La chica clava sus ojos en Horacio y se demuda al instante. La risa y los desdenes huyen de sus labios, escapándose de la sala con gran presteza.

Los que la rodeaban, conocedores de su carácter inquieto y caprichoso, no extrañaron la rápida mudanza. El joven Viana la vio alejarse, sin comprender por los

momentos cuál fuese el motivo, pero a poco, tuvo ocasión de verse con ella en un ángulo del corredor principal de la casa. Contestóle el saludo visiblemente cortada, diciéndole con timidez y asombro:

—¿Usted por aquí?...¡Qué milagro?

—Hemos entrado por un momento, entre otras cosas, para felicitarte. Bailas con mucho estilo.

—Gracias— le dijo, bajando los ojos avergonzada. ¿Me conoció usted desde el principio?

—Al instante, aunque te he visto pocas veces.

—¡Ah! luego sí recuerda la tarde en que le recogí el sombrero de la acequia —dijo con alegría la muchacha.

—Todavía te agradezco el servicio —contestóle el joven con su genial galantería.

—Yo jamás lo olvido. ¡Qué tarde tan linda! Cuando veo el sol de los venados, se me representa usted lo mismo que la otra vez, en un caballo moro, de saco azul y pantalón blanco. Así andaba ¿no es verdad?

—Tienes muy buena memoria.

—Al revés, soy muy desmemoriada, pero yo no sé por qué se me ha quedado grabada tanto aquella tarde.

Y al decir estas palabras, los ojos de Cecilia brillaban de un modo dulce y penetrante. Horacio era su ideal. Ninguno como él había llenado las secretas aspiraciones de su alma. Y sin embargo, ninguno tan distante de su trato ni de sus esperanzas.

Mimada desde la niñez por su propia madre, pobre lavandera, que vivía enamorada de las gracias y talentos de su hija, no recibió de ella sino contemplaciones y caricias. Estas manifestaciones de maternal complacencia, nada tienen en sí de malo, cuando las modera la discreción

y se circunscriben a estimular con ellas las buenas inclinaciones de los hijos, o sus dotes naturales de inteligencia, procurando encaminarlas por el sendero de la virtud y hacerlas fecundas en el campo de honestas labores, con doble motivo en familias de humilde condición y reconocida pobreza.

Cecilia, por el contrario, siempre vivió alejada de las faenas domésticas, sirviendo de pretexto a las contemplaciones, ora el estudio de las materias de escuela, o las lecciones de música, ora el temor de que enfermase o se le curtiesen las manecitas en las rudas labores de lavado y cocina. Crióse, pues, por allá en el arrabal, para dama de salón y no para mujer hacendosa.

Muerta la madre, vióse privada de los recursos que ella arbitraba, con trabajo excesivo, para atender a la subsistencia de la casa, quedando a cargo de la tía Ursula, inválida que no podía llevarle sino pan de limosna. Cecilia no se acobardó, sin embargo. Cosía y aplanchaba con ánimo varonil, pero con escaso fruto. No estaba acostumbrada a trabajar todas las horas del día.

Llegó, con gran dolor, a verse asediada por toda clase de necesidades, en particular por las de ropa y objetos de femenino presunción. Había vestido hasta allí con esmero, a costa de sacrificios y personales privaciones de la madre. Pero ¡ay, desdichada de la que nace hermosa! Pronto empezaron las visitas, los cortejos, los regalos y todas las artes que la seducción emplea contra la debilidad femenina.

Trajes, cintas, flores y perfumes, de todo se vio abastecida cuando menos lo esperaba. Y, al cabo, entre flores y músicas, la seducción triunfa, y Cecilia cae, más

por vanidad que por amor, víctima de una educación funesta desde la infancia.

Sorda desesperación apoderóse entonces de su ánimo, al verse de pronto al nivel de otras infelices mujeres que antes despreciaba; honda tristeza que acentuó en su carácter los rasgos del desdén y habitual descontento. Había puesto ya el pie en un plano resbaladizo, inclinado hacia el deshonor, y una fuerza fatal e irresistible la empujaba hacia el abismo. Cuando la presentamos de nuevo al lector, tan elegante y hermosa, era ya algo más que una virtud marchita: era un vicio en flor. Pobre Cecilia.

Alejóse de ella Horacio, para atender a su compañero Miguel, quien deseaba que bailasen una pieza siquiera antes de partir. Era apasionadísimo por el baile, y aunque no era prudente prolongar allí la permanencia, convínose en que Horacio haría de centinela, para escapar a tiempo de la ronda, la que debía andar a caza de los autores de la tétrica serenata.

El joven Viana estaba más inquieto que su compañero. Era más joven, y no tenía licencia sino hasta las diez de la noche, hora que ya se acercaba. A lo que se unía el temor de ser arrestado, la mayor de las calamidades que podían sobrevenirle. ¡Oh! al pensar en el justo enojo de su padre, el muchacho se estremecía de pies a cabeza. De suerte que, dominado por esta angustia, sacrificó desde luego el placer del baile, ofreciéndose más bien para servir de centinela.

Allí mismo sonaron los instrumentos, llenóse la sala y empezó el baile con un bambuco sentimental y triste, sello característico de la música colombiana, muy popular en Mérida. El joven Viana salió a la calle, dio un vistazo por la próxima esquina y volvió al frente de la casa, con

ánimo de ver el baile por fuera de la ventana, como habían visto el bolero.

La casa tenía otra ventana, contigua a la de la sala, que correspondía a un aposento. Allí había una mujer, observando atentamente los pasos de Horacio. Este la reconoce al momento.

—¡Hola, Cecilia! ¿Por qué no bailas? No creo que te dejen comiendo pavo, siendo tan buena pareja.

—Me han invitado mucho, es cierto, pero no he querido bailar más. Estoy cansada.

—Pues yo pensaba sacarte si hubiera bailado. Es la única muchacha que conozco.

—¿Y por qué no lo hizo?

El joven no pudo contener la risa, y acercándose más a la reja, le dijo a media voz casi en secreto.

—Te va a sorprender la causa. Andamos huyendo. La ronda nos persigue.

—¡Santo Dios! ¿A ustedes?

—Como lo oyes. Por eso, mientras mi compañero baila, yo vigilo.

—Y Horacio contóle, de manera expresiva, la chistosa aventura. Cecilia lo oía con embeleso, interesada en el relato, a la vez que complacida en extremo por aquella inesperada confidencia.

—Por tal motivo —agrególe el joven—no te solicité como pareja, aunque habría salido con cajas destempladas, porque me habrías dicho que no, como a los demás.

—¿Decirle a usted que no? Eso jamás. Aunque hubiera estado con los pies tronchados habría salido a bailar.

—Gracias, Cecilia. No olvido la palabra que me das, para cuando haya ocasión. ¿Pero sí te gusta el bambuco que están bailando?

La muchacha cambió repentinamente de expresión, exhalando un suspiro.

—Me parece demasiado triste. Esta noche me punza aquí —dijo, señalándose el corazón—. Quisiera huir para muy lejos, estar sola, en fin, yo no puedo explicar lo que siento.

—Pero no estabas así cuando bailabas el *galerón*. ¿Has tenido algún disgusto?

—Ninguno. Voy a confesarle la verdad. Lo que tengo es vergüenza de mí misma al verlo a usted. ¡Ah, soy una desgraciada!...

Dos lágrimas ardientes rodaron por sus mejillas, y tras breves instantes, agregó con infinito desconsuelo:

—¿No es verdad que soy para usted una mujer despreciable?

—No, Cecilia, ¿Por qué me dices eso? Nunca te he tenido en ese concepto. Es ahora cuando te trato de cerca.

—¡Ah! bien sé que lo dice así por consolarme, porque tiene usted un corazón muy bueno, pero quién sabe cuántas cosas habrá oído de mí... No he debido ponerle más la cara.

Esto dijo, lanzando suspiros de pesar profundo, a tiempo que en el lampo de sus ojos, entre dormidos bajo largas pestañas, descubría Horacio, con singular asombro, toda una pasión largo tiempo reprimida.

En medio del sincero arrepentimiento de sus locuras, la zagala estaba más seductora, que cuando lucía sus gracias en los vaivenes de la danza. El amor primero, el amor de los sueños y los ideales, surgía de pronto en la mitad de

su alma, como lirio hermoso, condenado a marchitarse en la sombra del infortunio, sin haber podido recibir, siquiera por un instante, la consoladora luz de la esperanza.

Los melancólicos sonos del bambuco, la tenue claridad de la estancia, alumbrada por una sola bujía; la hora silenciosa y solemne, todo contribuía a realzar los encantos de Cecilia, quien suspiraba y sonreía de amor al través de la sugestiva reja.

Razón tenía el joven Viana para estar como hechizado. El genio de la tentación le decía al oído mil cosas placenteras y voluptuosas.

—He aquí una florecita de barrio, una hermosa que te ama con el amor primero, imborrable en el corazón de la mujer. El destino te la presenta, sin que la solicites. Abrele los brazos, y será tu esclava y tu odalisca.

Así le hablaba el maléfico genio, con la dulzura de las sirenas, infiltrando en todo su organismo de diez y nueve años un néctar suavísimo, delicioso y embriagante. El joven parecía subyugado.

Sin embargo, tras la momentánea ofuscación producida por el halago de los sentidos, surge luminosa la noción del deber y la entereza del carácter. ¡Oh, poder de una educación severa y santa! El joven mide la profundidad del abismo, la magnitud del escándalo, y se recoge en sus adentros heroicamente. Sería aquello gran ofensa a Dios y a la sociedad, negra mancha en la historia de su vida, un motivo de honda amargura y terrible cólera para su idolatrado padre; y lo que era más decisivo, tratándose de un apasionado amante: un golpe alevoso y fiero, que haría pedazos el corazón de Lucila!

Distaba ya mucho su ánimo de la tentadora ocasión, cuando vino a alejarlo también de ella, de un modo material, el término del bambuco y la consiguiente dispersión de los danzantes.

—Hasta luego, Horacio. No quiero que me vean aquí —díjole Cecilia, levantándose atemorizada, al cesar la música.—Podrían imaginarse otra cosa. ¡Ah, solo leyendo en mi corazón creerían lo cierto!...

Y como una gacela, escapóse hacia el interior de la casa, con la ironía en los labios y la tristeza en el alma. La pobre muchacha tenía delante la tremenda inscripción dantesca: *¡Lasciate ogni speranza!*

Ciertamente al verlos allí, en solitario coloquio, tampoco respecto a Horacio habrían creído la verdad. Tal es la humana malicia, siempre pronta a creer lo malo y a dudar de lo bueno.

Terminado el bambuco, sirvieron el apetitoso obsequio: escudillas llenas de ponche-crema, con ricos trozos de bizcochuelo, amén de aromáticas tazas de café tinto, y peligrosos vasitos de mistela, que se servían a voluntad, antes y después del sabroso ambigú.

Además de esto, oíase por los lados de la cocina, el excitante y solemne ronquido de una gran olla de hayacas, en continuo hervor, plato de reserva para la media noche, en que se serviría con excelente encurtido del país y pan blanco en abundancia, acompañado todo con sorbos de vino Málaga; y, como obligado remate, café tinto en dosis escandalosas.

Miguel había salido a relevar a Horacio en su oficio de centinela, precaución salvadora, porque allí mismo descubrió, a la escasa claridad de la luna, un grupo de

hombres que venía por la misma calle de Lora. Grita en el acto a su compañero, quien sale al instante. Cecilia, que no perdía de vista a Horacio, sospechando la causa del llamado, salió también presurosa hasta el portón de la casa.

—¡La ronda! —exclamaron los estudiantes.

—No hay temor —díceles Cecilia, dispuesta a favorecerlos. Yo me encargo de entretener aquí al oficial, para que ustedes ganen terreno. Ahora me toca a mí la vigilancia. Pueden irse tranquilos.

Agradecidos los jóvenes rápidamente se despidieron de la simpática muchacha, la que se reía anticipadamente del chasco de los perseguidores; pero al estrechar la mano a Horacio, se le ahogó la palabra en la garganta y se le nublaron los ojos, sin poder decirle adiós. ¡Pobrecilla! Era digna de mejor suerte.

Los jóvenes salieron desalados, para cruzar por la próxima esquina y dirigirse a la calle de la Independencia o a la que mejor les conviniera, sin despedirse de más nadie. El plan de Cecilia era muy acertado, porque el oficial de la ronda andaba a caballo, y podía alcanzarlos, guiado por informes que le dieran en la misma casa del baile, pues nunca falta en estos casos un soplón o mal intencionado.

Pero Cecilia era mujer de cautivadora simpatía y ánimo resuelto. No se movió del portón esperando a la ronda; y cuando el oficial averiguó por los dispersos de la serenata, díjole, con simulada indiferencia, que por allí habían estado algunos, pero lo desorientó por completo respecto al rumbo que habían tomado. ¡Sólo ella los había visto partir!

Como la sogá siempre revienta por lo más delgado, solamente tres músicos habían caído en manos de la patrulla, entorpecidos para escapar por la incómoda carga de los instrumentos. Desde luego protestaron, alegando su inocencia.

—Nosotros no somos los culpables. Fuimos mandados a tocar —dice el de la bombardá, apoyado por los otros.

—Yo también soy mandado —les contesta con sorna el oficial, intimándoles en el acto la incorporación en la fila.

No los llevó a la cárcel, pero los hizo andar de la seca a la meca por toda la ciudad hasta más de media noche. Este castigo policial y el ingrato asperjes de que fueran víctimas los menos culpables, dio por resultado la definitiva prescripción del lúgubre canto de *Los Frailes*, que desde entonces pasó a la historia.

Algunos meses después, Cecilia abandonó a Mérida para siempre. El único hermano que tenía, desde muy joven había levantado vuelo para irse a Cúcuta. Hecho hombre y acomodado por allá, quiso llevarse a Cecilia, para que viviese a su lado, alejándola así de la extraviada senda que trillaba.

En uno de los barrios de la cálida ciudad de Pamplonita, cuando el sol bañaba con sus últimos resplandores las lejanas colinas, la hermosa cuanto infeliz serrana tenía momentos de completa abstracción, momentos de profunda melancolía.

Pensaba entonces en su querida tierra nativa, en la callecita traviesa del barrio merideño, donde habían corrido las horas placenteras de su infancia, y volvía a ver al gallardo mancebo, que en caballo moro, llegaba a la

puertecita de su casa, como príncipe extraviado, en momentos de suprema belleza, cuando el sol de la tarde convertía en gigantescos rubíes los níveos picachos del soberbio monte. ¡Era la dulce visión de sus primeras y más puras ilusiones!



CAPÍTULO XV

Primera ausencia

La escena cambia de teatro. Vamos a dejar la ciudad triste y romántica, la reina pensativa de las montañas, para subir por las márgenes del Chama, el monarca de los ríos merideños, hasta la solitaria región de los páramos.

Es Chama el río más atronador y turbulento de la República, cuyos bramidos se oyen a distancia de leguas y en cuyas aguas, puras y diamantinas, descargan los deshielos de las Sierras Nevadas, río que pone espanto en los pacíficos habitantes de sus riberas, cuando ruge furibundo en las grandes avenidas, socavando peñas, derribando puentes y convirtiendo las cultivadas vegas en desiertos y estériles playones.

Desde la época precolombina, el camino que hoy conduce de Mérida a Trujillo, va por el fondo del valle, paralelo al Chama, casi hasta coronar la cumbre del gran páramo de Timotes, la imponente soledad de las leyendas fantásticas, antiguo teatro de famosos bandidos, una incrustación de la Sierra Morena hispana en los Andes

venezolanos. Allí tiene sus fuentes el Chama, fuentes minúsculas, hilillos de agua, de un centímetro de diámetro, que se reúnen y van gradualmente engrosando la corriente, al través de la Cordillera, hasta formar en la parte llana, antes de su desembocadura en el lago de Maracaibo, una ciénaga inmensa, de varias leguas de extensión.

Cuando el autor de este libro atravesó en 1881 el páramo de Timotes, tuvo ocasión de ver la fuente más elevada de este impetuoso río, desviada un poco del camino real. Llamóle la atención, al efecto, un compañero de viaje, ya baqueano, en momentos en que un arriero, después de haberse comido con deleite un trozo de papelón, aplicaba a la peña de donde surtía el agua, un cascarón de plátano, a modo de canal, con el fin de que el chorrillo pasase íntegramente del manantial a la boca del sediento caminante. ¡Aquel cristiano se sorbía el Chama en su nacimiento sin perder una gota!

Antes de llegar a Mucuchíes, dominando el paisaje desde una altura, hállase *El Cenicero*, antigua finca agrícola y de cría, perteneciente entonces a don José María Parra, distinguido patricio, en quien concurrían nobles rasgos de patriarca bíblico y señor feudal. Era su casa un venerable asilo, a la vez que un hospedaje encantador, donde se prodigaban al viajero los más solícitos cuidados. Solía ser entonces lugar de posada, en particular para familias, por las comodidades y finas atenciones de que gozaban en aquella mansión, donde se practicaba la hospitalidad de manera franca, generosa e inolvidable.

Reanudando la historia, diremos que era una mañanita clara, pero intensamente fría y silenciosa, como son en los páramos los días serenos. Por el camino,

descendían de Mucuchíes hacia Mérida algunos indios e indias, con borriquillos cargados de papas y harina. Venían cubiertos con cobijas de lana de colores oscuros, tejidas en la comarca, abrigadas también las mujeres con grandes pañuelos de Madraz, puestos encima de los sombreros, y recogidas las puntas a modo de barboquejo, toldillo que les tapaba la cabeza y el cuello, dejando apenas descubierto lo principal del rostro, con las mejillas siempre encendidas, como si estuvieran en continuo rubor o azoramiento.

Y qué tipos tan hermosos suelen verse entre estas paramañas, por lo regular de ojos negros, cutis arrosquetado, facciones bien delineadas y espléndidas dentaduras. Es en las tierras más frías de la Cordillera, donde puede admirarse el tipo índico-hispano, o sea mestizo, en sus formas más puras y atractivas.

Al paso de estos grupos típicos, sentíase la fragancia del frailejón, en cuyas hojas velludas y resinosas traen envueltos el queso, la mantequilla y los huevos destinados al mercado de Mérida, fragancia mezclada muchas veces con la que despiden los manojillos de otras plantas aromáticas, de que son también portadoras, como la manzanilla, el malvavisco y el misterioso dicitamo.

Los trigos empezaban a levantarse en las lomas y mesetas de la serranía. Más que sembrados, parecían prados de pastaje natural. Todo se presentaba suave y tranquilo en aquellos parajes solitarios a los ojos de varios jinetes que regresaban de Mucuchíes, después de haber acompañado hasta allí a varios caballeros que se ausentaban para el centro de la República.

Detuviéronse algunos momentos en *El Cenicero*, donde ya habían pasado un rato a la ida, para despedirse

del noble anciano don José María Parra, grato deber que cumplen en el patio de la casa, sin desmontarse, urgidos por seguir la marcha, como la siguen, en efecto, perdiéndose a poco en las vueltas de la escarpada cuesta que allí existe para caer a las poéticas vegas del Chama. El sol matinal doraba en lo alto los desnudos riscos y los trigales de las lomas, mientras que el fondo del valle permanecía en la penumbra.

A la salida de la casa, habíase hecho el remolón uno de los jinetes, el más joven de la partida, dando tiempo a que los compañeros se adelantasen. Notábase en su semblante la más viva ansiedad. Había algo que lo atraía irresistiblemente, impidiéndole alejarse de la apacible morada. Ese algo era un secreto, que no quería descubrir a los de la casa ni a sus compañeros de viaje.

En desapareciendo estos por el primer recodo de la cuesta, el joven refrena el caballo, volviendo atrás los ojos con insistencia. El frente de la casa estaba solitario en aquellos momentos, pero su corazón no lo engañaba. De súbito apareció al través de los balaustres de estrecha ventanilla la graciosa cabeza de una niña, gentilmente abrigada con una andaluza, dejando apenas entrever un palmito lleno de encantos. En su intensa mirada para el joven, se leía la más tierna y dolorosa despedida. Era un adiós silencioso y triste, a la vez que angustiado, porque miraba con inquietud en contorno, temerosa de ser sorprendida en aquella actitud.

Adivinando el joven los sentimientos y temores de la chica, quédase perplejo entre acercarse a la ventana o seguir la marcha. ¡Estaba a pocos pasos de ella, después de amargos días de ausencia!

La había visto el día antes, de paso para Mucuchíes; y aunque obligado a tratarla como a señorita extraña, en breve conversación sostenida con la honorable familia de la casa, había sentido en la mitad del alma el furtivo saetazo de sus lindos ojos, y leído en sus miradas que lo esperaba con anhelo. ¡Oh, y qué tristes quedarían ambos al separarse de nuevo, sin haber podido cruzarse una palabra de amor ni depositar en algún objeto el recuerdo de tan anhelada entrevista!

Todo esto pasaba por la mente de Horacio, que no era otro el joven viajero. Sentía impulsos de volver riendas con presteza, acercar el caballo a la ventanilla y decir adiós a la que tanto amaba, estrechando su manecita al través de la reja. Los instantes eran preciosos, pero el lance era arriesgado e imprudente. Podían ser descubiertos. Si el amor lo lanzaba, los respetos sociales lo contenían.

Tras esta momentánea lucha entre los arrebatos de la pasión y los dictados del deber, el joven toma una resolución sencilla, pero heroica. So pretexto de apretar la cincha al caballo, por si extraños ojos lo observaban, echa pie a tierra, saca del pecho un pequeño objeto, que llevaba prevenido, y besándolo repetidas veces, se inclina para colocarlo con cuidado sobre el verde y húmedo tapiz de verdura que bordaba las orillas del camino. Monta de nuevo, y, agitando la mano en señal de despedida hacia la atrayente ventanita, desaparece a rienda suelta por la escabrosa cuesta.

El Chama entonaba abajo, entre las peñas, la monótona e interminable canción de los ríos torrentosos, a tiempo que la brusca despedida arrancaba trémulas notas en las fibras más hondas del corazón de los amantes.

*Dicen que no es muy triste
La despedida,
¡Dile al que te lo dijo
Que se despida!*

Cuando el joven alcanza a sus compañeros, Miguel Olmedo, que iba entre ellos, quedóse un poco atrás, para decirle a media voz, con maliciosa sonrisa:

—Te portas como un valiente.

—¿Por qué?

—Tú miras *El Cenicero* como un castillo enemigo.

—¿Enemigo?

—Así parece. Tanto a la ida como a la venida, he observado que ocupas la vanguardia en los momentos de entrar, y la retaguardia, a la salida. El primero en el asalto y el último en la retirada. ¿No es verdad?

A pesar de la tristeza que dominaba a Horacio, no pudo contener la risa ante la chistosa observación de su compañero. Y como la soledad del camino y la compañía de tan íntimo y leal amigo, eran propicias para desahogar su corazón, así lo hizo Horacio, depositando por primera vez sus impresiones en el pecho de Miguel Olmedo, como si las guardara en un cofre de tres llaves.

Con hondo desaliento empezó, pintándole la imposibilidad en que estaba para pedir francamente la mano de Lucila, no obstante haberse cruzado secretamente los anillos de esponsales.

—Ha tenido tantos partidos ventajosos —le dice dolorosamente convencido— que la solicitud de un muchacho sin fortuna ni esperanza de adquirirla, por fuerza ha de ser, si no rechazada rotundamente, recibida

a lo menos con alguna frialdad por la familia. Esto solo basta para que me retraiga de presentarme sin rebozo como su pretendiente, tal como otros lo han hecho, y harán en lo sucesivo, porque las gracias y virtudes de Lucila tienen particular atractivo.

—¿Y Adolfo insiste todavía? He observado que ya no visita la casa.

—Adolfo estaba mal informado. Habíanle hecho creer que Lucila cedería con el tiempo; y por ello redoblaba sus instancias, sin dar paso atrás en sus aspiraciones, casi seguro de triunfar a la larga. Pero al convencerse, al cabo, de que la tenaz negativa de ella no era efecto de indiferencia ni de capricho, sino de otra impresión imborrable, entonces ha desistido del empeño, y retirádose caballerosamente, dejándome libre el campo.

—Pero no te verá con buenos ojos, de seguro.

—¡Oh, no! Admiro la hidalguía de su corazón. Adolfo me ha tratado siempre con cariño. Natural era suponer que al descubrir mis aspiraciones, la rivalidad enfriase o extinguiese por completo ese cariño del todo espontáneo. Pero no ha sido así. Ninguna alteración ni desabrimiento he notado en su trato. Verdad que jamás en nuestras conversaciones nos hemos referido ni por pienso a la señorita Albani. Habría saltado la chispa.

—Mira —dijo Miguel— para mí tengo que ni Mario ni Héctor te harían oposición, si francamente te dirigieses a ellos. Es muy natural que siendo tú tan joven duden de la firmeza de tus impresiones, tanto más viéndote remiso en comunicarles tus propósitos. ¿Has meditado alguna vez sobre esto?

—Francamente no he abrigado tales intenciones, por la sencilla razón de que siempre han tratado de desviar la inclinación de Lucila, casi compeliéndola a aceptar otros pretendientes. La oposición es, pues, manifiesta.

—Tratan de desviarla, en efecto, por tu misma reserva. Dudan de ti, dudan de tus pocos años, dudan de unos amores de muchacho, que creen efímeros, y con razón, porque no tienen prueba en contrario, y tu absoluto silencio para con ellos, los confirma en sus dudas. Francamente te digo, que en el caso de los Albani, te haría oposición, aunque fueses mi mejor amigo, pues antes que la amistad están los fueros de la sangre.

Estas razones tan claras, tan sencillas y tan ingenuas produjeron su efecto en el ánimo de Horacio. Lamentóse de haber extremado su silencio, no solo con Mario y Héctor, sino con el mismo Miguel Olmedo, cuya discreción corría parejas con la bondad de su carácter, y quien, por ser mozo de más años, bien podía aconsejarlo con toda imparcialidad en asunto tan expuesto a erradas apreciaciones, como es la pasión amorosa, cuando llega a dominar todas las potencias del alma.

Además, siempre oímos con más agrado el consejo que se amolda a nuestros deseos, que el que los contraría. ¡Dime, lector, si ardería Horacio en deseos de verse aceptado por los Albani como novio de Lucila!

En aquellos momentos iban a cruzar por un recodo del camino, de donde se divisaba *El Cenicero* como un castillo solitario, sentado en el primer escalón del cerro.

—¡Míralas! ¡Allá están! —exclamó Horacio, quien no dejaba de volver los ojos hacia la antigua casa.

—¡Ellas son! —exclamó también Miguel, mirando hacia el paraje que le indicaba su compañero.

Por aquellos días vivían en *El Cenicero* tres distinguidas señoritas: la dulce y angelical Teresita Parra, que perfumaba la solariega casa con el delicado aroma de sus virtudes, y una prima suya, graciosa, gentil y muy espiritual en el trato, a quienes acompañaba transitoriamente la señorita Albani.

Había ido esta en pos de los beneficios del clima y la amena sociedad de tan buenas amigas, para reparar su salud quebrantada, debido a múltiples labores domésticas, no menos que por largos desvelos y crueles amarguras con motivo de la seria enfermedad de su padre y los sinsabores que hallaba en el sendero de sus íntimas aspiraciones.

Era el grupo de las Tres Gracias. Miguel Olmedo las trataba con especial cariño en las reuniones sociales. Eran ellas, en efecto, las que se divisaban a lo lejos, en una vuelta de la escarpada cuesta. Los dos jóvenes agitaron en el aire sus pañuelos, deteniendo los caballos; y al punto vieron allá, en el fondo del solitario viaje, que sobre el poético grupo se movía algo como blancas mariposas. Era que ellas contestaban el adiós, agitando también en alto sus perfumados y sutiles pañuelitos.

Pero debemos volver atrás en el relato. En alejándose Horacio, la señorita Albani había dejado la ventanilla y corrido presurosa a invitar a sus compañeras para salir de paseo por los contornos de la finca, como solían hacerlo en las mañanas serenas.

Dicho se está el gran interés que la movía aquel día. Hay circunstancias en la vida en que todas nuestras

facultades se dirigen a un solo objeto, por insignificante que sea. Para la señorita Albani este objeto era desconocido, pero existía a corta distancia, en la orilla del camino, y hacia él se dirigían todas sus ansias. No se atrevía, sin embargo, a salir sola. Necesitaba que la acompañasen, y por eso ocurría a sus queridas compañeras.

—¡Ah, picaruela! —contéstale una de ellas—. Quieres ver de lejos a los viajeros. ¿No es verdad?

—No es por eso —dice Lucila, en cuyas mejillas asomó al instante el más vivo carmín—. En prueba de ello, iremos para otra parte, si ustedes quieren salir.

—Eso sería una gran crueldad. Vamos a la cuesta. La mañana está linda, y desde allí podemos ver todavía lo que tú deseas.

Y las tres señoritas pusiéronse prontamente en marcha. Entre amigas íntimas, desde luego se penetra en la significación de ciertos suspiros involuntarios, de repentinas tristezas a de lágrimas furtivas. Las dos compañeras de Lucila estaban en el secreto de los amores de ésta, pero moderaban sus bromas por lo delicado del asunto, pues sabían que las aspiraciones de Horacio aún no tenían el consentimiento de la familia Albani.

Ya hemos visto como llegaron a tiempo al punto de mira, creyendo fuese este el único móvil de Lucila, y como tuvieron ocasión de contestar con los pañuelos el último adiós de los dos jinetes que iban retrasados; pero lo que Horacio no pudo ver a distancia de tantas cuadras, por más que lo adivinase, fue el objeto que ya Lucila tenía en sus delicadas manos, objeto hallado *casualmente* a la vera del camino: ¡Un hermoso clavel rojo, cuyo exquisito aroma aspiraba con delicia!

*
* *

Hay para los enamorados dos clases de ausencia. La de simple vista, viviendo en un mismo lugar, en que dejan de verse una semana, un mes y hasta mayor tiempo, pero siempre con la esperanza de volverse a ver de un momento a otro, lo que les entretiene el dolor de la separación. La otra es la verdadera ausencia, la ausencia a distancia, que echa en realidad un manto de tristeza sobre el corazón de los amantes, porque la lejanía es siempre causa de angustias e inquietudes.

Horacio no pensaba sino en la tierra fría. Aquella naturaleza silenciosa, pobre de fauna y de vegetación, ofrecía para él los paisajes más poéticos de la comarca. Todas las faenas del cultivo del trigo, le parecían de indecible encanto. La aventada del rubio grano en los fértiles barbechos; las mejillas sudorosas y encendidas de las zagalas, bajo los haces de doradas espigas en los días de la siega; el ruido peculiar de las piedras del molino, y la blanca polvareda que suele levantar la harina al ser recogida en los sacos, polvareda que se adhiere a todos los objetos del contorno, sin excluir los cabellos de las molineras, que semejan pelucas empolvadas del tiempo de Luis XV. Pensaba en los numerosos rebaños, en los rústicos pastores, en el lejano balido de la oveja extraviada, formando todo esto en su fresca y lozana fantasía un armonioso conjunto de belleza incomparable.

Así pensaba cuando Lucila estaba en *El Cenicero*. Antes había pensado de otro modo. Ciertos días en que estuvo ella de temporada en una hacienda aledaña de Ejido, su ideal fue la tierra caliente, con sus extensos cañaverales espigados; con sus grandes huertas, cruzadas por torrentosas acequias y cuajadas de árboles frutales; con el

crujir solemne y quejumbroso de sus trapiches de piedra, y el aire tibio, embalsamado día y noche con el grato perfume de los caldos en ebullición y las ricas mieles de continuas moliendas.

¡Oh, prodigios del amor! Donde quiera que está la mujer amada, allí la luz y la belleza. Es como misteriosaavecilla, que comunica las melodías de su canto a los ríos, a los prados y a los montes. Todo canta donde ella asiste.

En cambio, ¡qué desolada y triste parecía a Horacio la ciudad nativa! Hasta las cosas más bellas carecían para él de atractivo. Todo se presentaba a sus ojos descolorido e indiferente. La honda tristeza de su alma, le hacía ver las cosas como a través de vidrios ahumados. La misma espléndida Sierra Nevada había perdido a sus ojos mucho de su brillo y hermosura.

Así vivía el pobre muchacho hasta una noche inolvidable. Las siete serían, cuando llegó, según costumbre, a la venerable casa del Canónigo. Del sardinel del oscuro zaguán levantóse al punto una mujer rebujada en negro pañolón, saliendo resueltamente al encuentro del joven. Era Marta.

—Por suerte llega a tiempo, niño Horacio.

—¿Qué sucede?

—Lo esperaba aquí para ganarle las albricias.

—¿Albricias de qué, Marta?

—¡Ya la tenemos aquí!

—¿Ha venido ella? —pregúntale el joven, palideciendo de gozo.

—Llegó hace poco, casi al anochecer. Si usted viera lo repuesta que está y qué lindo color trae. La pobrecita vino al momento a saludarnos; y yo me había plantado aquí para darle la noticia, si lo veía pasar.

En aquellos momentos oíanse voces y ruido de pasos en el fondo del claustro, velado por los rosales del patio. Era la señorita Albani, que ya tornaba a su casa, después de haber abrazado efusivamente, una a una, a todas sus antiguas amigas.

—¡Niña Lucila! —grítale Marta, antes de que desapareciese—. Aquí está el niño Horacio. Ha llegado muy a tiempo.

Detúvose la niña como tocada por un resorte, y retrocedió, caminando lentamente. Ya el joven se dirigía a ella con la emoción que puede imaginarse. A la mitad de la galería se encuentran, dejando escapar de sus pechos, casi simultáneamente dos voces:

—¡Lucila!

—¡Horacio!

Luego, el silencio, la muda y conmovedora escena de manos trémulas que se enlazan y ojos húmedos y brillantes que se hablan con honda y sentimental elocuencia.

El sencillo claustro y la baja techumbre de los corredores, tomaron como por ensalmo formas maravillosas de arte en la mente del enamorado mancebo. Creyóse trasportado a espléndida galería, donde se rendían homenajes a la reina del alcázar. Orquestas invisibles resonaban bajo la fronda de los rosales, creyendo además oír, en lo alto, clamoreo de campanas y sonido de trompetas, a tiempo que aparecían por todas partes fantásticas luminarias y se perfumaba el ambiente con ricas esencias.

No obstante la mutua y poderosa atracción de sus almas, la presencia de Marta no les permitió sino articular

palabras entrecortadas de mera cortesía. La entrevista tenía que ser momentánea. La señorita Albani, a su pesar, despidióse en seguida.

—Siento separarme tan pronto —dijo a Horacio; y volviéndose a Marta, agregó— Ya estaba de marcha, cuando me llamaste. No puedo detenerme más. Me esperan en casa.

—Pero volverá usted mañana más despacio. ¿No es cierto? —díjole la criada en tono de cariñosa súplica—. ¡Hacía tanto que no la veíamos por aquí! Ojalá nunca olvide esta su vieja casa.

Lucila, que ya había dado la espalda, vuélvese con presteza hacia Marta, pero con sus ojos seductores clavados en Horacio, que la miraba extático, exclamando con la voz argentina y juguetona de otros tiempos:

—¿Olvidarme de esta casa? No, Marta. ¡Eso jamás!

Y desapareció, siguiéndola Marta, quien iba a alumbrarle, desde la ventana de la repostería, el paso por la sombría arboleda del huerto.

La hermosa visión había desaparecido por completo. El claustro, las columnas, la techumbre, todo volvió a su natural apariencia de soledad y tristeza. De las fantásticas luminarias, solo quedaba la luz indecisa del farol que alumbraba el patio desde un intercolumnio.

Tan súbita vuelta a la realidad exterior de la vida, no contristó a Horacio en lo más mínimo. La ilusión duraba en su mente soñadora, y tenía la alegría en la mitad de su alma. Ya la hermosaavecilla había tornado al solar nativo, y de nuevo vendría a posarse en las frondas de aquellos rosales tan queridos desde su infancia.

*
* *

Pero el destino suele ser alevoso e implacable. Cada hilo blanco o rosado que pone en la misteriosa tela de la vida, va siempre tramado con otros hilos grises y negros. Un incidente inesperado, de carácter íntimo, por causa de la demencia rematada de don Francisco Albani, vino a precipitar en Horacio la resolución de comunicar a Héctor sus formales aspiraciones a la mano de Lucila.

La demencia de don Francisco era silenciosa. Entreteníase a veces, de modo inconsciente, en jugar al escondite, como un chiquillo, acompañado de sus hijos más tiernos y de otros niños allegados. Vestíase con cuantas ropas hallaba a la mano, poniéndose una pieza sobre otra, hasta no poder resistir más. Había retrocedido a la edad de las travesuras infantiles y perdido, además, la memoria, al grado de olvidarse de hechos recientes, casi actuales. En levantándose de la mesa, después de haber comido lo suficiente, porfiaba y se enardecía, reclamando el desayuno, el almuerzo o la ración correspondiente, según las horas, alegando con firmeza no haber tomado nada. Tales eran las tristes escenas que ocasionaba el lastimoso estado del noble y honorable anciano.

En la planta baja de la hermosa casa de los Albani, había varias piezas con puertas para la calle, destinadas a establecimientos industriales. En una de ellas, comunicada con el claustro, tenía la tienda de ropas el mismo Héctor. Había también en el mismo claustro, hacia el interior, otra pieza, que servía de repostería, por hallarse el horno en la parte baja del edificio.

La señorita Albani bajó un día de las habitaciones altas a dirigir en esta pieza la labor del amasijo, por haber tenido doña Angela que salir de visita a una casa de familia.

Hallándose allí con Celsa y una criada, sintió ruido de pasos en la escalera, descubriendo luego a su padre, que, contra costumbre, se aventuraba a bajar solo del alto. Iba vestido de un modo estrafalario, y se dirigía a la calle.

Sin decir palabra, la joven deja el oficio y sale de la pieza donde estaba. Corre velozmente, y alcanza a su padre en el zaguán de la casa. Trata de disuadirlo del intento de salir, suplicándole aplacar la salida, mientras se cambiaba el traje y podían acompañarlo.

Pero don Francisco no oye razones y avanza. Entonces la joven, en la tribulación de ver a su padre expuesto a las miradas del público con aquellos vestidos tan impropios, adelantóse rápidamente, tira las enormes hojas del portón y les echa cerrojo.

Don Francisco llegaba en aquellos momentos con los brazos extendidos, a impedir que cerrase la puerta, y en viendo que la joven se le interponía, arrebatóse en un acceso de locura declarada.

Fulgura en sus pupilas la cólera de la insania, y con mano hercúlea, prende a Lucila por el cuello, recostándola violentamente contra el mismo portón. Da ella un grito de dolor y de espanto, forcejeando en desigual lucha. Seguidamente, el silencio, interrumpido solo por los débiles quejidos de la niña, y algo como sordo rugido de fiera, que se escapaba del pecho del anciano.

Nadie en el interior de la casa advirtió a tiempo la trágica escena que se desarrollaba en el extremo ya oscuro del zaguán. Pero el recio portón se estremeció de súbito, por fuertes empellones que le daban del lado de la calle. ¡La Providencia venía en auxilio de la joven!

Miguel Olmedo asistía a una tienda de comercio, situada frente a la casa de los Albani. Hallándose

casualmente en una de las puertas del establecimiento, sintió el golpe de las hojas del portón al cerrarse con violencia, hecho inusitado a aquella hora. En seguida, oyó el crujido del cerrojo, el forcejeo y gritos ahogados de mujer.

Rápidamente atravesó la calle, con ánimo de abrir el portón, dándole los empujones que hemos dicho. En la imposibilidad de abrir, vuela a la tienda de Héctor, le impone de lo que ocurre y ambos se lanzan hacia el claustro por la puerta interior, llegando al teatro del suceso, en momentos en que Lucila, amoratada y con los ojos saltados sobre sus órbitas, apenas alcanzaba respiración.

Casi exánime cayó en brazos de Héctor, cuando lograron arrancarla de las férreas manos de don Francisco, quien era de complexión fuerte y bien musculado.

Siguióse a esta escena de indescriptible angustia y oportuno socorro, otra por extremo conmovedora. Pasado el acceso de locura, quedóse don Francisco como atónito. Miraba silencioso a los jóvenes, en particular a Lucila, como si acabase de caer una venda de sus ojos. Pasóse la mano por la frente sudorosa y lloró como un niño.

¡Ah! Vuelta la niña de su desmayo, lloraba también, al ver la congoja de su infortunado padre, cuyo corazón nobilísimo acaso se estremecía de dolor, dentro de la incoherencia de sus recuerdos y el desequilibrio de sus facultades, ante la tremenda idea de haber podido estrangular a su propia hija, al ser que tan entrañablemente amaba!

El relato circunstanciado de este suceso, produjo tan honda impresión en el alma sensible y apasionada de Horacio, que vino a sacarlo del estrecho círculo de su reserva. Era necesario estar cerca de ella, compartir sus amarguras íntimas y prestar también sus servicios a la familia en aquel estado de permanente angustia.

CAPÍTULO XVI

Rosas y espinas

Una dificultad, al parecer baladí, pero muy importante para cualquier muchacho, más si es tímido por naturaleza, vino a poner en torturas a Horacio, ya resuelto a comunicar a la familia Albani sus pretensiones a la mano de Lucila. Este paso requería indispensablemente la previa autorización de su padre, a quien nunca había dicho lo más mínimo en tan delicado asunto, como bien se comprende.

Aquí el aprieto. Detenía la natural vergüenza de confesar los hijos a sus padres las impresiones amorosas. Este pudoroso sentimiento era invencible en Horacio, agravándolo sobre manera las condiciones de carácter que distinguían al doctor Viana, muy parco y discreto en el trato familiar con sus hijos, no obstante el cariño entrañable que les profesaba. Ajeno de mimos y melifluidades, había sabido inspirarles profundo respeto y absoluta sumisión a la autoridad paterna, sin emplear para ello rigurosos castigos, sino con sabias prevenciones y oportunas reprimendas, unidas a la energía del carácter.

Con un papá de estos quilates tenía que habérselas Horacio. Empezó por velar las ocasiones en que pudiera hallarlo completamente solo, sobre todo de noche. En la oscuridad no se ven los colores, y estaba cierto de que le saldrían todos a la cara. El doctor solía descansar en una silla poltrona, que había en la pieza de su escritorio, pieza que en horas de receso se mantenía a media luz, iluminada apenas por el reflejo de una lámpara de querosén, colgada del lado fuera, en el corredor de la casa.

Cierta noche, en que la ocasión era propicia, quiso el joven salir del atolladero, y resueltamente se lanza: pero en llegando a la semi-oscura pieza, decayó su momentánea valentía ante el grave continente del doctor Viana, cortándose de tal modo, que, para justificar su intempestiva visita, optó por proponerle, como solía hacerlo, un punto de derecho civil, relacionado con la lección del día en la clase universitaria, consulta que el doctor le resolvió en el acto, con la claridad y precisión de consumado maestro en la materia. Y a esto se redujo la conferencia, quedando indefinidamente aplazado el negocio principal.

Así corrían los días, en vanas tentativas por parte del mancebo, hasta que un nuevo y poderoso motivo, que adelante sabrá el lector, vino a comunicarle aliento para romper definitivamente contra el encogimiento y la vergüenza que lo detenían en el cumplimiento del sagrado deber de consultar con su padre un asunto de tal entidad. Bien comprendía que sin la autorización paterna, ningún éxito podían tener sus pasos cerca de la familia Albani.

Acércase otra noche, temeroso y vacilante; encomiéndase a los santos de su devoción, santíguase de prisa, pone el pie en el dintel de la puerta, y ... ¡hombre al agua!

Si el escritorio hubiera estado plenamente iluminado, el doctor Viana habría tenido motivo para alarmarse a vista de su hijo, que se le presentaba temblando y perdido el hermoso color de su lozana juventud.

—Papá —le dijo, tartamudeando— desde hace días deseaba hablar con usted un asunto...

Aquí se le entorpeció más la lengua. Tras largo silencio, angustioso para Horacio, y de viva curiosidad para el doctor, éste le pregunta sorprendido.

—¿Pero qué es, hijo?

—Quería decirle que yo tengo ciertas aspiraciones...

Segunda parada. El susto no le permitía sino soltar a poquitos la importante revelación.

—Y no me he atrevido a decirle nada a la familia de la niña —agregó— sin consultarlo con usted, como es natural. Yo deseo visitar la casa.

—Olvida decirme lo principal ¿Quién es la niña?

—Usted la conoce mucho: Lucila Albani —dijo Horacio con voz trémula.

Reinó otra vez el silencio. El doctor parecía sumido en honda meditación, aunque su mutismo reconocía una causa distinta de la que se imaginaba Horacio. Era el primer hijo que le hacía una declaración semejante, y hallábase hondamente conmovido, en tanto que el joven se consumía de ansiedad por la respuesta, torciendo y destorciendo maquinalmente en sus manos la cadenilla del reloj. Suprema expectativa, que fue interrumpida por la voz reposada, casi solemne del doctor Viana.

—Nada, hijo, tengo que objetar a la elección que usted ha hecho. Es muy acertada, pero...

Y se contuvo, recapacitando. Otro instante aún más crítico para Horacio, a quien le daba vuelcos el corazón

y se le escapaba el alma por los oídos. Tras aquel *pero* debía venir el fallo decisivo de su felicidad. De serle adverso, no tenía más recurso que el que pudiera interponer, con lágrimas y sollozos, en el dulce regazo de su abuelita.

—Muy acertada, ciertamente —continuó el doctor— pero prematura, en atención a sus pocos años y a la falta de medios para realizar sus aspiraciones. ¿Con qué cuenta usted para ello?

Otra pausa comprometedora para el mancebo.

—Sólo cuento, en realidad, con muy poco al presente: un salario insignificante como cajista de imprenta; y para más adelante, con la carrera que sigo en la Universidad.

Estas palabras, dichas por el joven con cierto dejo de resignación y tristeza, hicieron dolorosa impresión en el ánimo del doctor Viana. Vínosele a la memoria la antigua riqueza de su casa, tristemente devorada en los llanos de Barinas por el monstruo de la guerra federal. No podía brindar a Horacio, en tan importante ocasión de su vida, bienes de fortuna necesarios para llegar con prontitud a la meta de sus naturales aspiraciones. El joven se mantenía con la cabeza baja, humillado ante la inflexible lógica de su padre, quien acabó por preguntarle con cariñoso interés.

—¿Tiene usted motivos para creer que la familia Albani lo acepte, sabiendo que carece de medios para realizar inmediatamente sus pretensiones?

—Estoy en esa duda. Por lo mismo quiero pedir autorización para visitar la casa, porque mi abstención puede ser mal interpretada. Lucila ha desechado varios partidos ventajosos, y ya sospecha la familia que la causa principal es el afecto que me profesa desde hace algún tiempo.

El doctor, que ya había oído algo en las tertulias sobre estas pretensiones y conocía la buena calidad de los pretendientes, hizo a Horacio muy justas observaciones.

—Esas pruebas inequívocas de fidelidad que ella le ha dado, muy satisfactorias para usted, comprometen más su situación, desde luego que no puede usted ofrecerle de presente las comodidades que ella gustosamente sacrifica, bajo el influjo del afecto con que lo favorece.

—¿Y qué hacer, papá? Hay cosas que no pueden evitarse. Ella es inteligente y de carácter. Lo ha resuelto así, libre y espontáneamente, sin que jamás haya oído de mis labios ni una palabra siquiera en desdoro de sus otros pretendientes.

—Conducta muy plausible, que debe observar siempre. No me opongo al paso que va a dar, pero juzgo conveniente, por otras razones, que espere unos días más. Acaba de triunfar el bando político a que pertenecen los Albani. El manifestar sus deseos de visitar la casa en estas circunstancias, pudiendo haberlo hecho mucho antes, puede considerarse como medio indirecto de que se vale usted para ganar auge y ventajosa posición en el partido triunfante, cuando toda nuestra familia está afiliada en el otro partido. Ante el público no basta tener rectas intenciones, si las apariencias dicen lo contrario.

¡Cuánto vale un buen consejo! Efectivamente, era inoportuno el paso. Los bandos políticos de la localidad estaban a la sazón enardecidos y en plena lucha eleccionaria. El general Carlos A. Salom, delegado de Guzmán Blanco, acababa de tomar posesión de la presidencia del Estado. Ambos partidos lo recibieron con agasajo, porque ambos cifraban en él sus esperanzas; pero

la cosa varió de especie al organizarse el nuevo gobierno. Salom volteó la tortilla.

En los nombramientos para el régimen político y civil, tanto en la ciudad como en los distritos, predominaron los partidarios del doctor Avelino Briceño, quedando de hecho en el suelo los que proclamaban al candidato contrario, que era el general José T. Arria, partido en cuyas manos estaban las riendas del poder a la llegada de Salom. El inesperado encumbramiento de aquéllos y la súbita caída de éstos, mantenía chispeante el fuego de las pasiones políticas. Tal era la situación.

Prolongóse buen rato la conferencia entre padre e hijo. El doctor Viana aprovechó el momento para pintar a los ojos de Horacio los bajos y asperezas que aún podían dificultarle el camino de sus aspiraciones, haciéndole ver, además, la grave responsabilidad que pesa sobre el caballero que formalmente promete a una señorita su corazón y su mano.

Es propio de los muchachos no parar mientes en estas honduras, embargada toda su atención con la atrayente perspectiva de las cumbres risueñas y luminosas que el amor les ofrece, tras las cuales corren, como mariposas, ávidos por bañarse en la luz de felicidad que les prometen, sin percatar que antes de esas radiosas cumbres suele haber hondos y oscuros precipicios, que hay que salvar con especial cuidado.

¿Cuál es el nuevo motivo que tuviera Horacio para precipitar sus pasos a fin de acercarse a Lucila? Un suceso imprevisto, un hecho que no estaba en sus cálculos. Pesaban sobre la antigua casa del Canónigo varios créditos de plazo vencido, y en la imposibilidad de pagarlos, la

familia Carmona se vio en el duro trance de sacrificar la finca. Con lágrimas y sollozos abandonaron el querido techo. ¡Qué golpe para Horacio y Lucila!

En aquella dulce mansión se habían conocido y tratado desde niños; allí se habían cruzado las primeras miradas de tierno amor. Todos los sitios de la vieja y poética morada, estaban consagrados por vivísimos recuerdos. Más de una vez, en horas tristes, habían humedecido aquel suelo con lágrimas ardientes; y también habían soñado con la dicha, en idílicos coloquios, bajo la fronda perfumada de sus rosales. Era un cruelísimo destierro a que los condenaba el destino.

Pasaron algunos meses. Caballerosamente fue oída la manifestación de Horacio por Mario y Héctor, quienes, en perfecto acuerdo con su bondadosa madre doña Angela, brindaron al joven pretendiente franca entrada a la casa. Mucho influyó en ello la actitud de don Lope, el noble anciano, quien se había declarado en favor del mancebo, defendiéndolo cada vez que se tocaba el asunto en los consejos de familia.

Demás estará pintar el infinito gozo de los amantes. La misma Celsa, que tan hostil se mostrara con el bachiller Viana, le sonrió agradecida al verlo subir la escalera por primera vez. Como fiel y celosa dueña, veíase ya libre de zozobras, aliviada de la continua vigilancia que ejercía sobre Lucila, por causa de aquel estudiante, que le había dado buenos chascos, sin dejarse sorprender jamás en sus galantes aventuras.

*
* *

Llegaba para los estudiantes uno de sus grandes días: la fiesta patronal de la Purísima, en que se repartían los premios con gran solemnidad en la Capilla universitaria, siguiendo luego la vacante. Esta fiesta se hacía por lo común el domingo más próximo después de la conmemoración ritual, que es el ocho de diciembre, fecha en que de antiguo se celebra en la Catedral emeritense con gran pompa.

La Capilla de la Universidad nunca pudo contener el concurso de gente que solía asistir a esta fiesta, mitad religiosa y mitad académica. Los estudiantes ayudaban a exonar no solo el templo, sino todo el edificio de su vieja casa escolar, con un entusiasmo indescriptible. Veían la vacante detrás de la gran fiesta.

Reuníase el cuerpo académico en el salón de exámenes, que era el más vasto, revestido cada doctor con las insignias correspondientes, que consistían en toga negra de seda, muceta de raso, blanca para los teólogos, verde para los canonistas, roja para los abogados y amarilla para los médicos, con la borla del respectivo color, en figura de bonete, plano arriba, como un sombrero de copa, cubierto con gran flueco singular de hilos de seda, y coronado con la borla, en forma de bellota, levantada sobre un entorchado de oro fino.

En los eclesiásticos, la borla tenía la forma del clásico bonete de cuatro picos, provisto del mismo flueco, pero en vez de bellota de seda en la cimera, ostentaba un ramito con hojas y flores de buen oro.

Organizado el cuerpo académico en dos filas, por riguroso orden de antigüedad, precedido por la banda de música, los grupos de estudiantes y el tropel de

espectadores, salía del claustro y recorría un trecho de la calle, para ir a la Capilla, donde el Rector, el Vice y el Decano tomaban asiento bajo un solio colocado cerca del presbiterio, por el lado del Evangelio, y los demás académicos ocupaban la sillería en dos alas, al centro de la iglesia.

Era muy viva la expectación del concurso ante el ilustre cuerpo universitario, revestido con aquel esplendor. Iniciábase allí mismo la misa solemne, con sermón, que pronunciaba algún canónigo o eclesiástico titulado. Terminados los oficios religiosos, sentábanse el preste y los otros oficiantes en sus asientos del presbiterio, sin despojarse de las sagradas vestiduras, y sonaba entonces la campanilla bajo el solio del Rector. Quedaba abierto el acto académico.

El maestro de ceremonias, con la varilla de plata en las manos, orientaba a los que debían desempeñar algún papel en el acto. Subía el Secretario a la tribuna, colocada *ad hoc* del lado de la Epístola, y leía en voz alta las actas de examen. Llamados los jóvenes premiados por el mismo Secretario, iban acercándose al solio académico, donde el Rector les prendía en el pecho, a manera de condecoración, el lazo de cinta que correspondía a la clase de premio, esto es: primero, segundo y tercero. El color de los lazos variaba, según la materia de estudio, guardándose en esto el mismo simbolismo de las insignias académicas.

En la solemnidad de aquel año, terminada la repartición de premios, la música saludó a los laureados con alegre pieza de música, y luego fue conducido a la tribuna un joven imberbe, estudiante de Derecho. El bachiller Viana era el orador de orden. En su pecho lucían los primeros premios en Derecho civil y Cánones.

Compromiso arduo y solemne para un muchacho que se estrenaba en la tribuna. Sus primeras palabras, entrecortadas y tímidas, presagiaban el fracaso. Vivo sentimiento de compasión adviértese en el auditorio. El susto del jovencito era manifiesto.

Véase allí, de pronto, expuesto a las miradas de todos, en aquel templo de la Religión y la Ciencia, donde había tantos doctores y tanta gente conspicua, y donde lucían sus encantos, sentadas a la oriental sobre ricas alfombras, en las naves laterales, considerable número de damas de lo más distinguido, entre ellas la señorita Albani, quien en aquellos momentos estaba con los ojos bajos, en actitud de orar, pero con toda el alma en la tribuna.

Dándose cuenta el joven de que el miedo lo conducía a ruidoso fracaso, secretamente clama al cielo desde lo más íntimo; y el cielo le fue propicio, porque al punto reacciona, arde en su pecho de veinte años la llama milagrosa del entusiasmo, llama que incendia sus palabras y comunica a sus ademanes el despejo y la elegancia que las circunstancias exigían. En pocos instantes señorea la tribuna y domina al auditorio hasta el final de su discurso. El triunfo fue completo. Un premio gordo en la lotería del buen éxito.

A la salida de la Capilla, los estudiantes lo ovacionan con estrepitosos aplausos; y en llegando al claustro con el cuerpo académico, vióse allí colmado de abrazos y elogios capaces de envanecer al más modesto, porque partían de personas muy autorizadas. Lo felicitaron, entre otros hombres de letras, dos príncipes de la tribuna: el doctor Eusebio Baptista y el Canónigo doctor González.

El discurso mereció un honor raro en aquellos tiempos. Fue publicado en cuaderno por cuenta de un grupo de universitarios, encabezados por el Rector doctor Dávila, el Canónigo doctor Carrero y el doctor Monsant.

Horacio se había cuadrado. En la noche fue de visita a la casa de los Albani. Faltábale el laurel que más ambicionaba. La primera en recibirlo, al extremo de la escalera, fue Celsa:

—Mi enhorabuena, niño Horacio —le dijo con gran cariño—. La gente se hace lenguas ponderando lo bonito que habló usted esta mañana. Así se hace.

—Mil gracias, Celsa. ¿Se puede pasar? —preguntó el joven acatando la venia de la buena señora.

—Adelante, adelante. Don Lope estuvo aquí expresamente a felicitar a Lucila. Y ya me imaginaba que vendría usted sin falta esta noche —le contestó la dueña, torciendo los ojos picarescamente.

Hallábase Lucila en la sala de recibo, leyendo al lado de la mesita central. Una primorosa pantalla, de estilo japonés, amortiguaba la intensa luz del quinqué, manteniendo en sugestiva penumbra la graciosa cabeza de la joven. La rica estancia olía a rosas y a violetas.

Desde que resonaron tacones en la escalera, la lectura fue aparente. La atención de la niña quedó pendiente de aquellos pasos. Con dulce sobresalto esperaba oírlos por momentos.

Horacio dio las buenas noches al entrar, y llevándose la mano al bolsillo del pecho, avanzó hasta ella con el corazón palpitante, diciéndole galantemente:

—Esta noche te traigo cintas en vez de flores. Aquí tienes mis premios. Por ti y para ti los he ganado.

Fue tal la emoción de la señorita Albani, que no pudo contestar allí mismo. Trémula y silenciosa recibió los lazos de cinta, rojo uno y verde el otro, que le ofrendaba Horacio. Levantóse luego de la silla, tomando del jarrón de porcelana que adornaba la mesita próxima, un preciosísimo ramo, lo ofreció al joven con voz débil e insegura, pero con una espiritualidad radiante.

—Las flores me tocan hoy a mí. Adorna con estos pensamientos las palmas de tu triunfo.

Y no hablaron más por los momentos. Era necesario el silencio para oír el ritmo de sus corazones y gozar del intenso fulgor de las pupilas, medio más elocuente que las palabras para comunicarse mutuamente hondas emociones y promesas de ventura.

*
* *

Hay golpes del destino demasiado alevosos. Tres noches después de la anterior entrevista, hallábase otra vez Horacio de visita en la casa de los Albani, repleto el corazón de esperanzas, formando lindos proyectos de bailes, disfraces y paseos para los aguinaldos y pascuas, temporada que siempre ha prometido a los amantes felices ocasiones de acercarse.

Dicho se está que el joven se hallaba bajo el mágico poder de los ojos de Lucila, con quien departía en aquellos momentos, ya libres de amarguras y contrariedades, cuando de pronto se oyeron voces de alarma en el interior de la espaciosa casa. Las daba doña Angela desde uno de los aposentos, presa de la mayor tribulación. El caso era grave.

Los jóvenes se lanzan, como movidos por un resorte, hacia el interior. Detiéndose Horacio en la antesala, en

angustiosa expectativa, en tanto que Lucila, desaparecía tras la puerta entornada del aposento inmediato, para reaparecer casi en seguida, demudada por completo.

—¡Mi papá se muere, Horacio! ¡Pronto, pronto, un médico y el Padre! ¡Que venga Héctor!...

Horacio no oye más. Toma su sombrero, baja a saltos la escalera y se precipita en la calle. Casualmente se encuentra a Héctor en la plaza Bolívar. Ambos vuelan en busca del médico más inmediato, volviendo a la casa con la presteza que exigían las circunstancias, acompañados del doctor Eladio Alvarez de Lugo, excelente facultativo que a la sazón estaba en Mérida.

Se trataba de un ataque cerebral fulminante. Don Francisco fue metido inmediatamente en un baño caliente de pies, de que hubo que retirarlo en breve, porque estaba ya moribundo. Todo esfuerzo de salvación era ineficaz.

El canónigo doctor González, llamado al efecto, por impedimento del cura, llegaba en aquellos momentos críticos. Extiende sus manos sobre el enfermo con imponente seriedad y recita a media voz las preces de la absolución. Al rumor del rezo, uníanse sollozos reprimidos y el pausado estertor del agonizante, hasta que tras breve silencio, el sacerdote pronunció con voz solemne la eterna despedida: *¡Requiescat in pace!*

Sobrevino entonces el gran desconcierto, la inevitable confusión que trae consigo un desastre súbito de aquella naturaleza. Las patéticas escenas de la viuda y los hijos sobre el lecho mortuario; el tropel de gente, de todas condiciones, que invade la casa, movidos unos por afecto, y otros por mera curiosidad; y las apremiantes diligencias para organizar, en pocas horas, con el decoro debido, las exequias y enterramiento, diligencias más dificultosas en lugares que carecen de agencias funerarias.

La media noche sería cuando la casa volvió al silencio. Esperábase esta hora de menos concurso, para amortajar con calma al venerable difunto, que aún permanecía en el lecho mortuorio. La pieza en que se hallaba era contigua al aposento donde devoraba su pena doña Angela, acompañada de Lucila, sus hijos más pequeños y otras damas de la familia.

Reinaba en la alcoba el mayor silencio. La dolorida niña, cuyo temperamento era por extremo sensible, sintiendo de pronto ruido de pasos, creyó que ya se llevaban el cuerpo de su padre para velarlo en la sala. Levantóse entonces, fuera de sí, para huir hacia el jardín y desahogar allí su oprimido pecho, lejos de la alcoba, pues no quería agravar con su llanto y sus gemidos la aflicción de su querida madre, ni despertar a sus hermanitos, que ya dormían tranquilos.

Rebujada en un pañolón, salió precipitadamente hacia el interior, descendiendo luego por la escalera, para dirigirse al corredor del jardín, en la planta baja del edificio, solitaria en aquellos momentos. Celsa y una amiga, que advirtieron su escape y la excitación nerviosa que se pintaba en su semblante, la siguieron a distancia, temerosas de que pudiera sobrevenirle algún accidente.

Había que atravesar un largo zaguán, casi oscuro, para salir al jardín. La joven se detiene de súbito, paralizada de espanto, a la mitad del sombrío y silencioso pasadizo.

¡Oh, coincidencia terrible! En tanto llegaba la hora de amortajar el cadáver, la urna había sido colocada en aquel zaguán, poco frecuentado de noche. Estaba allí el ataúd, sin tapa, a media luz, listo para recibir el cuerpo de don Francisco, como enorme boca abierta, fría, muda e implacable!

La joven dio un grito desgarrador ante el cuadro sepulcral con que tropezaron sus ojos. Trata de retroceder, pero el terror la enajena, sobreviene el vértigo, vacila como débil caña que el vendaval azota, y se desploma sin sentido, cayendo fatalmente sobre el destapado ataúd, cuyas negras tablas, heridas por el delicado cuerpo de la niña, sonaron de un modo ronco, impresionante y lúgubre.

Celsa y la otra dama, que la seguían, llegan horrorizadas, sin poder evitarle la caída. Piden socorro, y en el acto vuelan sus hermanos y otras personas al teatro del suceso. Trasladada en peso al aposento donde se hallaba la familia, llamóse al médico con urgencia, porque la joven tardaba en recobrar el conocimiento y se trataba de una impresión demasiado fuerte, por lo inesperada y tétrica.

Cuando volvió en sí, después de activo tratamiento, sus primeros recuerdos fueron vagos e incoherentes. No tenía plena conciencia de la dramática escena. Recordaba lo sucedido, no como una realidad evidente, sino como un sueño, como una pesadilla espantosa.

¡El pobre Horacio! Las justas alegrías de su triunfo, los risueños proyectos de pascuas, sus visitas periódicas a Lucila, apenas iniciadas, todo el mundo de cosas bellas y emocionantes con que soñaba en aquellos días, todo, todo desaparecía en un momento, fulminado por aquella repentina desgracia.

Compartiendo desde lo más íntimo el acerbo dolor de su amada, resignóse a esperar que pasase el rigor del duelo, negro nubarrón que venía eclipsar la estrella de su felicidad, cuando apenas apuntaba en el horizonte.



CAPÍTULO XVII

Noticia desconcertante

Corrieron varios meses. Miguel Olmedo y Horacio Viana, amigos inseparables, platicaban cierta tardecita, echando afuera las impresiones recibidas en la Octava de Corpus, efectuada ese día en la iglesia del Llano. Esta fiesta atrae mucha gente a la parroquia donde se celebra. Por riguroso orden la hacen en Milla, Llano y Belén los domingos que siguen a la Octava de Catedral.

Las familias extremeñan los recursos de ingenio en la hechura de los altares, a fin de que luzcan los baldaquinos en medio de primorosas obras de arte, levantándose también a trechos, en la carrera que ha de seguir la procesión, hermosísimos arcos de flores naturales y variadas frutas, traídas expresamente de los campos, lo mismo que animales silvestres, de rara adquisición, como armadillos, lapas, aves montaraces, etc., cazadas al intento. La plaza de la parroquia ofrece ese día un aspecto risueño y pintoresco, a la vez que una concurrencia extraordinaria.

Las merideñas lucen en estas fiestas todo el lujo que les permite su posición, desde la dama de campanillas hasta la rústica aldeana de los páramos. Entiéndase que hablamos de lujo en el vestido, porque lujo de gracias y belleza, todas lo gastan de continuo, aunque vistan de zaraza en el interior de sus casas.

Suelen habilitarse algunos zaguanes en la plaza y sus alrededores, para instalar expendios de dulces secos y de plato, artículos de abundante producción en la ciudad de la Sierra, lo mismo que horchatas, aguas frescas y sorbetes. Los licores espirituosos había que buscarlos en las bodegas y pulperías, porque eran materia prohibida en estos improvisados ventorrillos.

Agrégase a esta oferta de dulces y bebidas, la variada y abundante cantidad de frutas y verduras que cuelgan de los arcos, apetitosa provisión que se detalla a precios más altos que los del mercado, cuando termina la función religiosa, ocasionándose más de una pelotera, por competencia entre los compradores de los frutos, que se apiñan y gritan con impaciencia bajo estos arcos singulares, que son una espléndida y popular exhibición de la riqueza agrícola de los Andes.

En una palabra, es fiesta de grandes atractivos: los niños dan un ojo de la cara por ir a las octavas; los jóvenes dan por junto los dos ojos, que se les van tras la primera chica que los cautiva; y los padres y madres de familia, que son los menos, tienen que andar, sin embargo, a cuatro ojos, de aquí para allá, cuidando a los niños, celando a las chicas y viendo de sí mismos, para no ser atropellados por el gentío.

Tal era la crónica que comentaban nuestros jóvenes ya nombrados, cuando acertó a pasar Héctor Albani, quien

los saludó cariñosamente, continuando su camino a paso acelerado.

—¿En qué andará Héctor tan de prisa? —preguntó Horacio.

—No será extraño que ande ya en diligencias de viaje. No piensa en otra cosa. —dijo Miguel, sonriéndose.

—¿Qué viaje? —pregúntale Horacio sorprendido.

—¡Cómo! ¿No te lo ha comunicado? Un viaje a Europa.

—Primera noticia que tengo.

—Pues creía que lo supieras mejor que nadie, desde luego que no va solo.

—Nada sé, te lo juro —dijo Horacio, sin salir de su asombro.

—Va acompañando a persona que te interesa demasiado. Irá con su hermana Lucila.

—¡Con Lucila! —exclamó Horacio estupefacto.

—La ha llamado de Italia una tía millonaria que por allá tiene, con motivo de la muerte de don Francisco.

Fue tan manifiesta la conmoción de su compañero, que Miguel hubo de arrepentirse de lo dicho.

—¿Estás cierto de lo que dices? preguntó Horacio, demudado por completo.

—No, chico, no te apures tanto. Digo lo que he oído de labios del mismo Héctor, pero como éste, tú lo conoces, es un excelente muchacho, aunque iluso e inexperto, acaso dé por hecho el viaje, sin contar con el parecer de doña Angela ni de Lucila. Es imposible creer que dejen de comunicártelo, si fuera ya un asunto resuelto.

Estas consideraciones, con que el joven Olmedo trató de atenuar la noticia dada a quemarropa, no tranquilizaron a Horacio, quien continuaba aturdido por el golpe. Inesperadamente veíase despeñado de la risueña altura,

donde acariciaba el ideal más bello de su vida, para hundirse en la negrura del desengaño, en el abismo de un dolor inmenso.

¿Lucila de viaje para Europa, sin comunicárselo, sin decirle la más mínima palabra? ¡Oh! el caso era para trastornarle el juicio y hacerle pedazos el corazón. Había antecedentes ignorados por Miguel Olmedo, que agravaban tan infausta noticia. Horacio venía observando, desde hacía días, cierta tristeza invencible en la señorita Albani. Manifestábase con él atenta y solícita, pero su trato no era expansivo.

Era sensible la mudanza que en ella se advertía, aunque sin atinar en la verdadera causa. A veces se abstraía melancólicamente, como dominada por un pensamiento amargo; pero negábase siempre a confesar esta alteración en su modo de ser, achacando su tristeza a causas frívolas o momentáneas. La intempestiva noticia de su largo viaje fue, pues, para Horacio como la clave del enigma que secretamente venía atormentándolo.

Efectivamente tenía la señorita Albani en Italia una tía de su mismo nombre, casada con un caballero distinguido, a quien suponían millonario, dueño de un palacio en Constantinopla, a donde solía ir de temporada con la familia. Doña Lucila y don Francisco eran hermanos y se habían amado entrañablemente. De aquí el nombre puesto a su primera hija, para tener presente a su lado a aquella otra Lucila, de quien lo separaba la inmensidad del Océano.

Sabía Horacio, además, el gran cariño que la señora italiana profesaba a su sobrina, y los vivos deseos que manifestaba en sus cartas por conocerla y ayudarla a granjearse un porvenir ventajoso. Estas relaciones de familia, que el joven recordaba haber oído alguna vez de

labios de la misma Lucila, tomaban ahora cuerpo y proporciones exageradas en su imaginación exaltada, sirviendo de fundamento a conjeturas lógicas y terribles, que despedazaban su corazón.

Llegó a pensar que acaso doña Lucila llamase a su sobrina, para brindarle en el seno de la misma familia algún partido brillante, que asegurase no solo el porvenir de la joven, sino también el bienestar de doña Angela y los menores hijos de don Francisco. Así se explicaba Horacio la tristeza y el silencio de Lucila. Efecto de la irresolución, del conflicto, de la angustia, en fin, en que debía estar la joven. ¿Sacrificaría su amor por los suyos?

Era de imperiosa necesidad salir de tan violenta incertidumbre, hablando con Lucila cuanto antes. En estos casos la duda es más terrible que la misma realidad. Aunque Horacio iba a la casa de los Albani tres veces por semana, aquella noche no era de visita. Sin embargo, bien merecía el asunto romper la costumbre; y así lo hizo resueltamente el joven, con el sobresalto que puede imaginarse.

Pero volvamos atrás. ¿Qué causa entristecía a Lucila? Aunque muy otra de la que se imaginaba Horacio, podía llegar, sin embargo, a tener decisivo influjo para precipitar a la niña en la resolución de dejar el nativo suelo y emprender aquel largo viaje por tiempo indefinido.

A oídos de la señorita Albani había llegado, con alguna vaguedad, cierta crónica de galanteos, en que figuraba el joven Viana; y esto la mantenía cavilosa, profundamente preocupada y en secreta ansiedad por saber lo cierto. Pero el asunto era de suyo delicado y difícil de esclarecer por tratarse de meras sospechas. Ahora lo sabrá el lector.

*
* *

Hallábanse de paseo en Mérida dos señoritas de lejanas tierras, parientes de distinguida familia, cuya casa solía frecuentar el bachiller Viana, atraído por el trato franco y expansivo que allí le brindaban desde niño los jefes del hogar y la familia toda. La llegada de las nuevas muchachas, como acontece de ordinario, fue motivo de animadas tertulias en la casa. Amén de las gracias juveniles y el exquisito trato, circundaba a las recién venidas la atrayente aureola de la novedad, en que influía no poco la cadencia exótica del dialecto.

Para amenizar las tertulias, vinieron sin esfuerzo alguno, las tradicionales *vueltecitas* en confianza, so pretexto de ensayar la mazurca, baile poco usado entonces en los salones y que las chicas sabían a maravilla, con la circunstancia de que al propio tiempo sabían de música y canto.

A la edad de veinte años, estos entretenimientos vienen siempre a pedir de boca. La presencia de muchachas hermosas en una sala de recibo, donde resuenen piezas de músicaailable, produce en los jóvenes un cosquilleo particular en todo el cuerpo, que no pasa sino lanzándose en el torbellino de un valse o en la locura zapateada de una polca.

—¡Arriba, Horacio! —exclamó cierta noche doña Beatriz, la matrona de la casa, relativamente joven y de genio alegre—. Todos han bailado menos tú. Estas muchachas no saben todavía como mueves los pies.

—Tiempo llegará —contestóle el joven, riéndose—. Hasta ahora no han tocado sino mazurcas, baile que no conozco sino de vista.

—Por lo mismo debes sacar pareja para aprender. Lola es muy hábil y te enseñará con poco esfuerzo.

—¡Oh, no! —dijo la aludida, que era la menor de las recién llegadas—. No lo comprometa de ese modo. Sus razones íntimas tendrá para no bailar.

—Francamente, no he bailado por la razón dicha —dijo el imberbe caballero con presurosa galantería—. Pero si la señorita es tan amable que se resigne a soportar los brincos y saltos de un aprendiz, daré gusto a doña Beatriz de mil amores.

Horacio estaba a la sazón rojo como una amapola, porque las intencionadas palabras de Lola habían provocado risas y bromas en la rueda, a que él no estaba acostumbrado. No había más recurso que bailar, único medio de ampararse por los momentos contra la lluvia de indirectas sobre sus amores, con que lo quemaban sin piedad las muchachas y los mozos.

Sonaron los instrumentos, tiple y guitarra. Horacio y Lola salieron al centro de la sala, entre voces de aliento y de alegría. Hacían buena pareja.

—Aquí se invierten los papeles, señorita. Usted bailará y yo procuraré seguirla dócilmente. Le pido anticipado perdón por el duro trabajo en que la ha puesto doña Beatriz.

—Pierda cuidado. Tengo mucho gusto en contribuir en algo para que aprenda. ¿No baila polca? Vea usted, es muy parecida a la mazurca.

Y empezaron: ella con gran donaire y maestría, y Horacio con muchas dificultades al principio. Ora echaba hacia adelante el pie que no era, ora lo volvía hacia atrás cuando no era tiempo, lo que motivaba encantadoras advertencias de la chica y risas de los espectadores.

—Cantaré los pasos para que no se pierda —díjole con graciosa solicitud—. Atención: derecha, uno, dos, tres. Izquierda: uno, dos, tres. Vuelta rápida. ¡Muy bien!

Y así cantando y bailando, la simpática Lola fue adiestrando a Horacio con tanto estilo y elegancia, que el joven estaba encantado de los atractivos que le brindaba aquel aprendizaje suavemente voluptuoso.

Y aunque pronto se sintió capaz de regir por sí mismo la mazurca, se dejaba estar a la pasiva, como principiante, subyugado por el delicioso impulso y repetidos tironcitos de mano, que por fuerza tenía que darle la niña, gobernando a voluntad los pasos y vueltas de la mazurca.

En las noches siguientes, hubo segunda y tercera lección. Ya Horacio bailaba correctamente, pero ella siempre cantaba a media voz los principales movimientos, embriagándolo con el perfume de su aliento y las sonrisas de aplauso que le dedicaba.

—Esta noche no me ha hecho usted ninguna observación— díjole el joven muy quedo en medio del baile.

—¿Qué puedo observarle? Ya baila usted perfectamente.

—¡Ah! mil gracias. Si supiera que siento mucho haber hecho tan rápidos progresos.

—¿Por qué dice eso? —preguntóle Lola sorprendida.

—Sencillamente, porque es muy dulce la condición de aprendiz.

La chica se sonrojó visiblemente y le torció los ojos.

—Si esas tenemos, baile como maestro, que ya puede serlo.

Y se dejó estar a la pasiva en la mazurca, de suerte que Horacio tuvo que regir los movimientos, sin que los circunstanciales advirtieran el cambio.

En cesando la música, el joven dio las gracias a Lola de manera expresiva.

—En cada mazurca que baile, tendré un vivo recuerdo de estas bellas lecciones.

—No tan bellas como usted desearía —contestóle con picaresca sonrisa.

—¿Por qué?

—Porque no soy la llamada a enseñarlo como usted quisiera. Lo he hecho a la varsoviana.

—¿Y eso qué tiene qué hacer?

—Mucho, mucho —díjole con mirada honda e inquisitiva—. A usted le habría gustado más aprenderla a la italiana.

El tiro daba en el blanco. Horacio optó por reírse y la condujo cortésmente de brazo al asiento en que debía descansar. No había otra salida. Contestarle afirmando, no era galante, a tiempo que la negativa o disimulo era tanto como pagar con un peligroso engaño la ingenua fineza con que la joven se había prestado a servirle de profesora de baile.

Además, allá *in pectore* comprendía Horacio que esta clase de pasatiempos no debían caerle en gracia a la señorita Albani, porque aunque no fueran poderosos a romper el cristal de la felicidad, sí lo empañaban de seguro.

La galantería en el trato con el bello sexo tiene límites insalvables. Cuando degenera en dolosos galanteos, se rebaja y vulgariza. Nunca puede ser hidalgo explotar la debilidad e inocencia de la mujer honesta, ofrendándole, como legítimas, prendas de amor falsificado.

*
* *

Reanudemos el hilo de la historia por lo más gordo para el joven mazurquista: el fardo aplastante que lo agobiaba días después de estas escenas. ¡Lucila de viaje para Europa!

Tan luego cerró la noche, dirigióse a casa de los Albani. Una encantadora pequeñuela, de pelo rubio, hermanita de Lucila, lo recibió en lo alto de la escalera. Al punto lo condujo a la sala, donde lo dejó solo, mientras anunciaba la visita.

Rara será la mujer que no extreme las habilidades en el tocado para recibir al prometido. La natural presunción las obliga a cuidar de su hermosura y a realzarla con arte y elegancia; pero sobre estos cuidados, de suyo habituales, viene siempre algún toquecito o gala extra, cuando se trata de recibir al príncipe de los ensueños.

En el presente caso faltó la regla, pues, sorprendida la señorita Albani con la intempestiva visita de Horacio, prontamente salió a la sala, sin cambiar de traje ni detenerse en el tocador, luciendo sus largos cabellos, sueltos sobre la espalda, ahorcados tan solo con una cinta, sencillamente vestida de blanco, sin ningún adorno de flores, blondas ni prendas que disputase el triunfo a sus naturales atractivos.

¡Y qué hermosura de cabellos! Cuando libres de todo ligamen, se esparcían por el aire, cubriéndole el rostro, sus bellas facciones surgían entre los negros rizos, como brotan en la tiniebla las rosas de la aurora. Horacio la había sorprendido cierta vez haciéndose el tocado en la casa del Canónigo.

*Con natural gentileza
Ante el espejo, solita,
Trenzábase muy de prisa
La abundante cabellera;
Bella labor que acababa
Con un vaivén de cabeza,
Lanzando la regia trenza
Sobre el nácar de su espalda.*

Tal como solía aparecer por las solitarias galerías de la vieja mansión, así se presentó esta vez a los ojos del joven, casi de improviso, como si dejara en suspenso la labor doméstica para acudir a urgente llamado.

—No te esperaba —díjole con alguna inquietud al salir.

—Deseaba hablar hoy mismo contigo. Por eso vengo, quebrantando fórmulas.

—¿Qué hay? ¿Qué te ha sucedido? —preguntóle con ansiedad, clavando sus ojos en Horacio, cuyo semblante nada nuevo anunciaba.

—Vengo con el alma traspasada de dolor, por una noticia que me han dado.

—¿Te han dicho algo de mí? ¡Habla, Horacio, habla por Dios!

—Me han dicho que me abandonas, que te han llamado de Italia, que partirás pronto con Héctor...

—¿Abandonarte yo? ¡Eso jamás! —dijo la joven de manera rotunda, sin salir de su asombro, con la más viva exaltación.

—¿Luego no hay tal viaje? —articuló Horacio, en la súbita expansión de su alegría.

—¿Y has creído semejante cosa?

—Parecióme que por eso venías triste desde hace algunos días. Creí que devorabas en silencio la pena que te causaría decirme adiós, quizá para siempre. Y como era doña Lucila la que te llamaba, y Héctor se alista para el viaje, ¿qué más quieres? Ponte en mi lugar. He sufrido horriblemente en pocas horas. ¡Oh, luego no me abandonas! Gracias, gracias, Lucila —exclamaba el joven transportado de gozo.

—¿Tanto me quieres? —preguntóle con radiante mirada la niña.

—¿Puedes dudarle? Ese viaje me habría matado.

—Nada te había dicho del llamato de mi tía, por inadvertencia, pero pensaba decírtelo mañana, en vista del tenaz empeño de Héctor para que me resuelva a ir, aunque de paseo, pues mi tía, con mucha generosidad, nos ofrece hacer todos los gastos. Héctor no piensa en otra cosa. Pero mi resolución es irrevocable. No me separaré de mi mamá ni de ti.

—¿Entonces por qué has estado tan triste en los últimos días?

—Una tontería, que ya me ha pasado —dijo la señorita Albani, algo tranquilizada, respecto a la fidelidad de Horacio, después de la inequívoca prueba de amor que acababa de darle.

—No me ocultes la verdad. ¿Te he dado, acaso, algún disgusto?

La joven guardó profundo silencio.

—Mi conciencia no me acusa de nada.

—No es caso de conciencia.

—¿Entonces de qué?

—Caso de mucha alegría y entusiasmo.

—No comprendo, Lucila.

—Yo comparto de todo corazón tus tristezas y alegrías, pero ahora se me ha hecho muy duro compartir contigo cierta clase de alegrías.

—¿A qué te refieres? Estoy en ascuas.

—Al entusiasmo con que has aprendido a bailar la mazurca.

—¡Por Dios! ¿Acaso has creído?...

—No, no: yo no he creído nada, nada. No tengo pruebas para condenarte ni para absolverte. Pero al pensar en eso, me pongo triste, muy triste...

Y en diciendo esto, brillaron dos lágrimas en sus ojos, a tiempo que reía de manera nerviosa, sin que Horacio pudiera saber qué impresión la dominaba. Si quería burlarse de su propio llanto, o anular la risa con la elocuencia de las lágrimas.

Simultánea expresión de opuestos sentimientos muy común en corazones femeninos de tierna sensibilidad. Placidez y disgusto, halago y reproche, risa y llanto, todo a la vez, sin que sea posible adivinar el verdadero estado de ánimo.

Como el terreno estaba abonado, Horacio pudo, al fin, disipar las sospechas que preocupaban a la niña, motivadas por la críquet galante de la escuela de mazurca, quedando el joven advertido, para lo porvenir, de que podía tener consecuencias amargas el aprendizaje de baile con muchachas de tentadora hermosura.

*
* *

Algunas semanas después, una escena conmovedora, de carácter íntimo, tenía lugar en el mismo salón de la casa de los Albani. Lucila recibía la visita de Horacio, pero notábase en la conversación de ambos largos intervalos de silencio. Un pensamiento fijo, lleno de amargura, oprimía sus corazones. Trataban de alejarlo, hablando de cosas muy extrañas, pero aquel pensamiento volvía sobre ellos, martirizándolos más y más, a medida que corrían las horas.

Pausadamente resonaron en la torre de Catedral las nueve de la noche. Aquel tañido lejano y solemne, produjo en ellos una conmoción profunda. Señalaba un momento fatal. Pálido y silencioso levántase el joven de su asiento, para acercarse a Lucila, con la mano extendida. Ella se había llevado el pañuelo a los ojos, deshecha en llanto.

—Consuélate, Lucila. Volveré pronto. Contigo queda mi corazón.

La niña estalló en sollozos, sin poder hablar, alargando su delicada manecita al joven, quien la estrechó con frenesí entre las suyas, pronunciando con voz ahogada la última palabra de despedida.

—¡Adiós, adiós!...

Y huyó con presteza, desgarrado por el dolor de Lucila, con los ojos irritados también por las lágrimas.

Partía en la mañana del siguiente día, acompañando a su padre en honrosa comisión del servicio público. El viaje no traspasaba los límites del Estado, ni era de larga duración, cuarenta días lo más; pero para nuestros protagonistas, no acostumbrados a separarse, el dolor de la despedida era tan intenso, como si se tratara de darle la vuelta al mundo.

¿Qué tal, si la señorita Albani se hubiera despedido para Europa? La ausencia es el terror de los amantes.

CAPÍTULO XVIII

Sacrificio por sacrificio

La unión de los Estados Trujillo, Mérida y Táchira para formar uno solo, con el nombre de Los Andes, conforme a la Constitución Nacional de Venezuela de 1881, fue realizada por la notable Asamblea Constituyente reunida en Timotes en agosto del mismo año.

El general Santana Saavedra fue el primer Presidente Provisorio de la nueva y vasta entidad política, pero entregó el mando en Timotes, por virtud de renuncia, al Licenciado Francisco de Paula Vásquez, a quien tocó instalar la capital en Mérida, haciendo su entrada a dicha ciudad el 23 de noviembre, en medio de gran concurso y del más vivo entusiasmo, engalanada la ciudad como para una fiesta.

Este primer magistrado del grande y poderoso Estado de la Cordillera, debido a sus prendas personales de carácter, talento e ilustración, supo captarse desde luego muchas simpatías en el seno de la sociedad emeritense.

Era por extremo simpático en el trato. La naturaleza había negado a su cuerpo toda clase de atractivos, pero en cambio lo había dotado de una espiritualidad exquisita y de un ingenio sagaz, inclinado al chiste delicado y agudo. Como abogado, era habilísimo y de justa reputación. Había sido discípulo aventajado del gran Sanojo.

Pocos días después de instalado en Mérida el tren gubernativo del Estado, en noche muy serrana, por lo fría y nebulosa, pasada ya la hora de la queda, en que no aparece alma viviente por las calles, paseábase el doctor Viana por el corredor de su casa, esperando a Horacio para cerrar el portón, cuando llamaron a la puerta apenas entornada. Era un oficial de la guardia del Estado.

—¿Se encuentra aquí el joven Horacio Viana? — preguntó al doctor desde el dintel de la puerta.

—Aún no ha llegado. ¿De parte quién lo solicita usted? — averiguóle el doctor en el acto, sorprendido ante aquella solicitud intempestiva por parte de la autoridad.

—De orden del señor Presidente del Estado.

—¡Ah! —exclamó el doctor—. Se lo diré al llegar. Puede informarlo así al señor Presidente.

—Tengo orden de esperarlo aquí y acompañarlo luego —dijo el oficial, acomodándose como un centinela del lado fuera del portón.

Casi en seguida, se oyeron tacones por la acera de la calle. Era Horacio. Al punto el oficial le comunicó la orden de comparecencia. El joven se sorprendió no menos que su padre, a quien interrogó silenciosamente con la mirada. No tenía él dares ni tomares con la política.

—Algo ocurre, hijo, cuando lo llaman a esta hora. Vaya al instante.

El joven y el oficial se alejaron prontamente, ocultándose allí mismo entre la espesa niebla que llenaba la calle, mientras el doctor entrejuntaba el portón, cavilando sobre lo ocurrido. Por las apariencias, habríase creído que aquello era una prisión política, y así lo creyó de primeras el mismo oficial, en vista de las instrucciones reservadas que se le dieron. Pero mediaba la circunstancia favorable de existir nexos de amistad muy firmes y sagrados entre el doctor Viana y el Licenciado Vásquez.

La casa presidencial estaba ya cerrada, pero el oficial dio su nombre por el ojo de la llave, y la puerta se abrió en seguida. Había en el zaguán otros individuos de guardia, de pie unos y sentados otros.

—Sígame, joven —dijo a Horacio el oficial que lo conducía.

Todas las habitaciones estaban cerradas, pero oíase rumor de voces en el salón principal. Avanzaron por el correo hasta una puerta, que el oficial abrió, invitando al joven a que entrase, puerta que cerró otra vez por fuera, quedando Horacio adentro, como prisionero a quien bonitamente dejan guardado, sin haber oído más explicación que estas cortas palabras:

—Espere aquí.

Se hallaba en un aposento alumbrado por un quinqué, cubierto con antifaz. Los muebles que allí había, cama, velador, hamaca, roperos, etc., indicaban que era la alcoba del Presidente. Aún no había acabado el joven de pasar revista al lujoso menaje de la pieza, cuando se abrió otra puerta y apareció el Licenciado.

—Has caído como ratón en trampa. Ni remotamente sospechas para qué te he llamado de este modo.

—Estoy a sus órdenes —díjole Horacio, tranquilizado con aquel amistoso recibimiento.

—Para un muchacho de tus dotes y aspiraciones, que nunca ha perdido de vista el campanario de su pueblo, un viajecito a la capital de la República, es un sueño dorado, un deseo permanente e inquietante. ¿No es cierto?

—¿Quién lo duda, Licenciado?

—Pues bien, esta noche se realiza el sueño para ti, como si fuera con varita mágica. El viaje depende de tu sola voluntad, sin que tengas que gastar ni un céntimo de tu bolsillo. ¿Estás dispuesto a partir para Caracas dentro de pocas horas?

El joven escuchaba atento, y miró al Licenciado sonriéndose, con manifiesta incredulidad. Conocía su carácter festivo.

—¿Lo crees una broma? Te hablo en serio —díjole el respetable caballero, sentándose en la hamaca y haciendo una señal al joven para que acercase la silla.

—Oye en absoluta reserva. En alta madrugada debe partir un comisionado especial del Gobierno a poner en manos del general Guzmán Blanco pliegos de suma importancia. Llevará escolta para su seguridad hasta La Ceiba y carta blanca para las autoridades del tránsito. Me he reservado nombrarlo, y por eso el llamado urgente, para ver si tú aceptas la comisión. Te daremos, además, bestia de silla, asistente y trescientos pesos en oro para el viaje, a reserva de cubrir otros gastos indispensables. ¿Aceptas?

El joven estaba confuso, casi aturdido.

—Francamente, Licenciado, creo que esa comisión es demasiado grave para mí. No tengo ninguna práctica

en el manejo de asuntos públicos. Podría pecar por inexperto.

—Si lo ideal de la comisión está precisamente en que no tienes que hacer casi nada. Poner los pliegos en manos del Ilustre Americano y esperar la contestación, trasmitiéndonos fielmente lo que él te diga de palabra. Negocio manso, y para ti, brillante, porque el general Guzmán te recibirá con agasajo, en vista de recomendaciones personales que llevarás. Así que los días que allá pases, vivirás en los cogollitos.

No era tan lerdo Horacio que no apreciase desde luego todas las ventajas de aquel inesperado nombramiento. La emoción lo embargaba hasta el punto de no poder coordinar bien las frases para contestar al Presidente, acabando por decirle:

—No puedo resolverme inmediatamente. Necesito pensar un poco y consultar con mi padre, quien esperará con inquietud saber la causa del urgente llamado.

El Licenciado se levantó silenciosamente de la hamaca, para acercarse al quinqué, y pegando casi los ojos al reloj de bolsillo, porque era miope, contestó a Horacio autoritariamente.

—Veinte minutos apenas de plazo para resolver. Volverás a decirme sí o no, como Cristo nos enseña. En la inteligencia de que solo a tu padre podrás comunicar el asunto. Secreto de Estado.

Y le indicó la puerta. El joven salió con prontitud. Llevaba un volcán en la cabeza.

Es necesario saber que por aquel tiempo no era muy trillado el camino de la Sierra Nevada a la ciudad del Avila. Fuera de los senadores y diputados al Congreso

Nacional, no iban sino muy contadas personas. Entre los jóvenes, era señaladísimo el que lograba dar un vistazo a la seductora metrópoli, porque habiendo Universidad y Seminario en Mérida, en ella misma podían hacer sus estudios profesionales, a tiempo que el escaso movimiento industrial de la población, no permitía, salvo raras excepciones, alargarse más allá de Maracaibo por razón de negocios. En dos palabras, era Mérida una ciudad sedentaria, de letrados, eclesiásticos y agricultores, en que abundaban los misterios de romántica belleza tras las celosías, y los grupos de estudiantes andariegos, propensos siempre a la aventura.

¿Un viaje a Caracas, como llovido del cielo? El caso era para trastornarle la cabeza a cualquier jovencito por apagado que fuera. En la torre de sus ideales, había para Horacio una campana misteriosa, que no tañía, sino que hablaba con voz argentina, diciéndole a toda hora: ¡A Caracas, a Caracas!

La ciudad ilustre, brillante estrado de las letras y las artes, el amplio teatro de la vida pública, donde en no lejano tiempo habían figurado sus mayores en primera línea, dejando un caudal de valiosas relaciones; Caracas, la ciudad espiritual y alegre, de costumbres deliciosas, con sus teatros, sus paseos y el clásico donaire de sus mujeres, presentábasele no ya como una ilusión querida, sino como próxima realidad. Y la misteriosa campana, con voz de sirena, volvía a decirle: ¡A Caracas, a Caracas!

Pero al salir a la calle y verse de nuevo envuelto en la niebla, abandonado a sí mismo en la oscuridad y el silencio, sintió aguda e íntima punzada en la mitad del pecho. Había pensado en Lucila, quien en aquellos

momentos dormiría tranquila, acariciando dulces ensueños. Pensó en el repentino dolor de la pobre niña, cuando supiese que su prometido se había fugado, que había partido sigilosamente, sin saberse por qué ni para dónde; que nadie daba de él más razón que su intempestiva marcha, en alta madrugada, sin despedirse de nadie ni dejar siquiera explicación escrita de su conducta.

¿Cómo despedirse de ella a aquellas horas? ¿Quién podría descubrirle la verdad? Caso imposible era, para el carácter del joven, confiar este encargo al mismo Licenciado o al doctor Viana, únicos que discretamente podían desempeñarlo, desde luego que no era prudente exponer el delicado secreto a las contingencias de una carta.

Así fue que, tras el momentáneo entusiasmo por la perspectiva de aquel soñado viaje, un presentimiento triste vino a nublar la mente del joven. Creía ver a Lucila transida de dolor, herida de súbito por la terrible sorpresa. Parecía oír sus gemidos desgarradores y los apóstrofes con que lo recriminaba por aquel hecho, para ella inexplicable. Repasó toda la historia de sus amores, detúvose en el recuerdo de las pasadas ausencias, oprimiósele el pecho, suspiró apasionadamente por ella y...triunfó el amor.

De suerte que al llegar a su casa y empujar la puerta, ya el caso estaba resuelto definitivamente.

—Lo esperaba con ansiedad, ¿Qué ocurre? — preguntó el doctor Viana, saliéndole al encuentro.

—No hay motivo para alarmarse, papá. Vengo por breves instantes a imponerlo del objeto del llamado.

Y con suma gravedad le comunicó lo que nuestros lectores saben.

—Es una prueba de gran cariño, pero debe meditar un poco antes de contestar —díjole el doctor.

—Ya he meditado por la calle.

—¿Y qué ha resuelto?

—No aceptar la comisión. Un viaje tan repentino no permite arreglar nada, ni siquiera despedirse de la familia y amigos. Parecerá una fuga misteriosa, que usted mismo no podrá justificar satisfactoriamente, sin violar el absoluto secreto que nos encarga el Presidente. Además, no se trata de un servicio público ineludible, sino de un favor que quiere hacerme el Licenciado. Sobrarán personas que desempeñen la comisión a ojos cerrados. ¿No lo cree usted así?

—Soy de su mismo parecer. Tampoco me agrada ese viaje tan festinado. Usted está joven, y acaso más tarde tenga ocasión de conocer a Caracas sin estos inconvenientes.

Rápidamente volvió el joven la casa presidencial. Como la vez primera, lo condujeron al aposento, donde quedó solo algunos momentos, hasta que se presentó el Licenciado.

—Aplaudo tu puntualidad. Quizá no han pasado los veinte minutos. ¿Qué dice tu padre?

—Me ha dejado en libertad de resolver.

—¿Luego vienes dispuesto a ir?

—No, señor, no puedo aceptar la comisión.

El Licenciado hizo un movimiento de sorpresa, mirando atentamente al joven.

—Vengo a darle las gracias por esta gran prueba de cariño, y a suplicarle me excuse. No puedo truncar bruscamente mis estudios ni algunos trabajos tipográficos

de compromiso, aparte otros inconvenientes. Es un viaje muy precipitado.

—Me dices las accesorias y te guardas la causa principal, que es de carácter muy íntimo. ¿No es cierto? Temes que la chica pueda juzgarte como desertor. Ya había pensado en ello, considerando que no tendrías tiempo de prevenirla. Mucho la quieres, en realidad.

Azoróse visiblemente el joven ante la penetrante comprensión del Licenciado, quien ciertamente sabía algo de aquellos amores, pero no protestó, limitándose a decirle con ingenuidad, ya que había adivinado el verdadero motivo:

—Espero que no dudará usted, ni por un momento, de mis deseos de servirlo en cualquier otra cosa.

—No tengas cuidado, muchacho. Nada has perdido en mi aprecio. Por el contrario, admiro tu abnegación. Eso sí, hazte el cargo de que no nos hemos visto ni cruzado palabra alguna esta noche. ¿Comprendes?

—Perfectamente. Cuente usted con mi absoluta reserva en el particular.

Y se despidieron cordialmente.

Tres o cuatro días después, comentábase en los corrillos de la ciudad el viaje a deshoras de un joven cubano, empleado de confianza en el Gobierno del Estado, haciéndose sobre ello mil conjeturas, todas fuera de quicio, ventajosas unas y desfavorables otras para el joven viajero. Horacio oía en silencio, e *in pectore* se felicitaba por su rotunda negativa ¡Cuánto puede el amor!

No poco había influido en el ánimo del Licenciado para fijarse de primeras en el joven Viana, la grata impresión recibida días antes en el gran torneo literario con que la antigua Universidad de Mérida celebró el

Centenario de don Andrés Bello. El discurso de orden fue un gran triunfo para el doctor Federico Salas Roo, talento de primera magnitud y palabra de oro, de que justamente se gloria la ciudad de la Sierra. También el joven Viana recitó desde la tribuna una composición de que era autor, captándose las simpatías del selecto auditorio y provocando nutridos aplausos. Cayó en gracia al Presidente el éxito alcanzado por el estudiante, y quiso premiarlo luego con aquel viaje, creyendo que le vendría de perlas.

*
* *

Aunque era el doctor Viana, por la austeridad de su carácter, ajeno de divertimientos, deseaba vivamente, sin embargo, ofrecer al Licenciado Vásquez algún obsequio íntimo, en su casa o en el campo, pero lo detenía la consideración del elevado cargo que ejercía el distinguido caballero, temiendo que el público pudiera confundir tal demostración de amistad y compañerismo en el Foro, con los agasajos de esta índole que frecuentemente reciben los que ejercen el poder público.

Pero en surgiendo de la Legislatura el nuevo Presidente, que lo fue el bravo y prestigioso general Juan Bautista Araujo, el doctor Viana puso en práctica sus deseos, invitando al notable abogado trujillano para un paseo de familia hacia los poéticos campos de Milla, paseo a que fue invitada también la señorita Albani, con gran contento del joven Viana.

Era la primera salida al campo que haría la joven después del duelo. Durante un año había permanecido como una monjita, a puertas y ventanas cerradas, en su espaciosa casa solariega, sin salir más que a misa y a casas de familia de la mayor intimidad. Ya hemos dicho que los lutos eran tan rígidos para las mujeres, que equivalían a una clausura, sobre todo en el primer año del duelo.

Nunca más encantadora Mérida que en los días serenos de diciembre y enero. Aire fresco y purísimo, bajo un cielo diáfano; centelleante la nieve sobre los campos esmeraldinos; limpio de nubes el horizonte; rumorosas y cristalinas las aguas; variados y pintorescos los paisajes; y festiva la gente en el poblado y los campos. Todo canta y sonríe, a donde quiera que se vuelvan los ojos en estos días serenos y luminosos de la montaña.

A las ocho de la mañana, lucida cabalgata dejaba las calles centrales de la población, sorprendiendo a los vecinos del extenso barrio de Milla por el amplio camino que conduce al Valle de Mucujún, río solitario que baña por cabecera la hermosa meseta andina en que descansa la vieja ciudad, cubriendo con sus edificios y sus huertos de frutas y flores una extensión de más de una milla.

Eran siete damas e igual número de caballeros más o menos. El sitio elegido para centro de la excursión, era la hacienda de *El Tejar*, al extremo superior de la mesa, pero antes debía darse una recorrida por el próximo valle, allende el Mucujún, con el fin de visitar a caballo los poéticos cortijos de las faldas del Escorial, en que los cultivos de azucenas y claveles alternan con los del maíz y otros frutos de sustento.

En cierto paraje, los de la comitiva tuvieron que desfilarse de uno en uno, porque lo angosto del sendero no permitía más. El camino cortaba una ladera de violento declive. Rompía la marcha el doctor Viana. Seguíanlo el Licenciado Vásquez y la señorita Albani, quienes habían simpatizado desde el primer instante e iban en animada y chispeante conversación, siguiendo las vueltas de la estrecha senda, embargada gran trecho por los cuerpos de los caballos. El día, espléndido, risueños los paisajes, prontos los ánimos y alegres los corazones.

Pero ¡oh, repentina mudanza! Gritos de horror y de angustia resonaron de súbito en el fondo del valle, a tiempo que todos los semblantes de plácidos se tornaron lívidos. ¡Habíase despeñado una de las damas!...

El caballo que montaba Lucila era un animal de bríos. Iba inquieto por el desfiladero, pugnando por pasar adelante, lo que intentó hacer en cierto punto, echando de improviso por el borde del barranco, con tan mala fortuna, que le faltó el firmamento y se hundió de lado.

La joven, que advierte el peligro, suelta el estribo con extrema ligereza, para tirarse sobre la senda, a fin de no irse al precipicio con el caballo; pero este había hallado un punto de resistencia en algunos tronquillos de maleza adheridos a la peña, y reaccionando al punto, saltó hacia atrás con un movimiento instintivo de salvación; de suerte que, al arrojarse la joven hacia el camino, el salto simultáneo del caballo desvió la dirección de la caída, lanzándola como una pluma hacia el abismo. Dio un grito agudo y desapareció, rompiendo la maleza que cubría la falda de la peña, a tiempo que el caballo se ponía en salvo, volviendo espantado a terreno firme.

El nombre de la infortunada niña, acompañado de exclamaciones de horrible sorpresa, corrió de boca en boca por toda la fila de jinetes, hasta llegar a los que cerraban la marcha, entre los cuales venían Horacio, un hermano de éste y también un hermanito de Lucila, todavía adolescente, que era su compañero en la excursión. Los jóvenes se arrojan al instante de los caballos y corren a pie, por entre las otras bestias, hasta llegar al lugar del siniestro.

Solo vieron allí al doctor Viana, quien se había desmontado en el acto, y puéstose boca abajo en el suelo, con medio cuerpo fuera del desfiladero, extendidos los brazos, apartando malezas, ayudado por el Licenciado, quien también había echado pie a tierra, viendo ambos de descubrir, con indecible angustia, el sitio en que se hallase la joven, cuyas voces se percibían no muy lejos, pidiendo socorro.

Como a cuatro o cinco varas abajo del camino, la violenta falda ofrecía un escalón, un descanso, donde se había detenido la niña, favoreciéndola la ligereza de su cuerpo, pues cayó sobre la fronda de algunos arbustos y trepadoras, que crecían en aquel punto, impidiéndole que pasase de largo hasta el fondo del barranco.

En el primer impulso, el joven Viana quiso descolgarse por el mismo sitio del desastre, con peligro de que no resistiesen las ramas y verse precipitado también, sin poderlo evitar; pero lo contuvo su padre, gritándole al punto:

—¡Está en salvo! Espere un momento. Ya viene aquí.

Efectivamente, repuesta la joven del aturdimiento producido por la violenta caída, empezó a trepar con alguna dificultad por la pendiente, agarrándose aquí y

allá de las plantas que resistían, animada por las voces de aliento e indicaciones que de arriba le daba el doctor Viana, cuyas manos logró alcanzar, al fin, y quien la subió al camino, casi en peso, con inmensa alegría de todos.

La joven tenía apenas un rasguño en la frente, del cual brotaban como rubíes algunas gotitas de sangre. Estaba por extremo pálida. Sueltas las ligaduras del tocado, el viento dispersaba sus negros rizos, cubriéndole en parte el rostro. Este aire trágico, realzaba sus encantos de un modo singular.

En aquellos momentos, los caballos que los jóvenes habían dejado sueltos, para volar al socorro de la niña, armaron un alboroto de relinchos y coces, con peligro de atropellar a las otras damas. El hermano de Horacio y el jovencito Albani corrieron a contenerlos, a tiempo que el doctor Viana y el Licenciado montaban de nuevo para despejar la vía y dar lugar a que Lucila fuese atendida por una de las señoras, a fin de restañarle la herida, levísima por fortuna, y ayudarla a rehacer el tocado. Horacio tenía de la brida el caballo de la joven, esperando que estuviese en disposición de utilizarlo nuevamente.

Serenos ya los ánimos y lista la señorita Albani para continuar el interrumpido paseo, surgió una pequeña dificultad de carácter femenino. ¿Cómo montar de nuevo la niña? No había por allí piedra ni tronco apropiados, donde pudiera subirse para tomar el estribo, siendo ella pequeña y el caballo muy alto, con la circunstancia de que urgía seguir la marcha, alejándose del ingrato desfiladero.

—No hay otro medio, Lucila —díjole Horacio, hincando galantemente una rodilla al lado del caballo, y brindándole la otra pierna, doblada en ángulo recto, como punto de apoyo.

La joven se cubrió el rostro con ambas manos, avergonzada, pero allí mismo se oyó la voz del Licenciado, quien miraba la escena a corta distancia:

—¡Arriba, señorita! Ese estribo fue inventado para montar reinas y princesas.

Todos celebraron el dicho, pero Lucila continuaba indecisa, mirando azorada a las otras damas, quienes también le dieron voces de aliento. Agarrándose entonces del gancho de la silla con una mano, y atendiendo a la falda con la otra, levantó uno de sus piecitos sobre la pierna del joven, y en seguida el otro, tomando luego el estribo y subiendo de un salto a la montura con encantadora destreza. Al punto, picó el caballo, para disimular el sonrojo.

Las suelas empolvadas de sus diminutas botitas habían quedado pintadas sobre el pantalón del caballero, a quien no se le ocurrió, ni por pienso, sacudirse con el pañuelo. ¡Aquellas manchitas de polvo valían un Potosí!

Y continuaron la marcha, comentando todos, con vivas expresiones, la salvación providencial de la joven, en cuya caída más culpa tenía la fogosidad del caballo que lo escabroso de la senda.

Después de un rodeo por aquellos campos, volvieron riendas para tornar a la hacienda. Al coronar la mesa, Horacio procuró colocarse al lado de Lucila y, excitándola a picar el caballo, ambos se adelantaron a trote largo por el amplio camino, alejándose un poco de la comitiva. Necesitaban comunicarse a solas las fuertes impresiones recibidas.

No copiaremos aquí todo lo que el joven le dijo. Bien lo adivina el lector. El diálogo terminó de este modo.

—¿Sabes de qué me hablaba el Licenciado cuando la bestia pisó en falso? —díjole Lucila.

—Algo muy interesante sería, cuando iba el animal casi de su cuenta.

—En realidad, lo oía con mucho interés. Hablaba de un viaje a Caracas que te propuso una noche con grandes ventajas para ti. Nada me habías dicho.

—El secreto no era mío, sino del Licenciado. Si ya te lo reveló, cuanto mejor.

—¿Y por qué no aceptaste, teniendo tantos deseos de conocer la capital? Ocasiones como esta no se presentan todos los días.

—¿No lo adivinas? De seguro que él te lo dio a entender. Yo no le descubrí la verdadera causa, pero la sospeché al vuelo.

—¿De veras? —dijo Lucila con picaresca sonrisa, comprendiendo al punto en las miradas del joven, cuál había sido el motivo—. ¿Y has sacrificado solo por mí el placer de conocer a Caracas —agregó con pena, a la vez que llena de satisfacción.

—¿Y por quién sacrificaste tú la feliz ocasión de visitar a Italia, que es la tierra de tus mayores?

La joven lo miró ruborizada, con hondo reconocimiento, sin mover los labios.

—Sacrificio por sacrificio, Lucila. Amor con amor se paga.

En aquellos momentos llegaban a la hacienda, donde la selecta comitiva pasó el resto del día entre variados obsequios y francas expansiones, siendo agasajada de modo especial la señorita Albani como heroína del paseo.

*
* *

Aquí acaban estas *Memorias*, no por falta de material para otros capítulos, sino porque no hubo más azares ni contratiempos en la historia de Horacio y Lucila; y la condición humana es tal, que, en materia de lecturas, más nos interesan siempre los trabajos y desventuras del prójimo, que la suma de todos sus goces y triunfos, por colmados que sean.

En resumen. El doctor Viana pidió formalmente para su hijo Horacio la mano de Lucila a doña Angela de Albani, fijándose el plazo en que debía efectuarse el matrimonio. Durante este plazo, el joven multiplicó sus energías en el taller y el escritorio, hasta que hubo de ver premiados sus desvelos, permitiéndole el cielo celebrar sus bodas, a pleno contentamiento de ambas familias, y ofrecer a Lucila una pintoresca casita, construida *ad hoc*, en que se realizaba el ideal soñado por el poeta:

*Una heredad en el campo,
Una casa en la heredad,
Y en la casa pan y amor,
¡Esa es la felicidad!*

No era rural la casita, sino urbana, pero tenía frondoso huerto, a la merideña, o sea un parque de árboles frutales, que le daban en el interior el risueño aspecto de un campo en miniatura, poética residencia que Lucila embelleció desde luego con el mágico poder de sus gracias y virtudes.

*
* *

Algún tiempo después, ocupábase cierto día la joven señora Lucila de Viana en buscar una prenda extraviada, registrando, al efecto, las gavetas y cofres de su escaparate. Al lado de ella jugaba una preciosa chiquilla, que apenas mascullaba las palabras y empezaba a caminar sin andadores.

Volvióse de pronto Lucila hacia la pequeñuela, con un paquetico en las manos, objeto que había hallado en el fondo de un cofre poco trajinado.

—Ven acá, hijita. Llévale esto a tu papá con mucho cuidado.

La chiquilla, de genio muy vivo, como la madre, tomó el paquetico con presteza, lo comprimió contra el pecho y partió de carrera, dirigiéndose a la pieza del escritorio, sin saber lo que llevaba. Lucila la siguió en puntillas, reprimiendo la risa.

—¡Papá, papá! —gritó al llegar, mostrándole a su padre el pequeño lío de papel.

Horacio, que estaba de espaldas, giró inmediatamente el cuerpo en la silla, para recibir a la chiquilla, la que se precipitó en sus brazos, sin soltar el paquetico. Tanto lo apretaba en sus manecitas, que Lucila exclamó al entrar a la pieza:

—¡Quítaselo, porque lo rompe!

Horacio examinó entonces el objeto, en las propias manos de la chicuela. Solo contenía un comprimido de hojitas secas y descoloridas.

—¿Qué es esto, Lucila? —preguntóle con sorpresa.

—Una flor disecada. El primer clavel rojo que tú me diste.

—¿El de la cestica de costura?

—El mismo. Era mi flor predilecta.

—¿De suerte que ya no lo es?

—No te disgustarás si te digo que ahora he puesto toda mi predilección en otra flor mucho más bella.

—¿En otra flor?

—Sí, mírala aquí —dijo Lucila, en un arrebatado de maternal amor, levantando en brazos a la pequeñuela—
¡Esta es hoy la flor de mis amores!

Virtualmente, no había cambio, sino una espléndida metamorfosis. ¡Era el mismo clavel transformado en ángel!

Y mientras, llenos de orgullo, cubrían de besos a su primogénita, admirando sus gracias y perfecciones, la adorable criatura, adueñada en absoluto del paquetico, deshojaba sobre ellos, con candoroso entusiasmo, los áridos pétalos de la extinta flor, como mariposa que dispersa con las tiernas alas los despojos de su propia crisálida.

Un cuadro vivo sublime. ¡La apoteosis del clavel rojo!



ÍNDICE

	<i>Pág.</i>
Prólogo	7
Fases del libro	13
CAPÍTULO I	
Secreta excursión.....	19
CAPÍTULO II	
Primeras impresiones.....	27
CAPÍTULO III	
Idilio de la adolescencia.....	33
CAPÍTULO IV	
En torno de un periódico.....	45
CAPÍTULO V	
Noche de insomnio	59
CAPÍTULO VI	
Bajo una lluvia de flores	73
CAPÍTULO VII	
En aguinaldos y pascuas	87
CAPÍTULO VIII	
Nubes en el horizonte	105
CAPÍTULO IX	
Reaparece el clavel rojo.....	119

CAPÍTULO X	
Tres serenatas	139
CAPÍTULO XI	
Complicaciones imprevistas	165
CAPÍTULO XII	
La intervención de Marta	187
CAPÍTULO XIII	
Resignación y constancia	211
Capítulo XIV	
La tentación.....	233
Capítulo XV	
Primera ausencia.....	249
Capítulo XVI	
Rosas y espinas.....	267
Capítulo XVII	
Noticia desconcertante	283
Capítulo XVIII	
Sacrificio por sacrificio.....	297

El título de esta obra no es más que la expresión del doble propósito que motivó a don Tulio a escribirla, y es que en *Memorias de un muchacho* la ciudad se retrata a sí misma a través de la autobiografía del poeta, pues de muchas maneras en aquella época Mérida era don Tulio y don Tulio era Mérida.

La publicó a los 64 años (1924) cuando los recuerdos y las emociones ya se habían sedimentado, no así el amor a la vida y la gratitud hacia sus dos inseparables compañeras: Teresa Carnevali (Lucila Albani, personaje central de la novela) y la ciudad de sus andanzas existenciales y poéticas: Mérida.

Es quizás uno de los libros más frescos y amenos del género costumbrista venezolano. Libro de amor y gratitud, que logra la magia de mantener vivo el interés del lector mientras lo lleva envuelto en la neblina de calles y senderos, por los lugares en que se desenvuelven las cuitas y alegrías de Horacio Viana (Tulio Febres Cordero) y Lucila Albani. Recorrido que nos permite hoy día ubicar sitios de la ciudad ya transformados por la dinámica urbana y rememorar costumbres hace tiempo desaparecidas.

Al ofrecernos su libro nos advierte con fino humor: “Si estas páginas no te agradaren ni despertaren en ti ningún interés, lo más que podría sucederte sería sentir pesadez en los párpados, cabecear un poco y quedarte dormido con el libro abierto en las manos. Aun en este caso, siempre nos quedaría el consuelo de haberte proporcionado un rato de sueño tranquilo, libre de sobresaltos y pesadillas...”



ISBN: 978-980-11-1215-0

